
Por la autora de
La princesa de hielo
Camilla Läckberg
Los vigilantes del faro
MAEVA

Camilla
Läckberg

Los vigilantes del faro

Por la autora de *La princesa de hielo*

Traducción:
CARMEN MONTES CANO



Índice

Cubierta
Fjällbacka, 1870
Fjällbacka, 1870
Fjällbacka, 1870
Fjällbacka, 1870
Fjällbacka, 1870
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1871
Fjällbacka, 1873
Fjällbacka, 1875
Fjällbacka, 1875
Agradecimientos
Créditos

Para Charlie

Solo cuando colocó las manos en el volante se dio cuenta de que las tenía ensangrentadas. Notaba las palmas pegajosas sobre la funda de piel. Pero no hizo caso, metió marcha atrás y salió derrapando del acceso al garaje. Oyó el chisporroteo de la grava impulsada por los neumáticos.

Tenían por delante un largo viaje. Echó una ojeada al asiento trasero. Sam dormía envuelto en el edredón. En realidad, debería ir sentado y con el cinturón puesto, pero no tuvo valor de despertarlo. Tendría que conducir con el mayor cuidado posible. Instintivamente, levantó el pie del acelerador.

Ya empezaba a clarear la noche estival. Las horas más oscuras se terminaban casi antes de empezar. Aun así, aquella noche se le antojaba eterna. Todo había cambiado. Fredrik tenía los ojos castaños clavados en el techo, y ella comprendió que no podía hacer nada. Debía salvarse y salvar a Sam. No pensar en la sangre, no pensar en Fredrik.

Solo existía un lugar en el que refugiarse.

Seis horas después ya habían llegado. Fjällbacka empezaba a desperezarse. Aparcó el coche delante del edificio de Salvamento Marítimo y reflexionó un instante sobre cómo llevarlo todo. Sacó un paquete de pañuelos de la guantera y se limpió las manos lo mejor que pudo. No era fácil eliminar la sangre. Luego sacó el equipaje del maletero y, tan aprisa como le fue posible, arrastró las maletas hacia Badholmen, donde se encontraba el barco. Le preocupaba que Sam se despertara, pero había cerrado el coche para que no pudiera salir

y caer al agua. Con mucho esfuerzo, metió las maletas en el barco y soltó la cadena que impedía que lo robaran. Luego corrió de vuelta al coche y sintió un gran alivio al ver que Sam seguía durmiendo. Lo llevó en brazos al barco sin destaparlo. Trató de mirarse los pies al entrar, y lo consiguió sin dar un resbalón. Con mucho cuidado, dejó a Sam en el pañol y giró la llave de arranque. El motor emitió un sonido ronco y se puso en marcha al primer intento. Hacía mucho tiempo que no lo conducía, pero tenía la sensación de que no le costaría gobernarlo. Retrocedió para salir del amarradero y se alejó por la bocana del puerto.

El sol brillaba, pero aún no había empezado a calentar. Notó que la tensión iba cediendo, que la tenaza bajo la cual la había tenido el horror de aquella noche iba perdiendo fuerza. Miró a Sam. ¿Y si lo ocurrido le hubiera afectado para toda la vida? Un niño de cinco años era un ser frágil, ¿quién sabe qué habría podido rompérsele por dentro? Pero ella haría cuanto estuviera en su mano para repararlo. Para que expulsara el dolor, igual que cuando se caía con la bicicleta y se magullaba las rodillas.

La bocana del puerto le resultaba tan familiar… Conocía cada isla, cada atolón. Puso rumbo al faro de Väderö y se fue alejando más y más por la costa. Las olas empezaban a batir más altas y la proa restallaba contra la superficie del agua después de superar cada cresta. Le encantaba la sensación del agua marina salpicándole en la cara y se permitió cerrar los ojos unos segundos. Cuando volvió a abrirlos, avistó el islote de Gråskär en lontananza. El corazón le brincó en el pecho. Como siempre que la isla surgía ante su vista, con la cabaña y el faro irguiéndose blanco y orgulloso hacia el cielo

azul. Aún se hallaba lejos para poder distinguir el color de la casa, pero recordaba el tono gris claro y las ventanas pintadas de blanco. Igual que recordaba el rosa pálido de las malvarrosas que crecían al pie de la fachada que se alzaba al socaire. Aquel era su refugio, su paraíso. Su querido Gråskär.

La iglesia de Fjällbacka estaba abarrotada hasta el último banco y se veía el coro rebosante de flores. Coronas, ramos y preciosas cintas de seda para el último adiós.

Patrik no era capaz de mirar el ataúd blanco que surgía en el centro de aquel mar de flores. Reinaba entre los muros de la iglesia un silencio sobrecogedor. En los entierros de gente mayor siempre se oía un tenue murmullo. Frases del tipo «ha sido una bendición, teniendo en cuenta cuánto sufría», que la gente intercambiaba mientras aguardaba el momento de tomar café en la iglesia, después de la ceremonia. Aquel día, en cambio, no se oía el susurro de una charla semejante. Todos guardaban silencio sentados en sus bancos, con el corazón encogido y con un sentimiento de injusticia en su interior. Esas cosas no debían suceder.

Patrik carraspeó un poco y miró al techo tratando de controlar el llanto. Le apretó la mano a Erica. El traje le rozaba y le picaba, y se aflojó el cuello de la camisa en busca de más aire. Se sentía como si estuviera asfixiándose.

Las campanas de la torre empezaron a repicar, y el eco de su sonido resonó entre las paredes. Muchos se sobresaltaron al oírlas y volvieron la vista al ataúd. Lena salió de la sacristía y se encaminó al

altar. Ella fue quien los casó en aquella iglesia en lo que se les antojaba un tiempo remoto, otra realidad. En aquella ocasión el ambiente era distinto, alegre, animado y luminoso. Ahora la vieron seria. Patrik trató de interpretar la expresión de su cara. ¿Pensaría Lena, como él, que aquello era un error? ¿O estaría convencida de que todo lo que ocurría tenía sentido?

El llanto volvió a aflorarle a los ojos y Patrik se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Erica le pasó un pañuelo muy discretamente. Cuando se extinguió el resonar del último acorde del órgano, todo quedó en silencio unos segundos, hasta que Lena tomó la palabra. La voz le tembló ligeramente al principio, pero fue cobrando firmeza poco a poco.

–La vida puede cambiar radicalmente en un instante. Pero Dios está con nosotros, incluso un día como hoy.

Patrik la veía mover la boca, pero pronto dejó de prestar atención a sus palabras. No quería oír aquello. La escasa fe de la infancia que lo había acompañado a lo largo de la vida acababa de desaparecer. Lo sucedido no tenía sentido alguno. Una vez más, volvió a apretar la mano de Erica entre las suyas.

–Tengo el orgullo de comunicaros que vamos manteniendo el calendario. Dentro de algo más de dos semanas, se celebrará por todo lo alto la inauguración de Badis, los baños de Fjällbacka.

Erling W. Larson se irguió y paseó la mirada por los miembros del consejo municipal, como si esperase un aplauso. Tuvo que contentarse con unos gestos mudos de aprobación.

–Es un triunfo para la comarca –explicó–. La renovación total de lo que casi puede considerarse una joya, al tiempo que ofrecemos un centro de salud moderno y competitivo. O un centro de *spa,* que es la forma elegante de llamarlo. –Hizo el gesto de las comillas en el aire–. No queda ya más que perfilar los últimos detalles, invitar a varios grupos a que prueben las instalaciones y, naturalmente, rematarlo todo para la grandiosa fiesta de apertura.

–Suena fenomenal. Solo tengo unas dudas. –Mats Sverin, que ocupaba desde hacía dos meses el puesto de jefe de la sección de economía, blandía el bolígrafo para atraer la atención de Erling.

Pero este fingió no haberlo oído. Detestaba todo lo relacionado con la administración y la contabilidad. Se apresuró a declarar cerrada la sesión y se retiró al espacioso reducto que era su despacho.

Tras el fracaso del programa de telerrealidad *Fucking Tanum,* nadie creyó que fuese a recuperarse, pero allí estaba otra vez, con un proyecto más grandioso aún. Él, por su parte, nunca había abrigado la menor duda, ni siquiera cuando los vientos críticos soplaban con toda su dureza. Él era un triunfador nato.

Cierto era que le había costado mucho, y por esa razón se fue a descansar al centro de salud Ljuset, en la región de Dalecarlia. Fue un golpe de suerte, porque de no haber ido allí, no habría conocido a Vivianne. Aquel encuentro supuso un giro copernicano, tanto en lo profesional como en el ámbito privado. Ella lo cautivó como ninguna mujer hasta entonces, y lo que él estaba a punto de hacer realidad era el sueño de Vivianne.

No pudo resistir la tentación de echar mano del teléfono y llamarla. Era la cuarta vez aquel día, pero el sonido de su voz se extendía como un cosquilleo por todo el cuerpo. Contuvo la respiración mientras oía el tono de llamada.

–Hola, cariño –dijo cuando ella respondió–. Solo quería saber cómo estabas.

–Erling –dijo Vivianne con ese tono de voz tan especial que lo hacía sentir como un muchacho enfermo de amor–. Estoy tan estupendamente bien como cuando me llamaste hace una hora.

–¡Cómo me alegro! –respondió Erling sonriendo como un bobo–. Solo quería asegurarme de que estás bien.

–Lo sé, y te quiero por eso. Pero tenemos mucho que ultimar antes de la inauguración, y no querrás que tenga que quedarme trabajando por las noches, ¿verdad?

–Desde luego que no, querida.

Decidió no volver a molestarla más con sus llamadas. Las noches eran sagradas.

–Sigue trabajando, que yo haré lo mismo. –Lanzó un par de besos al auricular antes de colgar. Luego se retrepó en el sillón, cruzó las manos en la nuca y se permitió soñar un rato con los deleites inminentes de aquella noche.

En la casa olía a cerrado. Annie abrió todas las puertas y ventanas para que el aire fresco soplara por todas las habitaciones. La corriente estuvo a punto de volcar un jarrón, pero ella consiguió atraparlo en el último segundo.

Sam estaba acostado en la pequeña habitación contigua a la cocina. Siempre la habían llamado el cuarto de invitados, pese a que era la suya. Sus padres dormían en el piso de arriba. Se asomó a verlo, se echó un pañuelo por los hombros y fue a buscar la enorme llave oxidada que solían colgar de un clavo en la cara interior de la puerta de la casa. Luego se encaminó con ella a las rocas. El viento le traspasaba la ropa y, con la casa a su espalda, contempló el horizonte. El único edificio que se veía, aparte de esa casa, era el faro. El cobertizo que había junto al embarcadero era tan pequeño que apenas contaba. Se encaminó al faro. Gunnar habría engrasado la cerradura, porque la llave giró con una facilidad sorprendente. La puerta chirrió un poco cuando la abrió. Una vez dentro, los peldaños empezaban casi directamente, y Annie se agarró a la barandilla mientras subía por la escalera angosta y empinada.

La belleza de las vistas la dejó sin aliento, como siempre. A un lado se veían solo el mar y el horizonte; al otro se extendía el archipiélago con sus islas, islotes y atolones. Hacía muchos años que había dejado de usarse el faro. Ahora se mantenía en la isla como un monumento a tiempos pretéritos. La luz se había extinguido y las planchas metálicas y los pernos se oxidaban poco a poco bajo el efecto del viento y del agua marina. De niña le encantaba jugar allí arriba, en un espacio tan reducido, como una casa de juegos elevada muy por encima del suelo. Los únicos muebles que cabían eran la cama, donde descansaban los vigilantes del faro durante las largas guardias nocturnas, y una silla desde la que observaban las aguas.

Se tumbó en la cama. La colcha olía a moho, pero los sonidos que la rodeaban eran los mismos de la niñez. El grito de las gaviotas, las olas azotando el acantilado, el crujido y el jadeo del propio faro. Entonces todo era tan sencillo. Sus padres se preocupaban pensando que, al ser la única niña de la isla, llegara a aburrirse. No tenían por qué. A ella le encantaba estar allí. Y no estaba sola. Aunque eso no podía contárselo a sus padres.

Mats Sverin suspiraba y arrastraba los documentos de un lado a otro de la mesa. Era uno de esos días en que no podía dejar de pensar en ella. No podía dejar de preguntarse… En días como aquel, no le cundía mucho el trabajo, aunque cada vez eran menos frecuentes. Había empezado a olvidarse, al menos eso quería creer. La verdad era más bien que nunca lo conseguiría del todo. Aún era capaz de imaginar su cara perfectamente y, en cierto modo, se alegraba de ello. Al mismo tiempo, deseaba que la imagen se volviera borrosa, desvaída.

Trató de concentrarse otra vez en el trabajo. Los mejores días podía incluso pensar que era entretenido de verdad. Constituía un reto entender y controlar la economía de un ayuntamiento, con sus eternas alternativas entre consideraciones políticas y lo razonable desde el punto de vista del mercado. Claro que, durante los meses que llevaba trabajando allí, había tenido que invertir gran parte de su tiempo en el Proyecto Badis. Se alegraba de que hubieran rehabilitado por fin el viejo edificio. Al igual que la mayoría de los habitantes de Fjällbacka, tanto los que seguían viviendo allí como los

que se habían mudado a otra ciudad, lamentaba siempre que pasaba el abandono en que había caído un edificio tan hermoso. Ahora había recuperado su esplendor.

Esperaba que Erling tuviera razón y se cumplieran sus promesas grandilocuentes sobre el éxito del negocio. Pero él tenía sus dudas. El proyecto ya había acarreado grandes costes de renovación, y la planificación económica se basaba en cálculos demasiado optimistas. Mats había intentado exponer sus opiniones en más de una ocasión, pero nadie se dio por enterado. Además, tenía la desagradable sensación de que algo no encajaba, pese a que había repasado el proyecto económico una y otra vez sin encontrar nada, salvo que el gasto acumulado era enorme.

Miró el reloj y comprobó que era la hora del almuerzo. Hacía mucho que no tenía apetito de verdad, pero sabía que debía alimentarse. Hoy era jueves, así que tocaban tortitas y sopa de guisantes con tocino en el Källaren. Por lo menos algo debería poder comer.

Solo los más allegados asistirían al entierro. Los demás se fueron marchando en silencio en sentido contrario, hacia el centro del pueblo. Erica se agarró fuerte de la mano de Patrik. Iban los dos justo detrás del ataúd y sentía cada paso como una descarga eléctrica en el corazón. Había intentado convencer a Anna para que no se organizara así, pero su hermana había insistido en que quería que fuera un entierro de verdad. Y aquel deseo la había sacado momentáneamente de la apatía, de modo que Erica abandonó todo

esfuerzo por tratar de convencerla y le ayudó con los preparativos necesarios para que Anna y Dan pudieran enterrar a su hijo.

Sin embargo, había un punto en el que no cedió a los deseos de la hermana. Anna quería que también estuvieran los niños, pero Erica decidió que los pequeños se quedaran en casa. Solo asistieron las dos mayores, Belinda y Malin, las hijas de Dan. Lisen, Adrian, Emma y Maja se quedaron con Kristina, la madre de Patrik, al igual que los gemelos, naturalmente. Erica se preocupó un poco pensando si no sería demasiado para Kristina, pero su suegra le aseguró muy tranquila que se las arreglaría para mantener vivos a los niños las dos horas que durara el entierro.

Se le encogía el corazón al ver la cabeza casi calva de Anna. Los médicos tuvieron que raparle el pelo para poder perforar el cráneo y aliviar la presión, que amenazaba con provocar lesiones permanentes. Ya había empezado a crecerle algo de pelusilla, pero era más oscura que su melena.

A diferencia de Anna, y del conductor del otro coche, que murió en el acto en el accidente, Erica salió milagrosamente bien parada. Sufrió una fuerte conmoción cerebral y se fracturó un par de costillas. Los gemelos nacieron muy pequeños, prematuramente y mediante cesárea urgente, pero eran fuertes y sanos y pudieron dejar el hospital al cabo de dos meses.

Erica casi se echa a llorar cuando apartó la vista de la cabeza vellosa de la hermana y posó la mirada en el pequeño ataúd blanco. Aparte de las lesiones craneales, Anna se había fracturado la pelvis. También a ella le practicaron una cesárea urgente, pero el niño había sufrido tantas lesiones y tan graves que los médicos apenas les

dieron esperanzas. Y, cuando cumplió una semana, el pequeño dejó de respirar.

El entierro tuvo que esperar, ya que Anna seguía en el hospital. Pero ayer por fin pudo volver a casa. Y hoy enterraban a su hijo, que habría llevado una vida colmada de amor. Erica vio que Dan le ponía a Anna la mano en el hombro mientras aparcaba la silla de ruedas junto a la tumba. Anna lo apartó. Así se comportaba desde el accidente. Como si su dolor fuera tan intenso que no pudiera compartirlo con nadie más. En cambio Dan sí necesitaba compartir el suyo, pero no con cualquiera. Tanto Patrik como Erica habían intentado hablar con él, y todos sus amigos hacían lo que podían. Pero él no quería compartir la pena más que con Anna. Y ella era incapaz.

Para Erica, la reacción de su hermana resultaba incomprensible. La conocía muy bien y sabía por lo que había pasado. La vida había sido muy dura con ella y este golpe amenazaba con destrozarlo todo. Pero aunque Erica lo comprendía, deseaba que las cosas hubieran sido diferentes. Anna necesitaba a Dan más que nunca, y Dan la necesitaba a ella. Ahora se comportaban como dos extraños, el uno al lado del otro, mientras bajaban la cajita para enterrarla.

Erica alargó el brazo y le puso a Anna la mano en el hombro. Anna no la rechazó.

Presa de una energía nerviosa, Annie empezó a limpiar y a fregar. Ventilar abriendo las ventanas había surtido un efecto benéfico, pero el olor a cerrado persistía en las cortinas y en la ropa de cama, y lo

fue arrojando todo a un gran cesto de ropa con el que bajó al muelle. Armada con algo de jabón y la vieja tabla de lavar que había en la vivienda desde que tenía memoria, se remangó y empezó el duro trabajo de lavarlo todo a mano. De vez en cuando echaba una ojeada a la casa para asegurarse de que Sam no se había despertado y había salido a la calle. Pero el pequeño dormía mucho, demasiado. Tal vez a consecuencia de la conmoción, seguro que le hacía bien tanto descanso. Una hora más, decidió Annie, luego lo despertaría para que comiera algo.

En ese momento cayó en la cuenta de que no habría nada de comer. Tendió la ropa en el tendedero, delante de la casa, y entró para mirar en los armarios. Una lata de sopa de tomate Campbells y otra de salchichas a la cerveza de Bullen fue cuanto encontró. No se atrevió a mirar la fecha de caducidad, pero se suponía que ese tipo de comestibles duraban una eternidad, y Sam y ella se las arreglarían con eso un día, al menos.

No la tentaba la idea de ir al centro. Allí se sentía segura. No quería ver a nadie, solo estar tranquila. Annie reflexionó un instante, con la lata en la mano. Solo había una solución. Tendría que llamar a Gunnar. Él le había cuidado la casa después de morir sus padres, y seguramente, podría pedirle ayuda. El teléfono fijo ya no funcionaba, pero el móvil tenía buena cobertura, así que marcó el número.

–Sverin.

El nombre despertó en ella tantos recuerdos que dio un respingo. Le llevó unos segundos serenarse lo suficiente para poder hablar.

–¿Hola? ¿Quién es?

–Sí, hola, soy Annie.

–¡Annie! –exclamó Signe Sverin.

Annie sonrió. Siempre quiso a Signe y a Gunnar, y era un sentimiento mutuo.

–Tesoro, ¿eres tú? ¿Llamas desde Estocolmo?

–No, estoy en la isla. –Comprobó sorprendida que se le hacía un nudo en la garganta. Solo había dormido unas horas y estaría hipersensible por el cansancio. Se aclaró la garganta. Llegué ayer.

–Pero mujer, tendrías que habernos avisado y habríamos ido a limpiar, tiene que estar todo sucísimo y…

–No pasa nada –dijo Annie interrumpiendo sin brusquedad la retahíla de Signe. Había olvidado lo mucho y lo rápido que hablaba–. Lo habéis cuidado todo muy bien. Y no pasa nada porque haya lavado la ropa y limpiado un poco.

Signe resopló.

–Bueno, a mí me parece que podrías haber pedido ayuda. De todos modos, ahora Gunnar y yo no tenemos nada que hacer. Ni siquiera nietos de los que ocuparnos. Pero Matte se ha mudado, ha vuelto de Gotemburgo. Le han dado un puesto en el Ayuntamiento de Tanum.

–¡Qué alegría para vosotros! ¿Y cómo es que tomó esa decisión?

Podía imaginarse a Matte. Rubio, admirado por todos y siempre alegre.

–Pues no lo sé. La verdad es que fue bastante repentino. Pero sufrió un accidente y luego me ha dado la impresión de que… Bueno, no me hagas caso, son cosas de una vieja que le da demasiadas vueltas a la cabeza. ¿Y tú qué, Annie? ¿Quieres que te

echemos una mano con algo? ¿Has venido con tu hombrecito? Nos encantaría verlo.

–Sí, he traído a Sam conmigo, pero está pachucho.

Annie calló de pronto. Nada la alegraría más que el hecho de que Signe conociera a su hijo. Pero no antes de que se hubieran instalado bien en la isla, no antes de que ella hubiera podido comprobar hasta qué punto le había afectado a Sam lo sucedido.

–Precisamente, quería preguntaros si podíais ayudarme. Aquí apenas hay comida, y no quiero sacar a Sam a la calle y llevarlo al centro…

No había terminado la frase cuando Signe la interrumpió.

–Pues claro, te ayudamos de mil amores. Gunnar tiene que salir esta tarde con el barco de todos modos, y yo puedo ir a compraros algo de comida. Dime lo que necesitas.

–Tengo aquí dinero en metálico para dárselo luego a Gunnar, si podéis adelantarlo vosotros.

–Por supuesto, querida. Venga, dime qué voy poniendo en la lista.

Annie se imaginaba a Signe poniéndose las gafas de cerca en la punta de la nariz mientras alargaba la mano en busca de papel y lápiz. Agradecida, le dijo lo que se le iba ocurriendo que podían necesitar. Incluso una bolsa de caramelos para Sam, o sería un problema cuando llegara el fin de semana. Controlaba perfectamente los días de la semana y, desde el domingo, empezaba a contar cuántos días faltaban para la bolsa de caramelos del sábado siguiente.

Cuando terminó la conversación, pensó si no debería entrar y despertar a Sam. Pero algo le dijo que más valía dejarlo dormir un

rato todavía.

No había trabajo en la comisaría. Con una delicadeza inusitada, Bertil Mellberg le había preguntado a Patrik si quería que los compañeros fueran al entierro. Pero le respondió que no. Hacía tan solo unos días que había vuelto al trabajo y todo el mundo lo trataba con muchísima discreción. Incluso Mellberg.

Paula y Mellberg fueron los primeros en llegar al lugar del accidente. Cuando vieron los dos coches, irreconocibles de lo arrugados que estaban, pensaron que era imposible que hubiera habido supervivientes. Miraron por la ventanilla de uno de los coches y reconocieron a Erica en el acto. Solo había transcurrido media hora desde que la ambulancia fue a buscar a Patrik a la comisaría, y su mujer estaría muerta o, al menos, gravemente herida. El personal de la ambulancia no pudo darle información precisa sobre la gravedad de las lesiones, y el trabajo de los bomberos a la hora de cortar el coche para sacarla fue de una lentitud insoportable.

Martin y Gösta estaban en la calle y recibieron el aviso del accidente y del colapso de Patrik varias horas después. Se dirigieron al hospital de Uddevalla, donde dedicaron toda la noche a recorrer el pasillo, a la espera. Patrik estaba en cuidados intensivos, y tanto a Erica como a su hermana Anna, que iba a su lado en el coche, las estaban operando de urgencia.

Pero Patrik ya había vuelto. Gracias a Dios, no sufrió un infarto, tal y como temieron en un principio, sino solo una angina de pecho. Al cabo de tres meses de baja, los médicos le permitieron volver al

trabajo, no sin advertirle muy seriamente que no debía estresarse. A saber cómo se hacía eso, pensó Gösta. Con un par de gemelos casi recién nacidos en casa, y lo que le había ocurrido a la hermana de Erica. El mismísimo diablo se estresaría en una situación así.

–¿No crees que deberíamos haber ido de todos modos? –preguntó Martin removiendo el café con la cucharilla–. Puede que Patrik dijera que no, pero que en realidad esperase que hubiéramos acudido.

–No, yo creo que Patrik fue sincero. –Gösta rascaba detrás de la oreja a *Ernst,* el perro de la comisaría–. Seguro que ha ido mucha gente. Aquí somos más útiles.

–¿A qué te refieres? Si no ha llamado ni el gato en todo el día.

–La calma que precede a la tempestad. Según se vaya acercando julio, echarás de menos los días sin borracheras, atracos y peleas.

–Tienes razón –dijo Martin. Él siempre había sido el más jovencito de la comisaría, pero ya no estaba tan verde. Tenía unos cuantos años de experiencia y había participado en varias investigaciones de las peores. Además, había sido padre, y en cuanto Pia dio a luz a su hija, se sintió como si hubiera crecido varios palmos.

–¿Has visto la invitación que nos ha llegado? –Gösta alargó el brazo en busca de una galleta Ballerina, antes de comenzar con el proceso habitual de separar cuidadosamente la parte más clara, con agujero, de la base, más oscura.

–¿Qué invitación?

–Al parecer vamos a tener el honor de ser conejillos de indias en ese sitio nuevo que están construyendo en Fjällbacka.

–¿Te refieres a Badis? –preguntó Martin algo más animado.

–Sí señor, el nuevo proyecto de Erling. Esperemos que vaya mejor que la locura aquella de *Fucking Tanum.*

–Pues a mí me parece estupendo. Muchos hombres se ríen ante la sola idea de hacerse un tratamiento facial, pero yo me lo hice una vez en Gotemburgo y no te imaginas lo agradable que fue. Tuve la piel como el culito de un bebé durante semanas.

Gösta miró con desagrado a su joven colega. ¿Tratamiento facial? Por encima de su cadáver.

–Bueno, ya veremos lo que ofrecen. Espero que al menos tengan buena cocina. Quizá un bufé de postres.

–No lo creo –rio Martin–. En esos sitios se trata más de guardar la línea que de llenar la tripa.

Gösta lo miró con expresión ofendida. Él pesaba exactamente lo mismo que cuando terminó el instituto. Resopló, ya con otra galleta en la mano.

Cuando llegaron a casa, reinaba un caos total. Maja y Lisen estaban saltando en el sofá, Emma y Adrian se peleaban por una película de DVD, y los gemelos lloraban a pleno pulmón. La madre de Patrik parecía a punto de tirarse por un acantilado.

–¡Gracias a Dios que estáis aquí! –no pudo por menos de exclamar la mujer, y dejó a los gemelos, en pleno ataque de llanto, con Patrik y Erica–. No comprendo qué les ha pasado. Están como locos. Y a estos dos he intentado darles de comer, pero cuando estoy con uno, llora el otro, y entonces el que está comiendo se

distrae, no puede comer y se pone a llorar también y… –La mujer calló para tomar aliento.

–Siéntate, mamá –dijo Patrik. Fue a buscar un biberón para Anton, que era el gemelo al que tenía en brazos. El pequeño tenía la cara como un tomate, y lloraba con toda la potencia que permitía un cuerpecillo tan pequeño.

–¿Te puedes traer también el biberón de Noel? –preguntó Erica, que trataba de consolar al otro bebé.

Anton y Noel eran aún muy pequeños. No como Maja, que ya de bebé era grande y rolliza. Aun así, eran enormes en comparación con cuando nacieron. Como polluelos se los veía en las incubadoras, llenos de tubos conectados a aquellos bracitos. Eran unos luchadores, decían en el hospital. No tardaron en recuperarse y empezaron a crecer enseguida, pues casi siempre comían con mucho apetito. Sin embargo, ella seguía preocupada.

–Gracias. –Erica se sentó con el biberón que le daba Patrik y con Noel en brazos. El pequeño empezó a comer enseguida chupando con avidez. Patrik se sentó en el otro sillón con Anton, que dejó de llorar tan rápido como su hermano. Desde luego, no poder amamantarlos tenía sus ventajas, pensó Erica. Podían repartirse la responsabilidad de los pequeños, lo que fue imposible con Maja: entonces tenía la sensación de que su hija se pasaba las veinticuatro horas pegada al pecho.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó Kristina. Bajó a Maja y a Lisen del sofá y les dijo que fueran a jugar al cuarto de Maja. Emma y Adrian ya estaban arriba, ellos no se habían hecho de rogar.

–Pues qué quieres que te diga –respondió Erica–. Me preocupa Anna.

–Y a mí. –Patrik se rebulló un poco en el sillón para encontrar una postura más cómoda–. Tengo la impresión de que está aislándose de Dan. Lo está dejando fuera.

–Lo sé. He intentado hablar con ella, pero después de todo lo que ha pasado… –Erica meneó la cabeza. Era tan injusto… Anna había vivido durante años en lo que bien podía calificarse como un infierno, pero últimamente parecía haber hallado la paz de espíritu. Y se sentía tan feliz por el hijo que esperaban ella y Dan… Sí, lo ocurrido era una crueldad inexplicable.

–Emma y Adrian parecen llevarlo bastante bien. –Kristina echó una mirada hacia el piso de arriba, desde donde se oían las risas de los dos pequeños.

–Sí, eso parece –dijo Erica–. En estos momentos se alegran sobre todo de que su madre haya vuelto del hospital. Pero no estoy segura de que no reaccionen a lo ocurrido más adelante.

–Supongo que tienes razón –dijo Kristina mirando a su hijo–. ¿Y tú, cómo estás? ¿No deberías quedarte en casa un poco más y descansar como es debido? Nadie te agradecerá que te mates trabajando en la comisaría. Lo que te ha pasado es un aviso.

–Bueno, por ahora, la cosa está más tranquila allí que en casa –dijo Erica mirando a los gemelos–. Pero tienes razón, yo ya se lo he dicho.

–Volver al trabajo me ha sentado muy bien, pero si me lo pidieras, me quedaría en casa un poco más, ya lo sabes. –Patrik dejó

el biberón vacío en la mesa y recostó a Anton sobre su hombro para que eructara.

–Ya nos las arreglamos perfectamente.

Erica era totalmente sincera. Cuando nació Maja se sentía como si viviera envuelta en una espesa niebla permanente, pero ahora todo era distinto. Tal vez porque los acontecimientos que rodearon la llegada de los gemelos no dejaron lugar para la depresión. El hecho de que hubieran adquirido unas rutinas fijas en el hospital constituía una ventaja. Ahora dormían y comían estupendamente según un horario y, además, al mismo tiempo. Así que no, no le preocupaba lo más mínimo si sería o no capaz de cuidar sola a sus hijos. Disfrutaba cada segundo que podía pasar con ellos, después de lo cerca que había estado de perderlos.

Cerró los ojos, se inclinó y pegó la nariz a la cabecilla de Noel. Por un instante, la pelusilla del pequeño le recordó a Anna, y cerró los ojos con más fuerza aún. Ojalá se le ocurriera un modo de ayudar a su hermana, porque por ahora se sentía bastante impotente. Respiró hondo, como para consolarse con el aroma de Noel.

–Mi niño –susurró con la boca pegada a su cabeza–. Mi niño.

–¿Qué tal van las cosas en el trabajo? –Signe trató de usar un tono aséptico mientras servía en el plato pastel de carne picada, guisantes, puré de patatas y salsa de nata. Una buena ración.

Matte no había hecho sino remover la comida en el plato desde que volvió al pueblo, a pesar de que ella le preparaba sus platos favoritos cada vez que cenaba con ellos. La cuestión era si comía

algo cuando estaba solo en su apartamento. En todo caso, estaba flaco como un pajarillo. Por fortuna, al menos tenía un aspecto más sano ahora que las secuelas de la agresión habían desaparecido. Cuando fueron a verlo al hospital Sahlgrenska, Signe no pudo reprimir un grito de horror. Lo habían destrozado. Tenía la cara tan inflamada que a duras penas se veía que era él.

–Bien.

Signe dio un respingo al oír su voz. Había tardado tanto en responder a su pregunta que ya se le había olvidado. Matte araba el puré con el tenedor y pinchó un trozo de pastel de carne. Signe se sorprendió conteniendo la respiración mientras seguía con la mirada el trayecto del tenedor hacia la boca.

–Deja de mirar al muchacho mientras come –masculló Gunnar, que ya estaba sirviéndose por segunda vez.

–Perdón –dijo Signe–. Es que…, es que me alegra tanto verlo comer.

–Mamá, no me estoy muriendo de hambre. ¿Lo ves? Estoy comiendo. –Como para confirmar que estaba equivocada, volvió a cargar el tenedor y se lo llevó enseguida a la boca, antes de que la comida se cayera.

–No te harán trabajar de más en el ayuntamiento, ¿verdad?

Gunnar volvió a mirarla irritado. Pensaba que era sobreprotectora, eso lo sabía Signe, y decía que debería dejar en paz al muchacho. Pero Signe no podía evitarlo. Matte era su único hijo, y desde el día de diciembre en que nació, pronto haría cuarenta años, se despertaba de vez en cuando con el camisón empapado después de una pesadilla en la que lo veía sufrir espantos y horrores. No había

nada más importante para ella en la vida que el bienestar de Matte. Siempre lo vio así. Y sabía que a Gunnar le pasaba lo mismo, que quería a su hijo tanto como ella; pero se le daba mejor ahuyentar los malos presentimientos que llevaba aparejados el amor a un hijo.

Ella, por su parte, era perfectamente consciente de que podía perderlo todo en un instante. Cuando Matte era un bebé, soñaba con fallos cardiacos no detectados, y obligaba a los médicos a realizar exámenes exhaustivos que demostraban que el pequeño tenía una salud excelente. El primer año no dormía más de una hora seguida, porque tenía que levantarse continuamente para comprobar que seguía respirando. Cuando creció un poco y hasta que empezó la escuela, le partía la comida en trocitos para que no se atragantara y se asfixiara. Y soñaba con coches que se estrellaban contra aquel cuerpecillo blando.

En la adolescencia, los sueños de Signe empezaron a cobrar un cariz aún más negro. El coma etílico, el conducir borracho, las peleas. A veces daba tantas vueltas en la cama que despertaba a Gunnar. Tales pesadillas febriles se sucedían unas a otras, y la obligaban a esperar despierta, mirando a ratos por la ventana, a ratos al teléfono, hasta que Matte llegaba a casa. Y le saltaba el corazón en el pecho cada vez que oía que alguien se acercaba.

Empezó a pasar las noches más tranquila cuando Matte se mudó. En realidad, fue muy extraño, debería haber aumentado sus temores, ya que no podía cuidarlo continuamente. Pero sabía que su hijo no correría riesgos innecesarios. Era precavido, al menos eso había sabido inculcárselo. Y era cariñoso y nunca sería capaz de

hacerle daño a nadie. Pero su lógica implicaba que no hubiese nadie dispuesto a hacerle daño a él.

Sonrió al recordar todos los animales que Matte le había llevado a lo largo de los años. Heridos, abandonados o solamente necesitados. Tres gatos, dos erizos atropellados, un gorrión con el ala rota. Por no hablar de la serpiente que Signe descubrió por casualidad cuando fue a guardarle los calzoncillos limpios en el cajón. Después de aquel incidente, Matte tuvo que prometer con la mano en el pecho que abandonaría a los reptiles a su destino, con independencia de lo heridos o desahuciados que estuvieran. Y él aceptó a regañadientes.

Le sorprendía que no hubiese estudiado veterinaria o medicina. Pero parecía estar a gusto con sus estudios en la Escuela Superior de Ciencias Económicas y, por lo que se veía, el muchacho tenía cabeza para los números. También parecía encontrarse a gusto con el trabajo en el ayuntamiento. Aun así, había algo que la inquietaba. No era capaz de decir qué, pero las pesadillas habían vuelto. Todas las noches se despertaba sudorosa, con retazos de imágenes en la cabeza. Algo iba mal, pero sus preguntas discretas solo recibían silencio por toda respuesta. De ahí que se hubiera concentrado en conseguir que comiera. Solo con que ganara unos kilos de peso, la cosa iría bien.

–¿No quieres un poco más? –suplicó cuando Matte dejó el tenedor con el plato a medias.

–Pero Signe, déjalo ya –dijo Gunnar–. Déjalo en paz.

–No pasa nada –respondió Matte sonriendo con desgana.

El niño de mamá. No quería que su madre se ganara las reprimendas del padre por su culpa, aunque después de cuarenta

años con él, sabía que era más ladrador que mordedor. Imposible encontrar a un hombre más bueno. Como en tantas ocasiones, Signe sintió remordimientos. Sabía que era ella la equivocada, que hacía mal en preocuparse tanto.

–Perdona, Matte. No tienes que comer más, claro.

Se dirigía a él con el apodo que tenía desde que empezó a hablar y no sabía decir bien su nombre. Decía que se llamaba Matte, y así empezaron a llamarlo todos.

–¿Sabes quién ha venido al pueblo? –continuó en tono alegre, y empezó a recoger los platos para quitar la mesa.

–No, ni idea.

–Annie.

Matte se sobresaltó y se la quedó mirando.

–¡Annie! ¿Mi Annie?

Gunnar soltó una risotada.

–Ya, ya. Ya sabía yo que eso te despabilaría. Sigues teniendo debilidad por ella, ¿eh?

–Anda ya.

Signe vio de pronto ante sí al adolescente, con el flequillo tapándole los ojos mientras les contaba balbuciendo que se había echado novia.

–Le he llevado un poco de comida –dijo Gunnar–. Está en la Isla de los Espíritus.

–Huy, no la llames así –dijo Signe, estremeciéndose al oír el nombre–. Se llama Gråskär.

–¿Cuándo ha llegado? –preguntó Matte.

–Ayer, creo. Y se ha traído al chico.

–¿Y cuánto se queda?

–Dice que no lo sabe. –Gunnar se puso una pulgarada de tabaco bajo el labio y se retrepó satisfecho en la silla.

–¿Y está… está como siempre?

Gunnar asintió.

–Sí hombre, claro que está como siempre, la pequeña Annie. Tan guapa como siempre. Con la mirada algo triste, o eso me ha parecido a mí, pero puede que hayan sido figuraciones mías. Quizá haya tenido alguna discusión en casa. Quién sabe.

–Bueno, con esas cosas no hay que especular –lo reprimió Signe–. ¿Has visto al niño?

–No, Annie salió a recibirme al muelle y no me podía quedar mucho rato. Pero ve a visitarla, hombre. –Gunnar se dirigió a Matte–. Seguro que se alegra de ver gente en la Isla de los Espíritus. Perdón, Gråskär –añadió mirando con sorna a su mujer.

–Eso son tonterías y viejas supersticiones. No creo que haya que fomentarlas –dijo Signe con el ceño fruncido.

–Annie sí cree –dijo Matte en voz baja–. Siempre decía que sabía que estaban allí.

–¿Quiénes? –En realidad, Signe quería cambiar de tema, pero al mismo tiempo aguardaba expectante la respuesta de Matte.

–Los muertos. Decía que a veces los veía y los oía, pero que no querían hacer ningún daño. Que, simplemente, se habían quedado allí.

–Uf. Bueno, yo creo que lo mejor será que nos tomemos el postre. He hecho crema de ruibarbo. –Signe se levantó

bruscamente–. Pero, aunque tu padre diga un montón de bobadas, tiene razón en una cosa: seguro que se alegra si vas a visitarla.

Matte no respondió. Parecía que el pensamiento lo hubiera llevado muy lejos.

Fjällbacka, 1870

Emelie estaba muerta de miedo. Ni siquiera había visto el mar en su vida. Mucho menos lo había surcado en lo que daba la impresión de ser un barco de lo más inseguro. Se agarró fuerte a la borda. Era como si las olas la catapultasen de un lado a otro sin que ella pudiera sujetarse ni gobernar su cuerpo. Buscó la mirada de Karl, pero él tenía la vista fija y serena en lo que aguardaba allá lejos.

A ella aún le resonaban las palabras en los oídos. Seguro que no eran más que las invenciones de una vieja, pero se le habían grabado en la memoria. La anciana les preguntó que adónde iban cuando empezaron a cargar sus pertenencias en el pequeño velero, en el puerto de Fjällbacka.

–A Gråskär –le respondió ella alegremente–. Mi marido, Karl, es el nuevo vigilante del faro.

Pero la mujer no se dejó impresionar, sino que resopló y dijo con una risita extraña:

–¿A Gråskär? Ya, ya. Bueno, por aquí nadie la llama Gråskär.

–¿Ah, no? –Emelie intuyó que no debería seguir preguntando, pero le pudo la curiosidad–. Ajá, ¿y cómo la llaman?

La anciana guardó silencio al principio. Luego bajó la voz.

–Por aquí todos la llaman la Isla de los Espíritus.

–¿La Isla de los Espíritus? –La risita nerviosa de Emelie resonó en la mañana rebotando sobre las aguas–. Qué curioso. ¿Y eso por qué?

A la mujer le brillaban los ojos cuando respondió.

–Porque dicen que los que mueren allí nunca abandonan la isla.

Dicho esto, se dio media vuelta, y Emelie se quedó plantada entre los sacos y los baúles, con un extraño nudo en el estómago, en lugar de la alegría y la esperanza de hacía tan solo un momento.

Tenía el presentimiento de que fuera a encontrarse con la muerte en cualquier instante. El mar era inmenso e indomable, y se diría que estuviera absorbiéndola. No sabía nadar, y si una de esas olas enormes que, según Karl, no eran más que ondas pequeñas, volcara el barco, estaba convencida de que se vería arrastrada a las profundidades. Se agarró más fuerte aún a la borda con la mirada clavada en el suelo; o en la cubierta, como de hecho se llamaba, según Karl.

–Allí la tienes, Gråskär.

Karl quería que mirara, y ella respiró hondo y levantó la vista hacia el punto al que señalaba la proa. Lo primero que le llamó la atención fue lo hermosa que era la isla. Era pequeñita, pero la casa parecía relucir a la luz del sol, que arrancaba destellos a las rocas. A lo largo de un lateral vio que crecían malvarrosas, y se admiró al pensar en cómo podrían nacer en medio de tanta aridez. Al oeste acababa la isla en un brusco precipicio, como si hubieran cortado las rocas por la mitad. Pero por lo demás, iban descendiendo suavemente hasta adentrarse en el agua.

De repente, las olas ya no azotaban tan salvajes. Seguía deseando sentir la tierra firme bajo sus pies, pero Gråskär ya la había embrujado. Y las palabras de la anciana sobre la Isla de los

Espíritus quedaron dormidas en algún lugar de su mente. Algo tan hermoso como aquella isla no podía ocultar ningún mal.

Esa noche los oyó. Los mismos susurros, las mismas voces que cuando era pequeña. Cuando se despertó, el reloj daba las tres. En un primer momento no supo qué la había arrancado del sueño. Pero luego los oyó. Estaban hablando abajo. Arrastraron una silla. ¿De qué hablarían los muertos? ¿De lo que ocurría antes de que murieran, o de lo que estaba sucediendo en ese momento, muchos años después?

Annie estaba convencida de su presencia en la isla desde que tenía memoria. Su madre le contó que desde que era un bebé, a veces rompía a reír y a manotear de repente, como si estuviera viendo algo que nadie más podía ver. Y a medida que iba creciendo fue tomando conciencia de que estaban allí. Una voz, algo que entreveía al pasar, la sensación de que había alguien más en la habitación. Pero no querían hacerle daño. Lo supo entonces igual que ahora. Solía quedarse despierta un buen rato, escuchándolos, hasta que por fin se dormía al arrullo de sus voces.

Cuando llegó el día, solo recordaba el sonido como un sueño lejano. Preparó el desayuno para ella y para Sam, que ni siquiera quiso tomar sus cereales favoritos.

–Cariño, por favor. Solo una cucharada. ¿Una cucharadita? –Intentaba engatusarlo, sin conseguir que probara un solo bocado. Soltó la cuchara con un suspiro–. Tienes que comer, ¿comprendes? –Le acarició la mejilla.

No había pronunciado una palabra desde lo sucedido. Pero Annie ahuyentaba la inquietud arrinconándola en algún lugar del fondo de

su conciencia. Tenía que darle tiempo, no podía presionarlo, solo quedarse allí hasta que los recuerdos se enquistaran y otros vinieran a sustituirlos. No había nada mejor que estar allí, en Gråskär, lejos de todo, cerca de los acantilados, del sol y de la sal del agua marina.

–¿Sabes qué? Vamos a dejar lo de la comida y bajamos a bañarnos. –Al ver que no recibía respuesta, lo sacó fuera sin más, al sol. Con cuidado, muy despacio, lo desvistió y lo llevó al agua, como si fuera un bebé de un año, y no un niño mayorcito de cinco. El agua no estaba muy caliente, pero el pequeño no protestó, sino que la dejó que se adentrara y que lo metiera a él también, mientras le apretaba la cabeza contra el pecho con gesto protector. Aquella era la mejor medicina. Se quedarían allí hasta que amainase la tormenta. Hasta que todo volviera a ser como antes.

–Creía que no vendrías hasta el lunes. –Annika se bajó las gafas e inspeccionó a Patrik. Se había parado en la entrada de su despacho, que también era la recepción de la comisaría.

–Erica me ha echado. Dice que está harta de ver esta jeta tan fea. –Trató de sonreír, pero aún le quedaba el recuerdo del día anterior, así que no logró que la sonrisa se le reflejara en la mirada.

–Comprendo perfectamente el punto de vista de tu querida esposa –dijo Annika, aunque con la mirada tan melancólica como la de Patrik. La muerte de un bebé no dejaba a nadie indiferente, y desde que Annika y Lennart, su marido, supieron que pronto podrían ir a buscar a la niña china que habían adoptado y que tanto tiempo llevaban esperando, la recepcionista se mostraba más sensible aún a

todo lo relacionado con niños que lo pasaban mal o que sufrían de alguna manera.

–Y aquí qué, ¿no pasa nada?

–Pues no, yo diría que no, lo de siempre. La señora Strömberg ha llamado por tercera vez en lo que va de semana e insiste en que su yerno quiere matarla. Y unos jóvenes a los que detuvieron por hurto en Hedemyrs.

–O sea, a toda máquina.

–Ya ves. Así que por ahora el notición es que nos han invitado a probar todas las maravillas que promete el nuevo local de Badis.

–Pues no suena nada mal. Yo creo que podría hacer un sacrificio.

–Bueno, de todos modos, a mí me encanta la idea de que Badis haya quedado tan bonito –dijo Annika–. El edificio parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro.

–Sí, está muy bien. Pero tengo mis dudas de que sea rentable. Debe de haber costado una cantidad enorme de dinero rehabilitarlo y, ¿tú crees de verdad que la gente querrá venir aquí, solo por el *spa?*

–Pues a Erling se le va a caer el pelo. Tengo una amiga que trabaja en el ayuntamiento y dice que ha invertido una buena parte del presupuesto en ese proyecto.

–Me lo imagino. Además, en Fjällbacka todo el mundo habla de la fiesta de inauguración. Que tampoco será gratis.

–Todos los de la comisaría estamos invitados, por si no lo sabías. Así que habrá que ponerse las mejores galas.

–¿Está todo el mundo fuera? –preguntó Patrik, cambiando de tema. No le interesaba demasiado ni vestirse de traje ni ir a fiestas

de etiqueta.

–Sí, todos menos Mellberg. Estará en su despacho, como siempre. Aquí nada ha cambiado, salvo que asegura que ha vuelto tan pronto porque, según él, la comisaría estaba a punto de irse a pique en su ausencia. Por lo que me ha contado Paula, tuvieron que encontrar otra solución, si no querían que Leo iniciara una carrera precoz como luchador de sumo. Para Rita, el colmo fue el día que llegó a casa un poco antes y se encontró a Bertil metiendo un menú completo de hamburguesa en la batidora, para dárselo a Leo. Se fue derecha al trabajo y pidió reducción de jornada durante unos meses.

–Estás de broma.

–Pues no, es la pura verdad. Así que ya sabes que ahora lo tenemos aquí a tiempo completo. Pero al menos *Ernst* está contento. Mellberg lo dejaba aquí cuando estaba cuidando a Leo, y el chucho se moría de añoranza. Se pasaba los días en la cesta, lamentándose.

–Sí, bueno, en cierto modo, es un alivio que todo esté como siempre –dijo Patrik. Se dirigió a su despacho y respiró hondo antes de entrar. Cabía la posibilidad de que el trabajo le ayudase a olvidar el día anterior.

No quería volver a levantarse nunca. Solo quedarse en la cama, mirando por la ventana, viendo el cielo, a veces azul, a veces gris. Por un instante deseó incluso estar de nuevo en el hospital. Allí todo era mucho más sencillo. Tranquilo y sereno. Todos eran cuidadosos y solícitos, hablaban en voz baja y le ayudaban a comer y a lavarse. En casa, la molestaban mil cosas. Oía jugar a los niños y sus gritos

retumbaban entre las paredes. De vez en cuando entraban y la miraban con los ojos muy abiertos. Le daba la impresión de que estuvieran reclamándole algo, como si le pidieran algo que ella no podía darles.

–Anna, ¿estás dormida?

La voz de Dan. Ella habría preferido fingir que sí, pero sabía que él la descubriría.

–No.

–He preparado algo de comer. Sopa de tomate con pan tostado y queso fresco. He pensado que igual te apetecía bajar a comer con nosotros, ¿no? Los niños preguntan por ti.

–No.

–¿No quieres comer o no quieres bajar?

Anna oía perfectamente la frustración en la voz de Dan, pero no le afectaba. Ya nada le afectaba. Era como si solo tuviera vacío por dentro. Ni lágrimas, ni dolor, ni ira.

–No.

–Pero es que tienes que comer. Tienes que… –Se le quebró la voz, y dejó la bandeja en la mesita de noche con tal brusquedad que se derramó parte de la sopa.

–No.

–Yo también he perdido a un hijo, Anna. Y los niños, a un hermano. Todos te necesitamos. Todos…

Sabía que Dan buscaba las palabras adecuadas. Pero en su cabeza solo había espacio para una palabra. Una sola palabra que encontraba arraigo en el vacío. Apartó la vista.

–No.

Al cabo de un instante, oyó que Dan salía de la habitación. Y volvió a mirar por la ventana.

Le preocupaba verlo tan ausente.

–Sam, cariño... –Lo mecía y le acariciaba el pelo. Todavía no había pronunciado una palabra. Se le ocurrió de pronto que quizá debería llevarlo a un médico, pero enseguida rechazó la idea. No pensaba permitir que nadie entrara en su mundo. Pronto volvería a ser el mismo, solo necesitaba paz y tranquilidad–. ¿Quieres dormir la siesta, campeón?

El pequeño no respondió, pero ella lo llevó a la cama y lo arropó con cuidado. Luego, preparó una cafetera, se sirvió una taza de café con leche y se sentó en el muelle. También ese día hacía un tiempo espléndido y a Annie le encantaba notar en la cara el calor del sol. A Fredrik le gustaba el sol, lo adoraba. Siempre andaba quejándose del frío que hacía en Suecia, de lo poco que brillaba el sol.

¿A qué venía ahora pensar en él así, de repente? Había conseguido inhibir su recuerdo. Ya no había lugar para él en sus vidas. Fredrik, con sus exigencias constantes, con sus necesidades de controlarlo todo y a todos. Principalmente a ella, y a Sam.

Allí, en Gråskär, no había huella alguna de él. Nunca había estado en la isla, era suya, solo suya. Y él nunca quiso conocerla. «Y una mierda voy a poner yo el pie en esa porquería de isla», le decía cuando ella preguntaba. Ahora se alegraba. No había mancillado aquel lugar con su presencia. Era limpio y solo les pertenecía a ella y a Sam.

Apretó fuerte la taza de café. Los años habían pasado volando. Todo había ido cuesta abajo demasiado rápido y, al final, se vio atrapada. No le quedó escapatoria, ninguna posibilidad de huir. No tenía a nadie más, solo a Fredrik y a Sam. ¿Adónde podía ir?

Ahora eran libres por fin. Sintió la sal de la brisa marina en la cara. Lo habían conseguido. Sam y ella. Y cuando él se recuperase, podrían vivir su vida.

Annie estaba en casa. Se había pasado la noche pensando en ella después de cenar con sus padres. Annie, con aquel pelo largo y rubio y los brazos y la nariz llenos de pecas. Annie, que olía a mar y a verano y cuyo calor aún podía sentir en sus brazos, después de tantos años. Era verdad lo que decían: el primer amor nunca se olvida. Y los tres veranos pasados en Gråskär solo podían describirse como mágicos. Él iba a verla siempre que podía y juntos hicieron suya aquella isla.

Pero a veces lo asustaba. Su risa clara se quebraba de pronto, y era como si desapareciera en una oscuridad en la que él no podía alcanzarla. No era capaz de explicarle los sentimientos que la embargaban y, con el tiempo, él aprendió a dejarla tranquila cuando ocurría. El último verano, la oscuridad se presentó con más frecuencia, y ella fue alejándose poco a poco. Y cuando, llegado el mes de agosto, se despidieron y la vio subir al tren de Estocolmo con la maleta, supo que todo había terminado.

No habían vuelto a hablar desde entonces. Él había intentado llamarla cuando murieron sus padres muy poco tiempo después, al

año siguiente, pero solo pudo oír su voz en el contestador. Annie nunca le devolvió las llamadas. La casa de Gråskär pasó años vacía. Él sabía que sus padres iban a echarle un vistazo de vez en cuando, y que Annie les ingresaba dinero por cuidarla. Pero ella nunca volvió y, con el tiempo, palidecieron los recuerdos.

Ahora estaba allí. Matte se quedó con la mirada perdida ante el escritorio. Las sospechas que abrigaba cobraban fuerza, y tenía que ponerse manos a la obra con algunos asuntos. Pero el recuerdo de Annie se interponía continuamente. Cuando el sol de la tarde empezó a descender sobre el edificio municipal de Tanumshede, reunió los papeles de la mesa. Tenía que ver a Annie. Con paso decidido, salió del despacho. Se detuvo y cruzó unas palabras con Erling antes de dirigirse al coche. Le temblaba la mano cuando metió la llave y la giró en el contacto.

–¡Qué pronto llegas, cariño!

Vivianne se acercó y le plantó en la cara un beso superficial, pero él no pudo resistir la tentación de rodearle la cintura y atraerla hacia sí.

–Tranquilo, tranquilo. Resérvate esas energías para luego. –Vivianne le puso la mano en el pecho para apartarlo.

–¿Estás segura? Últimamente estoy tan cansado por las noches… –Volvió a abrazarla. Para decepción suya, ella se escabulló de nuevo y se encaminó a su despacho.

–Debes tener paciencia. Tengo tanto que hacer, que no he podido relajarme todavía. Y ya sabes cómo me pongo cuando no estoy

relajada.

–Sí, ya.

Erling se la quedó mirando un tanto desanimado. Claro que podía esperar un poco, pero llevaba más de una semana quedándose dormido en el sofá todas las noches. Por las mañanas se despertaba con uno de los cojines bajo la cabeza y una manta con la que Vivianne lo había tapado amorosamente. No lo comprendía. Seguramente sería por lo mucho que trabajaba. Desde luego, debería aprender a delegar.

–Bueno, he comprado algo rico de comer –le dijo en voz alta.

–Eres un encanto. ¿Qué es?

–Gambas de la tienda de los hermanos Olsson, y una buena botella de Chablis.

–Qué rico. Habré terminado sobre las ocho más o menos; si lo preparas para entonces, fantástico.

–Claro, cariño –murmuró Erling.

Llevó las bolsas a la cocina. En honor a la verdad, se sentía un tanto extraño. Cuando estaba casado con Viveca, era ella la que se encargaba de los asuntos terrenales, pero desde que Vivianne se mudó a vivir con él, aquella responsabilidad había ido recayendo sobre él. Por más que lo pensaba, no se explicaba cómo había ocurrido.

Lanzó un hondo suspiro y empezó a colocar la comida en el frigorífico. Luego pensó en los juegos que aguardaban aquella noche y se animó un poco. Ya se encargaría él de dejarla relajada. Y eso bien valía que se ocupara del servicio de cocina.

Erica iba jadeando mientras paseaba por Fjällbacka. El embarazo de los gemelos y la cesárea no habían favorecido ni el peso ni la forma física. Pero todo eso le resultaba ahora tan trivial… Sus dos hijos estaban sanos. Habían sobrevivido, y la gratitud que sentía todas las mañanas cuando los oía llorar hacia las seis y media era tan inmensa que todavía se le llenaban los ojos de lágrimas.

Anna, en cambio, había sufrido un golpe durísimo y, por primera vez en su vida, Erica no tenía ni idea de cómo acercarse a ella. Su relación nunca estuvo libre de complicaciones, pero desde que eran niñas, Erica se había ocupado de su hermana, era ella quien le soplaba y quien le enjugaba las lágrimas cuando se hacía una herida. En esta ocasión era diferente. La herida no era un simple arañazo, sino un profundo agujero en el alma, y Erica tenía la sensación de que lo único que hacía era contemplar cómo Anna perdía las ganas de vivir. ¿Cómo iba a poder curarla? Su hijo había muerto, y por mucho que le doliera, Erica no podía ocultar la alegría de que los suyos hubiesen sobrevivido. Después del accidente, Anna ni siquiera era capaz de mirarla. Erica iba al hospital y se sentaba junto a la cama. Pero Anna no la miró ni una sola vez.

Desde que volvió a casa, no había tenido valor de ir a verla. Tan solo había llamado unas cuantas veces para hablar con Dan, que parecía abatido y resignado. Ya no podía retrasarlo por más tiempo, así que le había pedido a Kristina que se quedase un rato en casa con los gemelos y con Maja. Anna era su hermana. Y era responsabilidad suya.

Golpeó la puerta pesadamente con la mano. Oyó la algarabía de niños jugando dentro y, al cabo de un rato, Emma le abrió la puerta.

–¡Tía Erica! –gritó encantada–. ¿Dónde están los bebés?

–Están en casa, con Maja y con la abuela. –Erica le acarició la mejilla. Se parecía tanto a Anna de pequeña…

–Mamá está triste –dijo Emma–. Se pasa el día durmiendo y papá dice que es porque está triste. Y está triste porque el bebé que tenía en la barriga prefirió irse al cielo en lugar de quedarse a vivir con nosotros. Y lo comprendo, porque Adrian es supertravieso y Lisen no para de chincharme. Pero yo habría sido muy buena con el bebé. Buenísima.

–Lo sé, cariño. Pero piensa en lo bien que se lo está pasando allá arriba, saltando entre las nubes.

–¿Como en montones y montones de camas elásticas? – preguntó Emma con cara de entusiasmo.

–Sí señor, exactamente igual que en montones de camas elásticas.

–¡Ah, pues a mí también me gustaría tener un montón de camas elásticas! –dijo Emma–. Aquí solo tenemos una en el jardín, y es enana. Solo cabe uno, y Lisen siempre tiene que ser la primera en subirse a saltar, y a mí no me toca nunca. –La pequeña se dio media vuelta y entró disgustada en la sala de estar.

Hasta ese momento, Erica no había reparado en lo que Emma acababa de decir. Había llamado a Dan papá. Sonrió. En realidad, no le sorprendía lo más mínimo, porque Dan quería a los hijos de Anna, y ese amor fue correspondido desde el principio. Y el hijo de ambos habría unido a la familia más aún. Erica tragó saliva y siguió a Emma hasta la sala de estar. Se diría que allí hubiese caído una bomba.

–Perdona el desorden –dijo Dan avergonzado–. Es que no me da tiempo de nada. Tengo la sensación de que me faltan horas.

–Te comprendo perfectamente. Me gustaría que vieras cómo tenemos la casa nosotros. –Erica se quedó un momento en la entrada y miró de reojo al piso de arriba–. ¿Puedo subir?

–Claro. –Dan se pasó la mano por la cara, que reflejaba un cansancio y una tristeza infinitos.

–Yo también quiero ir –dijo Emma. Pero Dan se puso en cuclillas, habló con ella tranquilamente y la convenció de que dejara que Erica subiera sola a ver a mamá.

El dormitorio de Dan y Anna estaba a la derecha, en el rellano. Erica levantó la mano, pero se paró con los nudillos a unos centímetros de la puerta, y la empujó despacio. Anna estaba tumbada, con la cara vuelta hacia la ventana; el sol de la tarde le daba en la cabeza y le arrancaba destellos al cuero cabelludo que se atisbaba debajo de la delicada pelusilla. A Erica se le encogió el corazón. Más que la hermana mayor, siempre fue como una madre para Anna. Sin embargo, últimamente se había equilibrado la relación, que se parecía a la normal entre dos hermanas. De un plumazo, habían vuelto cada una a su antiguo papel. Anna era pequeña y vulnerable; Erica la que se preocupaba y la cuidaba.

Respiraba tranquila y pausadamente. Se oyó un leve quejido y Erica comprendió que estaba dormida. Se acercó a la cama con paso silencioso y se sentó en el borde con cuidado de no despertarla. Muy despacio, le puso la mano en la cadera. Lo quisiera o no, ella estaría a su lado. Eran hermanas. Eran amigas.

–¡Ya estoy aquí! –anunció Patrik en voz alta, y esperó la respuesta habitual. Efectivamente. Un par de piececillos raudos resonaron en el suelo y, un segundo después, apareció Maja por la esquina, corriendo hacia él.

–¡Papáaaaa! –Le cubrió la cara de besos, como si volviera de una travesía alrededor del mundo, no de una jornada laboral.

–¡Hola, aquí está el tesoro de papá! –La abrazó fuerte, hundió la nariz en los pliegues del cuello blandito y aspiró aquel olor especial de Maja que siempre hacía que le saltara el corazón en el pecho.

–Creía que solo ibas a trabajar media jornada. –Su madre venía secándose las manos en un paño de cocina, y lo miraba con la misma expresión que cuando era adolescente y llegaba a casa después de la hora prometida.

–Sí, lo sé, pero la verdad es que ha sido estupendo volver, así que me he quedado un poco más. Aunque me lo tomo con tranquilidad. No tenemos nada grave.

–Bueno, tú sabrás lo que haces, pero al cuerpo hay que hacerle caso. Esas cosas hay que tomárselas en serio.

–Ya, ya lo sé. –Patrik esperaba que su madre dejara pronto de hablar del tema. No tenía que preocuparse. El pánico que había sentido en la ambulancia cuando iban camino del hospital de Uddevalla aún le palpitaba dentro. Creyó que iba a morir, o más bien, estaba totalmente convencido. Le pasaron por la cabeza a toda velocidad imágenes de Maja, de Erica y de los bebés, a quienes nunca llegaría a conocer, todo ello mezclado con el dolor en el pecho.

Hasta que no se despertó en cuidados intensivos, no comprendió que había sobrevivido, que solo fue una señal de alarma del cuerpo, que le indicaba que debía tomárselo con calma. Pero luego le contaron lo del accidente, y un dolor nuevo vino a sustituir al anterior. Cuando lo llevaron en silla de ruedas a ver a los gemelos, su primera reacción instintiva fue dar media vuelta y marcharse de allí: eran tan pequeños e indefensos… Vio aquel pecho tan diminuto subiendo y bajando con esfuerzo a cada suspiro, y cómo se estremecían a veces. No creyó que algo tan pequeño pudiera sobrevivir, y no quería acercarse, no quería tocarlos. Porque ignoraba si luego sería capaz de despedirse de ellos.

–¿Dónde están tus hermanos? –le preguntó a Maja. Aún la llevaba en brazos, y la pequeña seguía rodeándolo con fuerza entre los suyos.

–Están durmiendo. Pero han hecho caca. Un montón. La abuela se la limpió. Olía puaj, asqueroso. –Maja arrugó la cara entera.

–Se han portado como dos angelitos –añadió Kristina radiante–. Se han tomado casi dos biberones cada uno, y luego se han dormido sin mayor problema. Bueno, después de haber hecho caca, como ha dicho Maja.

–Voy a verlos –dijo Patrik. Desde que llegó a casa del hospital, se había acostumbrado a tenerlos cerca todo el tiempo, y los había echado de menos muchísimo en el trabajo.

Subió al piso de arriba y entró en el dormitorio. No habían querido separarlos, los acostaban en la misma cuna. Allí estaban, muy pegaditos, con las naricillas juntas. Noel tenía el brazo echado por encima de Anton, como si estuviera protegiéndolo. Patrik se

preguntaba qué papel tendría cada uno. Veía a Noel más decidido, chillaba un poco más que Anton, que parecía sencillamente satisfecho. Si le daban de comer y podía dormir cuando estaba cansado, no daba la lata y se limitaba a dejar oír un alegre parloteo. En cambio Noel era capaz de protestar de lo lindo si no estaba a sus anchas. No le gustaba ni que lo vistieran ni que le cambiaran el pañal. Y lo peor de todo era el baño. A juzgar por sus gritos, parecía que el agua se le antojara un peligro mortal.

Patrik se quedó un buen rato asomado a la cuna. A los dos se les movían los párpados mientras dormían. Se preguntó si estarían soñando lo mismo.

Annie estaba sentada en la escalinata al sol de la tarde cuando vio un barco que se acercaba. Sam ya se había dormido. Se levantó despacio y bajó al muelle.

–¿Puedo atracar aquí?

La voz le resultaba muy familiar, pero algo cambiada. Se notaban los años que habían pasado desde la última vez que se vieron. En un primer momento sintió deseos de gritar «¡No, no bajes a tierra! Este ya no es tu sitio». Pero agarró el cabo que él le había lanzado e hizo un nudo doble con mano experta para amarrar el barco. Y unos minutos después, allí estaba él, en el muelle. Annie había olvidado lo alto que era. Ella, que solía ser igual de alta que la mayoría de los hombres, podía recostar la cabeza en su pecho. Era una de las cosas que irritaban a Fredrik, que ella le sacaba unos centímetros. Así que, cuando salían juntos, no podía llevar tacones.

Nada de pensar en Fredrik ahora. No pensar en...

De repente, estaba en sus brazos. Annie no sabía cómo había ocurrido, quién dio el paso que hasta hacía un instante los separaba. De pronto, se estaban abrazando y ella notaba el jersey de lana cosquilleándole la mejilla. Se sintió segura al verse entre sus brazos y aspiró aquel aroma tan familiar, aunque llevaba años sin percibirlo. El olor a Matte.

–Eh, hola... –La abrazó más fuerte aún, como tratando de impedir que se desplomara, y así era en cierto modo. Ella quería permanecer eternamente en su abrazo, sentir todo lo que fue tan suyo hacía tanto tiempo, aunque desapareció en un torbellino de tinieblas y desesperación. Pero él la soltó al fin y la apartó un poco para contemplarla atentamente, como si la viera por primera vez.

–Estás igual –dijo. Annie vio en sus ojos que no era verdad. No era la de antes, era otra. Se le veía en la cara, lo llevaba grabado en las líneas de expresión de los ojos y alrededor de la boca, y sabía que él se había dado cuenta. Siempre se le había dado bien fingir que lo malo desaparecía si cerrabas los ojos lo bastante fuerte.

–Ven –le dijo Annie ofreciéndole la mano. Y así subieron a la casa.

–Bueno, la isla sigue igual. –El viento se llevó la voz de Mats por encima de las rocas.

–Sí, aquí no ha cambiado nada. –Annie habría querido decir más, pero él entró en la casa. Tuvo que agacharse un poco para pasar por el umbral, y el momento inicial se esfumó enseguida. Siempre le ocurría lo mismo con Matte. Recordaba las palabras que había llevado dentro toda la vida, que querían llegar hasta él, pero que se habían quedado en su interior, dejándola muda. Y él se ponía triste,

eso lo sabía. Triste al ver que ella no contaba con él cuando le sobrevenía la negrura.

Y tampoco ahora pudo dejarlo entrar, pero sí permitir que estuviera con ella allí, en la casa. Al menos, unos minutos. Lo necesitaba, necesitaba su calor. Llevaba tanto tiempo helada…

–¿Quieres un té? –Sacó un cazo sin esperar respuesta. Tenía que mantener las manos ocupadas con algo, para no desvelar que le temblaban.

–Sí, gracias. ¿Dónde tienes al muchachito? ¿Cuántos años tiene ya?

Annie lo miró extrañada.

–Mis padres me han puesto un poco al corriente –añadió Matte con una sonrisa.

–Tiene cinco años. Ya está dormido.

–Ah.

La reconfortó la decepción que advirtió en el tono de Matte. Significaba algo. Se había preguntado infinidad de veces cómo habrían sido las cosas si hubiera tenido a Sam con Matte y no con Fredrik. Claro que en ese caso, no habría sido Sam, habría sido un niño totalmente distinto. Y esa idea le resultaba impensable.

Se alegraba de que Sam estuviera durmiendo. No quería que Matte lo viera en aquel estado. Pero en cuanto mejorase, le presentaría a su hijo, cuyos ojos castaños brillaban vivaces y traviesos. En cuanto recuperase la chispa, podrían verse los tres. Annie lo deseaba de verdad.

Guardaron silencio un instante, mientras daban sorbitos de té. Era una sensación curiosa la de sentirse como extraños, la de saber que

habían permitido que el tiempo les afectase de aquel modo. Luego, empezaron a hablar. Les resultaba raro, pues no eran las mismas personas de antaño. Poco a poco, volvieron a encontrar el ritmo, el tono que fue el suyo, y pudieron eliminar las capas de todo aquello que los años habían interpuesto entre los dos.

Cuando Annie le tomó la mano y lo condujo al piso de arriba, le pareció lo más natural del mundo. Luego, se durmió entre sus brazos, con el susurro de su respiración. Fuera resonaba el azote de las olas contra las rocas.

Vivianne tapó a Erling con una manta. El somnífero lo había puesto fuera de combate, como de costumbre. Él había empezado a preguntarse por qué se quedaba dormido en el sofá todas las noches, y Vivianne sabía que debería tener cuidado. Pero ya no era capaz de acostarse a su lado y sentir su cuerpo. Imposible.

Fue a la cocina, tiró los restos de las gambas a la basura, enjuagó los platos y los metió en el lavavajillas. Había quedado un resto de vino blanco, se lo sirvió en una copa limpia y volvió al salón.

Ya faltaba tan poco…, y estaba empezando a ponerse nerviosa. Los últimos días había tenido la sensación de que lo que tan cuidadosamente habían construido estuviera a punto de derrumbarse. Bastaba con cambiar de sitio una pieza para que todo se fuese al garete. Y ella lo sabía. Cuando era joven, hallaba un placer perverso en el riesgo. Le encantaba la sensación de estar haciendo equilibrios al límite del peligro. Pero eso había cambiado. Era como si los años transcurridos llevaran aparejado un deseo

mayor de seguridad, de poder relajarse y no tener que pensar. Y estaba segura de que Anders se sentía igual. Se parecían tanto, y sabían perfectamente cómo pensaba el otro sin necesidad de expresarlo en voz alta. Así había sido desde siempre.

Vivianne se llevó la copa a los labios, pero se detuvo al notar el olor del vino. Aquel aroma invocaba recuerdos de sucesos en los que había jurado no volver a pensar. Hacía demasiado tiempo que ocurrieron. Entonces ella era otra persona, alguien que no quería volver a ser, bajo ninguna circunstancia. Ahora era Vivianne.

Sabía que necesitaba a Anders para no sucumbir a eso una vez más, para no caer en el agujero negro de recuerdos que la mancillaban y la volvían de nuevo insignificante.

Tras una última ojeada a Erling, que seguía en el sofá, se puso el chaquetón y salió a la calle. Estaba profundamente dormido. No la echaría en falta.

Fjällbacka, 1870

A Emelie le pareció estar en el séptimo cielo cuando Karl pidió su mano. Jamás pensó que pudiera ocurrir algo así. Y no es que no hubiera soñado con ello. En los cinco años que llevaba sirviendo en la finca de los padres, se había dormido más de una vez con la imagen de su rostro en la retina. Pero era inalcanzable y lo sabía. Y las duras advertencias de Edith ahuyentaron sus últimos sueños. Porque el hijo de los señores no se casaba con la criada ni aunque esta se quedara…

Karl no la había tocado nunca. Apenas le había dirigido la palabra cuando libraba del trabajo en el buque faro e iba a casa de visita. Le sonreía amablemente y se apartaba para que ella pudiera pasar. A lo sumo, le preguntaba cómo se encontraba y nunca dio a entender de ninguna manera que abrigara los mismos sentimientos que ella. Edith la llamó loca, le dijo que se quitara esas ideas de la cabeza y que dejara de ser tan soñadora.

Pero los sueños podían hacerse realidad y, las plegarias, ser atendidas. Un día, él llegó y le dijo que quería hablar con ella. Al principio Emelie se asustó, pensó que habría hecho algo mal y que iba a decirle que recogiera sus cosas y que se fuera de la finca. Pero él se quedó mirando al suelo. El flequillo oscuro le tapaba los ojos y ella tuvo que contenerse para no alargar la mano y retirárselo. Le preguntó entre balbuceos si no accedería a casarse con él. Ella no daba crédito a sus oídos, y lo miró de arriba abajo para ver si se

estaba burlando de ella. Pero él siguió hablando, le dijo que quería tenerla por esposa, sí, al día siguiente, sin más tardanza. Tanto sus padres como el cura estaban avisados, de modo que si ella accedía, podrían arreglarlo todo enseguida.

Ella dudó un instante, pero al fin musitó un «sí». Karl se inclinó y le dio las gracias mientras se retiraba retrocediendo. Ella se quedó allí un buen rato, notó cómo se le extendía el calor por el pecho, y le dio las gracias al Señor, que había oído los ruegos que le susurraba por las noches. Luego, salió corriendo en busca de Edith.

Pero Edith no reaccionó como ella esperaba, con sorpresa y algo de envidia, quizá, sino que frunció el ceño de cejas oscuras, meneó la cabeza y le dijo a Emelie que debería tener cuidado. Edith había oído por las noches conversaciones extrañas, voces que subían y callaban detrás de las puertas cerradas, desde que Karl llegó con el buque faro. Había regresado inesperadamente. Ninguno de los que servían en la finca supo de antemano que el menor de los hijos estaba en camino. Y eso no era lo habitual, dijo Edith. Emelie no la escuchó, sino que interpretó las palabras de la amiga como una señal de que le envidiaba la dicha que le había deparado el azar. Muy resuelta, le dio la espalda a Edith y dejó de hablar con ella. No quería saber nada de esas bobadas y habladurías. Y pensaba casarse con Karl.

Había pasado ya de aquello una semana y llevaban un día entero en su nueva casa. Emelie se sorprendía canturreando. Era maravilloso disponer de una casa propia que organizar. Claro que era pequeña, pero muy bonita aunque sencilla, y ella llevaba limpiando y adecentándola desde que llegaron, así que estaba todo reluciente y

con un agradable olor a jabón. Karl y ella aún no habían podido compartir momentos de tranquilidad, pero ya habría ocasiones para ello en el futuro. Él tuvo que trabajar duro para organizarlo todo. Julian, el ayudante del faro, había llegado también, y empezaron a turnarse para hacer las guardias nocturnas desde la primera noche.

Emelie no sabía qué pensar del hombre con el que iban a compartir la isla. Julian apenas le había dirigido la palabra desde que bajó a tierra en Gråskär. Y se dedicaba principalmente a mirarla de un modo que no terminaba de gustarle. Pero sería por timidez, seguro. No podía ser fácil tener que vivir con una desconocida en un lugar tan pequeño. A Karl lo conocía de cuando estuvo trabajando en el buque faro, según entendió Emelie, pero le llevaría algún tiempo acostumbrarse a ella. Y si algo tenían en la isla era tiempo. Emelie continuó trajinando en la cocina. Desde luego, Karl no tendría que arrepentirse de haberla elegido como esposa.

Alargó el brazo buscándolo. Igual que antes. Se le antojaba como si solo hiciera unos días desde la última vez que estuvieron juntos en aquella cama. Pero ahora eran adultos. Él era más anguloso, tenía más vello, y cicatrices que no le había visto antes, tanto por fuera como por dentro. Ella se había pasado un buen rato tumbada con la cabeza apoyada en su pecho, recorriéndole las marcas con el dedo. Sintió deseos de preguntarle, pero en el fondo sabía que todo era aún demasiado frágil como para resistir las indagaciones sobre los años transcurridos.

La cama ya estaba vacía. Tenía la boca seca y se sentía exhausta. Sola. La mano seguía buscando por las sábanas y la almohada, pero Matte no estaba. Como si hubiera descubierto que le habían arrebatado una parte del cuerpo durante la noche, así se sentía. Enseguida se le reavivó la esperanza. ¿Estaría abajo? Contuvo la respiración y aguzó el oído, pero no percibió el menor ruido. Annie se enrolló bien el edredón alrededor del cuerpo y puso los pies en los listones desgastados del suelo. Con mucho cuidado, de puntillas, se acercó a la ventana que daba al muelle y echó una ojeada. El barco había desaparecido. La había dejado allí sin decirle adiós. Se fue deslizando por la pared hasta quedar sentada en el suelo y notó que empezaba el dolor de cabeza. Tenía que beber algo.

Se vistió a duras penas. Se sentía como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, pero no era así. Se había dormido en sus brazos, y hacía años que no descansaba tan bien. A pesar de todo, le retumbaba la cabeza.

En el piso de abajo reinaba el silencio y se asomó a ver a Sam. Estaba despierto, pero seguía tumbado, en silencio. Sin decir nada, Annie lo llevó en brazos a la cocina. Le acarició el pelo y fue a poner café y a buscar algo de beber. Tenía tanta sed… Apuró dos grandes vasos de agua antes de que desapareciera la sensación de sequedad en la boca. Se la limpió con el dorso de la mano. El cansancio se hizo más patente, más acuciante, ahora que había apagado la sed. Pero Sam tenía que comer algo, y ella también. Coció unos huevos, preparó pan con mantequilla y unos cereales para Sam. Todo con movimientos mecánicos. Miró de reojo el cajón de la entrada. Ya no le quedaba mucho. Era importante racionarlo bien. Pero el cansancio y la visión del bote solitario en el muelle la impulsaron a dar unos pasos raudos hacia la entrada y abrir el último cajón de la cómoda. Tanteó ansiosa con la mano debajo de la ropa interior, pero los dedos no encontraban nada. Buscó una vez más por el cajón y al final sacó toda la ropa. No había nada. Quizá no recordaba bien en qué cajón lo había puesto. Abrió los otros dos cajones y los vació en el suelo, pero nada. Sintió una oleada de pánico y de repente comprendió por qué la mano no halló nada al recorrer las sábanas cuando se despertó. De repente, comprendió por qué se había ido Matte, y por qué no se había despedido.

Se derrumbó en el suelo y se encogió abrazada a las rodillas. Oyó que el agua hirviendo se salía de la olla en la cocina.

–Deja en paz al chico. –Gunnar ni siquiera levantó la vista del *Bohusläningen* al decir la misma frase que llevaba repitiendo todo el

día.

–Ya, pero puede que quiera venir a cenar esta noche, ¿no? –La voz de Signe sonaba ansiosa.

Gunnar dejó escapar un suspiro desde detrás del periódico.

–Seguro que tiene otras cosas que hacer el fin de semana. Es un hombre adulto. Si quiere venir, llamará o se pasará por aquí. No puedes dedicarte a perseguirlo. Estuvo cenando con nosotros la otra noche.

–Bueno, yo creo que voy a llamarlo de todos modos. Solo por saber cómo está. –Signe estiró el brazo para alcanzar el teléfono, pero Gunnar se lo impidió.

–Déjalo –dijo con énfasis.

Signe retiró la mano, aunque le dolía todo el cuerpo de tantas ganas como tenía de llamar al móvil de Matte, oír su voz y cerciorarse de que todo estaba en orden. Después de la agresión, se preocupaba mucho más que antes. Aquel suceso le había confirmado lo que siempre supo, que el mundo era un lugar peligroso para su hijo.

Desde un punto de vista lógico, sabía que debía ceder, pero ¿de qué valía, si todo su interior le pedía a gritos que lo protegiera? Era adulto. Y ella lo sabía. Aun así, no podía dejar de preocuparse.

Signe se dirigió silenciosamente al pasillo y descolgó el teléfono que tenían allí. Pero al oír la voz de Matte en el contestador, colgó enseguida. ¿Por qué no contestaba?

–No sé qué voy a hacer.

Erica estaba cabizbaja. De repente, reinaba una paz insólita en medio del caos. Los tres niños se habían dormido, y ellos se sentaron a la mesa de la cocina a comerse un bocadillo y a hablar sin que los interrumpieran constantemente. Pero a Erica le costaba apreciar el momento. El recuerdo de Anna no le permitía ni un segundo de paz.

–No hay mucho más que puedas hacer, solo estar ahí por si te necesita. Y tiene a Dan... –Patrik se inclinó sobre la mesa y le acarició la mano.

–¿Tú crees que me odia? –preguntó con un hilo de voz y con el llanto a flor de piel.

–¿Por qué iba a odiarte?

–Porque yo tengo dos y ella ninguno.

–Pero tú no puedes hacer nada para remediar eso. Es…, no sé cómo llamarlo. El destino, quizá. –Patrik le acariciaba el dorso de la mano.

–¿El destino? –Erica lo miraba dudosa–. Anna ya ha tenido bastante destino en su vida. Por fin comenzaba a ser feliz, y habíamos empezado a llevarnos bien. Pero ahora…, terminará odiándome, lo sé.

–¿Cómo la viste ayer?

Habían tenido tanto jaleo que no les había dado tiempo a hablar hasta aquel momento. Patrik había encendido una vela y el aleteo de la llama iluminaba a ratos la cara de Erica, que a veces quedaba en sombras.

–Estaba dormida. Me quedé con ella un rato. Se la veía tan indefensa…

–¿Qué decía Dan?

–Parecía desesperado. En estos momentos lleva sobre sus hombros una carga muy pesada, de eso me di cuenta, aunque trataba de fingir que todo iba bien. Emma y Adrian no paran de preguntar. Quieren saber adónde se ha ido el bebé que su madre tenía en la barriga, y por qué ella se pasa la vida durmiendo. Y Dan dice que no sabe qué responder.

–Saldrá de esta también, ya verás. Ha demostrado su fortaleza en otras ocasiones. –Patrik dejó la mano de Erica y volvió a los cubiertos.

–No lo sé. ¿Cuánto puede aguantar una persona antes de romperse del todo? Me temo que eso es lo que le ha pasado a Anna. –Se le quebró la voz.

–Lo único que podemos hacer es esperar. Y estar ahí para lo que haga falta. –Patrik oyó que sus palabras resonaban vacías en el aire de la cocina. Pero no tenía nada mejor que decir. Él tampoco sabía qué hacer. ¿Cómo se protege uno del destino? ¿Cómo se sobrevive a la pérdida de un hijo?

Un dúo de gritos procedente del piso de arriba los sobresaltó. Subieron juntos para atender cada uno a un gemelo. Ese era su destino. Y sentía culpa, pero también gratitud.

–Era del trabajo de Matte. Ayer no se presentó, y hoy todavía no ha aparecido. Y no han recibido noticias de que esté enfermo. –Gunnar estaba atónito, con el teléfono en la mano.

–Tampoco a mí me ha contestado al teléfono en todo el día –dijo Signe.

–Voy a su casa a ver qué ha pasado.

Gunnar ya iba hacia la puerta y se puso la cazadora por el camino. De modo que así era como se sentía Signe. Ese era el terror que le galopaba en el pecho como un animal. Así se había sentido durante todos aquellos años.

–Voy contigo. –La voz resonó decidida, y Gunnar sabía que no debía oponerse. Asintió y aguardó pacientemente mientras se ponía el abrigo.

No dijeron una palabra en el coche mientras se dirigían al barrio de bloques de alquiler. Gunnar dio un rodeo; en lugar de cruzar por el pueblo, fue por la ladera que llamaban Siete Baches, que los niños bajaban en trineo en invierno. Igual que Matte cuando era niño. Gunnar tragó saliva. Seguro que existía una explicación lógica. Pudiera ser que estuviera con fiebre y no se hubiera acordado de llamar para avisar y darse de baja. O quizá… No se le ocurrían más razones. Matte era muy responsable con esas cosas. Si no hubiera podido ir al trabajo, habría llamado.

Signe tenía la cara pálida. Miraba por la ventanilla. Se agarraba convulsivamente al bolso que tenía en las rodillas. Gunnar se

preguntaba para qué se habría llevado el bolso, y tuvo la sensación de que era un salvavidas, algo a lo que aferrarse.

Aparcaron delante del edificio de Matte. Portal B. Él habría querido entrar corriendo, pero trataba de parecer tranquilo por Signe, y se obligó a ir a paso normal.

–¿Tienes las llaves? –le preguntó su mujer, que se había adelantado con paso presuroso y ya tenía la mano en el picaporte.

–Sí, toma. –Gunnar le alargó el llavero que Matte les había dado con un juego de llaves extra.

–Pero seguro que estará en casa, así que no harán falta, claro. Abrirá él mismo y…

Gunnar oía la verborrea incoherente de Signe, que subía a toda prisa las escaleras. Matte vivía en el último piso, y los dos iban sin resuello cuando llegaron a la puerta. Tuvo que contenerse para no meter la llave en la cerradura directamente.

–Vamos a llamar primero. Si está en casa, se pondrá hecho una furia al ver que abrimos sin más. Puede que tenga visita, y por eso no ha ido al trabajo.

Signe llamó a la puerta. Oyeron resonar el timbre en el interior del apartamento. Volvió a llamar otra vez, y otra, y otra. Esperaban oír pasos dentro, los pasos de Matte al dirigirse a la puerta para abrir. Pero todo seguía en silencio.

–Pues venga, haz el favor de abrir. –Signe lo miraba acuciante.

Él asintió, la apartó y sacó el llavero. Giró la llave en la cerradura y tiró del picaporte. La puerta estaba cerrada. Desconcertado, comprendió que acababa de cerrarla él, que Matte se la habría dejado abierta. Miró a Signe, y cada uno vio el pánico reflejado en

los ojos del otro. ¿Por qué iba a tener la puerta abierta si no estaba en casa? Y si estaba allí, ¿por qué no abría?

Gunnar volvió a girar la llave y oyó el clic de la cerradura. Con las manos temblándole sin control, presionó el picaporte y abrió.

En cuanto vio el vestíbulo comprendió que Signe tenía razón.

Estaba enferma. Más enferma que nunca en la vida. El olor a vómito le llenaba la nariz. No lo recordaba, pero creía que había vomitado en un cubo que había junto al colchón. Todo estaba envuelto en bruma. Annie se movió despacio. Le dolía todo el cuerpo. Entornó los ojos, le escocían cuando intentó ver qué hora era. ¿Qué día era? ¿Y cómo estaría Sam?

Pensar en Sam le infundió la fuerza suficiente para incorporarse. Estaba tumbado junto a su cama. Dormido. Consiguió enfocar la mirada lo suficiente como para poder ver la hora. Era poco más de la una. Sam estaba durmiendo la siesta. Le acarició la cabeza.

De alguna manera, debió de arreglárselas para cuidarlo en el sopor de la fiebre. De alguna manera, su instinto maternal había sido lo bastante fuerte. Sintió una oleada de alivio por todo el cuerpo, y el dolor se hizo más llevadero. Miró a su alrededor. Había una botella de agua en la cama de Sam y, a su alrededor, paquetes de galletas, fruta y un trozo de queso. A pesar de todo, se había preocupado de darle comida y agua.

Junto al colchón había un cubo cuyo hedor le provocó náuseas. Debió de darse cuenta de que estaba poniéndose muy enferma y lo

dejó allí. Tenía el estómago vacío; seguramente, lo habría vomitado todo.

Muy despacio, intentó ponerse de pie. No quería despertar a Sam, y tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un grito. Finalmente, logró levantarse, aunque le temblaban las piernas. Tenía que beber y tomar algo sólido. No tenía hambre, pero el estómago protestaba gruñendo ante la falta de algo con lo que trabajar. Levantó el cubo, evitó mirar el interior mientras lo sacaba de la habitación. Le dio un empujón a la puerta con el hombro y, al abrirla, se estremeció de frío. El calor inminente del verano debía de haberse tomado una pausa mientras ella estuvo enferma.

Con mucho cuidado, continuó hasta el muelle y apartó la vista antes de vaciar el cubo. Alcanzó una cuerda y la ató al asa. Luego, lo hundió por el otro lado y lo enjuagó con agua del mar.

Volvió dentro encogida por el frío soplo del viento. Todo el cuerpo protestaba por el esfuerzo, y notó el sudor recorriéndole la piel. Asqueada, se quitó toda la ropa y se lavó como pudo antes de ponerse una camiseta limpia y un chándal. Con las manos temblando, se preparó una rebanada de pan, se sirvió un vaso de zumo y se sentó a la mesa de la cocina. Tardó un par de bocados en notar el sabor, pero luego se comió dos rebanadas más. Poco a poco, volvió a reanimarse.

Miró el reloj otra vez, la cuadrícula de la fecha. Tras un pequeño cálculo mental, llegó a la conclusión de que era martes. Llevaba casi tres días enferma. Tres días de vacío y de sueños. ¿Qué había soñado? Trató de atrapar las imágenes que le recorrían la memoria. Una de esas imágenes había vuelto. Annie meneó la cabeza, pero el

movimiento le provocó náuseas. Dio un bocado de la cuarta rebanada y se le calmó el estómago. Una mujer. En los sueños aparecía una mujer, y había algo en su cara. Annie frunció el ceño. La cara de la mujer le resultaba muy familiar. Sabía que la había visto antes, pero no era capaz de recordar dónde.

Se levantó. Seguro que terminaría acordándose. Pero recordaba algo del sueño. La mujer parecía tan triste… Con la misma sensación de tristeza, Annie entró en la habitación para ver cómo estaba Sam.

Patrik había dormido mal. Erica le había contagiado su preocupación por Anna y se había despertado varias veces durante la noche, presa de pensamientos sombríos sobre lo rápido que podía cambiar la vida. Su propia experiencia también le había hecho perder algo de confianza. Quizá no estuviera de más no dar la vida por supuesta, pero al mismo tiempo, un miedo pertinaz le había arraigado por dentro. Se sorprendía reaccionando con una actitud sobreprotectora desconocida en él. Prefería que Erica no llevase a los niños en el coche. A decir verdad, preferiría que no condujese sola. Y lo más seguro sería, desde luego, que ni ella ni los niños salieran nunca de casa, sino que se quedasen dentro, lejos de todo peligro.

Naturalmente, comprendía que esa manera de pensar no era ni sana ni racional. Pero había faltado tan poco..., tan poco para que él perdiera la vida, para que perdiera a Erica y a los gemelos… En cuestión de segundos, su familia habría desaparecido.

Se aferró al escritorio y se obligó a respirar pausadamente. A veces lo invadía el pánico, y tal vez debiera aprender a vivir con él. En ese caso, tendría que arreglárselas para conseguirlo: a pesar de todo, había conservado a su familia.

–¿Cómo estás? –Paula apareció de pronto en la puerta.

Patrik respiró hondo una vez más.

–Bien. Un poco cansado, eso es todo. Ya sabes, las tomas de la noche –dijo tratando de sonreír.

Paula entró y se sentó.

–Anda ya. –Lo miró fijamente, como diciéndole que ni por un momento pensaba creerse ningún tipo de excusa ni de sonrisas falsas–. Te he preguntado: ¿cómo estás?

–Con altibajos –reconoció Patrik a su pesar–. Lleva un poco de tiempo hacerse a la idea. Aunque ya estamos bien todos. Bueno, menos la hermana de Erica.

–¿Cómo se encuentra?

–Bastante mal.

–Necesita tiempo.

–Sí, supongo. Pero se ha encerrado en sí misma. Ni siquiera Erica puede hablar con ella.

–¿Y te extraña? –preguntó Paula con calma.

Patrik sabía que su colega tenía la capacidad de ir derecha al grano. Y no solía decir lo que uno quería oír, sino lo que había que decir. Rara vez se equivocaba.

–Vuestros dos hijos sobrevivieron. Anna perdió el suyo. No creo que sea tan raro que quiera excluir a Erica.

–Sí, eso es lo que ella teme. Pero ¿qué podemos hacer?

–Nada. En estos momentos, nada. Anna tiene a su familia, a su marido, el padre del niño. Antes de que Erica pueda hablar con ella otra vez, ellos dos tienen que reencontrarse. Por duro que pueda parecer, Erica debe mantenerse al margen por ahora. Eso no significa que abandone a Anna, seguirá estando ahí cuando la necesite.

–Ya, si yo lo entiendo, pero no sé cómo se lo voy a explicar a Erica. –Patrik volvió a exhalar un hondo suspiro. Hablar con Paula había aliviado la presión que sentía en el pecho.

–Yo creo que eso… –comenzó Paula, pero la interrumpieron unos golpecitos en la puerta.

–Perdón –dijo Annika, con la cara encendida–. Acaban de llamar de Fjällbacka. Han encontrado a un hombre muerto a tiros en su casa.

Al principio, todo quedó en silencio. Luego estalló una actividad febril y, en el transcurso de un minuto, Paula y Patrik iban camino del garaje. A su espalda oyeron que Annika llamaba a la puerta de Gösta y Martin para avisarles. Ellos irían en el otro coche y llegarían algo después.

–¡Esto tiene un aspecto espléndido! –Erling miró encantado a su alrededor en el local de Badis, antes de volverse hacia Vivianne–. No ha sido barato, pero por lo que al municipio se refiere, vale cada corona invertida. Yo creo que va a ser un éxito. Y teniendo en cuenta el dinero que has invertido, para nosotros será una suma insignificante una vez que hayamos recuperado los costes. No

pagaréis sueldos demasiado altos, ¿verdad? –le preguntó mirando suspicaz a una joven vestida de blanco que pasó delante de ellos.

Vivianne se le enganchó del brazo y lo llevó a una de las mesas.

–No te preocupes, somos muy conscientes de los costes. Anders siempre ha sabido controlar bien el dinero. Gracias a él obtuvimos grandes beneficios del centro de salud Ljuset y pudimos invertir aquí.

–Sí, es una suerte que cuentes con Anders. –Erling se sentó a una de las mesas del comedor, donde habían servido un aperitivo–. Por cierto, ¿consiguió localizarte Matte? La semana pasada dijo que había varias cuestiones que quería comentar con Anders y contigo.

Alargó el brazo en busca de un bollo, pero lo dejó en el plato después del primer mordisco.

–¿Qué es esto?

–Bollos de espelta.

–Mmm –dijo Erling, y se limitó a saborear el café.

–No, no ha llamado. Seguro que no era nada importante. Supongo que se pasará a vernos o llamará cuando tenga ocasión.

–Es curioso. Ayer no vino al trabajo y no ha pedido la baja por enfermedad. Y esta mañana tampoco lo he visto.

–Seguro que no es nada –aseguró Vivianne alcanzando un bollo.

–¿Puedo sentarme aquí o quieren estar solos los tortolitos? –Anders se les había acercado sin que Erling ni Vivianne se hubiesen dado cuenta. Los dos dieron un respingo, pero Vivianne lo miró sonriendo y le ofreció una silla a su hermano.

Como siempre, Erling se fijó en lo mucho que se parecían. Los dos eran rubios, con los ojos azules y el labio superior arqueado y

bien perfilado. Pero en tanto que Vivianne era dinámica y extrovertida y ejercía lo que él llamaba una atracción magnética, su hermano era reservado y tranquilo. El típico asesor financiero, pensó Erling el día que lo conoció durante su estancia en Ljuset. No es que le pareciese negativo. Con tanto dinero como había en juego, era una tranquilidad que una persona seria entendida en números se encargase de las finanzas.

–Anders, ¿a ti te ha llamado Mats? Erling dice que quería hacernos unas preguntas –dijo Vivianne.

–Sí, se pasó un momento por la oficina el viernes pasado. ¿Por qué?

Erling se aclaró la garganta.

–Pues sí, es que al final de la semana pasada me dijo que tenía unas dudas.

Anders asintió.

–Sí, ya te digo, se pasó por la oficina y aclaramos varios puntos.

–Ah, estupendo. Me alegro de que todo esté en orden –dijo Erling con una sonrisa de satisfacción.

Delante del portal había dos personas mayores que se abrazaban como consolándose mutuamente. Patrik supuso que eran los padres de la víctima. Ellos habían encontrado el cadáver y habían llamado a la Policía. Él y Paula salieron del coche y se encaminaron hacia la pareja.

–Patrik Hedström, de la Policía de Tanum. Han llamado ustedes, ¿verdad? –preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

–Sí –dijo el hombre, con las mejillas llenas de lágrimas.

Su mujer seguía con la cara apoyada en el pecho del marido.

–Es nuestro hijo –dijo sin levantar la vista–. Él… ahí arriba…

–Vamos a subir a comprobar qué ha ocurrido.

El hombre hizo amago de ir a acompañarlos, pero Patrik los retuvo.

–Creo que será mejor que esperen aquí. Pronto llegará el personal sanitario para atenderlos. Entre tanto, Paula les hará compañía.

Patrik le hizo un gesto a Paula, que se llevó a los padres a un lado. Luego, se dirigió al portal y subió al segundo piso, donde vio una puerta abierta de par en par. No tuvo que poner los pies en el apartamento para constatar que el hombre que yacía en la entrada estaba muerto. Tenía un agujero enorme en la nuca y en el suelo y las paredes se veían salpicaduras ya resecas de sangre y masa cerebral. Aquello era el escenario de un crimen, y no tenía sentido hacer nada antes de que Torbjörn y sus técnicos hubiesen

examinado el apartamento. Así que bien podía bajar otra vez y hablar con los padres de la víctima.

Una vez abajo, Patrik se apresuró a reunirse con ellos y con Paula, que estaba hablando con el personal de la ambulancia. La mujer tenía una manta sobre los hombros y aún lloraba tanto que le temblaba todo el cuerpo. Patrik decidió empezar por el hombre, que parecía más sereno, aunque también estaba llorando.

–¿Podemos hacer algo arriba? –preguntó uno de los chicos de la ambulancia señalando el edificio.

Patrik negó con la cabeza.

–No, por ahora no. Los técnicos están en camino.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Lo único que se oía era el llanto desgarrador de la mujer. Patrik se acercó al marido.

–¿Podríamos hablar un momento?

–Queremos ayudar en todo lo que podamos. Pero no comprendemos quién…

Al hombre se le quebró la voz, pero acompañó a Patrik hasta el coche de policía, tras lanzar una mirada a su mujer, que no parecía registrar lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Se sentaron en la parte trasera.

–En la placa de la puerta se lee el nombre «Mats Sverin». ¿Es su hijo?

–Sí. Pero lo llamábamos Matte.

–¿Y usted se llama…? –Patrik iba tomando notas en el bloc.

–Gunnar Sverin. Mi mujer se llama Signe. Pero ¿por qué…?

Patrik le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo.

–Vamos a hacer cuanto esté en nuestra mano por atrapar al que ha hecho esto. ¿Se encuentra bien como para responder a unas preguntas?

Gunnar asintió.

–¿Cuándo fue la última vez que vieron a su hijo?

–El jueves por la noche. Estuvo cenando con nosotros en casa. Venía mucho a cenar desde que volvió a Fjällbacka.

–¿A qué hora se fue el jueves?

–Se fue en el coche a casa a eso de las nueve, creo.

–¿Hablaron con él después? Por teléfono o en persona.

–No, nada. Signe siempre se preocupa mucho, y ha estado llamándolo todo el fin de semana, pero no respondía, y yo… Yo le decía que era una exagerada, que dejara al chico en paz. –De nuevo acudieron las lágrimas y el hombre se las secó con la manga, un tanto avergonzado.

–O sea, que nadie respondía en casa. ¿Tampoco en el móvil?

–No, solo el contestador automático.

–¿Y eso no era normal?

–No, no lo era. Signe llama quizá con más frecuencia de la cuenta, pero Matte tenía más paciencia que un ángel. –Gunnar volvió a pasarse la manga de la chaqueta por los ojos.

–¿Por eso han venido a su casa?

–Sí y no. Signe estaba preocupadísima. Y yo también, aunque trataba de disimularlo. Y cuando llamaron del ayuntamiento diciendo que no había ido al trabajo… En fin, no era propio de él. Siempre era muy puntual y muy formal para esas cosas. En eso se parecía a mí.

–¿Cuál era su trabajo en el ayuntamiento?

–Era el jefe del departamento de finanzas, desde hacía un par de meses. Por eso volvió a Fjällbacka. Tuvo suerte con ese puesto, porque aquí no hay mucho trabajo para licenciados en económicas.

–¿Y cómo es que volvió a Fjällbacka? ¿Dónde vivía antes?

–En Gotemburgo –dijo Gunnar, respondiendo en primer lugar a la segunda pregunta–. Lo cierto es que no sabemos por qué decidió volver. Pero poco antes le ocurrió algo terrible. Una pandilla le agredió cuando iba por el centro y estuvo ingresado en el hospital unas semanas. Ese tipo de sucesos pueden hacernos pensar… En cualquier caso, se mudó a Fjällbacka otra vez, y nosotros estábamos encantados. Sobre todo Signe, claro. No cabía en sí de alegría.

–¿Llegaron a averiguar la identidad de los agresores?

–No, la Policía no dio con ellos. Matte no los conocía, y tampoco podría haberlos identificado después. Pero le dieron una buena paliza. Cuando Signe y yo llegamos al Sahlgrenska para verlo, nos costó reconocerlo.

–Mmm… –murmuró Patrik.

Añadió una interrogación junto a las notas sobre la agresión. Pensaba indagar acerca de ello cuanto antes. Tendría que ponerse en contacto con los colegas de Gotemburgo.

–Es decir, ¿no saben quién podría querer hacerle daño a Mats? ¿Alguien con quien hubiese tenido algún problema?

Gunnar negó con vehemencia.

–Matte no se ha peleado con nadie en toda su vida. Todo el mundo lo quería. Y a él le caía bien todo el mundo.

–¿Y en el trabajo?

–Creo que estaba a gusto. La verdad es que el jueves me pareció un tanto preocupado, pero fue solo una impresión mía. Quizá porque tenía mucho que hacer. En cualquier caso, no mencionó que hubiese discutido con nadie. Erling es un poco especial, por lo que tengo entendido, pero Matte decía que era inofensivo y que sabía cómo había que tratarlo.

–¿Y qué me dice de su vida en Gotemburgo? ¿Estaban ustedes al corriente? ¿Amigos, novia, compañeros de trabajo?

–No, la verdad, no puedo decir que supiéramos mucho. No es que se prodigase contándonos nada al respecto. Signe trataba de sonsacarle algo de cómo le iba la vida en lo que a chicas y amistades se refiere. Pero él nunca daba muchos detalles. Hace unos años sí hablaba más de sus amigos y conocidos, pero desde que empezó en el último trabajo que tenía en Gotemburgo, daba la impresión de haberse apartado de la vida social y estar entregado solo al trabajo. Matte era así, lo absorbía el trabajo.

–¿Y desde que llegó a Fjällbacka? ¿No volvió a contactar con los viejos amigos?

Gunnar volvió a negar con un gesto.

–No, no parecía interesarle. Claro que no son muchos los que siguen viviendo aquí, la mayoría se ha mudado, pero daba la impresión de que prefería estar a lo suyo. A Signe la tenía preocupada esa actitud.

–¿Tampoco había ninguna novia?

–No lo creo. Pero claro, nosotros tampoco estábamos siempre al corriente de esos asuntos.

–¿No fue nunca con nadie a su casa? –preguntó Patrik sorprendido–. ¿Cuántos años tenía Matte? –Patrik iba preguntando y Gunnar respondía. La misma edad que Erica, pensó Patrik.

–No, la verdad es que no. Pero eso no tiene por qué significar que no tuviera novia o amigos –añadió Gunnar, como si hubiera oído los pensamientos de Patrik.

–Muy bien. Si recuerdan algo más, puede llamarme a este número. –Patrik le dio su tarjeta–. Cualquier cosa, por insignificante que les parezca. Tendremos que hablar con su mujer también. Y seguramente necesitemos hablar con usted otra vez. Espero que sea posible.

–Claro –dijo Gunnar guardando la tarjeta–. Por supuesto.

Miró por la ventanilla hacia donde se encontraba Signe que, según le pareció, había dejado de llorar. Probablemente, el personal sanitario de la ambulancia le habría administrado algún tranquilizante.

–Lo siento muchísimo –dijo Patrik. Luego se alzó el silencio entre los dos. No había mucho más que decir.

Cuando Gunnar Sverin y él salían del coche policial, vieron entrar en el aparcamiento a Torbjörn Ruud con su equipo de técnicos. Estaba a punto de comenzar esa parte tan delicada del trabajo que consistía en recoger pruebas.

Ahora que había pasado todo le costaba comprender cómo no adivinó de antemano las intenciones de Fredrik. Claro que no habría resultado tan fácil. Lo que enseñaba a la galería estaba lo bastante

pulido, y Fredrik la cortejó como nunca habría podido imaginar que la cortejaran. Al principio se rio de él, pero tal actitud constituyó un incentivo, y Fredrik empezó a esforzarse más aún, hasta que ella se ablandó. La agasajó, la llevaba de viaje al extranjero, a hoteles de cinco estrellas, la invitaba a champán y le enviaba tal cantidad de flores que casi no cabían en su apartamento. Ella merecía todo tipo de lujos, aseguraba Fredrik. Y Annie lo creyó. Era como si le hablara a una parte de ella que siempre había existido: la inseguridad y el deseo de oír que era especial, que merecía más que otras personas. ¿De dónde salía el dinero? Annie no recordaba haberse planteado esa cuestión siquiera.

Aunque el viento había arreciado, se quedó fuera, en el banco del lado de la casa que daba al sur. Ya se le había enfriado el café, pero siguió dando sorbitos de vez en cuando. Estaba encogida y le temblaban las manos. Aún le flaqueaban las piernas, y seguía teniendo el estómago revuelto. Sabía que le duraría un tiempo, no era ninguna novedad.

Poco a poco, fue entrando en el mundo de Fredrik, lleno de fiestas, viajes, gente guapa y cosas bonitas. Un hogar elegante. Se mudó con él casi enseguida, y dejó de buena gana el estudio agobiante que tenía en Farsta. ¿Cómo podría seguir viviendo allí, volver allí tras noches y días enteros en la espléndida casa de Djursholm, donde todo era nuevo, blanco y costoso?

Cuando comprendió a qué se dedicaba Fredrik, cómo ganaba el dinero, ya era demasiado tarde. Su vida estaba vinculada a la de él. Tenían amigos comunes, ella llevaba un anillo en el dedo y estaba sin trabajo, puesto que Fredrik quería que se quedara en casa y se

ocupara de que todo en su vida fuera como una seda. La triste verdad era, pese a todo, que Annie ni siquiera se alteró demasiado al enterarse. Simplemente, se encogió de hombros, tranquila y convencida de que él pertenecía a la esfera más alta de un negocio sucio, de que se encontraba tan en las alturas, que la mierda de lo más bajo no le salpicaría. Además, había cierta cantidad de emoción en todo aquello. Le proporcionaba un chute de adrenalina saber lo que se manejaba a su alrededor.

Como era lógico, nada de aquello se veía de puertas afuera. Sobre el papel, Fredrik era importador de vinos, lo cual era verdad, en cierta medida. Su empresa obtenía una cantidad más o menos normal de beneficios anuales, le encantaba visitar los viñedos que había comprado en la Toscana y tenía el proyecto de lanzar su propio vino. Esa era la versión oficial que todos conocían, y nadie la cuestionaba. A veces, mientras cenaba rodeada de personas de la nobleza y el mundo empresarial, se extrañaba de lo fácil que resultaba embaucarlos, lo bien que se tragaban todo lo que decía Fredrik. Aceptaban que aquellas sumas enormes de dinero que manejaban en las conversaciones procedían de su empresa de importación. Seguramente, porque preferían creer lo que les convenía. Exactamente igual que ella.

Al nacer Sam, todo cambió. Era Fredrik quien insistía en tener hijos. Exigía que fuera un varón. Ella no estaba muy convencida. Todavía sentía vergüenza al recordar su preocupación por cómo el embarazo afectaría a la línea, cómo limitaría sus posibilidades de celebrar almuerzos de tres horas con sus amigas o de dedicar el día

entero a ir de compras. Pero Fredrik se mostró inquebrantable, y muy a su pesar, Annie accedió.

En el preciso momento en que la matrona dejó al niño en sus brazos, su vida cambió por completo. Ninguna otra cosa importaba ya lo más mínimo. Fredrik tuvo el varón que deseaba, pero empezó a notar cómo él desaparecía en la periferia y perdía su posición. No era el tipo de hombre que toleraba que le arrebataran el primer puesto, y los celos de Sam adquirieron las formas de expresión más extraordinarias. Le prohibió amamantarlo y, en contra de su voluntad, contrató a una niñera para que se ocupase del niño. Pero ella no se dejó amilanar. Puso a Elena a planchar y a pasar la aspiradora, mientras que ella dedicaba las horas enteras a Sam. Nadie podía interponerse entre ellos dos. Se sentía tan segura en su nuevo papel de madre como vacilante y perdida se había sentido antes del nacimiento de su hijo.

Pero en el mismo momento en que tuvo a Sam en sus brazos, su vida empezó a desmoronarse. La violencia no era una novedad, se había manifestado cuando Fredrik bebía un poco más de la cuenta o cuando se llenaba la nariz y se le iba la pinza. Ella acababa con unos cuantos cardenales que le dolían un par de días, o sangrando un poco por la nariz. Solo eso, nada más serio.

Sin embargo, después de nacer Sam, su vida se convirtió en un infierno. El viento y los recuerdos le llenaron los ojos de lágrimas. Le temblaban tanto las manos que se salpicó de café el pantalón. Parpadeó para eliminar las lágrimas y también las imágenes. La sangre. Había tanta sangre… Los recuerdos se superponían, como

dos negativos mezclados en uno. Aquello la desconcertaba. La aterrorizaba.

Annie se levantó bruscamente. Necesitaba estar cerca de Sam. Necesitaba a Sam.

–Verdaderamente hoy es un día trágico.

Erling presidía la mesa gigante de conferencias y miraba a sus colaboradores con expresión grave.

–Pero ¿cómo fue?

Gunilla Kjellin, la secretaria, se sonaba con un pañuelo. Las lágrimas le corrían sin cesar por las mejillas.

–El policía que llamó no ha dicho gran cosa, pero he creído entender que Mats ha sido víctima de un crimen.

–¿Lo han matado?

Uno Brorsson se acomodó en la silla. Como de costumbre, llevaba la camisa de franela con estampado de cuadros remangada por encima de los codos.

–Ya digo que todavía no sé mucho, pero cuento con que la Policía nos mantendrá informados.

–¿Cómo afecta eso al proyecto? –Uno se atusó un poco el bigote, como siempre que se alteraba.

–En nada. Eso quiero dejarlo claro aquí y ahora ante todos vosotros. Matte invirtió muchas horas en el Proyecto Badis, y él habría sido el primero en decir que debemos seguir adelante. Todo continuará tal y como dictan los planes, y yo mismo asumiré la

responsabilidad de las finanzas hasta que encontremos a un buen sustituto.

–¿Cómo es posible que habléis ya de reemplazarlo? –sollozó Gunilla.

–Vamos, Gunilla.

Erling no sabía exactamente cómo enfrentarse a aquel estallido emocional, que hallaba de lo más inapropiado a pesar de las circunstancias.

–Tenemos una responsabilidad, por el municipio, por sus habitantes y por todos aquellos que han entregado su alma no solo a este proyecto, sino a todo aquello que emprendemos con la intención de hacer florecer a esta comunidad.

Hizo una pausa, sorprendido y satisfecho de su propia oratoria, antes de proseguir:

–Por trágico que nos resulte el hecho de que la vida de este joven se haya extinguido antes de tiempo, no podemos pararnos sin más. *The show must go on,* como dicen en Hollywood.

Reinaba ya un silencio absoluto en la sala de conferencias, y la última frase había sonado tan bien, que Erling no pudo evitar repetirla. Se irguió, sacó el pecho y con ese acento suyo de la región de Bohuslän, insistió:

–The show must go on, people. The show must go on.

Apáticos y sentados a la mesa de la cocina, el uno frente al otro. Así llevaban desde que los policías, muy amables, los dejaron en casa. Gunnar habría preferido conducir él, pero los agentes se empeñaron

en llevarlos. De modo que tuvo que dejar el coche en el aparcamiento, y se vería obligado a ir allí a pie al día siguiente para recogerlo. Pero claro, una vez allí, podría aprovechar para saludar a…

Gunnar dejó escapar un sollozo. ¿Cómo podía haberlo olvidado tan pronto? ¿Cómo era capaz de olvidar ni por un segundo que Matte había muerto? Si lo habían visto boca abajo en la alfombra de rayas que Signe le había tejido cuando se aficionó a esa labor. Boca abajo y con un agujero en la nuca. ¿Cómo había podido olvidar la sangre?

–¿Quieres que ponga un poco de café?

Tenía que romper el silencio. Lo único que oía era su corazón, y haría cualquier cosa por no tener que percibir aquellos latidos que lo obligaban a sentirse vivo y a seguir respirando suspiro tras suspiro, cuando su hijo estaba muerto.

–Voy a prepararlo.

Se levantó, aunque Signe no había respondido. Aún se encontraba bajo los efectos de los tranquilizantes y estaba inmóvil, con la mirada perdida y las manos cruzadas sobre el hule de la mesa.

Gunnar se movía mecánicamente. Puso el filtro, vertió el agua, abrió la lata del café, contó las cucharadas y apretó el botón. Enseguida empezó a salir vapor del café burbujeante.

–¿Quieres algo para acompañar el café? ¿Un trozo de bizcocho? –Hablaba con una normalidad extraña. Se acercó al frigorífico y sacó el trozo de bizcocho que Signe había hecho el día anterior. Con mucho cuidado, retiró el plástico, puso el bizcocho en la tabla y cortó

dos buenos trozos. Los colocó en sendos platos y le puso uno a Signe y el otro delante de su sitio en la mesa. Ella no reaccionó, pero Gunnar no se sentía con fuerzas para preocuparse por eso en aquellos momentos. Solo oía los latidos en el pecho, que el tintineo de los platos y el burbujeo de la cafetera consiguieron acallar unos segundos.

Una vez que el café se hubo filtrado a la jarra, se levantó para ir por dos tazas. La fuerza de la costumbre parecía tener más peso a medida que pasaban los años, y cada uno tenía su favorita. Signe siempre se tomaba el café en la delicada taza de color blanco con una orla de rosas pintada en el borde, mientras que él prefería una de cerámica, más consistente, que habían comprado en una excursión en autobús a Gränna. Café solo con un azucarillo para él, café con leche y dos azucarillos para ella.

–Aquí tienes –dijo colocando la taza junto al plato de bizcocho.

Signe no se movió. Él tomó un gran sorbo de café, que le quemó la garganta, y empezó a toser hasta que se le pasó la sensación ardiente. Dio un bocado al bizcocho, pero enseguida le aumentó en la boca hasta formar una bola enorme de azúcar, huevo y harina. Al final, la bilis le subió por la garganta y tuvo que expulsar la bola, que no paraba de crecer.

Gunnar salió corriendo, pasó por delante de Signe en dirección al baño del pasillo y se puso de rodillas con la cabeza sobre el váter. Vio café, migas y bilis caer al agua que siempre coloreaba de verde el desinfectante que Signe se empecinaba en fijar al interior de la porcelana.

Con el estómago prácticamente vacío, volvió a oír los latidos. *Bum-bum-bum.* Se inclinó y vomitó otra vez. En la cocina, a Signe se le enfriaba el café en la taza blanca decorada con rosas.

Llegó la tarde y aún no habían terminado de examinar el apartamento de Mats Sverin y alrededores. Todavía era de día, pero apenas había actividad y ya casi no pasaba gente.

–Ya está aquí –informó Torbjörn Ruud.

El técnico forense parecía cansado cuando se acercó a Patrik, móvil en mano. Patrik había trabajado con Torbjörn y su equipo en varias investigaciones de asesinato, y sentía un gran respeto por el criminalista de cabello ceniciento.

–¿Cuándo crees que habrán terminado con la autopsia? –preguntó Patrik dándose un masaje entre las cejas. Él también empezaba a notar los efectos de lo que estaba resultando ser un día muy largo.

–Tendrás que preguntárselo a Pedersen, yo no lo sé.

–¿Cuál es tu valoración preliminar?

Patrik se estremeció al notar el viento frío que azotaba el jardincillo de césped que se extendía delante del edificio. Se cerró más la cazadora.

–En mi opinión, no es muy complicado. Herida de bala en la nuca. Un disparo, murió en el acto. La bala sigue alojada en la cabeza. El casquillo que hemos encontrado es de una 9 mm.

–¿Algún rastro en el apartamento?

–Hemos hallado huellas dactilares por todas partes, y también tenemos algunas fibras. Si localizamos a algún sospechoso con el que cotejarlas, tendremos algo sobre lo que trabajar.

–Siempre y cuando sea el sospechoso quien haya dejado esas huellas y esas fibras –objetó Patrik.

La técnica era algo estupendo, pero sabía por experiencia que, para resolver un asesinato, también hacía falta una buena dosis de suerte. La gente iba y venía, y quienes habían dejado sus huellas bien podían ser amigos o familiares de la víctima. Si el asesino se encontraba entre ellos, se hallarían ante unos problemas totalmente distintos a la hora de vincular al autor de los hechos con el lugar del crimen.

–¿No te parece un poco pronto para ser pesimista?

Torbjörn le dio con el codo.

–Sí, lo siento –respondió Patrik riéndose–. Es que empiezo a notar el cansancio.

–Vas con cuidado, ¿verdad? Me han dicho que has estado a las puertas. De esas cosas tarda uno en reponerse.

–No acaba de gustarme la expresión «estar a las puertas» –protestó Patrik–. Pero sí, tienes razón, ha sido un aviso.

–Bueno. Hombre, no eres un viejo, y esperemos que sigas trabajando en la Policía muchos años.

–¿Qué opináis de los rastros que habéis recogido? –dijo Patrik tratando de desviar la conversación del tema de su salud. Aún tenía muy vivo el recuerdo del dolor en el pecho.

–Ya te digo, algo tenemos. Y todo irá al laboratorio. Como sabes, eso puede tardar un poco. Pero me deben varios favores, así que

con un poco de suerte, se darán algo más de prisa.

–Como comprenderás, agradeceremos mucho que los resultados estén cuanto antes.

Patrik seguía helado. Hacía demasiado frío para el mes de junio, y era imposible fiarse del tiempo. Ahora parecía que estuvieran a principios de primavera, pero unos días atrás hizo tanto calor que Erica y él pudieron sentarse en el jardín en manga corta.

–¿Y vosotros? ¿Habéis sacado algo en claro? ¿Alguien ha visto u oído algo? –Torbjörn señaló los edificios de los alrededores.

–Hemos llamado a todas las casas, pero hasta ahora no hemos conseguido mucho. Uno de los vecinos creyó oír un ruido el sábado por la noche, pero estaba durmiendo cuando lo despertó, así que es imposible que sepa qué lo había provocado. Aparte de eso, nada. Mats Sverin parecía una persona solitaria, al menos, en el bloque. Pero dado que se crio en Fjällbacka, y que sus padres aún viven aquí, la mayoría sabían quién era, naturalmente. Y saben que trabajaba en el ayuntamiento y eso.

–Ya, el boca oreja funciona a las mil maravillas en Fjällbacka –dijo Torbjörn–. Con un poco de suerte, ¡puede que hasta os ayude!

–Claro. Por ahora, parece que hubiera vivido como un eremita, pero volveremos a la carga mañana.

–Bueno, tú vete a casa a descansar. –Torbjörn le dio una palmada resuelta en el hombro.

–Sí, gracias, eso pienso hacer –mintió Patrik. Ya había llamado a Erica para avisar de que llegaría más tarde. Tendrían que establecer una estrategia esa misma noche. Y después de dormir unas horas,

habría que madrugar. Sabía que debería haber aprendido algo de la experiencia reciente. Pero el trabajo era lo primero. Él era así.

Erica miraba absorta la chimenea. Había tratado de no parecer preocupada cuando Patrik llamó. Por fin lo veía repuesto, se movía con más energía y tenía mejor color. Naturalmente, comprendía que tenía que quedarse a trabajar, pero le había prometido que se lo tomaría con calma, y ahora parecía haberlo olvidado.

Se preguntaba quién sería la víctima. Patrik no quiso contarle nada por teléfono, solo le dijo que habían encontrado a un hombre muerto en Fjällbacka. Ella era una mujer muy curiosa, quizá a causa de su profesión. En su oficio de escritora, seguía el impulso de la curiosidad por las personas y los sucesos. Llegado el momento, se enteraría de qué había ocurrido exactamente. Aunque Patrik no le contase todos los detalles, pronto se habrían difundido por el pueblo. Era la ventaja y la desventaja de vivir en Fjällbacka.

Aún se emocionaba y se le llenaban los ojos de lágrimas al recordar el apoyo masivo que recibieron después del accidente. Todo el mundo se ofreció a ayudar, tanto aquellos a quienes conocían bien como otras personas a las que solo habían saludado alguna vez. Les ayudaron a cuidar de Maja y de la casa y, cuando por fin volvieron del hospital, les llevaban comida y la dejaban en la entrada. Mientras estuvieron en el Sahlgrenska, siempre tuvieron la habitación rebosante de flores, tarjetas, bombones y juguetes para los niños. Todo enviado por gente del pueblo. Así eran las cosas allí. En Fjällbacka, la gente estaba unida.

Pero aquella noche y a pesar de todo, se sentía sola. El primer impulso después de hablar con Patrik fue llamar a Anna. Le dolió como siempre tomar conciencia de que no era posible y, muy despacio, dejó el teléfono inalámbrico sobre la mesa.

Los niños dormían en el piso de arriba. El fuego crepitaba en la chimenea y fuera caía la noche. Los últimos meses había tenido miedo muchas veces, pero nunca se había sentido sola. Más bien al contrario, se vio en todo momento rodeada de gente. Aquella noche, en cambio, todo estaba en silencio, desolado.

Oyó el llanto de los niños en el piso de arriba y se levantó en el acto. El rato que le llevara dar de comer a los gemelos y conseguir que se durmieran otra vez, no tendría tiempo de preocuparse por Patrik.

–Ha sido un día muy largo, pero estaba pensando que podríamos reunirnos un par de horas y ver qué tenemos, antes de ir a casa.

Patrik miró a su alrededor. Se los veía a todos cansados, pero concentrados. Hacía ya mucho tiempo que habían abandonado la idea de reunirse en un lugar distinto de la cocina, y Gösta mostró una amabilidad extraordinaria y ahora todos se habían sentado con una taza de café humeante.

–Martin, ¿podrías resumirnos lo que habéis averiguado en la ronda por el vecindario?

–Hemos visitado a los vecinos de todos los apartamentos, y conseguimos localizarlos a casi todos. Solo hay un par de apartamentos a los que tendremos que volver otro día. Lo más

interesante, naturalmente, es que nadie había oído ruido proveniente del apartamento de Mats Sverin. Ni discusiones, ni jaleo ni disparos. Pero no hemos recabado prácticamente ningún dato de interés. El único que quizá tenga algo que decirnos es el vecino del apartamento de al lado. Se llama Leandersson. La noche del viernes lo despertó un ruido que pudo ser un disparo, pero también cualquier otra cosa. Tiene un recuerdo bastante difuso. Lo único cierto es que algo lo despertó.

–¿Y no vieron a nadie entrar o salir? –preguntó Mellberg.

Annika anotaba febrilmente mientras hablaban.

–Nadie recuerda haber visto ninguna visita en todo el tiempo que vivió allí.

–¿Y de cuánto tiempo hablamos? –preguntó Gösta.

–Su padre dijo que se vino de Gotemburgo hace bastante poco. Pero había pensado hablar con los padres mañana, a ver si están más tranquilos, así que les pediré más detalles entonces –dijo Patrik.

–O sea, nada de la ronda por el vecindario. –Mellberg miraba a Martin como si lo tuviera por responsable del resultado.

–No, no mucho –dijo Martin sosteniéndole la mirada. Seguía siendo el más joven de la comisaría pero, desde luego, había perdido el respeto rayano en el miedo que le inspiraba Mellberg cuando empezó.

–Continuemos. –Patrik volvió a tomar la palabra–. Yo estuve hablando con el padre, la madre estaba demasiado alterada para interrogarla. Y, como decía, había pensado ir a su casa mañana para mantener con ellos una conversación más exhaustiva y ver si puedo sacar algo más en limpio. Pero según Gunnar, el padre de la víctima,

ninguno de los dos conoce a nadie que quisiera hacerle daño a su hijo. No parece que tuviera un círculo de amistades cuando volvió a Fjällbacka, aunque era de aquí. Quisiera que alguno de vosotros fuera mañana a hablar con sus compañeros de trabajo. Paula y Gösta, ¿podéis encargaros vosotros?

Los dos agentes se miraron y asintieron.

–Martin, tú sigue tratando de localizar a los vecinos con los que aún no hemos hablado. Ah, y Gunnar mencionó que Mats había sufrido una agresión grave en Gotemburgo, poco antes de mudarse aquí; yo me encargaré de indagar ese asunto.

Por último, Patrik se dirigió a su jefe. Ya se había convertido en una rutina tratar de reducir al mínimo las influencias perniciosas de Mellberg en cualquier investigación.

–Bertil –dijo con tono muy serio–. A ti te necesitamos en la comisaría, en calidad de mando. Tú eres quien mejor se entiende con la prensa, y nunca sabemos cuándo se olerán algo.

Mellberg, que estaba en un rincón, se despabiló enseguida.

–Por supuesto, eso es lo mejor. Yo tengo una relación excelente con la prensa, y gran experiencia a la hora de manejar a los periodistas.

–Perfecto –concluyó Patrik sin el menor indicio de ironía en la voz–. Pues ya tenemos todos algo con lo que empezar mañana. Annika, a ti te iremos encargando las tareas según vayamos necesitando información.

–Aquí me tenéis –dijo Annika, y cerró el bloc de notas.

–Bien. Pues ahora nos vamos a casa con nuestros seres queridos, a ver si dormimos unas horas.

Al decir aquello, sintió con toda intensidad hasta qué punto echaba de menos a Erica y a los niños. Era muy tarde y había pasado el límite del cansancio. Diez minutos después, iba camino de Fjällbacka.

Fjällbacka, 1870

Karl no la había tocado aún de ese modo… Emelie se sentía desconcertada. No sabía mucho de esos asuntos, pero entendía que entre marido y mujer debían suceder algunas cosas que aún no se habían dado entre ellos.

Le habría gustado tener allí a Edith, que no se hubiese estropeado todo antes de que ella se marchara de la finca. Así habría podido hablar con ella o, al menos, haberle escrito pidiéndole consejo. Porque una mujer no podía atreverse a abordar un tema así con su marido. Era algo que no se hacía. Pero desde luego, resultaba un tanto extraño.

Además, en Gråskär se había enfriado el primer enamoramiento. El sol otoñal había dejado paso a un viento gélido que enfurecía el mar y lo levantaba contra las rocas. Las flores se habían agostado y en el seto no quedaban ya más que unos tallos mustios. Y el cielo estaba siempre de un gris plomizo. Emelie se pasaba casi todo el tiempo en casa. Fuera temblaba de frío por mucho que se abrigara, pero la casa era tan pequeña que se diría que las paredes se acercaran unas a otras imperceptiblemente.

A veces sorprendía a Julian mirándola airado y con maldad, pero cuando ella lo miraba, él apartaba la vista. Todavía no le había dirigido la palabra, y ella no comprendía qué mal le habría hecho. Tal vez ella le recordase a otra mujer que le hubiera causado algún daño. Pero al menos, le gustaba cómo cocinaba. Tanto él como Karl

comían con apetito y, aunque le estuviera mal decirlo, se había convertido en un as a la hora de preparar buenos platos con lo que se ofrecía, que por lo general y en aquella época, era sobre todo caballa. Karl y Julian salían en el barco todos los días y solían volver con una buena captura de peces plateados. Ella freía unos cuantos para la cena y los servía con patatas cocidas. El resto lo salaba, para que se conservara durante el invierno, cuando las condiciones serían más duras.

Si Karl le dijera una palabra amable de vez en cuando, la vida en la isla le resultaría mucho más llevadera. Nunca la miraba a los ojos y ni siquiera le daba una palmadita amable. Era como si no existiera, como si no se hubiera enterado de que tenía esposa. Nada había resultado como ella lo soñó, y le resonaban en la cabeza las palabras de Edith. Cuando le dijo que debía tener cuidado.

Emelie siempre desechaba aquellos pensamientos en cuanto podía. La vida allí era dura, pero no pensaba quejarse. Era lo que le había tocado en suerte, y tenía que sacar lo mejor de la situación. Eso era lo que le había enseñado su madre mientras vivió, y pensaba seguir ese consejo. Nada resultaba nunca como uno se había imaginado.

Martin detestaba hacer la ronda por el vecindario. Le recordaba demasiado a cuando era pequeño y se veía obligado a vender lotería, calcetines y otras chorradas para conseguir dinero para los viajes escolares. Pero sabía que formaba parte del trabajo. No había otra: tenía que patear los portales, subir y bajar escaleras y llamar a todas las puertas sin dejar una. Por suerte, habían localizado a la mayoría el día anterior, y leyó la lista que llevaba en el bolsillo para ver quiénes faltaban. Empezó por el que le pareció más prometedor: el segundo de los tres apartamentos que había en la planta de Mats Sverin.

Leyó el apellido «Grip» en la puerta, y miró el reloj antes de llamar. No eran más que las ocho, pero esperaba pillar al inquilino antes de que se fuera al trabajo. Al ver que nadie acudía a abrir, dejó escapar un suspiro y volvió a llamar al timbre. El sonido chillón le hirió los oídos, pero seguía sin haber reacción. Acababa de darse media vuelta y poner un pie en el primer peldaño cuando oyó que giraban la cerradura.

–¿Sí? –resonó una voz airada.

Martin dio marcha atrás y volvió a la puerta.

–Soy policía, Martin Molin.

Habían dejado la cadena puesta y entrevió por la rendija una barba muy poblada. Y una nariz muy roja.

–¿Qué quiere?

El hecho de que fuera de la Policía no pareció atenuar la hostilidad del inquilino Grip.

–Se ha producido una muerte en el apartamento de aquí al lado. –Martin señaló la puerta de Mats Sverin, cuidadosamente sellada con cinta policial.

–Sí, ya me he enterado. –La barba le bailaba asomando por la rendija de la puerta–. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

–¿Podría entrar un minuto? –Martin recurrió al tono de voz más agradable que pudo.

–¿Por qué?

–Para hacerle unas preguntas.

–Yo no sé nada.

El hombre fue a cerrar la puerta, pero Martin metió el pie a tiempo por instinto.

–O bien hablamos aquí un rato, o nos llevará toda la tarde, porque tendrá que venir conmigo a comisaría para que lo interrogue.

Martin sabía perfectamente que no tenía autoridad para llevarse a Grip, pero probó suerte por si el hombre no sabía tanto como él.

–Bueno, entre –dijo Grip.

Quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta para que Martin pudiera entrar. Decisión que este lamentó tan pronto como percibió el hedor.

–No, no, no te escapes, bribonzuelo.

Martin atinó a ver con el rabillo del ojo a un ser peludo antes de que el hombre de la barba se abalanzara y agarrara al gato por la cola. El animal maulló protestando, pero luego se dejó atrapar y meter otra vez en la casa.

Grip cerró la puerta y Martin trató de respirar por la boca para no vomitar. Olía a basura y a cerrado, y por encima de todo flotaba un

hedor intenso a pis de gato. La explicación no se hizo esperar. Martin se quedó plantado en el umbral de la habitación, atónito. Había gatos sentados, tumbados y en movimiento por todas partes. Hizo un cálculo rápido y constató que habría unos quince, por lo menos. En un apartamento que no podía tener más de cuarenta metros cuadrados.

–Siéntese –gruñó Grip. Espantó a unos gatos que estaban en el sofá.

Martin se sentó despacio, tan al filo como pudo.

–Pregunte. No tengo todo el día. Cuando uno tiene a tantos a su cargo, no le falta el trabajo.

Un gato rechoncho de pelaje rojizo se posó de un salto en las rodillas del hombre, se acomodó y empezó a ronronear. Tenía el pelo enmarañado y heridas en las dos patas traseras.

Martin soltó una tosecita.

–Su vecino, Mats Sverin. Lo encontraron muerto ayer en el apartamento. Y estamos preguntando a los vecinos si han visto u oído algo anormal los últimos días.

–No es asunto mío ver ni oír nada. Yo me cuido de mis cosas y espero que los demás hagan lo propio.

–¿No oyó nada en el apartamento del vecino? ¿Ni vio a ningún desconocido en el rellano? –insistió Martin.

–Lo dicho. Yo voy a lo mío –dijo el hombre rascando el lomo del gato por entre las marañas de pelo.

Martin cerró el bloc y decidió darse por vencido.

–Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila?

–Gottfrid Grip, así me llamo. Y supongo que quiere saber el nombre de los demás, ¿no?

–¿De los demás? –preguntó Martin mirando a su alrededor. ¿Viviría más gente en aquel apartamento?

–Sí, esta es *Marilyn* –dijo Gottfrid señalando al gato que tenía en el regazo–. No le gustan las mujeres. Ruge nada más verlas.

Martin abrió el bloc otra vez, dispuesto a cumplir con su deber, y tomó buena nota de todo lo que decía el hombre. Al menos, podrían reírse a gusto en la comisaría.

–Ese gris de allí se llama *Errol*; el blanco de las patas marrones es *Humphrey,* luego están *Cary, Audrey, Bette, Ingrid, Lauren* y *James.*

Grip siguió recitando los nombres de los gatos y señalando, mientras Martin anotaba. Ya tenía algo que contar cuando volviera al trabajo.

Al salir, en la puerta, se detuvo.

–Seguro que ni usted ni los gatos han visto ni oído nada, ¿verdad?

–Yo no he dicho que los gatos no hayan visto nada. He dicho que yo no he visto nada. Pero *Marilyn,* por ejemplo, vio un coche muy temprano, la mañana del sábado, desde la ventana de la cocina, en cuyo alféizar estaba sentada. Me la encontré rugiendo como una loca.

–¿Marilyn vio un coche? ¿Qué coche? –dijo Martin, decidido a no pensar en lo raro que era aquello.

Grip lo miró compasivo.

–¿Usted cree que los gatos se saben las marcas de los coches? ¿Es que no está en sus cabales? –preguntó señalándose la sien y

meneando la cabeza entre risas. Cuando Martin salió, cerró la puerta y echó la cadena.

–¿Está Erling?

Gösta dio unos golpecitos discretos en el marco de la puerta del primer despacho del pasillo. Paula y él acababan de llegar a las oficinas del Ayuntamiento de Tanumshede.

Gunilla dio un salto en la silla, que tenía de espaldas a la puerta.

–¡Ay, me habéis asustado! –exclamó agitando las manos con nerviosismo.

–No era mi intención –dijo Gösta–. Estamos buscando a Erling.

–¿Es por Mats? –preguntó con un sollozo–. Es terrible. –Alargó la mano para alcanzar un paquete de pañuelos y se secó las lágrimas.

–Sí, por Mats –dijo Gösta–. Queremos hablar con todos vosotros, pero quería empezar por Erling, si es que está en su despacho.

–Sí, claro. Os acompaño.

Se levantó y, después de sonarse ruidosamente, se adelantó y los condujo a un despacho que había algo más adelante, en el mismo pasillo.

–Erling, tienes visita –dijo haciéndose a un lado.

–Hombre, hola. ¿No me digas que has venido a verme?

Erling se levantó y le estrechó la mano a Gösta calurosamente.

Luego miró a Paula como rebuscando con urgencia en la memoria.

–Petra, ¿verdad? Este cerebro mío es como una maquinaria bien engrasada, nunca olvida un dato.

–Paula –lo corrigió Paula estrechándole la mano.

Erling se quedó desconcertado un instante, y se encogió de hombros.

–Queríamos hacerte unas preguntas sobre Mats Sverin – dijo Gösta rápidamente. Se sentó en una de las sillas que había delante del escritorio de Erling, obligando así a Paula y al propio Erling a imitarlo.

–Sí, ha sido espantoso. –Erling hizo una mueca extraña–. Aquí estamos terriblemente afectados y, naturalmente, nos preguntamos qué ha ocurrido. ¿Tenéis ya alguna información?

–No mucha, por ahora. –Gösta meneó la cabeza–. Solo puedo confirmarte lo que ya os dijimos cuando llamamos ayer. Que encontraron a Sverin muerto en su apartamento y que estamos investigando las circunstancias.

–¿Lo han asesinado?

–Eso es algo que no podemos ni desmentir ni confirmar.

Gösta se dio cuenta del tono demasiado formal de su respuesta, pero sabía que tendría que vérselas con Hedström si se iba de la lengua y perjudicaba la investigación.

–Pero necesitamos vuestra ayuda –continuó–. Tengo entendido que Sverin no vino al trabajo el lunes pasado, y tampoco el martes, cuando llamasteis a sus padres. ¿Era normal que se ausentara de su puesto?

–Al contrario. No creo que faltara al trabajo un solo día desde que empezó. Ni uno solo, que yo recuerde. Ni siquiera una visita al dentista. Era puntual, cumplidor y muy exhaustivo. Por eso nos

preocupamos cuando ni se presentó ni llamó por teléfono para avisar.

–¿Cuánto tiempo llevaba trabajando aquí? –preguntó Paula.

–Dos meses. Tuvimos muchísima suerte al contratar a alguien como Mats. El anuncio llevaba puesto cinco semanas, y llamaron varios candidatos, pero ninguno tan cualificado como él, ni de lejos. Cuando se presentó, casi nos preocupaba que tuviera un perfil demasiado alto, pero nos tranquilizó asegurando que este era precisamente el trabajo que estaba buscando. Sobre todo, parecía muy interesado en volver a Fjällbacka. ¿Y quién se lo reprocha? ¡La perla de la costa! – Erling extendió los brazos.

–¿Y explicó por qué quería mudarse de nuevo a Fjällbacka? –Paula se inclinó hacia la mesa.

–No, solo dijo que quería huir del estrés de la ciudad y ganar en calidad de vida.

Erling hablaba enfatizando cada sílaba.

–O sea, que no mencionó circunstancias de carácter privado, ¿no? –Gösta empezaba a impacientarse.

–Bueno, era muy reservado para sus cosas. Yo sabía que él era de Fjällbacka y que sus padres viven allí, pero por lo demás, no recuerdo que contara nada de su vida fuera de la oficina.

–Sufrió un incidente muy desagradable poco antes de venirse de Gotemburgo. Le agredieron brutalmente y estuvo ingresado en el hospital. ¿No dijo nada al respecto? –preguntó Paula.

–No, en absoluto –respondió Erling atónito–. Tenía unas cicatrices en la cara, pero me dijo que se le había enganchado el pantalón en la rueda de la bicicleta y se había caído.

Gösta y Paula intercambiaron una mirada de perplejidad.

–¿Quién fue el agresor? ¿El mismo que…? –Erling casi susurró la pregunta.

–Según sus padres, fue un caso de violencia no provocada por parte de Sverin. No creemos que guarde relación con esto, pero desde luego, no podemos descartar ninguna hipótesis – dijo Gösta.

–¿Seguro que no contó nada sobre su época en Gotemburgo? –insistió Paula.

Erling meneó la cabeza.

–Os lo aseguro. Mats nunca hablaba de sí mismo. Era como si su vida hubiera empezado cuando empezó con nosotros.

–¿Y no os extrañó?

–Bueno, no creo que nadie pensara en eso. No es que fuera un hombre asocial, de ninguna manera. Reía y bromeaba y nos seguía cuando hablábamos de programas de televisión y de los temas que salen a relucir en las pausas del café. No se notaba mucho que nunca hablaba de sí mismo. No había caído hasta ahora.

–¿Hacía bien su trabajo? –dijo Gösta.

–Mats era un jefe financiero brillante. Era meticuloso, ordenado y concienzudo, cualidades muy deseables en quienes se encargan de las cuentas, sobre todo, en una actividad tan ligada a la política como la nuestra.

–¿No había ninguna queja contra él? –preguntó Paula.

–No, era extremadamente bueno en su trabajo. Y su intervención en el Proyecto Badis fue de un valor incalculable. Llegó cuando ya estaba en marcha, pero enseguida se puso al día y nos ayudó muchísimo hasta el final.

Gösta miró a Paula, que negó con un gesto. No tenían más preguntas por el momento, pero Gösta no podía por menos de pensar que la figura de Mats Sverin seguía siendo tan anónima e impersonal como antes de hablar con su jefe. Y no podía por menos de preguntarse qué pasaría cuando empezaran a rascar la superficie.

La casita de los Sverin tenía una ubicación ideal en Mörhult, a orillas del mar. Hacía mejor tiempo, era un día espléndido de principios de verano, y Patrik dejó la cazadora en el coche. Había llamado para avisar de su visita y, cuando Gunnar le abrió la puerta, vio desde la entrada que la mesa de la cocina estaba puesta con el café. Era lo normal en la costa. Café y pastas tanto para el luto como para las fiestas. En su trabajo como policía, se había tragado litros y litros de café en las visitas a los habitantes del municipio.

–Adelante. Iré a ver si consigo que Signe… –Gunnar no concluyó la frase y subió al piso de arriba.

Patrik se quedó esperando en el vestíbulo. Pero Gunnar tardaba y al final decidió entrar en la cocina. El silencio llenaba cada rincón de la casa, y se tomó la libertad de continuar hasta el salón. Estaba limpio y ordenado, con hermosos muebles antiguos y tapetes por todas partes, típico de las casas de las personas mayores. La habitación estaba llena de fotografías enmarcadas de Mats. Mirándolas, Patrik pudo seguir su vida desde que era un bebé hasta que llegó a la edad adulta. Parecía agradable y simpático. Alegre, feliz. A juzgar por las fotos, había tenido una buena vida.

–Signe no tardará en bajar.

Patrik estaba tan inmerso en sus pensamientos que la foto que tenía en la mano casi se le cae al oír su voz.

–Son unas fotos muy bonitas.

Dejó con cuidado el marco en la cómoda y siguió a Gunnar hasta la cocina.

–Siempre me gustó la fotografía, así que he acumulado algunas fotos a lo largo de los años. Y ahora me alegro. Me refiero a que me alegro de que haya quedado algo.

Gunnar empezó a trajinar apenado con las tazas y a servir el café.

–¿Quiere leche o azúcar? ¿Las dos cosas?

–Solo, gracias. –Patrik se sentó en una de las sillas blancas.

Gunnar le puso una taza y se sentó al otro lado de la mesa.

–Ya podemos empezar, Signe baja enseguida –dijo después de echar una ojeada nerviosa a la escalera. Arriba no se oía ningún ruido.

–¿Cómo se encuentra?

–No ha dicho una palabra desde ayer. El médico vendrá a verla luego, dentro de un rato. No quiere salir de la cama, pero no creo que haya pegado ojo en toda la noche.

–Les han mandado muchas flores –dijo Patrik señalando la encimera, donde había un montón de ramos en jarrones más o menos improvisados.

–La gente es muy amable. Incluso se han ofrecido a venir, pero no tengo fuerzas para atender a un montón de visitas.

Puso un azucarillo en el café y mojó una galleta antes de llevársela a la boca. Se diría que le costaba tragar, y tomó un sorbo de café.

–Ah, mira, aquí estás –dijo Gunnar volviéndose hacia Signe, que venía por el pasillo.

No la habían oído bajar por la escalera y Gunnar se levantó para ayudarle. La rodeó con el brazo y la acompañó a la mesa, como si fuera una anciana. Parecía haber envejecido varios años desde el día anterior.

–El médico no tardará en llegar. Tómate un café y una galleta, Signe. Tienes que comer algo. ¿No quieres que te prepare un bocadillo?

Ella meneó la cabeza. La primera reacción que indicaba que al menos había entendido lo que le decía su marido.

–Lo siento muchísimo.

Patrik no pudo evitar tomarle la mano. Signe no la apartó, pero tampoco respondió al gesto, sino que la dejó inmóvil, como si fuera una extremidad muerta.

–Habría preferido no venir a molestarles en un momento como este. O bueno, cuando está tan reciente…

Como de costumbre, le costaba encontrar las palabras adecuadas. Desde que era padre, le resultaba aún más difícil hablar con personas que habían perdido a un hijo, ya fuese niño o adulto. ¿Qué se le podía decir a una persona que se sentía como si le hubieran arrancado el corazón? Porque así se imaginaba él que debían de sentirse.

–Sabemos que es su trabajo. Y, naturalmente, queremos que encuentren a quien… lo hizo. Si podemos ayudar de alguna manera, estamos más que dispuestos.

Gunnar se había sentado junto a su mujer, y acercó un poco más la silla, con un gesto protector. Signe no había tocado el café.

–Bebe un poco –le dijo Gunnar, y le llevó la taza a los labios. La mujer tragó reacia unos cuantos sorbos.

–Ayer ya les hice algunas preguntas, pero ¿podrían empezar hablándome un poco más de Mats? Lo que sea, no importa, puede ser algo que les apetezca contar.

–Era tan bueno… desde que era un bebé –dijo Signe. Tenía la voz reseca y rota. Desentrenada–. Dormía las noches enteras desde el principio y nunca daba un problema. Pero yo me preocupaba, desde siempre. Como a la espera de que le ocurriera algo horrible.

–Y al final, tenías razón. Debería haberte hecho más caso –dijo Gunnar bajando la mirada.

–No, eras tú quien tenía razón –dijo Signe. Parecía que hubiese despertado de pronto del sopor–. Malgasté tanto tiempo y perdí tanta alegría en preocuparme, mientras que tú eras feliz y te sentías agradecido por lo que teníamos, y por Matte. Porque cuando por fin ocurre, es imposible estar preparado. Me he pasado la vida preocupándome por todo lo habido y por haber, pero jamás habría podido prepararme para esto. Debería haber disfrutado más de él –calló un instante–. ¿Qué quería saber? –continuó, y tomó un sorbo de café, sin ayuda, esta vez.

–Cuando se fue de casa, ¿se mudó directamente a Gotemburgo?

–Sí, después del instituto, entró en la Escuela Superior de Ciencias Económicas. Sacaba muy buenas notas –respondió Gunnar sin disimular su orgullo.

–Pero venía a menudo los fines de semana –añadió Signe. Hablar de su hijo parecía surtir un efecto benéfico. Incluso le había vuelto el color a las mejillas y tenía la mirada más clara.

–Bueno, con los años, cada vez menos, claro, pero los primeros cursos venía prácticamente todos los fines de semana – asintió Gunnar.

–¿Y le iba bien con los estudios?

Patrik decidió seguir hablando de lo que les infundía confianza y tranquilidad.

–Sí, también en la facultad obtenía buenos resultados –dijo Gunnar–. Nunca pude explicarme de dónde sacó aquella cabeza para estudiar. De mí no, desde luego.

Gunnar sonrió y, por un instante, pareció olvidar por qué estaban hablando de aquello. Pero luego cayó en la cuenta, y se le murió la sonrisa en los labios.

–¿Y qué hizo después de terminar los estudios?

–El primer trabajo fue en la asesoría fiscal, ¿no? –Signe se volvió a Gunnar con el ceño fruncido.

–Sí, yo creo que sí, pero por más que me esfuerce, no recuerdo cómo se llamaba. Era algo americano. Pero allí solo se quedó unos años. En realidad, nunca le gustó. Muchos números y muy pocas personas, decía siempre.

–¿Qué pasó luego? –A Patrik ya se le había enfriado el café, pero siguió bebiendo a sorbitos.

–Estuvo en varios sitios. Si queréis saber dónde con exactitud, puedo mirarlo. Pero los últimos cuatro años, fue el responsable económico de una asociación altruista llamada Fristad.

–¿Qué tipo de asociación era?

–Para mujeres que huyen de maridos violentos, les ayudan a reconstruir su vida. A Matte le encantaba trabajar allí. Apenas hablaba de otra cosa.

–¿Y por qué lo dejó?

Gunnar y Signe se miraron, y Patrik comprendió que ellos se habían formulado la misma pregunta.

–Bueno, nosotros lo relacionamos con lo que le ocurrió. Tal vez no se sentía seguro viviendo en la ciudad –respondió Gunnar.

No, pensó Patrik, desde luego que no era seguro. Cualquiera que fuese la razón que lo impulsó a irse de Gotemburgo, la violencia terminó encontrándolo.

–Y después de la agresión, ¿cuánto tiempo estuvo en el hospital?

–Tres semanas, si no recuerdo mal –dijo Gunnar–. Nos quedamos sobrecogidos cuando fuimos a verlo al Sahlgrenska.

–Enséñale las fotos –dijo Signe con serenidad.

Gunnar se levantó y se dirigió a la sala de estar. Volvió a la mesa, con una caja en las manos.

–En realidad, no sé por qué las he guardado. No son de las que uno arde en deseos de sacar y contemplar. –Con su mano huesuda, Gunnar sacó despacio las primeras fotografías de la caja.

–¿Puedo verlas? –Patrik extendió el brazo y Gunnar le dio el montón de fotos–. ¡Madre mía!

No pudo contenerse al ver las fotos de Mats Sverin en el hospital. Resultaba imposible reconocerlo como el Mats de las fotos que había visto en la sala de estar. Tenía la cara hinchada, y también la cabeza. Y la piel de diversos tonos de rojo y morado.

–Sí –dijo Gunnar, apartando la vista.

–Dijeron que la cosa podría haber acabado muy mal, pero tuvo suerte, dadas las circunstancias. –Signe cerró los ojos para contener el llanto.

–Y, según tengo entendido, no dieron con los agresores, ¿verdad?

–No. ¿Cree que esto guardará relación con lo que le ha ocurrido? La agresión se produjo en la calle, y fueron unas personas totalmente desconocidas. Una pandilla de chicos. Al parecer, le había dicho a uno de ellos que no se pusiera a orinar delante de su portal. Según nos contó, no los había visto nunca. ¿Por qué iban a…? –A Signe se le quebró la voz.

Gunnar le acarició el brazo para tranquilizarla.

–Nadie sabe nada todavía. La Policía solo quiere averiguar tanto como sea posible.

–Exacto –dijo Patrik–. Por ahora no tenemos ninguna hipótesis. Queremos saber más acerca de Mats y de su vida. –Se volvió a Signe–. Su marido dijo que Mats no tenía novia en estos momentos, que ustedes supieran.

–No, ese tema siempre lo llevó con toda discreción. De hecho, yo ya empezaba a perder la esperanza de tener nietos –dijo Signe. Pero, al caer en la cuenta de lo que acababa de decir, de que había desaparecido toda esperanza de tener nietos, empezó a llorar.

Gunnar le apretó la mano entre las suyas.

–Yo creo que en Gotemburgo tenía a alguien –continuó Signe con el llanto en la voz–. No es que él nos lo contara, era más bien una sensación mía. Y a veces, cuando venía a vernos, le olía la ropa a perfume. Siempre el mismo olor.

–¿Y nunca mencionó un nombre?

–No, nunca, y desde luego, no porque Signe no preguntara –dijo Gunnar con una sonrisa.

–Ya, porque no me explicaba por qué tenía que ser tan secreto. No habría pasado nada porque la hubiera traído a casa un fin de semana para que la conociéramos. Cuando nos esforzamos, sabemos comportarnos.

Gunnar meneó la cabeza.

–Bueno, ese es un tema delicado, ya lo ves.

–¿Tenían la impresión de que la mujer, quienquiera que fuese, seguía en la vida de Mats cuando se mudó a Fjällbacka?

–Pues… –Gunnar miró inquisitivo a Signe.

–No, estoy segura –afirmó esta–. Las madres nos damos cuenta de esas cosas. Y podría jurar que no había ninguna mujer en su vida.

–Yo creo que nunca olvidó a Annie –intervino Gunnar.

–Pero ¿qué bobadas dices? De eso hace una eternidad. Si eran unos niños.

–¿Y qué importa? Lo de Annie fue algo especial. Siempre lo pensé, y creo que Matte… Ya viste cómo reaccionó cuando le dijimos que había vuelto, ¿no?

–Ya, pero ¿qué edad tenían? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

–Bueno, yo sé lo que creo –dijo Gunnar adelantando la barbilla–. Y además, dijo que iba a ir a verla.

–Perdón –interrumpió Patrik–. ¿Quién es Annie?

–Annie Wester. Matte y ella crecieron juntos. Estaban en la misma clase que su mujer, por cierto, tanto Matte como Annie.

Gunnar se sintió un poco avergonzado de admitir que conocía a Erica. Pero a Patrik no le sorprendió. Aparte de que en Fjällbacka se conocía todo el mundo, los vecinos llevaban un control algo más exhaustivo de Erica, después del éxito cosechado con sus libros.

–¿Sigue viviendo aquí?

–No, hace mucho que se mudó. Se fue a Estocolmo y Matte y ella perdieron el contacto. Pero es propietaria de una isla del archipiélago. Se llama Gråskär.

–¿Y cree que Mats fue a verla?

–No sé si tuvo tiempo de ir… –dijo Gunnar–. Pero no tenéis más que llamar a Annie y preguntarle. –Se levantó y fue a buscar una nota que tenía en el frigorífico–. Aquí tiene su móvil. No sé cuánto se quedará. Ha venido con su hijo.

–¿Suele venir por aquí?

–No, la verdad es que nos sorprendió un poco. Apenas ha venido desde que se trasladó a Estocolmo, y ya han pasado muchos años desde la última vez. Pero la isla es suya. La compró su abuelo hace tiempo, y Annie es la única propietaria, puesto que no tiene hermanos. Nosotros le hemos ayudado cuidándole la casa, pero el faro quedará insalvable si no se hace algo pronto.

–¿El faro?

–Sí, en la isla hay un viejo faro del siglo diecinueve. Y una sola casa. En ella vivía antiguamente el farero con su familia.

–Parece un tanto solitario. –Patrik apuró el café e hizo una mueca.

–Solitario o agradable y tranquilo, según se mire –dijo Signe–. Claro que yo no habría sido capaz de pasar allí sola ni una noche.

–¿No decías que eso eran bobadas y viejas supersticiones? –preguntó Gunnar.

–¿El qué? –preguntó Patrik lleno de curiosidad.

–La gente la llama la Isla de los Espíritus. Según cuentan en esta zona, le pusieron el nombre porque quienes mueren allí no la abandonan nunca –explicó Gunnar.

–O sea que hay fantasmas, ¿no?

–¡Bah! La gente dice tantas cosas… –resopló Signe.

–Bueno, sea como sea, llamaré a Annie. Muchísimas gracias por el café y las galletas, y por haberme dedicado su tiempo. –Patrik se levantó y colocó la silla en su sitio.

–Ha sido un regalo poder hablar de él un rato –dijo Signe con un hilo de voz.

–¿Podría llevármelas prestadas? –preguntó Patrik señalando las fotos del hospital Sahlgrenska–. Les prometo que tendremos mucho cuidado con ellas.

–Sí, claro, quédeselas. –Gunnar le entregó las copias–. Tenemos una de esas cámaras digitales modernas, así que guardo las imágenes en el ordenador.

–Gracias –respondió Patrik, y las metió en el maletín.

Signe y Gunnar lo acompañaron hasta la puerta. Cuando se sentó en el coche, aún recordaba las fotos de Mats Sverin de niño, de adolescente, de adulto. Decidió almorzar en casa. Sentía una necesidad imperiosa de darles un beso a los gemelos.

–¿Cómo está hoy el ojito derecho del abuelo?

También Mellberg había ido a casa a almorzar, y tan pronto como entró por la puerta, Rita le dio a Leo y él empezó a subirlo por los aires. El niño chillaba entre risas.

–Claro, cómo no. En cuanto el abuelo llega a casa, ya puede perderse la abuela. –Rita adoptó una expresión severa, pero enseguida se adelantó sonriendo para besar las mejillas rollizas del nieto y del abuelo.

Desde la participación de Bertil en el nacimiento de Leo, existía entre él y el pequeño un lazo inquebrantable, y nada podía satisfacer más a Rita. Aun así, sintió un gran alivio cuando Bertil se dejó convencer para empezar a trabajar otra vez a jornada completa. Fue una buena idea descargar de trabajo a Paula, pero por mucho que Rita quisiera a su héroe, no se hacía demasiadas ilusiones sobre su buen juicio, que a ratos se le antojaba deficiente, como poco.

–¿Qué hay para almorzar? –Mellberg sentó al niño en la trona y le anudó el babero.

–Pollo y mi salsa casera, la que tanto te gusta.

Mellberg se relamía. En la vida había comido nada más exótico que carne al eneldo con patatas, pero Rita había conseguido operar en él una transformación. Su salsa era tan picante que casi le quemaba el esmalte de los dientes, pero le chiflaba.

–Anoche acabasteis tarde –dijo colocando un plato de comida más suave, que había preparado para Leo, y le dejó a Bertil la tarea de darle de comer.

–Sí, ya estamos en plena vorágine otra vez. Paula y los chicos están haciendo el trabajo de campo, pero Hedström señaló con mucho acierto que hacía falta alguien que se quedase al frente de la

comisaría, alguien capaz de manejar a la prensa. Y no hay nadie más apto que yo para asumir esa responsabilidad. –Le dio una cucharada demasiado grande a Leo, que dejó chorrear la mitad alegremente por la barbilla.

Rita se aguantó la risa. Al parecer, Patrik había conseguido una vez más arreglárselas para mantener a su jefe al margen. Le gustaba Hedström. Se las ingeniaba para tratar a Mellberg del modo adecuado: con paciencia, diplomacia y la medida justa de adulación, uno podía llevar a Bertil a donde quisiera. Ella hacía exactamente lo mismo para que la vida en casa fluyera sin fricciones.

–Pobrecillo, qué trabajo más duro –dijo mientras le servía el pollo con un buen cucharón de salsa.

El plato de Leo estaba vacío y Mellberg se empleó con el suyo. Un par de raciones después, se retrepó satisfecho en la silla y se dio unas palmaditas en la barriga.

–Qué rico estaba. Y ya sé yo cuál es el mejor colofón, ¿a que sí, chiquitín?

Se levantó y se dirigió al congelador.

Rita sabía que debería detenerlo, pero no tuvo valor. Lo dejó sacar tres helados Magnum, que repartió con expresión de felicidad. La cara de Leo apenas se atisbaba detrás del helado. Si por Bertil fuera, el pequeño no tardaría en estar tan ancho como alto. Hoy harían una excepción.

Fjällbacka, 1870

Se acercó más a Karl. Estaba tumbado en la cama, con los calzoncillos largos y la camiseta. Al cabo de un par de horas, iría a sustituir a Julian en el faro. Muy despacio, Emelie le puso una mano en la pierna. Le acarició el muslo con los dedos temblorosos. No era ella quien tenía que hacer tal cosa, pero allí fallaba algo. ¿Por qué no la tocaba? Prácticamente no le dirigía la palabra. A lo sumo, murmuraba un «gracias» después de comer, antes de levantarse de la mesa. Por lo demás, como si no existiera. Como si fuera de vidrio, invisible, apenas perceptible.

Por otro lado, tampoco estaba mucho en la casa. Pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en el faro, o arreglando algo fuera de la casa y en el barco. O estaba en alta mar. Y allí se veía ella los días enteros, más sola que la una, en aquella casa diminuta cuyas tareas no tardaba en concluir. Una vez terminadas, le quedaban muchas horas que llenar, y empezó a creer que se volvería loca. Si tuviera un hijo, tendría compañía y algo a lo que dedicarse. Entonces no le importaría que Karl trabajara de la mañana a la noche, no le importaría que no le hablara. Si tuvieran un hijo al que pudiera dedicarse.

Pero después de la vida en la finca, sabía lo suficiente como para tener la certeza de que debían ocurrir ciertas cosas entre un hombre y una mujer para que ella se quedara embarazada. Cosas que aún no habían ocurrido. Por eso recorría con la mano la pierna de Karl,

por el interior del muslo. Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, de nervios y de excitación, la deslizó por dentro de los calzoncillos.

Karl se sobresaltó y se incorporó en la cama.

–Pero ¿qué haces? –Tenía en los ojos una negrura que no le había visto antes, y Emelie retiró la mano en el acto.

–Yo… estaba pensando… –No acudían las palabras. ¿Cómo explicar lo obvio? Lo que debía ser obvio para él también: que había algo extraño en el hecho de que llevasen tres meses casados y que él no se le hubiese acercado una sola vez. Notó que el llanto afluía a raudales.

–Más valdrá que me vaya a dormir al faro. Aquí no se puede estar tranquilo.

Pasó por encima de ella, se puso la ropa y bajó ruidosamente la escalera.

Emelie sintió como si le hubiera dado una bofetada y le estuviese escociendo la mejilla. Hasta ahora la había ignorado, sí, pero nunca se había dirigido a ella con ese tono. Duro, frío, despectivo. Y la había mirado como si fuera un bicho asqueroso que hubiese salido reptando de debajo de una piedra.

Hecha un mar de lágrimas, Emelie fue a mirar por la ventana. El viento soplaba iracundo en la isla, y Karl tuvo que luchar con él para llegar al faro. Abrió la puerta y entró. Luego lo vio por la ventana de la torre, donde la luz del faro lo transformaba en una sombra.

Volvió a tumbarse en la cama y lloró. La casa crujía entre gruñidos y se diría que fuera a salir por los aires sobrevolando las

islas a través de la grisura. Pero no le infundía ningún temor. Preferiría volar a cualquier parte que seguir allí.

Sintió una caricia en la mejilla, allí donde las palabras de Karl le escocían como una bofetada. Emelie se incorporó de golpe. Allí no había nadie. Se subió el edredón hasta la barbilla y clavó la vista en los rincones tenebrosos de la habitación. Parecían vacíos. Volvió a tumbarse. Serían figuraciones suyas. Como todos los sonidos extraños que llevaba oyendo desde que llegó a la isla. Y las puertas de los armarios, que aparecían abiertas aun cuando ella estaba segura de haberlas cerrado; y el azucarero que, sin saber cómo, pasaba de la mesa de la cocina a la encimera. Todas aquellas cosas debían de ser figuraciones suyas, sí. Sería su imaginación y la soledad de la isla, que le estaban gastando una mala pasada.

Un arrastrar de sillas en el piso de abajo. Emelie se incorporó, sin aliento. Le resonaban en la cabeza las palabras de la anciana, unas palabras que había logrado inhibir durante los meses transcurridos. No quería bajar a ver, no quería saber qué habría allí abajo ni qué le había acariciado la mejilla hacía un instante.

Temblando, se tapó la cabeza con el edredón, se escondió como una niña que escapa de un terror desconocido. Allí debajo se mantuvo despierta hasta el amanecer. Ya no se oyeron más ruidos.

–¿A ti qué te parece todo esto? –dijo Paula. Gösta y ella habían comprado el almuerzo en el supermercado Konsum y estaban comiendo en la cocina de la comisaría.

–Pues extraño sí que es. –Gösta dio un bocado al gratén de pescado–. Nadie parece tener ni idea de la vida privada de Sverin. Aun así, todos le han tenido aprecio y dicen que era una persona abierta y extrovertida. No me cuadra.

–Mmm… Yo tengo la misma sensación. ¿Cómo se las arregla uno para mantener tan en secreto todo lo que no tiene que ver con el trabajo? En algún momento debió de salir a relucir algo, en un descanso, en el almuerzo, ¿no crees?

–Ya, bueno, tú tampoco es que hablaras mucho al principio.

Paula se sonrojó.

–No, desde luego, en eso tienes razón. Y a eso me refiero. Callaba porque había algo que no quería que trascendiera. No tenía ni idea de cómo ibais a reaccionar cuando os enterarais de que vivía con una mujer. La cuestión es, ¿qué querría ocultar Mats Sverin?

–Tarde o temprano nos enteraremos.

Paula notó un resoplido en la pierna. *Ernst* había acudido al olor de la comida y se le había sentado a los pies, esperanzado.

–Lo siento, amigo. Venir a mí es apostar por el caballo equivocado. Solo tengo una ensalada.

Pero *Ernst* siguió impertérrito, mirándola suplicante, y Paula comprendió que tendría que demostrárselo. Le enseñó una hoja de lechuga del plato al animal, que sacudió la cola golpeteando con ella

el suelo, entusiasmado, pero después de olisquearla, le dio el trasero con la decepción en la mirada. Se dirigió entonces a Gösta, que alargó el brazo en busca de una galleta y se la dio medio a escondidas.

–No le haces ningún favor, si es eso lo que crees –dijo Paula–. Se pondrá gordo, pero también enfermo si Bertil y tú seguís dándole tanta comida. Si mi madre no lo sacara a todas horas para que haga ejercicio, hace mucho que habría muerto.

–Sí, ya lo sé. Pero es que te mira de una forma que…

–Ya. –Paula reprendió a Gösta con la mirada.

–Bueno, esperemos que Martin o Patrik hayan conseguido algo interesante –dijo Gösta, cambiando raudo de tema–. Porque lo que es nosotros, no sabemos hoy mucho más que ayer.

–Pues no, desde luego. –Paula guardó silencio unos segundos–. Si lo piensas, es terrible. Que lo maten a uno en su casa, en su hogar, donde más seguro debería sentirse.

–Yo creo que fue alguien a quien conocía. No habían forzado la puerta, así que él mismo debió de abrir al asesino.

–Pues peor aún –dijo Paula–. Que te mate en casa alguien a quien conoces.

–Bueno, no tiene por qué ser un conocido. Los periódicos llevan tiempo hablando de gente que llama a la puerta para preguntar si pueden hacer una llamada telefónica y luego te roban todo lo que tienes. –Gösta pinchó con el tenedor el último bocado de gratén.

–Ya, pero esos suelen atacar a personas mayores. No a un joven fuerte como Mats Sverin.

–Es verdad. Pero no se puede descartar.

–Tendremos que esperar hasta saber qué han averiguado Martin y Patrik. –Paula dejó los cubiertos y se levantó–. ¿Un café para terminar?

–Sí, gracias –dijo Gösta. Le dio a escondidas otra galleta a *Ernst,* que lo premió con un lametón.

–¡Ay, era lo que necesitaba! –Erling gemía en la camilla.

Vivianne estaba dándole un masaje con mano experta, y Erling sintió que la tensión empezaba a esfumarse. Era un reto enfrentarse a una responsabilidad tan grande como la suya.

–¿Es este el servicio que vamos a ofrecer? –preguntó con la cara en el agujero de la camilla de masaje.

–Este es el masaje clásico, así que se incluirá en la lista. Pero también tenemos masaje tailandés y tratamiento con piedras calientes. Además, los clientes podrán elegir entre masaje de cuerpo entero o de cintura para arriba. –Vivianne seguía a lo suyo, mientras le hablaba con voz meliflua y adormecedora.

–Maravilloso, sencillamente maravilloso.

–También habrá ofertas especiales aparte del repertorio básico. Friegas con sales y algas, terapia de luz, tratamiento facial con algas, y cosas así. Habrá de todo. Pero eso ya lo sabes, lo dice en el folleto.

–Sí, pero me suena a música celestial de todos modos. ¿Y el personal? ¿Está ya todo el mundo preparado? –Empezaba a sentirse adormilado por el masaje; la luz y la voz de Vivianne se iban amortiguando.

–El personal no tardará en tener la preparación necesaria. De eso me he ocupado yo personalmente. Hemos conseguido gente estupenda, jóvenes entusiastas y ambiciosos.

–Maravilloso, maravilloso –repitió Erling exhalando un largo suspiro–. Será un éxito, lo presiento. –Hizo una mueca, pues Vivianne había presionado con más fuerza en un punto doloroso de la espalda.

–Tienes esta parte un poco tensa –dijo sin dejar de presionar la zona dolorida.

–Me duele –confirmó él despertándose en el acto.

–El dolor, con dolor se aplaca. –Vivianne presionó más fuerte aún, y Erling dejó escapar un lamento–. Qué barbaridad, cuánta tensión tienes acumulada.

–Seguramente se debe a lo que le ha ocurrido a Mats –dijo Erling, hablando con dificultad. Le dolía tanto que ya sentía las lágrimas en los ojos–. La Policía estuvo en el despacho esta mañana para hacerme unas preguntas, y es espantoso, la verdad.

Vivianne se detuvo en mitad de un movimiento.

–¿Qué te preguntaron?

Aliviado al ver que cesaba el dolor, al menos de forma transitoria, Erling aprovechó para respirar a gusto.

–Bueno, me preguntaron así, en general, cómo era Mats en el trabajo. Qué sabíamos de él y si cumplía con sus obligaciones.

–¿Y qué les dijiste?

Vivianne volvió manos a la obra. Gracias a Dios, se había apartado de la zona dolorida.

–Bueno, no había mucho que decir. Era tan reservado que nunca tuvimos muy claro quién era en realidad. Pero he estado revisando sus análisis económicos esta mañana y debo decir que lo tenía todo en orden. Lo cual me facilita un poco la tarea de supervisar la economía mientras encontramos a un sustituto.

–Lo harás de maravilla. –Vivianne empezó a masajearle la nuca de un modo que le erizó el vello de los brazos–. Entonces, ¿no ha dejado ningún interrogante, ninguna duda?

–No, por lo que he podido ver, todo estaba en orden. –Sintió que empezaba a adormilarse otra vez. Los dedos de Vivianne continuaron con su trabajo.

Dan miraba por la ventana sentado a la mesa de la cocina. La casa estaba en silencio. Los niños, en la escuela o la guardería. Y él había vuelto al trabajo poco a poco, pero hoy tenía el día libre. Aunque casi habría preferido trabajar. Últimamente empezaba a dolerle el estómago en cuanto emprendía el camino a casa, porque toda ella le recordaba lo que habían perdido. No solo al niño, sino también la vida que antes compartían. En el fondo, empezaba a pensar que tal vez se hubiese perdido para siempre y, de ser así, no sabía qué hacer. Aquella actitud le era impropia, pero en esos momentos sentía una impotencia absoluta, y era una sensación que detestaba.

Le dolía en el corazón pensar en Emma y Adrian. Ellos comprendían tan poco como él, si no menos aún, por qué su madre se pasaba los días en la cama, por qué no hablaba con ellos, por qué no los besaba ni miraba cuando le enseñaban los dibujos o

manualidades que habían hecho. Sabían que había sufrido un accidente y que el hermanito estaba en el cielo. Sin embargo, no comprendían que eso la obligara a quedarse todo el día tumbada mirando por la ventana. Nada de lo que él dijera o hiciera podía colmarles el vacío que dejaba Anna. Los niños lo apreciaban, pero a su madre la querían.

A medida que pasaban los días, Emma se iba volviendo más taciturna, y Adrian cada vez más exagerado en sus respuestas. Los dos reaccionaban, cada uno a su modo. Lo habían llamado de la guardería para decirle que Adrian pegaba y mordía a los demás niños. Y el maestro de Emma también llamó, para hablar de lo cambiada que la notaba, lo callada que la veía en clase, cuando siempre había sido una niña despierta, alegre y curiosa. Pero ¿qué podía hacer él? Los niños no lo necesitaban a él, sino a Anna. A sus hijas sí las podía consolar. Acudían a él, le preguntaban y lo abrazaban. Estaban tristes y expectantes, pero no como Emma y Adrian. Además, sus tres hijas pasaban una de cada dos semanas con su madre, Pernilla. Y allí llevaban una vida desprovista de la tristeza que ahora pesaba como una capa fría que empañaba toda su existencia.

Pernilla había sido un gran apoyo. No fue la suya una separación sin fricciones pero, desde el accidente, se había portado de maravilla. Y en gran medida gracias a eso les había ido tan bien a Lisen, Belinda y Malin. Emma y Adrian no tenían a nadie más. Y sí, Erica lo había intentado, pero ella estaba más que ocupada con los gemelos, y no le resultaba fácil sacar tiempo. Dan era consciente de ello y apreciaba su esfuerzo.

En resumidas cuentas, quienes se encontraban en casa, solos con el miedo de lo que le ocurriría a Anna eran él, Emma y Adrian. A veces se preguntaba si se pasaría el resto de la vida mirando por aquella ventana. Si los días se convertirían en semanas y estas en años, mientras que Anna seguía allí, envejeciendo paulatinamente. Los médicos le habían dicho que terminaría saliendo de la depresión, que necesitaba tiempo. El problema era que Dan no los creía. Habían pasado ya varios meses desde el accidente, y tenía la sensación de que Anna iba alejándose cada vez más.

Al otro lado de la ventana, unos pajarillos picoteaban las bolas de sebo que las niñas se habían empeñado en colgar, pese a que casi era verano. Los siguió con la mirada y pensó lleno de envidia en la vida tan despreocupada que llevaban. No tener que trabajar más que por lo básico: comer, dormir, reproducirse. Ni sentimientos ni relaciones complejas. Ni tristeza.

De pronto, pensó en Matte. Erica lo había llamado y le había contado lo ocurrido. Dan conocía bien a sus padres. Él y Gunnar habían pasado muchos ratos contándose hazañas en el barco, y Gunnar siempre hablaba de su hijo con tanto orgullo… Dan también conocía a Matte. Estaban en el mismo curso, en la clase de Erica, aunque nunca fueron amigos. Gunnar y Signe debían de sentir una tristeza inenarrable. La idea lo hizo ver su propio dolor desde otra perspectiva. Si dolía tanto perder a un hijo al que no habías conocido, ¿qué desgarro no sentiría quien pierde a un hijo cuya vida ha visto transcurrir?

Los pajarillos levantaron el vuelo de pronto. Pero no todos en la misma dirección, sino hacia los cuatro puntos cardinales. Dan

comprendió enseguida por qué se habían dispersado de un modo tan repentino. El gato del vecino se había acercado sigilosamente, y se había plantado allí en medio a otear el árbol. En esta ocasión, no se daría ningún festín.

Se levantó. No podía quedarse sin hacer nada. Tenía que intentar hablar con Anna otra vez, conseguir que se despertara y que resucitara de entre los muertos. Muy despacio, fue subiendo las escaleras.

–¿Qué tal ha ido, Martin? –Patrik se retrepó en la silla. Otra vez se encontraban reunidos en la cocina.

Martin meneó la cabeza.

–No muy bien. He localizado a la mayoría de los que no estaban ayer, pero ninguno ha visto ni oído nada. Salvo quizá… –Dudó un instante.

–¿Sí? –preguntó Patrik, y todas las miradas se centraron en Martin.

–No sé si es interesante. El viejo no está bien de la cabeza.

–Cuéntanos.

–Vale. Este hombre, se llama Grip, vive en el mismo piso que Sverin. Ya os digo que parece un poco chiflado –Martin se llevó el dedo a la sien–, y tiene una cantidad asquerosa de gatos en el apartamento… –Respiró hondo al recordarlo–. Grip dijo que uno de sus gatos había visto un coche la mañana del sábado, muy temprano. O sea, a la misma hora a la que un ruido, que bien podía ser de un disparo, despertó al vecino Leandersson.

Gösta soltó una risita.

–¿Que el gato vio un coche?

–Calla, Gösta –dijo Patrik–. Continúa, ¿qué más dijo?

–Solo eso. No me lo tomé totalmente en serio, ya digo que el hombre no estaba muy en sus cabales.

–Los locos y los niños dicen la verdad –murmuró Annika mientras anotaba en el bloc.

Martin se encogió de hombros, desanimado.

–Bueno, pues eso es lo único que he averiguado.

–De todos modos, buen trabajo –dijo Patrik alentador–. Las rondas entre los vecinos no son fáciles. O han oído o han visto más de la cuenta, o nada en absoluto.

–Sí, no cabe duda de que este trabajo sería más fácil sin testigos –protestó Gösta.

–¿Y cómo os ha ido a vosotros? –Patrik se volvió hacia Gösta y Paula, que estaban sentados el uno junto al otro.

Paula meneó la cabeza.

–Tampoco demasiado bien, por desgracia. Mats Sverin no parece haber tenido vida privada, si damos crédito a sus compañeros de trabajo. Al menos, no que ellos supieran. Nunca hablaba de aficiones, de amigos ni de novias. Aun así, lo describen como a un hombre agradable y comunicativo. Resulta difícil de conjugar.

–¿Les contó algo acerca de sus años en Gotemburgo?

–No, nada. –Gösta negó con la cabeza–. Tal y como ha dicho Paula, no parece que hablara nunca de nada que no fuese el trabajo y temas generales.

–¿Sabían algo de la agresión? –Patrik se levantó y empezó a servir cafés.

–Pues no, no exactamente –dijo Paula–. Mats les había dicho que se cayó de la bicicleta y que estuvo ingresado en el hospital. Y claro, esa no era toda la verdad.

–¿Y con respecto a su forma de trabajar? ¿Alguna observación? –Patrik volvió a dejar en su sitio la jarra del café.

–Al parecer, hacía muy bien su trabajo. Se los veía muy satisfechos con él. Pensaban que habían tenido un golpe de suerte al poder contar con un economista con experiencia adquirida en Gotemburgo. Además, estaba vinculado a la región. – Gösta se llevó la taza a los labios, pero se quemó la lengua–. ¡Mierda!

–O sea, que ahí no hay ninguna pista que podamos seguir, ¿no?

–Pues no, al menos, no que nosotros detectáramos –respondió Paula, tan desanimada como Martin hacía unos minutos.

–Bueno, pues por ahora tendremos que conformarnos con eso. Estoy seguro de que habrá ocasión de volver a interrogarlos. Yo he estado hablando con los padres de Mats, más o menos con el mismo resultado. Ni siquiera con ellos parecía ser muy abierto. Pero al menos he averiguado que una antigua novia suya se encuentra en Gråskär, en el archipiélago, y Gunnar cree que Mats pensaba ir a verla. Voy a llamarla. –Patrik dejó en la mesa las fotografías del Sahlgrenska–. Y además, me dieron esto.

Se fueron pasando las fotos.

–¡Por Dios bendito! –exclamó Mellberg–. Le dieron una buena paliza.

–Sí, a juzgar por las fotos, se trata de una agresión grave. Naturalmente, no tiene por qué guardar relación con el asesinato, pero yo había pensado que, de todos modos, podríamos indagar más en ello, pedir al hospital la historia clínica, a ver qué dice, y la posible denuncia en la Policía. Además, tenemos que hablar con el personal de la asociación donde trabajaba Mats. El hecho de que ayudasen a mujeres amenazadas es interesante. Puede que ahí encontremos un móvil, ¿no? Lo mejor será ir a Gotemburgo y preguntar directamente.

–¿Tú crees que es necesario? –intervino Mellberg–. No hay nada que indique que le hayan disparado por nada relacionado con Gotemburgo. Lo más verosímil es que se trate de un asunto local.

–Teniendo en cuenta la escasa información de que disponemos, y lo reservado que parece haber sido Sverin acerca del tiempo que pasó allí, yo creo que está más que justificado.

Mellberg frunció el ceño y se puso a reflexionar. La decisión parecía hallarse en lo más profundo de su ser.

–Mmm, bueno, está bien –dijo al fin–. Pero será mejor que saquemos algo en claro de ello. Te obligará a estar fuera la mayor parte del día de mañana.

–Nos esforzaremos al máximo. Ah, y había pensado que me acompañara Paula –aclaró Patrik.

–¿Qué hacemos nosotros mientras tanto? –preguntó Martin.

–Tú y Annika podéis comprobar qué hay en los registros públicos sobre Mats Sverin. ¿Algún matrimonio o divorcio secreto? ¿Tiene hijos? ¿Alguna propiedad? ¿Alguna condena? Todo lo que se os ocurra.

–Claro –dijo Annika mirando a Martin.

–Y Gösta… –Patrik pensó un instante–. Llama a Torbjörn y pregúntale si puedes entrar en el apartamento de Sverin a echar un vistazo. Aprémialo un poco con la investigación técnica. Es tan escaso el material con el que contamos para trabajar que necesitamos esos resultados cuanto antes.

–Por supuesto –dijo Gösta sin mayor entusiasmo.

–¿Bertil? ¿Tú seguirás defendiendo el fuerte?

–Sin ninguna duda –respondió Mellberg irguiéndose en la silla–. Estoy listo para la invasión.

–Bien. Pues mañana empezamos con renovadas fuerzas.

Patrik se levantó para indicar que la reunión había concluido. Sentía un cansancio infinito.

Annie se sobresaltó. Algo la había despertado. Se había adormilado en el sofá y había soñado con Matte. Aún podía sentir el calor de su cuerpo y recordar la sensación de tenerlo dentro, oír su voz, la de siempre, que tanta confianza le infundía. Pero él no parecía abrigar los mismos sentimientos, y lo comprendía. Matte había querido a la Annie que fue. La de ahora lo había decepcionado.

Ya no temblaba ni le dolían las articulaciones. Pero allí estaba el desasosiego. Le hormigueaba en las piernas y los brazos y la impulsaba a deambular de un lado a otro de la casa mientras Sam la miraba con los ojos como platos.

Si hubiera podido explicarle a Matte cómo se torció todo… Le había contado una parte cuando estuvieron charlando en la cocina.

Le confió aquello que era capaz de formular en voz alta. Pero no tuvo fuerzas para contarle las peores humillaciones. Las cosas que se había visto obligada a hacer y que habían cambiado su esencia.

Ya no era la misma, ella lo sabía. Matte se dio cuenta, vio hasta qué punto estaba podrida y destrozada por dentro.

Annie se incorporó. Sintió como si le costara respirar. Flexionó las piernas, apoyó el mentón en las rodillas y se las rodeó con los brazos. Todo estaba en silencio, pero de repente algo rebotó contra el suelo. Una pelota, la de Sam. Se quedó mirándola mientras rodaba hacia ella. Sam no había jugado una sola vez desde que llegaron a la isla. ¿Estaba ya despierto y se había puesto a jugar? El corazón le latió esperanzado, hasta que comprendió que era imposible. La puerta del dormitorio de Sam estaba a su derecha, y la pelota había salido de la izquierda, de la cocina.

Muy despacio, se levantó y se dirigió allí. La asustaron por un momento las sombras que se movían por techos y paredes, pero luego el miedo se esfumó tan pronto como había aparecido. Una gran calma se apoderó de ella. Allí no había nadie que quisiera hacerle daño. Lo notaba perfectamente, pese a que no podía explicar cómo ni por qué.

Se oyó una risita procedente de los oscuros rincones de la cocina. Miró hacia allí y alcanzó a atisbarlo. Un niño. Pero, sin darle tiempo a ver más, el niño se movió otra vez. Echó a correr hacia la puerta y ella lo siguió sin pensar. Abrió la puerta, notó el viento en la cara pero sabía que él quería que lo siguiera.

El niño corría en dirección al faro. A veces se volvía, como para cerciorarse de que ella iba detrás. El viento le alborotaba el pelo

rubio, el mismo viento que casi la asfixiaba mientras corría.

La puerta del faro era pesada, pero el niño había ido corriendo hasta allí, y ella tenía que entrar. Annie subió la escalera a toda prisa, oía al niño moverse allá arriba, oía sus risitas.

Pero cuando llegó, se encontró con que la habitación circular estaba vacía. Quienquiera que fuese aquel niño, había vuelto a desaparecer.

–¿Qué tal os va? –Erica se acercó un poco más a Patrik en el sofá.

Había llegado a casa a tiempo para cenar, y los niños ya estaban dormidos. Con un bostezo, Erica estiró las piernas y las colocó encima de la mesa.

–¿Cansada? –preguntó Patrik. Le acariciaba el brazo sin apartar la vista del televisor.

–Muerta.

–Pues vete a la cama, cariño. –La besó en la mejilla con expresión ausente.

–Sí, eso debería hacer, pero no quiero. –Levantó la vista–. Necesito pasar algún tiempo con adultos, algo de Patrik, algo de noticias, para contrarrestar los pañales de caca, el vómito de las camisitas y los gorjeos.

Patrik se volvió hacia ella.

–¿Va todo bien?

–Sí –dijo Erica–. No es como con Maja, desde luego, pero a veces es demasiado de todos modos.

–Después del verano me encargaré yo, así podrás empezar a escribir.

–Ya, ya lo sé. Además, está todo el verano de por medio. Tranquilo, es solo que ha sido un día muy duro. Y lo de Matte es horrible. En realidad, yo no lo conocía mucho, pero después de todo, estuvimos en la misma clase un montón de años. Tanto en la escuela como en el instituto. –Guardó silencio un instante–. ¿Cómo lleváis la investigación? No me has dicho nada.

–Mal. –Patrik lanzó un suspiro–. Hemos hablado con los padres de Mats y con varias personas del trabajo, pero parece que era un lobo estepario. Nadie tenía nada interesante que contarnos sobre él. O bien era el hombre más aburrido del mundo, o bien…

–¿O bien? –preguntó Erica.

–O bien hay cosas que todavía ignoramos.

–Pues a mí no me parecía aburrido cuando íbamos al instituto. Al contrario, era muy extrovertido y alegre. Tenía mucho éxito. Uno de esos chicos con pinta de ir a triunfar en la vida, hiciera lo que hiciera.

–Ah, por cierto, su novia también estaba en la misma clase, ¿no? –preguntó Patrik.

–¿Annie? Sí. Pero ella… –Erica buscaba la palabra adecuada–. Daba la impresión de creerse mejor que los demás. No encajaba del todo, la verdad. A ver si me explico, o sea, ella también tenía mucho éxito y los dos formaban la pareja perfecta. Pero yo tenía la sensación de que, ¿cómo te lo diría?, de que él iba detrás como un cachorro. Moviendo la cola feliz y agradecido por tantas atenciones. Nadie se sorprendió cuando Annie decidió irse a Estocolmo y dejar

aquí a Matte. Se quedó destrozado, creo, pero seguramente tampoco a él le extrañaría mucho. Annie no parecía ser de las chicas que uno puede conservar. ¿Comprendes, o te estoy confundiendo?

–No, lo entiendo.

–¿Por qué preguntas por Annie? Estuvieron juntos en el instituto. Y por poco que me guste reconocerlo, de eso hace ya una eternidad.

–Porque está en la comarca.

Erica lo miró atónita.

–¿En Fjällbacka? Pero si lleva no sé cuántos años sin venir por aquí.

–Ya, pero según los padres de Mats, ha venido con su hijo y está en la isla de la familia.

–¿En la Isla de los Espíritus?

Patrik asintió.

–Sí, así la llaman, pero creo que dijeron que tiene otro nombre.

–Gråskär –dijo Erica–. Aunque la mayoría de los de por aquí la llaman la Isla de los Espíritus. Dicen que los muertos…

–… nunca abandonan la isla –terminó Patrik con una sonrisa–. Gracias, sí, ya he oído la versión supersticiosa de la región de Bohuslän.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro de que es superstición? Nosotros dormimos allí una noche y la mitad de la clase y yo acabamos convencidos de que había fantasmas de verdad. Reinaba un ambiente de lo más extraño, y vimos y oímos unas cosas como para no querer volver a dormir allí nunca más.

–Bah, fantasías de adolescentes, no les tengo mucho respeto.

Erica le dio un codazo.

–No seas tan soso. Unos cuantos fantasmas le animan la vida a uno.

–Ya, claro, también se puede ver así. En cualquier caso, tengo que hablar con Annie. Los padres de Mats creían que pensaba ir a verla, pero no saben si llegó a hacerlo. Aunque hayan pasado muchos años desde que estuvieron juntos, puede que a ella le contara más… –Hablaba como si pensara en voz alta.

–Pues yo voy contigo –dijo Erica–. Avísame cuando quieras ir para que le pida a tu madre que haga de canguro. A ti Annie no te conoce –añadió antes de que Patrik empezase a protestar–, pero ella y yo fuimos compañeras de clase, aunque no fuéramos amigas. Puede que consiga hacerla hablar.

–Vale –consintió Patrik, aunque a disgusto–. Pero mañana tengo que ir a Gotemburgo, así que tendrá que ser el viernes.

–Hecho –dijo Erica, y se acurrucó junto a él.

Fjällbacka, 1870

–¿Estaba rico?

Emelie preguntaba después de cada comida, aun sabiendo que la respuesta sería la de siempre. Un gruñido de Karl y otro de Julian. La alimentación era un poco monótona en la isla, sí, pero no estaba en su mano cambiarla. La mayoría de lo que ponía en la mesa era el fruto de las salidas en barco de Karl y Julian, casi siempre caballa y platija. Y dado que aún no le habían permitido ir con ellos a Fjällbacka, cosa que podían hacer un par de veces al mes, las compras dejaban mucho que desear.

–Verás, Karl, me estaba preguntando… –Emelie dejó los cubiertos, aunque aún no había empezado a comer–. ¿No podría ir con vosotros a Fjällbacka la próxima vez? Llevo mucho tiempo sin ver gente y me encantaría pasar aunque fuera unas horas en la ciudad.

–Ni lo sueñes. –Julian tenía aquellos ojos tenebrosos con que siempre la miraba.

–Le hablaba a Karl –respondió Emelie serena, aunque el corazón se le salía del pecho. Era la primera vez que se atrevía a replicarle.

Julian resopló y miró a Karl.

–¿Lo has oído? ¿Voy a tener que aguantar estas cosas de tu mujer?

Karl fijó aburrido la vista en el plato.

–No podemos llevarte –dijo, dejando traslucir claramente que daba por zanjado el asunto. Pero el aislamiento había empezado a sacar a Emelie de quicio, y no pudo contenerse.

–¿Por qué no? Hay sitio en el barco, y podría encargarme mejor de la compra, así podría preparar otras comidas, no solo caballa y patatas día sí día no. Estaría bien, ¿no crees?

Julian se puso pálido de ira. No apartaba la vista de Karl, que se levantó bruscamente de la mesa.

–No vas a venir, y no se hable más. –Se puso la chaqueta y salió al vendaval que soplaba fuera. Cerró de un portazo.

Así estaban las cosas desde la noche en que intentó acercarse a Karl. Su indiferencia se había transformado en un sentimiento más parecido al desprecio de Julian, una maldad que Emelie no comprendía y de la que no podía defenderse. ¿Tan terrible fue lo que hizo? ¿Tan repulsiva, tan repugnante le parecía? Emelie trataba de recordar el día en que él pidió su mano. Fue muy repentino, sí, pero en su voz resonaban la calidez y el deseo. ¿O fue más bien que reconoció en él lo que ella sentía y soñaba? Bajó la vista y la clavó en la mesa.

–Mira lo que has conseguido. –Julian arrojó con estruendo los cubiertos en el plato.

–¿Por qué me tratas así, si yo no te he hecho nada malo? –Emelie no comprendía de dónde sacó valor, pero era como si tuviera que dejar salir lo que siempre llevaba como un nudo en el pecho.

Julian no respondió. Se la quedó mirando con aquellos ojos negros, se levantó y fue en busca de Karl. Unos minutos después, vio que el barco se alejaba del muelle, rumbo a Fjällbacka. En

realidad, ella sabía muy bien por qué no le permitían ir con ellos. En el bar de Abelas, en la isla de Florö, donde al parecer solían recalar en sus salidas, no era bien visto quien iba acompañado de su mujer. Volverían antes de que cayera la noche, siempre volvían a tiempo de ocuparse del faro.

La puerta de un armario se cerró de golpe y Emelie dio un salto en la silla. No creía que la intención fuera asustarla, pero así fue. La puerta de la casa estaba cerrada, así que no podía achacarlo a un golpe de viento. Se quedó inmóvil, atenta y mirando a su alrededor. No se veía nada, allí no había nadie. Sin embargo, al aguzar bien el oído, percibió un ruido amortiguado, lejano. Era el ruido de alguien al respirar –suspiros ligeros, regulares–, y resultaba imposible determinar de dónde venían. Era como si surgieran de la casa entera. Emelie trató de entender lo que querían, pero de pronto desaparecieron y volvió el silencio.

Comenzó a pensar en Karl y en Julian otra vez y, abatida por el desánimo, se puso manos a la obra con la vajilla. Era una buena esposa y, aun así, todo lo que hacía estaba mal. Se sentía terriblemente sola. Al mismo tiempo, intuía que no lo estaba. A medida que pasaban los meses, había empezado a sentir su presencia en la isla. Oía cosas, sentía cosas, como hacía un instante. Ya no tenía miedo. No querían hacerle daño.

Mientras trajinaba con la tina de los platos, con las lágrimas rodándole por las mejillas y cayendo en el agua sucia, notó una mano en el hombro. Una mano que quería darle consuelo. Emelie no se dio la vuelta. Sabía que no vería a nadie.

Paula se estiró en la cama y rozó con la mano el pelo de Johanna. Dejó la mano allí. Su tacto la llenó de inquietud. Los últimos meses experimentaban una sensación rara cuando se tocaban. Ya no ocurría de forma espontánea, más bien era como si tuvieran que tomar la decisión de hacerlo. Se querían y, aun así, se encontraban en aquella situación extraña.

En realidad, no se trataba solo de los últimos meses. En honor a la verdad, se decía Paula, empezó cuando nació Leo. Lo habían deseado tanto y habían luchado tanto por tenerlo… Creían que un hijo fortalecería su amor. Y en cierto modo, así fue. Pero por otro lado… Ella no sentía que hubiese cambiado tanto, era la misma. Johanna, sin embargo, se entregó por completo al papel de madre y había empezado a comportarse con cierta superioridad. Era como si Paula no contase o, en cualquier caso, como si Johanna contase más, puesto que ella era la que había dado a luz a Leo. Ella era la madre biológica. No había en el pequeño ningún gen de Paula, solo el amor que sintió por él desde que se formó en el vientre de Johanna, y que se multiplicó por mil cuando nació y lo tuvo entre sus brazos. Se sentía madre de Leo tanto como Johanna. El problema era que Johanna no compartía ese sentimiento, por más que se negase a reconocerlo.

Paula oyó a su madre trajinar en la cocina, mientras hablaba con Leo. Lo tenían bien organizado. Rita se levantaba temprano y atendía de mil amores al pequeño, de modo que Paula y Johanna podían dormir un poco más. Y ahora que la investigación le impedía

a Paula tomarse la media jornada de baja maternal, Rita les ayudaba a encajar las piezas del rompecabezas. Incluso Bertil se había mostrado voluntarioso a la hora de levantarse y echar una mano, para asombro general. Pero últimamente, Johanna había empezado a criticar el modo en que Rita cuidaba al hijo de ambas. Nadie más que ella sabía cómo había que atender a Leo.

Paula bajó los pies de la cama con un suspiro. Johanna se removió inquieta, pero no llegó a despertarse. Paula se inclinó y le apartó de la cara un mechón de pelo. Nunca le cupo la menor duda de que lo que había entre ellas era estable e inquebrantable. Ahora ya no. Y esa idea la llenaba de temor. Si perdía a Johanna, perdería también a Leo. Johanna no se quedaría a vivir en Tanumshede, y ella no se planteaba mudarse. Le gustaban el pueblo, el trabajo y los colegas. Lo único que no le gustaba era la situación a la que habían llegado ella y Johanna.

En cualquier caso, le interesaba mucho la visita que haría hoy con Patrik a Gotemburgo. Mats Sverin tenía algo que despertaba su curiosidad. Quería saber más de él. Intuía de un modo instintivo que la respuesta a la pregunta de quién le había metido una bala en la nuca se hallaba en el pasado, en todo aquello de lo que la víctima no hablaba.

–Buenos días –dijo Rita cuando Paula entró en la cocina. Leo estaba en la trona. Extendió los brazos y Paula lo levantó y lo abrazó.

–Buenos días. –Se sentó a la mesa de la cocina, con Leo en las rodillas.

–¿Quieres desayunar?

–Sí, gracias. Tengo muchísima hambre.

–Eso puedo arreglarlo yo. –Rita sirvió un huevo frito en un plato y se lo puso delante a Paula.

–Nos mimas demasiado, mamá. –Paula le rodeó la cintura con el brazo en un impulso y apoyó la cabeza en la blandura de sus pliegues.

–Y lo hago de mil amores, hija, ya lo sabes. –Rita la abrazó y aprovechó para darle a Leo un beso en la cabeza.

Ernst se acercó contoneándose esperanzado y se sentó en el suelo, al lado de Paula y Leo. Con una rapidez a la que nadie alcanzó a reaccionar, Leo echó mano del huevo y se lo arrojó a *Ernst,* que lo pescó feliz. Satisfecho de haber dado de comer a su perro favorito, Leo empezó a aplaudir.

–Pero hijo mío –dijo Rita dejando escapar un suspiro–. La verdad, a mí no me extrañaría que este perro muriera prematuramente de obesidad.

Se fue a los fogones y cascó otro huevo en la sartén.

–¿Y a vosotras qué tal os va? –preguntó luego con un tono discreto, sin mirar a Paula.

–¿Qué quieres decir? –dijo Paula, pese a que sabía perfectamente a qué se refería Rita.

–A Johanna y a ti. ¿Va todo bien?

–Pues claro, demasiado trabajo, tanto ella como yo, pero eso es todo. –Paula hablaba mirando a Leo para que sus ojos no la traicionaran si Rita se daba la vuelta.

–¿Estáis…? –Rita no tuvo tiempo de terminar la frase.

–¿Hay desayuno? –Mellberg se presentó en calzoncillos. Se rascó la barriga satisfecho y se sentó a la mesa.

–Acabo de decirle a mi madre que nos tiene muy consentidos –dijo Paula, aliviada con el cambio de tema.

–Desde luego, desde luego –dijo Mellberg, mirando ansioso el huevo que había en la sartén.

Rita miró inquisitiva a Paula, que asintió.

–Yo prefiero una rebanada de pan.

Rita puso el huevo en un plato. *Ernst* lo siguió con la mirada y se sentó junto a Mellberg. Si había tenido suerte una vez, podía repetirse.

–Tengo que irme –dijo Paula después de comerse un buen bocadillo–. Patrik y yo vamos hoy a Gotemburgo.

Mellberg asintió.

–Suerte. Dame al muchachito, que lo tenga un rato.

Extendió los brazos hacia Leo, que se dejó trasladar de muy buen grado.

Cuando Paula salía de la cocina, vio con el rabillo del ojo que Leo, como un rayo, pescaba el huevo de Mellberg y se lo tiraba a *Ernst.* Para algunos aquel era un día de suerte, sin duda.

Erica dejó a los gemelos en el suelo, encima de un edredón, y se apresuró a subir al desván. No quería dejarlos solos más de unos minutos, de modo que subió corriendo la escalera empinada. Una vez arriba, tuvo que detenerse a recobrar el aliento.

Al cabo de un rato de búsqueda, encontró la caja. Con sumo cuidado, bajó la escalera reculando y haciendo equilibrios con el pesado paquete en brazos. Cuando llegó abajo comprobó que los pequeños no parecían haberla echado de menos, así que se sentó en el sofá, dejó la caja en el suelo, a su lado, y empezó a poner el contenido en la mesa. Se preguntaba cuánto hacía que no le echaba un vistazo a todo aquello. Los anuarios escolares, los álbumes de fotos, las postales y las cartas no tardaron en cubrir la mesa entera. Tenían polvo y habían perdido gran parte del color y la nitidez de antaño. De repente, se sintió un carcamal.

Al cabo de unos minutos, encontró lo que buscaba. Un anuario y un álbum. Se recostó en el sofá y empezó a hojear. El anuario era en blanco y negro y estaba muy manoseado. Había caras tachadas, otras rodeadas por un círculo, dependiendo de si había odiado o querido a la persona en cuestión. Además, había escrito comentarios aquí y allá. Guapo, mono, tonto de remate y retrasado eran los títulos que repartía entonces sin mucha delicadeza. La adolescencia no era una época de la que sentirse orgullosa, y cuando llegó a la página de su curso, se sonrojó. ¡Madre mía! ¿Ese era el aspecto que tenía entonces? ¿Con ese peinado y esa ropa? Desde luego, existían razones para pasarse años sin mirar aquellas fotos.

Respiró hondo y se examinó con más detenimiento. A juzgar por la pinta, era durante su período Farrah Fawcett. Llevaba el pelo largo y rubio moldeado con unas tenazas hasta formar grandes rizos con las puntas hacia fuera. Las gafas le cubrían la mitad de la cara y, mentalmente, le dio las gracias al que inventó las lentillas.

De pronto, le entró dolor de estómago. Los últimos años de la secundaria eran una época tan llena de angustia… La sensación de no encajar, de no pertenecer a ningún sitio. La búsqueda incansable de lo que le daría acceso a la pandilla de los duros, los guays. Mira que lo intentó. Imitaba el peinado y el estilo de ropa, usaba las mismas expresiones y la forma de hablar de las chicas de su clase a las que quería parecerse. Chicas como Annie. Pero nunca lo consiguió. Claro que tampoco podía decirse que perteneciera al escalafón más bajo, no era una de las acosadas, de las que encajaban tan mal que no les merecía la pena intentarlo siquiera. No, ella pertenecía a la masa invisible. Los únicos que se fijaban en ella eran los profesores, los que la animaban y le mostraban aprecio. Pero entonces aquello no era ningún consuelo. ¿Quién quería ser una empollona? ¿Quién quería ser Erica, cuando podía ser Annie?

Dejó su cara y centró la atención en la de Annie. Estaba en primera fila, con las piernas cruzadas y un gesto desenvuelto. Todos los demás se esforzaban por posar, pero ella parecía haber caído allí tal y como se la veía. Aun así, atraía todas las miradas. Tenía el pelo rubio por la cintura. Liso y brillante, sin flequillo, y a veces se lo recogía entero hacia atrás, en una cola de caballo. Nada de lo que hacía parecía costarle el menor esfuerzo. Ella era el original, todas las demás, las copias.

Detrás estaba Matte. Aquello fue antes de que empezaran a salir pero, sabiendo cómo se desarrolló todo, ya podía intuirse lo que iba a ocurrir. Porque Matte no dirigía la mirada a la cámara, como todo el mundo. Lo habían captado en el instante en que estaba mirando a Annie de reojo, con la vista fija en su larga y hermosa melena rubia.

Erica no recordaba si entonces sabía que a Matte le gustaba Annie, pero seguramente daba por hecho que les gustaba a todos los chicos. No había razón alguna para suponer que él fuera una excepción.

Qué guapo era, se dijo Erica mientras contemplaba la instantánea. No recordaba haberlo pensado entonces, porque estaba totalmente concentrada en que le gustara Johan, un chico del otro grupo del que estuvo unilateralmente enamorada durante toda la secundaria. A decir verdad, Matte era monísimo, según constataba ahora. Rubio, el pelo un tanto encrespado, muy alto, una mirada seria que le agradaba. Algo destartalado, naturalmente, como todos los chicos de esa edad. En realidad, no tenía el menor recuerdo suyo de los años del instituto. Ni había pertenecido a su pandilla. Él era de los más conocidos, sin por ello llamar demasiado la atención. No como los otros chicos famosos, unos fanfarrones que siempre hablaban alto y estaban ocupadísimos consigo mismos y con el estatus que ostentaban en aquel mundo insignificante en el que eran los reyes. Matte más bien se fundía con ellos discretamente.

Erica dejó el anuario y se concentró en el álbum de fotos. Estaba lleno de fotos del instituto, viajes de estudios, fines de curso y algunas fiestas a las que sus padres le habían permitido ir. Annie aparecía en muchas de ellas. Siempre en el centro. Era como si la lente de la cámara la buscara en cada toma. Mierda, qué guapa era, pensó Erica, y se sorprendió abrigando cierta esperanza mezquina de que ahora estuviera un poco gorda y llevara el pelo corto y un peinado práctico de señora mayor. Annie tenía algo que despertaba deseo y envidia a partes iguales. En realidad, la gente quería ser

como ella, y la siguiente mejor opción era estar con ella. Erica no había disfrutado ni de lo uno ni de lo otro. Tampoco aparecía en aquellas fotos. Claro que era ella quien las hacía, pero a nadie se le ocurrió quitarle la cámara de las manos y decirle que se pusiera con los demás. Era invisible. Oculta tras la lente, mientras fotografiaba ansiosa aquello de lo que habría querido formar parte.

La irritaba que la amargura de entonces fuera tan intensa. Que los recuerdos de aquella época la redujesen y la hiciesen sentir como la niña que era, en lugar de la mujer en que se había convertido. Era una escritora de éxito, estaba felizmente casada y tenía tres hijos maravillosos, una casa preciosa y buenos amigos. Aun así, sentía crecer en el pecho la envidia de antaño, el ansia de ser parte del grupo de elegidos y el dolor agudo que le causaba la certeza de que nunca sería una de ellos, de que no sería lo bastante buena, por mucho que se esforzara.

Los pequeños, que seguían tumbados en el edredón, empezaron a protestar. Con el alivio de verse obligada a salir de la burbuja, se levantó y fue por ellos. Dejó el anuario y lo demás en la mesa. Seguro que Patrik quería echarle un vistazo.

–¿Por dónde empezamos?

Paula trataba de combatir el mareo. Había empezado a sentirlo a la altura de Uddevalla, y había ido empeorando a medida que avanzaban.

–¿Quieres que paremos un momento? –preguntó Patrik mirándola de reojo. Tenía la cara de un verdoso preocupante.

–No, si ya no queda nada –respondió Paula tragando saliva.

–Estaba pensando empezar por el hospital Sahlgrenska – dijo Patrik mientras conducía concentrado por las calles intrincadas de Gotemburgo–. Tenemos licencia para consultar la historia clínica de Mats, y he llamado al médico que lo atendió para avisar de que vamos de camino.

–Bien –dijo Paula, y tragó saliva otra vez. Las náuseas eran lo peor.

Diez minutos después, cuando entraron en el aparcamiento del Sahlgrenska, se lanzó fuera del coche en cuanto se detuvo. Apoyada en la puerta, respiró hondo unos minutos. Poco a poco notó que el mareo iba cediendo. Aún persistía un ligero malestar que se le pasaría en cuanto hubiera comido algo.

–¿Estás lista o prefieres que esperemos unos minutos más? –preguntó Patrik, aunque Paula constató que estaba tan ansioso que le temblaba todo el cuerpo.

–No, vamos, ya estoy bien. ¿Sabes dónde es? –preguntó señalando con la cabeza el edificio gigantesco.

–Creo que sí –respondió Patrik, y se encaminó hacia la gran puerta de entrada.

Tras perderse unas cuantas veces, encontraron la consulta y llamaron a la puerta de Nils-Erik Lund, el médico que había atendido a Mats Sverin mientras estuvo ingresado en el Sahlgrenska.

–Adelante –resonó una voz varonil, que ellos obedecieron.

El médico se levantó, salió de detrás del escritorio y se les acercó para estrecharles la mano.

–La Policía, supongo.

–Sí, yo soy quien llamó esta mañana. Patrik Hedström. Y esta es mi colega Paula Morales.

Se saludaron e intercambiaron las frases de cortesía habituales antes de sentarse.

–He reunido el material que creo que puede serles útil – dijo Nils-Erik, entregándoles una carpeta llena de documentos.

–Gracias. ¿Podría contarnos lo que recuerde de Mats Sverin?

–Lo cierto es que tengo miles de pacientes al año, así que es imposible recordarlos a todos. Pero después de releer el historial, se me ha refrescado un poco la memoria –aseguró mesándose una barba poblada y blanca–. El paciente ingresó con lesiones graves. Había sido víctima de una agresión violenta, probablemente a manos de varias personas. De eso supongo que hablarán con la Policía de aquí.

–Sí, claro –dijo Patrik–. Pero nos gustaría oír su opinión y sus reflexiones. Toda la información que pueda facilitarnos resultará valiosa.

–Muy bien –dijo Nils-Erik Lund–. No utilizaré terminología específica, que además, pueden leer en el historial, pero en resumen podría decirse que le habían dado en la cabeza golpes y patadas que le ocasionaron un derrame cerebral menor y fracturas en varios huesos de la cara y hematomas. Asimismo, presentaba lesiones en el abdomen, dos costillas rotas y, en consecuencia, el bazo también estaba afectado. Su estado era muy grave y lo operamos de inmediato. También tuvimos que sacar radiografías para hacernos una idea de la extensión del derrame cerebral.

–¿Se trataba de lesiones mortales, en su opinión? –preguntó Paula.

–Bueno, consideramos que su estado era crítico, y el paciente llegó al hospital inconsciente. Una vez que comprobamos que el derrame era leve y que no precisaba cirugía, nos centramos en las lesiones del abdomen. Temíamos que alguna de las costillas rotas le produjera una lesión pulmonar, situación nada deseable.

–Pero, al final, lograron estabilizarlo, ¿no es cierto?

–Pues me atrevería a decir que nuestra intervención fue brillante. Rápida y eficaz. Un excelente trabajo de equipo.

–¿Mencionó Mats Sverin algo de lo que le había ocurrido? ¿Cualquier cosa relacionada con la agresión? –preguntó Patrik.

Nils-Erik se mesaba la barba mientras hacía memoria. Era un milagro que le quedase algún pelo, pensó Patrik, teniendo en cuenta que no paraba.

–No, al menos no lo recuerdo.

–¿Le pareció asustado? ¿Como si se sintiera amenazado y tratase de ocultar algo?

–Pues no sé, eso no lo recuerdo. Pero como decía, han pasado varios meses y han sido muchos los pacientes desde entonces. Tendrán que preguntar a los responsables de la investigación.

–¿Recibió alguna visita mientras estuvo ingresado?

–Puede ser, pero por desgracia, de eso no sé nada.

–Bueno, en fin, gracias por atendernos –dijo Patrik levantándose–. ¿Esto son copias? –preguntó señalando la carpeta.

–Sí, puede llevárselas –dijo Nils-Erik Lund ya de pie.

Cuando salían, Patrik tuvo una idea.

–¿Le hacemos una visita a Pedersen? Puede que ya tenga algo de lo nuestro.

–Claro –dijo Paula.

Siguió a Patrik que, en esta ocasión, sí parecía orientarse bien por los pasillos. Aún notaba cierto malestar. Estaba convencida de que la visita al depósito lo arreglaría todo.

¿A qué dedicaría su vida ahora? Signe se había levantado, había preparado el desayuno y luego el almuerzo. Ninguno de los dos probó bocado. Pasó la aspiradora por la planta baja, lavó las sábanas y preparó un café que no se tomaron. Hizo todo lo que solía hacer, en un intento de imitar la vida que llevaban hacía tan solo unos días, pero era como si estuviera tan muerta como Matte. Lo único que conseguía era desplazar por la casa un cuerpo sin contenido, sin vida.

Se desplomó en el sofá. El cable de la aspiradora cayó al suelo, pero ninguno de los dos reaccionó. Gunnar estaba en la cocina. Allí se habían pasado el día. Como si se hubieran cambiado los papeles. Ayer aún podía moverse, mientras que ella solo con un esfuerzo de voluntad enorme lograba que los músculos colaborasen con el cerebro adormecido. Hoy era él quien permanecía inmóvil, en tanto que ella trataba de llenar el vacío del corazón moviéndose con una actividad febril.

Clavó la vista en la nuca de Gunnar y, como en tantas otras ocasiones, reparó en que Matte había heredado exactamente el mismo remolino abajo, donde quedaba el borde del cuello de la

camisa. Ya nadie lo transmitiría al pequeño de pelo rizado con el que ella tantas veces había soñado despierta. O a la niña, claro. Niño o niña, eso era lo de menos, cualquiera de los dos habría sido igual de bien recibido, con tal de que ella hubiera tenido a alguien a quien mimar, a quien dar caramelos antes de la comida y montones de regalos por Navidad. Un pequeñín con los ojos de Matte y la boca de otra persona. Porque también había soñado con eso, con ver un día a la mujer a la que llevaría a casa. ¿Cómo sería? ¿Conocería a alguien que se pareciera a ella, o más bien que fuera su opuesto? Desde luego, no podía negar que sentía una gran curiosidad, pero habría sido muy buena con ella de todos modos. No una de esas suegras terribles de las que a veces oía hablar, sino una nada entrometida, solo dispuesta a hacer de canguro cuando quisieran.

Bien era verdad que había empezado a perder la esperanza poco a poco. En alguna ocasión incluso se había preguntado si las inclinaciones de Matte no serían otras. A ella le habría supuesto un esfuerzo de adaptación, y habría sido una pena por lo de los nietos, pero también se habría alegrado. Ella solo quería que fuera feliz. Pero no apareció nadie, y ahora la esperanza se había esfumado para siempre. Nunca vería al rubito al que darle a hurtadillas un caramelo antes de comer. Ni regalos navideños inútiles, de los que hacían mucho ruido y se rompían al cabo de unas semanas. Nada, salvo el vacío. Los años se presentaban ante ellos como una carretera desierta. Miró a Gunnar, inmóvil junto a la mesa. ¿A qué dedicarían su vida ahora? ¿A qué dedicaría ella su vida?

–Cómo te habría gustado ir a Gotemburgo, ¿eh?

Annika levantó la vista de la pantalla y se quedó mirando a Martin. Era su protegido en la comisaría, y entre ellos había un vínculo.

–Pues sí –confesó Martin–. Pero esto también es importante.

–¿Quieres saber por qué Patrik se ha llevado a Paula? –dijo Annika.

–Bah, no tiene importancia. Lógicamente, Patrik puede elegir a quien quiera –respondió Martin un tanto mustio. Antes de que llegara Paula, él casi siempre había sido la primera elección de Patrik. En honor a la verdad, quizá se debía al hecho de que la comisaría no contaba con nadie mejor que ofrecer, pero no podía negar que se sentía herido.

–Patrik ve a Paula algo tristona y yo creo que quiere que tenga otra cosa en la que pensar.

–Vaya, pues no me había dado cuenta –dijo Martin con un punto de remordimiento–. ¿Tú sabes qué le pasa?

–No tengo ni idea. Paula no es muy habladora, pero estoy de acuerdo con Patrik, algo le ocurre. No es la de siempre.

–Ya, bueno, por lo que a mí respecta, la sola idea de vivir con Mellberg acabaría conmigo.

–Sí, desde luego –rio Annika, pero enseguida se puso seria otra vez–. De todos modos, yo creo que no tiene nada que ver con eso. Habrá que dejarla tranquila, hasta que ella misma quiera contarlo. Pero ahora ya sabes por qué Patrik se lo ha pedido a Paula.

–Gracias.

Martin se sentía aún algo avergonzado por lo inmaduro de su reacción. Se trataba de sacar adelante el trabajo, no de quién lo hacía.

–Bueno, ¿nos ponemos manos a la obra? –dijo irguiéndose en la silla–. Estaría bien que recabáramos un poco más de información sobre Sverin para cuando vuelvan.

–Me parece una buena idea –respondió Annika, y empezó a teclear.

–¿Piensas en él en algún momento?

Anders daba sorbitos de café. Vivianne y él habían quedado para almorzar en el Lilla Berith, cosa que hacían casi a diario para librarse del jaleo de las obras de Badis.

–¿En quién? –respondió Vivianne, pese a que debía de imaginarse perfectamente a quién se refería. Lo había advertido en lo fuerte que la vio agarrar la taza de café.

–En Olof.

Siempre lo llamaban por el nombre de pila. Él había insistido en que así lo hicieran y otra cosa les habría parecido antinatural. No merecía otro tratamiento.

–Pues sí, a veces.

Vivianne miraba el césped, fuera del restaurante Galärbacken. El pueblo empezaba a despertar a la vida. Había más gente en movimiento y era como si Fjällbacka empezara a desperezarse, a estirar las articulaciones y a prepararse para la invasión. El verano

exigía una adaptación radical en relación con el sopor en que el pueblo se encontraba inmerso el resto del año.

–¿En qué estás pensando?

Vivianne se volvió hacia él y lo miró con encono.

–¿Por qué me hablas de él ahora? Ya no existe. No significa nada.

–No lo sé –respondió Anders–. Fjällbacka tiene algo… No sé por qué, pero aquí me siento seguro. Lo bastante como para pensar en él.

–Bueno, no te acomodes demasiado. No nos quedaremos aquí mucho más tiempo –respondió ella cortante, aunque enseguida se arrepintió del tono. No estaba enfadada con Anders, sino con Olof, y por el hecho de que Anders hubiera empezado a hablar de él en ese momento. ¿Para qué? Pero respiró hondo y decidió responder a su pregunta. Él la había apoyado, la había seguido a todas partes y había sido su sostén en la vida: lo menos que podía hacer era responderle.

–Pienso en lo mucho que lo odio. –Notó que se le tensaban las mandíbulas–. Pienso en el daño que ha hecho, y en lo mucho que ha destrozado, en lo mucho que me ha arrebatado a mí, a los dos. ¿Tú no piensas en ello?

De repente, sintió miedo. El odio hacia Olof siempre los había unido. Era el aglutinante que los mantenía juntos, impidiendo que tomaran caminos separados en la vida, y les había permitido encajar conjuntamente éxitos y fracasos. Principalmente, fracasos.

–No lo sé –dijo Anders volviendo la vista al mar–. Quizá ya sea hora de…

–¿Hora de qué?

–De perdonar.

Ahí estaban. Esas palabras, que ella no quería oír, la idea en la que no quería pensar. ¿Cómo podrían perdonar a Olof? Les había robado la infancia, los había convertido en unos adultos que se aferraban el uno al otro como barcos naufragados. Él era la fuerza motriz de cuanto habían hecho y de lo que aún seguían haciendo.

–He estado pensando mucho en eso últimamente –continuó Anders–. Y no podemos seguir así. Estamos huyendo, Vivianne. Huimos de algo de lo que no podemos librarnos, porque está aquí dentro –dijo señalándose la cabeza con una mirada penetrante y resuelta.

–¿Qué estás tratando de decirme? No irás a echarte atrás, ¿verdad? –Vivianne sintió el escozor de las lágrimas en los párpados. ¿Acaso iba a abandonarla ahora? ¿A traicionarla, igual que Olof?

–Es como si anduviésemos siempre tras el caldero de oro al pie del arcoíris en la creencia de que Olof desaparecerá tan pronto como lo hayamos encontrado. Pero yo empiezo a tener cada vez más claro que es en vano. No encontraremos nunca ese caldero, porque no existe.

Vivianne cerró los ojos. Recordaba muy claramente la suciedad, los olores, las personas que iban y venían sin que Olof estuviera allí para protegerlos. Olof, que los odiaba. Incluso se lo decía abiertamente, que no deberían haber nacido nunca, que los había tenido en castigo por sus pecados. Que eran despreciables, feos y malos, y que eran la causa de la muerte de su madre.

Volvió a abrir los ojos de pronto. ¿Cómo podía hablar Anders de perdón? Él, que se había interpuesto en tantas ocasiones, que la

había protegido con su cuerpo, recibiendo así los peores golpes.

–No quiero hablar de Olof –afirmó con voz quebrada por el esfuerzo de contenerse. La inundaba el terror. ¿Qué implicaba el hecho de que Anders hablara de perdón, cuando no había perdón que conceder?

–Yo te quiero, hermanita –dijo Anders acariciándole la mejilla. Pero Vivianne no lo oía. Un sinfín de recuerdos tenebrosos le zumbaba ruidosamente en los oídos.

–Vaya, qué sorpresa, una visita de lo más distinguida. –Tord Pedersen los miraba por encima de las gafas.

–Sí, nos pareció que más valía que la montaña fuera a Mahoma –dijo Patrik con una sonrisa, y se acercó a estrecharle la mano–. Esta es mi colega, Paula Morales. Hemos estado en el Sahlgrenska, haciendo algunas averiguaciones acerca de Mats Sverin. Y hemos pensado aprovechar para preguntarte cómo te va.

–Os habéis adelantado un poco –dijo Pedersen meneando la cabeza.

–¿No tienes nada todavía?

–Bueno, he podido echarle un vistazo.

–¿Y qué opinas?

Pedersen se echó a reír.

–Yo creía que lo peor que me podía pasar era tener a Patrik agobiándome a todas horas.

–Perdón –dijo Paula, aunque mirando a Pedersen como si siguiera esperando una respuesta.

–Bueno, venid, vamos a mi despacho.

Pedersen abrió una puerta que había a la izquierda.

Lo siguieron y se sentaron delante del escritorio. Pedersen se sentó enfrente y cruzó las manos.

–Tras una inspección ocular externa, solo puedo decir que la única lesión evidente es un agujero de bala en la nuca. En cambio, se aprecian una serie de lesiones ya curadas que parecen bastante recientes y que, seguramente, le causaron cuando le agredieron hace unos meses.

Patrik asintió.

–Sí, de eso hemos estado hablando en el hospital. ¿Cuánto crees que llevaba muerto?

–No más de una semana, diría yo. Pero eso lo dirá la autopsia.

–¿Tienes idea de qué tipo de arma utilizaron? –preguntó Paula inclinándose en la silla.

–La bala sigue en la cabeza, pero en cuanto la haya extraído, podréis haceros una idea, siempre y cuando se encuentre en un estado aceptable.

–Ya –dijo Paula–, pero tú habrás visto infinidad de heridas de bala. ¿No tienes ni idea? –insistió, evitando conscientemente hablar de lo que indicaba el casquillo, pues quería oír la opinión de Pedersen.

–Otra que no se rinde –rio Pedersen, que parecía casi entusiasmado–. Si me prometéis que vais a considerarlo como la suposición que es, yo diría que seguramente se trata de una nueve milímetros. Pero ya os digo que es una suposición, puedo estar

equivocado –aseguró, haciendo un gesto de advertencia con el dedo.

–Lo comprendemos –dijo Patrik–. ¿Cuándo podrás hacer la autopsia para que tengamos la bala?

–Veamos… –Pedersen se volvió hacia el ordenador e hizo clic con el ratón–. La autopsia está programada para el lunes de la semana que viene. Así que tendréis el informe el miércoles.

–¿Y no puede ser antes?

–Lo siento. Hemos tenido un mes de perros. Han caído personas como moscas, a saber por qué, y además, dos empleados están de baja indefinida por enfermedad. Estrés laboral. Este trabajo produce ese efecto en ciertas personas –aclaró Pedersen, dejando muy claro que él no se consideraba perteneciente a esa categoría.

–Bueno, no parece que tenga mucho remedio. Pero me llamarás cuando sepas algo más, ¿verdad? Y doy por hecho que la bala llegará lo antes posible al laboratorio, ¿no?

–Por supuesto –respondió Pedersen, ligeramente ofendido. Es cierto que estamos un poco sobrecargados en estos momentos, pero hacemos nuestro trabajo a la perfección.

–Sí, lo sé, perdona –se disculpó Patrik–. Ya sabes, me entra la impaciencia… Avísame en cuanto lo tengas listo y te prometo que, entre tanto, no te daré más la lata.

–Sin problemas –dijo Pedersen. Se levantó y se despidió de ellos. Tenían la sensación de que faltara una eternidad para el miércoles.

–Entonces, ¿podemos entrar en el apartamento? –preguntó Gösta extraordinariamente ansioso–. Y mañana tenemos el informe, qué bien. A Hedström le encantará oírlo.

Colgó con una sonrisa en los labios. Torbjörn Ruud acababa de decirle que habían terminado la investigación técnica y que podían entrar sin problemas en el apartamento de Mats Sverin. De repente, se le ocurrió una idea genial. Sería absurdo quedarse allí mano sobre mano hasta que volvieran Patrik y Paula. Claro que estar mano sobre mano era una de las actividades favoritas de Gösta, pero al mismo tiempo lo irritaba que siempre fuera Patrik el que tomaba las decisiones, a pesar de que Bertil y él eran los agentes con más experiencia de la comisaría. No podía negar que lo embargaba cierto deseo de revancha, y aunque se resistía a trabajar sin necesidad, sería un placer demostrarles a aquellos mocosos quién debía llevar las riendas. Adoptó enseguida una decisión y se apresuró a hablar con Mellberg. Iba tan entusiasmado que se olvidó de llamar a la puerta y, no había hecho más que abrirla cuando vio que Bertil se despertaba de lo que parecía un sueñecito de lo más agradable.

–Joder. –Mellberg miraba desconcertado a su alrededor, y *Ernst* se incorporó en la cesta con las orejas tiesas.

–Perdona. Estaba pensando…

–¿Estabas pensando qué? –vociferó Mellberg recolocándose el nido de pelo postizo que se le había deslizado dejando al descubierto la calva.

–Verás, es que acabo de hablar con Torbjörn Ruud.

–¿Y? –Mellberg seguía enojado, pero *Ernst* había vuelto a acomodarse en la cesta.

–Dice que ya podemos entrar en el apartamento.

–¿Qué apartamento?

–El de Mats Sverin. Ya han terminado. O sea, los técnicos. Y estaba pensando… –Gösta empezaba a lamentar haber seguido el impulso. Quizá no fuera una idea tan genial, después de todo–. Estaba pensando…

–¿¡Quieres ir al grano de una vez por todas!?

–Pues sí, Hedström tiene siempre tanto interés en que todo se haga de inmediato y, preferentemente, para ayer… Vamos, que me pregunto si no podríamos ponernos en marcha ahora mismo y empezar nuestra propia investigación. En lugar de esperar a que vuelva.

Mellberg se iluminó. Empezaba a comprender el razonamiento de Gösta, y le gustaba una barbaridad.

–Tienes toda la razón. Sería una vergüenza aplazarlo hasta mañana. ¿Y quiénes hay más competentes que nosotros para continuar con este caso? –preguntó con una amplia sonrisa.

–Exactamente lo mismo que había pensado yo –confesó Gösta, sonriendo también–. Ya es hora de enseñarles a los gallitos de qué somos capaces los expertos.

–Eres un genio, amigo mío.

Mellberg se levantó y se encaminó al garaje. Los veteranos se lanzaban a la investigación de campo.

Annie lo bañó otra vez. Lo refrescaba vertiendo sobre él el agua salada, le mojaba el pelo tratando de evitar que le salpicara en los

ojos. Sam no parecía disfrutar, pero tampoco incómodo. Permanecía en silencio en sus brazos y se dejaba enjuagar.

Ella sabía que tarde o temprano despertaría del sopor. Su cerebro estaba procesando lo ocurrido, algo por lo que nadie debería pasar y mucho menos un niño tan pequeño. Nadie debería verse arrancado de los brazos de su padre a los cinco años, pero Annie no tuvo otra opción. Era necesario huir, era la única salida, pero Sam y ella hubieron de pagar un alto precio.

Sam quería a Fredrik. No había visto, como ella, sus otras facetas, ni había sufrido lo que ella. Para él Fredrik era un héroe incapaz de cometer errores. Idolatraba a su padre y principalmente por eso le resultó tan difícil optar por esa elección. Si es que se podía hablar de elección.

A pesar de todo lo que había sucedido, le dolía que Sam hubiera perdido a su padre. Con independencia de lo que Fredrik le hubiese hecho a ella, para Sam su padre significaba mucho. No más que ella, pero mucho a fin de cuentas. Y ahora, jamás volvería a verlo.

Annie sacó al pequeño del agua y lo tumbó en la toalla que había extendido en el muelle. Su padre siempre le decía que el sol era bueno para el cuerpo y para el alma, y el calor de los rayos surtía verdaderamente un efecto benefactor. Las gaviotas volaban describiendo círculos sobre ellos y pensó que a Sam le gustaría observarlas cuando se encontrara mejor.

–Mi niño querido, mi niño. –Le acarició el pelo. Era tan pequeño, tan indefenso. Tenía la sensación de que hacía muy poco que era un bebé que cabía perfectamente en sus brazos. Tal vez debiera llevarlo al médico, después de todo, pero su instinto maternal le gritaba ¡no!

Allí estaba seguro. No necesitaba hospitales ni medicinas, necesitaba paz y tranquilidad, y sus cuidados. Eso le devolvería la salud.

Annie se estremeció. Unas ráfagas de viento más fresco empezaron a barrer el muelle, y le preocupó que Sam se resfriara. No sin esfuerzo, se levantó con él en brazos y se encaminó a la casa. Empujó la puerta con el pie y lo llevó dentro.

–¿Tienes hambre? –preguntó mientras lo desvestía.

Sam no dijo nada, pero ella lo sentó en una silla y empezó a darle cereales. Sam volvería a ella llegado el momento. El mar, el sol y su cariño le sanarían las heridas del alma.

Erica trataba de dar un paseo todas las tardes cuando iba a buscar a Maja a la guardería. Tanto por los pequeños, para que tomaran el aire, como por sí misma, que necesitaba moverse un poco. El carrito doble no era ninguna tontería como instrumento para hacer ejercicio y cuando, además, le ponía la plataforma para llevar también a Maja, empujarlo hasta la casa se convertía en un verdadero reto.

Decidió recorrer el trayecto más largo, pasar por Badis y la fábrica de conservas Lorentz, en lugar de ir derecha por Galärbacken. Se detuvo en el atracadero que había al pie de Badis y se hizo sombra con la mano para poder contemplar el viejo edificio recién pintado de blanco que resplandecía a la luz del sol. Se alegraba de que lo hubieran restaurado. Además de la iglesia, los baños eran lo primero que llamaba la atención cuando uno llegaba en barco a Fjällbacka, y era una parte esencial del pueblo. Lo fueron dejando abandonado año tras año y al final daba la impresión de ir a derrumbarse en

cualquier momento. Ahora volvía a ser un motivo de orgullo para Fjällbacka.

Respiró hondo, feliz, y se rio de sí misma un tanto avergonzada de la emoción que despertaba en ella un viejo edificio, tablones y pintura. Pero en realidad era más que eso. Tenía bastantes recuerdos entrañables del lugar e igual que para la mayoría de los habitantes de Fjällbacka, aquel edificio tenía un sitio en su corazón. Badis era un trozo de historia que había vuelto a cobrar vida para el presente y el futuro. No era de extrañar que se hubiera emocionado.

Erica empujó el carro de nuevo, preparándose para la larga pendiente que discurría junto a la depuradora y la pista de minigolf, cuando un coche se detuvo a su lado. Se paró y entornó los ojos para ver quién era. Una mujer se bajó del coche y ella la reconoció enseguida. En honor a la verdad, Erica no la había visto nunca, pero había provocado un mar de rumores desde que llegó al pueblo hacía unos meses. Tenía que ser Vivianne Berkelin.

–¡Hola! –saludó la mujer con voz jovial y se le acercó para estrecharle la mano–. Tú debes de ser Erica Falck.

–Sí, la misma. –Erica le dio la mano sonriendo.

–Llevo tiempo queriendo conocerte. He leído todos tus libros y me gustan muchísimo.

Erica notó que se sonrojaba, como siempre que alguien elogiaba sus libros. Aún no se había acostumbrado al hecho de que la mayoría de la gente hubiera leído alguno. Y después de llevar varios meses de baja maternal, era una liberación encontrarse con alguien que la veía en primera instancia como la escritora Erica y no solo como la madre de Noel, Anton y Maja.

–La verdad, admiro a las personas que tienen la paciencia de sentarse y escribir un libro entero.

–Bueno, lo único que hace falta es una buena almohadilla de grasa en el trasero –rio Erica.

Vivianne irradiaba un entusiasmo contagioso y Erica experimentó una sensación que le costó identificar en un principio. Luego cayó en la cuenta. Quería gustarle a Vivianne.

–¡Qué bonito ha quedado! –exclamó mirando hacia Badis.

–Sí, no sabes lo orgullosos que estamos –respondió Vivianne alzando la vista hacia el edificio–. ¿Quieres verlo?

Erica miró el reloj. Había pensado ir a recoger a Maja antes de tiempo, pero a aquellas alturas la pequeña lo pasaba fenomenal en la guardería y no sufriría demasiado si iba a recogerla a la hora de siempre. Resultaba muy tentador comprobar si aquel exterior tan hermoso se correspondía con un interior igual de elegante.

–Me encantaría. Aunque no sé cómo vamos a subir esto – dijo señalando el carrito y mirando la empinada escalera.

–Yo te ayudo. –Vivianne empezó a caminar hacia la escalera sin aguardar respuesta.

Cinco minutos después habían subido el cochecito y Erica cruzó la puerta empujándolo. Se detuvo en la entrada y miró asombrada a su alrededor. No quedaba nada viejo ni deslucido, pero no se había perdido el estilo original. Recorrió con la mirada todos los detalles, todo aquello que tanto le recordaba a la discoteca de verano de su adolescencia, y que ahora tenía un aspecto nuevo y reluciente. Aparcó el cochecito junto a la pared y sacó a Noel. Cuando iba por la mochila de Anton, oyó la voz suave de Vivianne:

–¿Puedo?

Erica asintió y la mujer se inclinó y tomó en brazos a Anton con cuidado. Los gemelos estaban tan acostumbrados a que los cuidaran otras personas que nunca protestaban ante un extraño. El pequeño miró a Vivianne con los ojos muy abiertos y le lanzó una de sus sonrisas.

–¡Menudo granujilla! –exclamó Vivianne entusiasmada, y le quitó despacio el abrigo y el gorrito.

–¿Tienes hijos?

–No, no tengo. –Vivianne apartó la cara–. ¿Quieres un té? –preguntó dirigiéndose al comedor con Anton en brazos.

–Si tienes, prefiero café. No tomo mucho té, la verdad.

–Normalmente no recomendamos a la gente que tome cafeína y se intoxique, pero puedo hacer una excepción y ver si tengo café de verdad.

–Pues te lo agradezco. –Erica fue detrás de Vivianne. El café era lo que la mantenía en funcionamiento, y tomaba tanto que seguramente le corría por las venas en lugar de la sangre. Algún vicio hay que tener, y la cafeína no es de los peores.

–No te creas –dijo Vivianne, pero optó por no abundar en el tema. Probablemente, era consciente de que sería como hablarle a la pared.

–Tú siéntate, vuelvo enseguida. Después del café, veremos las instalaciones.

Desapareció por una puerta giratoria que, según supuso Erica, debía de dar a la cocina.

Se preguntó por un instante cómo se las arreglaría Vivianne para preparar café con un niño en brazos. Ella había aprendido a hacerlo casi todo con una mano, pero sin tener costumbre, no era lo más fácil del mundo. Dejó de pensar en ello. Si Vivianne necesitaba ayuda, ya la pediría.

Al cabo de unos minutos, llegó con el café listo, lo puso en la mesa y se sentó enfrente de Erica, que vio que también era nueva, como las sillas. Eran elegantes y modernas, pero encajaban de maravilla en aquel ambiente tan lujoso. Quien hubiera elegido el mobiliario tenía muy buen gusto. La vista desde la hilera de ventanas que tenían enfrente era maravillosa. Todo el archipiélago de Fjällbacka se extendía ante sus ojos.

–¿Cuándo abrís? –Erica se llevó a la boca una galleta con un aspecto de lo más extraño, pero se arrepintió enseguida. Fuera lo que fuera, contenía muy poca azúcar y era demasiado saludable para poder calificarse de galleta.

–Dentro de una semana o poco más. Si es que lo tenemos todo listo a tiempo –suspiró Vivianne, y mojó la galleta en el té. Seguro que es té verde, pensó Erica, saboreando satisfecha el café solo.

–Vendrás a la fiesta, ¿no? –preguntó Vivianne.

–Me encantaría, tengo la invitación, pero todavía no nos hemos decidido. Encontrar canguro para tres no es lo más sencillo del mundo.

–Intenta venir, sería estupendo. Por cierto que el sábado vendrán tu marido y sus colegas a una especie de preestreno. Y podrán probar todos los servicios que ofrecemos.

–Vaya –dijo Erica entre risas–. Pues Patrik no me ha dicho nada. No creo que haya puesto el pie en un *spa* en su vida, así que será una experiencia interesante para él.

–Sí, esperemos. –Vivianne acarició la cabecilla de Anton. ¿Cómo está tu hermana? Espero que no te tomes a mal que pregunte, pero me he enterado del accidente.

–No, no te preocupes. –Erica notó indignada que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tragó saliva y logró controlar la voz–. Sinceramente, no está nada bien. Ha sufrido muchas desgracias en su vida.

A Erica le cruzaron por la cabeza los recuerdos de Lucas, el que fuera marido de Anna. Había tantas cosas de las que no podía hablar…, pero aquella mujer, sin saber cómo, la animaba a intimar… Y lo contó todo. Por lo general, ella no hablaba nunca de la vida de Anna con la gente, pero tenía la sensación de que Vivianne lo comprendería. Cuando terminó, se echó a llorar.

–Desde luego, no lo ha tenido fácil. Y ese hijo le habría hecho mucho bien –dijo Vivianne en voz baja, expresando con palabras exactamente lo mismo que Erica había pensado tantas veces. Anna se merecía aquel hijo. Merecía ser feliz.

–No sé qué hacer. Ni siquiera parece darse cuenta de que estoy con ella. Es como si hubiera desaparecido. Y temo que no vuelva.

–No ha desaparecido –dijo Vivianne, meciendo a Anton en las rodillas–. Ha buscado refugio en un lugar donde no hay tanto dolor. Pero sabe que estás ahí. Lo mejor que puedes hacer es ir a verla y acariciarla. Hemos olvidado lo importante que es que nos toquen, pero lo necesitamos para sobrevivir. Así que tócala, y díselo también

a su marido. Solemos cometer el error de dejar solo al que está sufriendo la pérdida de un ser querido. Creemos que necesitan tranquilidad y silencio, que necesitan que los dejen en paz. Pero nada más lejos. El ser humano es un animal de manada y necesitamos a la manada a nuestro alrededor, necesitamos tenerla cerca, necesitamos el calor y el tacto de otros seres humanos. Procura que Anna esté con su manada. No la dejes sola, no dejes que se aparte sin que la molesten allí donde no existe el dolor, pero tampoco ningún otro sentimiento. Oblígala a salir de ahí.

Erica se quedó en silencio un instante, pensando en lo que le decía Vivianne, y comprendió que tenía razón. No deberían haber permitido que Anna se encerrara en sí misma. Tenían que haber insistido con más ahínco.

–Y no te sientas culpable –continuó Vivianne–. Su dolor no tiene nada que ver con tu dicha.

–Pero…, ella pensará sin duda que… –comenzó Erica, y las lágrimas le brotaron sin freno–. Pensará que yo lo tengo todo y ella nada.

–Anna sabe que eso no tiene nada que ver. Lo único que puede interponerse entre vosotras dos es tu sentimiento de culpa. No la envidia ni la ira que ella pudiera sentir porque tus hijos han sobrevivido. Eso solo existe en tu cabeza.

–¿Cómo lo sabes? –Erica quería creer en las palabras de Vivianne, pero no se atrevía. ¿Qué sabía ella de lo que pudiera sentir o pensar Anna? Ni siquiera la conocía. Al mismo tiempo, todo lo que le había dicho parecía cierto y verdadero.

–No puedo explicarte por qué lo sé, pero tengo una gran sensibilidad y conozco al ser humano. Sencillamente, tendrás que confiar en mí –dijo Vivianne con tono firme. Y Erica notó con sorpresa que sí, que confiaba en ella.

Cuando, un rato después, se fue en dirección a la guardería, pensó que hacía mucho que no caminaba con paso tan ligero. Se había deshecho de lo que le impedía acercarse a Anna. Se había deshecho del sentimiento de impotencia.

Fjällbacka, 1871

Por fin llegó el hielo. Cuajó tarde aquel invierno, no se presentó hasta febrero. En cierto modo, Emelie se sintió más libre gracias a él. Al cabo de una semana, la capa de hielo era lo bastante gruesa como para poder caminar sobre ella, y por primera vez desde que arribó a la isla, podía irse de allí sola si así lo quería. Implicaría un largo camino a pie no exento de cierto riesgo, porque decían que, por muy grueso que fuera el hielo, siempre podían existir grietas traicioneras donde había corrientes. Pero al menos se abría una posibilidad.

En cierto modo, la hacía sentirse más encerrada. Karl y Julian no salían en sus travesías habituales a Fjällbacka y, a pesar de que siempre temía que volvieran borrachos y violentos, su ausencia le proporcionaba cierto respiro. Ahora los tenía cerca más a menudo, y se mascaba la tensión en el ambiente. Ella trataba de darles gusto en todo y hacía sus tareas sin molestar. Karl seguía sin tocarla, y ella no había tratado de acercársele más. Yacía totalmente inmóvil en un rincón de la cama y se pegaba al frío de la pared. Pero el daño ya estaba hecho. El odio que le inspiraba a Karl parecía mantenerse, y ella se sentía más sola a medida que pasaban los días.

Las voces resonaban más fuerte y cada vez veía más de aquello que la razón se resistía a ver, pero que ella sabía que no eran figuraciones suyas. Los muertos eran su seguridad, la única compañía con la que contaba en aquella isla solitaria, y su dolor

resonaba al unísono con el de Emelie. Sus vidas tampoco llegaron a ser como soñaban. Se comprendían, aunque sus destinos estaban separados por el más grueso de los muros. La muerte.

Karl y Julian no notaban su presencia como ella. Pero a veces se sentían embargados de un desasosiego que no se explicaban. En esos momentos, Emelie veía su miedo, y se alegraba en secreto. Ya no vivía por el amor hacia Karl, que no era el hombre que ella creía, pero así era la vida y no estaba en su mano cambiarlo. Solo podía alegrarse de su miedo y hallar apoyo en los muertos. Le daban la sensación de ser una elegida. Ella era la única que sabía que estaban allí. Eran suyos.

Pero cuando el hielo persistía tras un mes, empezó a tomar conciencia de que también en su rostro se reflejaba el miedo. El ambiente se había vuelto más crispado. Julian aprovechaba cualquier ocasión para discutir con ella y desahogarse de la frustración de verse prisionero en la isla. Karl asistía fríamente al espectáculo. Y siempre andaban susurrando. Con la mirada clavada en ella, se sentaban en el banco de la cocina y hablaban en voz baja, con las cabezas muy juntas. Emelie no podía oírlos, pero sabía que no tramaban nada bueno. A veces pillaba al vuelo fragmentos de la conversación, cuando creían que ella no estaba cerca. Últimamente hablaban mucho de la carta que Karl recibió de sus padres poco antes de que se helara el mar. Discutían con voz airada, pero ella nunca logró enterarse de lo que decía aquella carta. Y en honor a la verdad, no quería saberlo. El enojo de Julian cuando se refería a la misiva y el tono resignado de Karl le helaban la médula.

Tampoco comprendía por qué sus suegros no habían ido a visitarlos, o por qué ellos no iban a verlos. El hogar paterno de Karl se hallaba a tan solo unas horas de viaje de Fjällbacka. Si salían temprano, llegaban a buena hora, antes de que cayera la noche. Pero Emelie no se atrevía a preguntar. Cada vez que recibían una carta, a Karl le duraba varios días el mal humor. La reacción después de aquella última carta fue peor que nunca y, como de costumbre, Emelie quedaba excluida, sin saber lo que ocurría en su entorno.

–Limpio y ordenado –dijo Gösta al ver el apartamento. Aunque estaba satisfecho de su iniciativa, se le hacía un leve nudo en el estómago al pensar en cómo reaccionaría Hedström.

–Seguro que era maricón –dijo Mellberg.

Gösta lanzó un suspiro.

–¿En qué te basas para hacer esa afirmación?

–Porque así de limpias y ordenadas solo están las casas de los maricas. Los tíos de verdad tienen algo de mugre en los rincones. Y desde luego, no ponen cortinas. –Arrugó la nariz y señaló las cortinas color marfil–. Y además, todo el mundo dice que no tenía novia.

–Ya, pero…

Gösta volvió a suspirar y abandonó la idea de intentar siquiera expresar una opinión contraria. Cierto era que Mellberg poseía dos oídos como todo el mundo, pero rara vez los usaba para escuchar.

–Tú el dormitorio y yo el salón, ¿te parece? –Mellberg empezó a husmear entre los libros de la estantería.

Gösta asintió y observó la sala de estar. Resultaba un tanto impersonal. Un sofá de color beis, una mesa oscura sobre una alfombra clara, un televisor en una mesa a propósito y una estantería con algunos libros. Por lo menos la mitad eran libros de economía y contabilidad.

–Un tío de lo más raro –dijo Mellberg–. No tiene apenas trastos.

–Puede que le gustara la sobriedad –dijo Gösta, y se dirigió al dormitorio.

Estaba tan ordenado y limpio como el salón. Una cama con el cabecero blanco, una mesilla de noche, un armario de puertas blancas y una cajonera.

–Pues aquí tiene la foto de una tía –dijo Gösta levantando la voz mientras miraba una instantánea que había apoyada en la lámpara de la mesita.

–¿A ver? ¿Es guapa?

Mellberg apareció en el dormitorio.

–Bueno, pssss, mona, diría yo.

Mellberg echó un vistazo a la foto y puso cara de no estar muy impresionado. Volvió al salón, y dejó a Gösta con la foto en la mano. Se preguntaba quién sería la mujer. Debió de ser alguien importante en la vida de Mats Sverin. Era la única foto que había en el apartamento y, además, la tenía en el dormitorio.

La dejó en su sitio y empezó a mirar en los cajones y el armario, donde solo encontró ropa, pero nada más personal. Ninguna agenda, ni cartas antiguas ni álbumes de fotos. Metió la mano a conciencia por todos los rincones, pero al cabo de un rato constató que no había nada interesante. Era como si Sverin se hubiese mudado al apartamento partiendo de cero, sin haber tenido una vida anterior. Lo único que indicaba lo contrario era precisamente la foto de aquella mujer.

Se acercó de nuevo a la mesita de noche y volvió a contemplar el retrato. Era mona, desde luego. Menuda y delicada, con una melena larga y rubia que el viento le agitaba alrededor de la cara en el momento en que tomaron la foto. Gösta entornó los ojos, se la acercó y la examinó con detalle. Buscaba un indicio, cualquier cosa

que pudiera revelarle algo de la identidad de la mujer o al menos dónde habían hecho la fotografía. No se leía nada escrito al dorso y lo único que se apreciaba en el fondo eran unos arbustos. Pero al volver a mirar detenidamente advirtió algo. En el borde derecho se veía una mano. Alguien estaba saliendo del cuadro de la foto o entrando en él. Era una mano pequeña y, aunque la imagen estaba demasiado borrosa para estar seguro al cien por cien, podía ser la mano de un niño. Dejó la foto en su sitio otra vez. Por más que estuviera en lo cierto, aquel detalle no les daba información sobre la identidad de la retratada. Gösta se dio media vuelta dispuesto a salir del dormitorio, pero se arrepintió. Volvió a la mesilla de noche y se guardó la foto en el bolsillo.

–Bueno, no puede decirse que haya valido la pena, precisamente –masculló Mellberg. Estaba de rodillas, mirando debajo del sofá–. Bien podríamos haber dejado que Hedström se encargara de esto, después de todo. Me parece una verdadera pérdida de tiempo.

–Nos queda la cocina –observó Gösta sin prestar atención a las quejas de Mellberg.

Empezó a abrir cajones y armarios, pero no encontró nada de particular. La vajilla parecía de las básicas de Ikea y no había muchas provisiones ni en la despensa ni en el frigorífico.

Gösta se volvió y se apoyó en la encimera. De repente, vio algo encima de la mesa. Un cable medio enrollado que bajaba desde la mesa y terminaba en una toma de corriente de la pared. Se acercó y lo examinó. Era un cable de ordenador.

–¿Sabemos si Sverin tenía portátil? –preguntó en voz alta.

No recibió respuesta, pero sí oyó unos pasos que se acercaban a la cocina.

–¿Por qué? –preguntó Mellberg.

–Porque aquí hay un cable de ordenador, pero nadie ha mencionado nada de un portátil.

–Seguramente, lo tendrá en el trabajo.

–¿No deberían haberlo mencionado cuando Paula y yo estuvimos allí? Debieron de pensar que era lógico que nos interesara algo así.

–¿Les preguntasteis? –Mellberg enarcó una ceja.

Gösta no pudo por menos de reconocer que tenía razón. Sencillamente, se habían olvidado de pedir que les dieran el ordenador de Sverin. Lo más probable era que siguiera en las oficinas del ayuntamiento. De repente se sintió como un idiota ahí, con el cable en la mano, y lo soltó en el suelo.

–Me pasaré por allí luego –dijo saliendo de la cocina.

–¡Dios, cómo detesto esperar! ¿Por qué tiene que tardar todo tanto? –Patrik refunfuñaba irritado cuando aparcaron delante de la comisaría de Gotemburgo.

–Pues yo creo que si lo tienen el miércoles es bastante rápido –dijo Paula, conteniendo la respiración al ver que Patrik se acercaba peligrosamente a una farola.

–Sí, ya, supongo que tienes razón –dijo Patrik, y salió del coche–. Pero luego no sabemos cuánto tardarán los resultados del laboratorio. Sobre todo, el análisis de balística. Si hay alguna

coincidencia en los archivos, deberíamos saberlo ya, no tener que esperar semanas.

–Bueno, así son las cosas, no podemos hacer nada para remediarlo –respondió Paula dirigiéndose a la entrada.

Habían llamado para anunciar su llegada, pero la recepcionista les dijo que esperaran de todos modos. Diez minutos después apareció un hombre robusto y altísimo que se dirigió a ellos con paso resuelto. Patrik calculó que mediría unos dos metros, y cuando se levantó para saludarlo, se sintió como un liliputiense. Por no hablar de Paula. Le llegaba un poco por encima de la cintura, eso parecía.

–Bienvenidos, soy Walter Heed. Hemos hablado por teléfono.

Patrik y Paula se presentaron y lo siguieron por el pasillo. Seguramente, tendrá que comprarse los zapatos en tiendas especializadas, pensó Patrik observando fascinado los pies de Walter. Parecen barcas. Paula le dio un codazo en el costado y Patrik levantó la vista otra vez.

–Adelante. Este es mi despacho. ¿Queréis café?

Los dos asintieron y Heed no tardó en traerles un café de la máquina que había en el pasillo.

–Necesitabais información de un caso de agresión, ¿verdad?

Más que de una pregunta, se trataba de una constatación, así que Patrik asintió sin responder.

–Tengo aquí el acta, pero no estoy seguro de que aporte nada de interés.

–¿Podrías ofrecernos una síntesis con lo más destacado? –preguntó Paula.

–Sí, vamos a ver.

Walter abrió la carpeta y ojeó rápidamente unos documentos. Carraspeó.

–Mats Sverin llegó tarde a su domicilio de la calle Erik Dahlbergsgatan. Luego no estaba muy seguro de la hora, pero cree que fue poco después de medianoche. Había salido a cenar con unos amigos. El agredido tenía unos recuerdos muy difusos, entre otras razones porque le agredieron violentamente en la cabeza y sufrió con posterioridad ciertas lagunas.

Walter levantó la vista y dejó de leer:

–Lo que conseguimos sacar en limpio al final fue que se encontró con una pandilla de jóvenes delante de su portal. Al decirle a uno de ellos que no se pusiera a orinar allí, se cebaron con él. Sin embargo, no pudo dar cuenta de cuál era su aspecto ni de cuántos había. Hablamos con Mats Sverin en varias ocasiones cuando recuperó la conciencia pero, por desgracia, no aportó gran cosa. –Walter cerró la carpeta con un suspiro.

–¿Y eso fue todo lo que conseguisteis? –preguntó Patrik.

–Sí, apenas teníamos información sobre la que basar la investigación. No había testigos. Pero… –Dudó un instante y tomó un trago de café.

–Pero ¿qué?

–Bueno, solo son especulaciones mías… –Volvió a vacilar.

–Nos interesa cualquier cosa –apuntó Paula.

–Pues sí, yo tuve en todo momento la sensación de que Mats sabía más de lo que decía. En realidad, no tengo nada concreto en lo que basarme para ello, pero a veces, cuando hablábamos con él, me daba la sensación de que se estaba reservando algo.

–¿Te refieres a que sabía quiénes eran los agresores? –preguntó Patrik.

–Ni idea. –Walter hizo un gesto de resignación–. Ya digo que fue solo una impresión mía, me pareció que tenía más información de la que nos facilitó. Pero sabéis tan bien como yo que las razones por las que testigos y víctimas guardan silencio pueden ser muchas y variadas.

Patrik y Paula asintieron.

–Yo le habría dedicado más tiempo a este caso, la verdad, si hubiera sacado algo en claro. Pero no tenemos recursos y al final lo dejamos sin resolver. Llegamos a la conclusión de que no avanzaríamos nada a menos que surgiera algún dato nuevo.

–Lo que quizá acabe de suceder –dijo Patrik.

–¿Creéis que existe un vínculo entre la agresión y el asesinato? ¿Trabajáis partiendo de esa hipótesis?

Patrik tenía las piernas cruzadas y pensó unos segundos antes de responder.

–Bueno, en realidad por ahora no tenemos ninguna hipótesis. Tratamos de operar con amplitud de miras. Pero sí, claro, es una posibilidad. Es innegable que es una coincidencia que le agredieran unos meses antes de que lo encontraran muerto de un tiro.

–Sí, es cierto. En fin, dime cómo puedo ayudaros. –Walter se levantó y desplegó todos los centímetros de su cuerpo–. Nosotros tenemos el caso abierto, así que quizá podamos ayudarnos mutuamente si surge algo, ¿no?

–Desde luego –asintió Patrik, y le tendió la mano–. ¿Podemos llevarnos una copia del acta?

–Sí, ya la he preparado –dijo Walter, y le dio a Patrik un montón de documentos–. ¿Encontraréis la salida?

–Sí, tranquilo. Por cierto –Patrik se dio la vuelta cuando ya estaban a punto de cruzar el umbral–, estábamos pensando hacer una visita a la asociación en la que trabajaba Sverin. ¿Podrías decirnos cómo se va? –Le señaló el número en el papel donde tenía la dirección.

Walter les explicó brevemente el camino más fácil para llegar en coche y ellos le dieron las gracias antes de marcharse.

–No hemos sacado mucho en claro –suspiró Paula cuando ya estaban de nuevo en el coche.

–No te creas. Uno tiene que tenerlo muy claro antes de decir que la víctima de un delito calla algo. Tendremos que averiguar más acerca de lo que pasó cuando agredieron a Sverin. Quizá haya algo en Gotemburgo de lo que no consiguió huir del todo mudándose a Fjällbacka.

–Y lógicamente, empezamos por su anterior trabajo –constató Paula poniéndose el cinturón.

–Sí, creo que es el mejor punto de partida.

Patrik salió marcha atrás del aparcamiento y Paula cerró los ojos al ver que estaba a punto de chocar con un Volvo 740 de color azul que, por alguna razón inexplicable, no había visto en el retrovisor. La próxima vez, insistiría en conducir ella. Sus nervios no aguantarían otra vez la forma de conducir de Patrik.

Los niños corrían por el jardín. Madeleine fumaba un cigarro detrás de otro, aunque sabía que debería dejarlo. Pero en Dinamarca fumaban todos de una manera tan distinta… Daba la sensación de que fueran más permisivos.

–Mamá, ¿puedo ir a casa de Mette?

Tenía delante a su hija Vilda, con los rizos revueltos y las mejillas encendidas de correr al aire libre.

–Pues claro que puedes –dijo dándole un beso en la frente.

Una de las mejores cosas que tenía aquel apartamento era que el jardín siempre estaba lleno de niños y la gente entraba y salía de una casa a otra como si fueran una gran familia. Sonrió y encendió otro cigarrillo. Era una sensación extraña. Sentirse segura. Hacía tanto tiempo que apenas podía recordar cómo fue. Llevaban cuatro meses viviendo en Copenhague y los días transcurrían despacio. Incluso había dejado de agacharse al acercarse a las ventanas. Ahora cruzaba bien erguida por delante, sin echar las cortinas siquiera.

Lo habían preparado todo. No era la primera vez, pero ahora era diferente. Había hablado con ellos personalmente, les había explicado por qué ella y los niños tenían que irse otra vez. Y ellos la habían escuchado. La noche siguiente le dieron aviso de que recogiera sus cosas y bajara con los niños al coche, que esperaba con el motor en marcha.

Había decidido no mirar atrás. Ni por un instante dudó de que fuera la decisión correcta, pero había ocasiones en que no lograba aplacar el dolor. Se presentaba en sueños, la despertaba y la

mantenía despierta mirando al techo en la oscuridad. Y allí veía a aquel en quien no podía permitirse pensar.

Se quemó los dedos con el cigarro y lo arrojó al suelo soltando un taco. Kevin la miraba fijamente. Estaba tan sumida en sus recuerdos que ni siquiera notó que se había sentado junto a ella en el banco. Le alborotó el pelo y él no se lo impidió. Era tan serio... Su niño grande que, pese a no tener más que ocho años, ya había vivido tanto.

Por todas partes se oían gritos alegres entre las casas. Empezaba a darse cuenta de que los niños ya habían incorporado algunas palabras danesas a su vocabulario. La divertía, pero al mismo tiempo la asustaba. Dejar atrás lo que habían pasado, quiénes habían sido, implicaba también perder algo. Los niños perderían su lengua con el tiempo, perderían lo sueco, lo típico de Gotemburgo. Pero estaba dispuesta a sacrificarlo. Ahora tenían un hogar y ya no volverían a mudarse. Se quedarían allí y olvidarían lo que había pasado.

Le acarició la mejilla a Kevin. Con el tiempo, volvería a ser un niño como los demás. Y eso lo compensaría todo.

Maja se le acercó corriendo como siempre y se le tiró en los brazos. Y después de darle a Erica un abrazo y de ponerle la cara perdida de baba, levantó los brazos para poder ver a sus hermanos en el cochecito.

–Vaya, parece que aquí hay alguien que quiere mucho a sus hermanitos –dijo Ewa, que estaba fuera anotando los nombres de los niños a medida que los iban recogiendo.

–Sí, casi siempre. Aunque a veces se llevan alguna torta. – Erica le acarició a Noel la mejilla.

–Bueno, no es de extrañar que los niños reaccionen así cuando tienen un hermano y ya no son los únicos en disputarse la atención de los padres. –Ewa se inclinó sobre el cochecito para ver a los gemelos.

–No, la verdad es que es perfectamente comprensible. Y además, ha ido divinamente hasta ahora.

–¿Duermen bien por las noches? –Ewa hacía carantoñas a los gemelos, que le respondieron con sendas sonrisas sin dientes.

–Duermen muy bien, sí. El único problema es que a Maja le parece muy aburrido que duerman, así que a la menor oportunidad, sube sin que me dé cuenta y los despierta.

–Ya me imagino, ya. Es una niña muy intrépida y emprendedora.

–Sí, no tienes que jurarlo. Eso, como poco.

Los gemelos empezaron a moverse inquietos en el carrito y Erica miró a su alrededor en busca de su hija, a la que había perdido de vista.

–Mira en la torre –dijo Ewa señalando hacia el parque de columpios–. Ahí es donde más le gusta estar.

En efecto. En ese mismo instante, Erica vio a Maja bajar a toda velocidad por el tobogán con cara de felicidad, y tras una breve negociación, consiguió que se subiera a la plataforma antes de marcharse de la guardería.

–¿A casa? –dijo Maja. Erica había girado a la derecha en lugar de a la izquierda, tal y como solía hacer cuando iban paseando a casa.

–No, vamos a ver a la tía Anna y al tío Dan –dijo, y Maja reaccionó con un grito de júbilo.

–Y juego con Lisen. Y con Emma. No con Adrian –explicó Maja resuelta.

–Vaya, ¿y por qué no piensas jugar con Adrian?

–Adrian es niño.

Al parecer, no era preciso añadir más explicación, porque esa fue la única que le proporcionó la pequeña. Erica suspiró. ¿Tan pronto empezaban las divisiones chico-chica? ¿Lo que se hacía y no se hacía, la ropa que uno se ponía y con quién jugaba? Se preguntó, llena de remordimientos, si ella estaría contribuyendo a todo ello al no oponerse a los deseos de su hija de que todo fuera rosa y estilo princesa. El armario de Maja estaba repleto de ropa rosa, porque ese era el único color que su hija estaba dispuesta a llevar, so pena de arriesgarse a tener una trifulca. ¿Sería un error dejar que decidiera ella?

Erica no llegó a las últimas consecuencias del razonamiento. No se sentía con fuerzas en aquellos momentos. Ya le exigía bastante esfuerzo empujar el cochecito. Se detuvo un instante junto a la rotonda antes de tomar impulso y doblar a la izquierda por la calle de Dinglevägen. Divisó la casa de Dan y Anna en Falkeliden, pero el trecho hasta allí se le antojó mucho más largo de lo que era. Por fin llegó a su destino, aunque el último tramo de la pendiente casi le cuesta la vida, y se quedó un buen rato delante de la puerta, tratando de recobrar el aliento. Cuando se le normalizó el pulso tanto como para poder llamar al timbre, no tardaron ni dos segundos en abrirle la puerta.

–¡Maja! –gritó Lisen–. ¡Y los bebés! –Se volvió a medias y gritó–: ¡Han venido Erica y Maja y los bebés! ¡Qué guapos son!

Erica no pudo evitar echarse a reír ante tanto entusiasmo, y se apartó un poco para que Maja pudiera entrar en el recibidor.

–¿Está tu padre en casa?

–¿¡Papaaaá!? –aulló Lisen en respuesta a la pregunta de Erica.

Dan salió de la cocina y apareció en el recibidor.

–Hombre, qué sorpresa. –Extendió los brazos para abrazar a Maja, que se le abalanzó corriendo. Dan era su tío favorito.

–Pasad, pasad. –Después de abrazar a Maja, la dejó en el suelo para que corriera junto a los otros niños. A juzgar por el ruido, estaban viendo un programa infantil en la tele.

–Perdona, me tenéis aquí a todas horas –dijo Erica quitándose la chaqueta. Con los gemelos en las mochilas, siguió a Dan hacia la cocina.

–Nos encanta que vengas –respondió Dan, pasándose la mano por la cara. Parecía agotado y abatido.

–Acabo de poner café, ¿te apetece? –dijo mirando a Erica.

–¿Desde cuándo tienes que preguntarme? –dijo ella con una sonrisa. Dejó a los gemelos en una manta que llevaba en el bolso del cochecito.

Luego se sentó a la mesa y, después de haber servido el café, también Dan tomó asiento enfrente de ella. Estuvieron callados un rato. Se conocían tan bien que el silencio nunca resultaba incómodo. Curiosamente, ella y el marido de su hermana fueron novios en su día. Pero de eso hacía ya tanto tiempo que apenas se acordaban. Su

relación se consolidó más bien bajo la forma de una amistad sincera, y Erica no podía imaginar mejor marido para su hermana.

–Hoy he tenido una conversación muy interesante –dijo al fin.

–¿No me digas? –respondió Dan, y tomó un sorbo de café. No era un hombre muy hablador, y además sabía que Erica no necesitaba que la animaran a continuar.

Le contó su encuentro con Vivianne, y lo que le había dicho de Anna.

–Hemos dejado que Anna se encierre en sí misma, cuando deberíamos haber hecho lo contrario.

–No lo sé –dijo Dan, que se había levantado para servir más café–. Yo tengo la sensación de que me equivoco haga lo que haga.

–Pues yo creo que es verdad. Estoy segura de que Vivianne tiene razón. No podemos permitir que Anna se consuma en la cama. Tendremos que obligarla si es preciso.

–Puede que tengas razón –dijo Dan, aunque no parecía muy seguro.

–En cualquier caso, vale la pena intentarlo –insistió Erica. Se asomó por el borde de la mesa para comprobar que los gemelos se encontraban bien. Estaban tumbados en el suelo, agitando las manitas y los pies y parecían tan satisfechos que Erica volvió a recostarse en la silla.

–Vale la pena intentar cualquier cosa, pero… –Dan guardó silencio, como si no se atreviera a formular el pensamiento en voz alta por miedo a que se hiciera realidad–. Pero ¿y si nada funciona? ¿Y si Anna se ha rendido para siempre?

–Anna no se rinde para siempre –dijo Erica–. Ahora mismo ha caído en lo más hondo, pero no se rendirá, y tú debes tener fe. Tienes que creer en ella.

Clavó la vista en Dan y lo obligó a mirarla a los ojos. Anna no se rendía, pero necesitaba algo de ayuda para salvar el primer tramo. Y esa ayuda tenían que dársela ellos.

–¿Puedes echarles un ojo a los niños? Voy a verla un rato.

–Claro, yo me ocupo de los muchachos. –Dan sonrió con desgana. Se levantó y se sentó en el suelo, junto a Anton y Noel.

Erica ya estaba saliendo de la cocina. Subió al piso de arriba y abrió despacio la puerta del dormitorio. Anna estaba exactamente en la misma postura que la última vez. De lado, mirando hacia la ventana. Erica no dijo nada, sino que se tumbó a su lado en la cama y se pegó a su hermana. La rodeó con el brazo, la abrazó fuerte y notó que le transmitía su calor.

–Estoy aquí, Anna –le susurró–. No estás sola. Yo estoy aquí.

La comida que le había llevado Gunnar estaba empezando a acabarse, pero rechazaba la idea de volver a llamar a los padres de Matte. No quería pensar en él, en la decepción que se había llevado.

Annie cerró los ojos para contener el llanto y decidió esperar y llamar al día siguiente. Aún les quedaba suficiente como para aguantar un poco más Sam y ella. Él apenas comía nada. Annie tenía que seguir dándole de comer como si fuera un bebé, meterle en la boca a la fuerza cada bocado, para ver cómo lo echaba enseguida.

Estaba temblando, encogida. A pesar de que en realidad no hacía frío fuera, tenía la sensación de que el viento que barría la isla silbando atravesara las paredes de la casa, la gruesa ropa que llevaba, la piel y el esqueleto. Se puso otro jersey, uno grueso de lana que su padre se ponía cuando salía a pescar. Pero no sirvió de nada. Era como si el frío le naciera de dentro.

A sus padres no les habría gustado Fredrik. Lo supo desde que lo conoció. Pero no quería pensar en ello. Los dos murieron y la dejaron sola, ¿con qué derecho iban a influir en su vida? Porque así fue como se lo planteó durante mucho tiempo, como si la hubieran abandonado.

Su padre fue el primero en morir. Un día sufrió un infarto en casa, se desplomó en el suelo y nunca más se levantó. Murió en el acto, según dijo el médico para consolarla. Su madre había recibido la sentencia tres semanas antes de aquello. Cáncer de hígado. Vivió medio año más antes de dormirse calladamente, por primera vez en varios meses, con una expresión apacible, casi de felicidad. Annie estaba a su lado cuando sucedió, dándole la mano y tratando de sentir lo que debía sentir, tristeza y ausencia. Pero lo que la invadió fue la ira. ¿Cómo podían dejarla sola? Los necesitaba. Ellos eran su seguridad, el regazo al que volver cuando cometía una tontería, algo que los hacía menear la cabeza y decirle cariñosamente, «pero Annie, hija…». ¿Quién iba a contenerla a partir de entonces, quién iba a domeñar su lado salvaje?

Estaba junto al lecho de muerte de su madre y, en un instante, se había convertido en una huérfana. *Little orphan Annie,* pensaba recordando su película favorita de cuando era niña. Pero ella no era

una niña de rizos pelirrojos a la que adoptaba un millonario bondadoso. Ella era Annie, la que tomaba decisiones impulsivas, equivocadas; la que quería probar sus límites aunque era consciente de que no debía. Era Annie, la que salía con Fredrik, lo cual habría llevado a sus padres a hablar muy seriamente con ella. Sus padres, que podrían haber conseguido que lo dejara, que dejara una vida que conducía directamente al averno. Pero sus padres no estaban. La habían abandonado y, en lo más hondo de su corazón, ella seguía indignada por eso.

Se sentó en el sofá y se encogió con las rodillas flexionadas. Matte logró apaciguar su ira. Por unas horas, una tarde y una noche breves, no se había sentido sola desde la muerte de sus padres. Pero ya no estaba. Apoyó la frente en las rodillas y lloró. Seguía siendo Annie, una pobre niña abandonada.

–¿Está Erling?

–En su despacho, no tenéis más que llamar. –Gunilla se levantó a medias de la silla y señaló en dirección a la puerta cerrada de Erling.

–Gracias –respondió Gösta, y se fue por el pasillo. Iba irritado por lo que consideraba un viaje de lo más innecesario. Si se hubiera acordado de preguntar por el ordenador cuando Paula y él estuvieron allí, no habría tenido que volver. Pero los dos se olvidaron.

–¡Adelante! –Se oyó la voz de Erling, que respondió de inmediato cuando oyó que llamaban a la puerta. Gösta abrió y entró.

–Si la Policía sigue visitándonos tan asiduamente, no tendremos que preocuparnos por la seguridad del edificio –dijo Erling con su mejor sonrisa de político, estrechándole la mano a Gösta con entusiasmo.

–Mmm…, sí, verás, hay un asunto del que tengo que hacer un seguimiento –comenzó Gösta en un murmullo mientras tomaba asiento.

–Pregunta. Estamos al servicio de la Policía.

–Pues sí, es lo del ordenador de Mats Sverin. Acabamos de revisar su apartamento y parece que tenía un portátil. ¿Es posible que esté aquí?

–¿El ordenador de Mats? Vaya, pues en eso no había pensado yo. Espera, voy a mirar.

Erling se levantó y salió al pasillo, pero entró enseguida en la oficina contigua. Volvió casi de inmediato.

–No, ahí no está. ¿Lo han robado? –preguntó con aire de preocupación, antes de sentarse otra vez en su puesto.

–No lo sabemos. Pero tenemos mucho interés en encontrarlo.

–¿Habéis encontrado el maletín? –preguntó Erling–. Uno de piel marrón. Siempre lo llevaba cuando venía al trabajo, y sé que solía llevar dentro el ordenador.

–No, nada de maletines marrones.

–Vaya, pues eso no es nada bueno. Si han robado el maletín y el ordenador, hay un montón de información delicada por ahí.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que, como es lógico, no nos interesa que se difundan detalles sobre las finanzas del municipio y esas cosas de forma

incontrolada. Son datos públicos, o sea, que no nos andamos con ningún secreto, pero nos gusta saber cómo y cuándo se maneja esa información. Y con esto de Internet, uno nunca sabe adónde van a parar las cosas.

–Eso es verdad –dijo Gösta.

Se sentía decepcionado por el hecho de que el ordenador no estuviera allí. ¿Adónde habría ido a parar? ¿Estaría Erling en lo cierto y lo habrían robado, o lo tendría Matte guardado en algún lugar del apartamento?

–Gracias de todos modos –Gösta se levantó–. Seguro que volvemos a preguntar por este asunto. Si aparecieran el ordenador o el maletín, ¿podríais avisarnos enseguida?

–Por supuesto –respondió Erling, y acompañó a Gösta al pasillo–. Y vosotros podéis hacer lo mismo, ¿verdad? Resulta muy desagradable pensar que algo que es propiedad del ayuntamiento haya desaparecido de ese modo. Sobre todo ahora que estamos inmersos en el Proyecto Badis, la mayor apuesta de nuestra historia. –Erling se paró en seco–. A propósito, cuando Mats se fue del despacho el viernes, mencionó que había algunas irregularidades que lo tenían preocupado. Pensaba hablarlo con Anders Berkelin, el responsable del plan económico de Badis. Podéis preguntarle a él si sabe algo del ordenador. Un poco rebuscado, sí, pero como te decía, tenemos mucho interés en recuperarlo.

–Hablaremos con él y, por supuesto, os avisaremos enseguida si lo encontramos.

Gösta suspiró para sus adentros al salir del ayuntamiento. Aquello presagiaba mucho trabajo, demasiado trabajo. Y la temporada de

golf había empezado ya hacía tiempo.

Los locales de la asociación Fristad se hallaban discretamente situados en una zona de oficinas en Hisingen. A Patrik le pasó inadvertida la puerta cuando llegaron, pero logró dar con ella después de dar varias vueltas.

–¿Nos esperan? –preguntó Paula al salir del coche.

–No. Preferí no avisar de nuestra llegada, la verdad.

–¿Qué sabes de ellos? –dijo Paula señalando la placa de la puerta en la que se leían los nombres de las empresas.

–Se dedican a ayudar a mujeres maltratadas. Les ofrecen un refugio cuando tienen que huir, de ahí el nombre. Incluso les dan apoyo mientras aún viven inmersas en la relación con el agresor, para ayudarles a ellas y a los hijos a salir del atolladero. Annika no ha encontrado mucha información sobre ellos, según me dijo. Parece que lo llevan con suma discreción.

–Perfectamente comprensible –dijo Paula, y llamó al timbre que había junto al nombre de la asociación–. Aunque no ha sido fácil encontrar el sitio, supongo que no es aquí donde reciben a las mujeres.

–No, claro, tendrán un local en otro sitio.

–¿Hola? ¿Fristad? –Se oyó un chisporroteo en el telefonillo y Paula miró a Patrik, que carraspeó antes de hablar.

–Soy Patrik Hedström. He venido con una colega, somos de la Policía de Tanum y querríamos subir a haceros unas preguntas. –Hizo una pausa–. A propósito de Mats Sverin.

Se hizo un silencio. Luego se oyó un zumbido y entraron. Las oficinas se encontraban en la segunda planta, y subieron por la escalera. Patrik se dio cuenta de que tenían una puerta distinta de las demás. Era más robusta, de acero y con cerradura de dos pestillos. Llamaron a otro timbre y volvieron a oír el consabido chisporroteo.

–Soy Patrik Hedström.

Aguardaron unos segundos, hasta que abrieron la puerta.

–Lo siento. Somos muy cautos con las visitas. –Les abrió una mujer de unos cuarenta años, con vaqueros desgastados y una camiseta blanca. Les dio la mano–. Leila Sundgren. Soy la responsable de Fristad.

–Patrik Hedström. Esta es mi colega Paula Morales.

Se saludaron educadamente.

–Pasad, vamos a sentarnos en mi despacho. Se trata de Matte, ¿no? –Un punto de inquietud le resonó en la voz.

–Sí, podemos entrar en materia en cuanto nos hayamos sentado –dijo Patrik.

Leila asintió y los condujo a una habitación pequeña pero luminosa. Las paredes aparecían cubiertas de dibujos infantiles, pero la mesa estaba limpia y ordenada. No se parecía en nada a la suya, pensó Patrik cuando él y Paula se sentaron.

–¿A cuántas mujeres ayudáis al año? –preguntó Paula.

–Unas treinta, a las que damos alojamiento. Aunque la demanda es enorme. A veces tenemos la sensación de que esas treinta son una gota en la inmensidad del mar pero, por desgracia, dependemos de los recursos.

–¿Cómo se financia la asociación? –Paula tenía verdadera curiosidad, y Patrik se relajó en la silla y dejó que se encargara de las preguntas.

–Recibimos dinero de dos fuentes. Ayudas municipales y donaciones privadas. Pero, como decía, el dinero es un bien escaso, y nos gustaría poder hacer más.

–¿Cuántos empleados hay?

–Tres contratados, y una serie de voluntarios. Aunque quiero señalar que los sueldos no son altos. Los que trabajamos aquí hemos perdido salarialmente en comparación con los trabajos que teníamos antes. No hacemos esto por dinero.

–Pero Mats Sverin era asalariado, ¿verdad? –intervino Patrik.

–Sí, era jefe financiero. Trabajó para nosotros durante cuatro años y lo hizo de maravilla. En su caso, el salario era una limosna en comparación con lo que ganaba antes. Él fue verdaderamente una de las almas de la asociación. Y no me costó mucho convencerlo de que colaborase en el proyecto.

–¿El proyecto? –preguntó Patrik.

Leila reflexionó unos segundos sobre cómo expresarlo.

–Fristad es una asociación única –dijo al final–. En condiciones normales, no hay hombres en los centros para mujeres maltratadas. Incluso diría que es tabú tener a un hombre trabajando en ellos. Nosotros, en cambio, teníamos una distribución totalmente equitativa cuando Matte trabajaba aquí, dos mujeres y dos hombres, y eso era precisamente lo que yo quería cuando puse en marcha Fristad. Pero no siempre ha sido fácil.

–¿Por qué? –preguntó Paula. Jamás se había planteado aquellos problemas, y tampoco había tenido nada que ver con mujeres maltratadas hasta ese momento.

–Es un tema explosivo y hay defensores de dos posturas totalmente opuestas. Quienes sostienen que los hombres deben quedar totalmente al margen de los refugios de mujeres entienden que estas necesitan una zona sin hombres después de todo lo que han pasado. Otros, como en mi caso, pensamos que ese es un camino equivocado. En mi opinión, los hombres tienen una función que cumplir en los refugios. El mundo está lleno de hombres, y apartarlos crea una sensación de seguridad ilusoria. Sobre todo, me parece una aportación esencial la de demostrar que existe otro tipo de hombres distintos de aquellos a los que estas mujeres tienen costumbre de ver, cuando no son los únicos con los que han tratado. Es importante mostrarles que hay hombres buenos. Por eso yo he ido contracorriente poniendo en marcha el primer refugio con un equipo compuesto de hombres y mujeres. –Hizo una pausa–. Pero, como es lógico, eso implica investigar a fondo a los hombres para tener plena confianza en ellos.

–¿Por qué tenías esa confianza en Mats? –preguntó Patrik.

–Era muy buen amigo de mi sobrino. Salían mucho juntos y, durante un par de años, tuve ocasión de verlo en varias ocasiones. Me habló de lo insatisfecho que se sentía en su trabajo y me dijo que estaba buscando otra cosa. Cuando le conté lo que hacíamos en Fristad se entusiasmó y logró convencerme de que era la persona idónea para el trabajo. Quería ayudar a la gente de verdad, y aquí tuvo la oportunidad de hacerlo.

–¿Por qué dejó el trabajo? –Patrik miraba a Leila. Vio un destello en sus ojos, pero se extinguió enseguida.

–Quería seguir adelante. Y después de la agresión, supongo que se le despertó la idea de volver a casa. No es de extrañar. Salió muy mal parado, como ya sabréis.

–Sí, hemos estado hablando con el médico del Sahlgrenska.

Leila exhaló un largo suspiro.

–¿Por qué habéis venido a preguntar por Matte? Hace varios meses que se fue de aquí.

–¿Sabes si alguien de la asociación ha tenido contacto con él desde entonces? –preguntó Patrik, evitando responder a su pregunta.

–No, fuera del trabajo apenas nos relacionábamos, así que no mantuvimos el contacto después. Pero la verdad, quisiera saber por qué me hacéis todas estas preguntas –insistió elevando ligeramente el tono de voz y con las manos cruzadas sobre la mesa.

–Lo encontraron muerto anteayer. De un tiro en la nuca.

Leila se estremeció.

–No puede ser.

–Sí, por desgracia –dijo Patrik. Leila se había puesto pálida, y Patrik pensó si no debería ir por un vaso de agua.

La mujer tragó saliva y pareció serenarse un poco, pero le temblaba la voz:

–¿Por qué? ¿Sabéis quién lo hizo?

–Por ahora, el autor de los hechos nos es desconocido –Patrik se oyó a sí mismo caer en el tono seco y la jerga policial, como siempre que las emociones cobraban protagonismo.

Leila estaba visiblemente afectada.

–¿Existe alguna conexión entre…? –No concluyó la pregunta.

–Por ahora no sabemos nada –respondió Paula–. Sencillamente, estamos tratando de obtener más información sobre Mats, y si había en su vida alguien que tuviera motivos para matarlo.

–El trabajo que aquí realizáis es muy particular –dijo Patrik. Supongo que las amenazas no son algo insólito, ¿verdad?

–No, no lo son –dijo Leila–. Aunque por lo general van dirigidas más bien a las mujeres, no a nosotros. Además, Mats se encargaba principalmente de la economía, y actuaba de enlace de muy pocas mujeres. Como ya he dicho, dejó de trabajar con nosotros hace tres meses. Me cuesta entender cómo…

–¿No recuerdas ningún suceso especial mientras estuvo aquí? ¿Ninguna situación llamativa, ninguna amenaza dirigida específicamente contra él?

Una vez más, Patrik creyó advertir ese destello en su mirada, pero se esfumó tan rápido que dudaba de que no hubieran sido figuraciones suyas.

–No, no recuerdo nada de eso. Matte trabajaba más bien entre bambalinas. Llevaba los libros contables. El debe y el haber.

–¿Qué contacto tenía con las mujeres que os pedían ayuda? –preguntó Paula.

–Muy poco. Él se ocupaba sobre todo de lo administrativo. –Leila seguía conmocionada por la noticia de la muerte de Mats. Miraba sin comprender a Paula y a Patrik.

–Bueno, pues creo que ya no tenemos más preguntas, por ahora –dijo Patrik. Sacó una tarjeta y la dejó en la mesa de Leila–. Si tú o

algún otro empleado cayera en algún detalle, no tenéis más que llamar.

Leila asintió y guardó la tarjeta.

–Por supuesto.

Cuando se despidieron, la pesada puerta de acero se cerró a sus espaldas.

–¿Qué te parece? –preguntó Patrik con un tono discreto mientras bajaban la escalera.

–Creo que nos oculta algo –dijo Paula.

–Estoy de acuerdo.

Patrik parecía disgustado. Tendrían que investigar la asociación Fristad un poco más a fondo.

Fjällbacka, 1871

El ambiente había sido de lo más extraño a lo largo del día. Karl y Julian estuvieron vigilando el faro a ratos y, por lo demás, se mantenían apartados de ella. Ninguno de los dos la miraba a los ojos.

Los demás también notaban que había algo amenazador en el aire. Estaban más presentes que de costumbre, aparecían de pronto para esfumarse enseguida y a toda prisa. Se cerraban puertas y se oían en el piso de arriba pasos que cesaban cuando ella subía. Querían algo de ella, eso estaba claro, pero no alcanzaba a comprender qué. En varias ocasiones notó el soplo de un hálito en la mejilla y cómo alguien le tocaba el hombro o el brazo. Como el roce de una pluma en la piel que, una vez desaparecido, se le antojaba una ilusión. Pero sabía que era real, tan real como la sensación de que debería huir de allí.

Emelie contemplaba el manto de hielo con nostalgia. Tal vez debiera aventurarse a cruzarlo. No acababa de pensarlo cuando notó una mano en la espalda, como queriendo empujarla hacia la puerta. ¿Sería eso lo que querían decirle? ¿Que debería irse mientras pudiera? Pero le faltaba valor. Allí seguía, deambulando por la casa como un alma en pena. Limpiaba, ordenaba e intentaba no pensar. Era como si la ausencia de aquellas miradas malévolas fuera más ominosa y aterradora que las miradas en sí mismas.

A su alrededor, los otros buscaban su atención. Trataban de que los escuchara, pero por mucho que se esforzaba, no los entendía. Notaba las manos que la tocaban, oía los pasos que la seguían impacientes dondequiera que fuese y los susurros nerviosos y entremezclados, imposibles de distinguir.

Cuando cayó la noche le temblaba todo el cuerpo. Sabía que Karl no tardaría en salir al primer turno de guardia en el faro y le corría prisa tener la cena lista. Sin pensarlo, se puso a preparar el pescado salado. Al ir a verter el agua hirviendo de las patatas, temblaba de tal manera que estuvo a punto de escaldarse.

Se sentaron a la mesa y, de repente, oyó un retumbar como de pasos en el piso de arriba. Resonaba cada vez con más fuerza, cada vez más rítmicamente. Karl y Julian no parecían advertirlo, pero se revolvían inquietos en el banco de la cocina.

–Saca el aguardiente –le ordenó Karl con la voz bronca señalando el armario donde guardaban el alcohol.

Emelie no sabía qué hacer. Aunque solían volver como cubas del Abelas, rara vez sacaban la botella cuando estaban en casa.

–Te digo que saques el aguardiente –insistió, y Emelie se levantó en el acto. Abrió el armario y sacó la botella, que estaba casi llena. La puso en la mesa, junto con dos vasos.

–Tú también vas a beber –dijo Julian. Tenía en la mirada un brillo que le daba escalofríos.

–Yo… no sé… –acertó a decir. Prefería no beber alcohol tan fuerte. En alguna ocasión había probado un poco y no le gustaba.

Karl se levantó irritado, sacó un vaso del armario y lo puso de golpe en la mesa, delante de Emelie. Luego, lo llenó con colmo.

–Yo no quisiera… –se le quebró la voz y sintió que temblaba más que antes. Nadie había probado bocado aún. Muy despacio, se llevó el vaso a los labios y dio un sorbito.

–De un trago –dijo Karl. Se sentó y llenó su vaso y el de Julian–. De un trago. Ya.

En el piso de arriba se oían los redobles cada vez más fuertes. Pensó en el hielo que se extendía hasta Fjällbacka, y que habría podido resistir su peso y llevarla a un lugar seguro si hubiera sabido escuchar, si se hubiera atrevido. Pero ya era de noche, imposible huir. De repente, notó una mano en el hombro, un leve roce que le decía que no estaba sola.

Emelie apuró el vaso hasta el fondo. No tenía elección, estaba prisionera. No sabía por qué, pero así era. Era la prisionera de aquellos dos hombres.

Karl y Julian apuraron lo suyo cuando vieron que ella se lo había bebido todo. Luego, Julian le llenó una y otra vez el vaso hasta el borde. Se derramó un poco en la mesa. No tuvieron que decir nada. Emelie sabía lo que tenía que hacer. No apartaban la vista de ella mientras se servían de nuevo, y comprendió que, pasara lo que pasara, tendría que beberse el aguardiente una y otra vez.

Al cabo de un rato le daba vueltas la habitación y se dio cuenta de que la estaban desnudando. Ella no opuso resistencia. El alcohol le pesaba en las articulaciones y no tenía fuerzas para resistirse. Y mientras crecía la fuerza de los redobles en el piso de arriba hasta que el ruido le llenó la cabeza, Karl se tumbó encima de ella. Luego llegó el dolor; y la oscuridad. Julian le sujetaba con fuerza los brazos, y lo último que vio fueron sus ojos llenos de odio.

Hacía una mañana de viernes esplendorosa y soleada. Erica se volvió en la cama y le pasó a Patrik el brazo por encima. Había llegado tarde a casa la noche anterior. Ella ya se había ido a dormir y no tuvo fuerzas más que para murmurar un «hola» con voz somnolienta, antes de dormirse otra vez. Pero ahora estaba despierta y se dio cuenta de cómo lo echaba de menos a él, a su cuerpo y a esa intimidad que tanto había escaseado entre ellos los últimos meses, y que ella se preguntaba a veces cuándo recuperarían. Porque aquellos años estaban pasando tan deprisa… Todo el mundo le había dicho que los años en que los niños eran pequeños se hacían duros, que afectaban a la relación de pareja y que no había tiempo para dedicar al otro. Ahora que se encontraba inmersa en esa situación, veía que tenían razón, pero solo a medias. Era verdad que lo pasó muy mal cuando Maja era un bebé, pero su relación con Patrik no se había resentido desde que nacieron los gemelos. Después del accidente estaban más unidos que nunca y sabían que nada podría separarlos. Pero ella echaba de menos la vida íntima, para la que no tenían tiempo entre cambios de pañales, dar biberones y los viajes a la guardería.

Patrik estaba tumbado de espaldas y Erica se acurrucó pegada a él. Era una de las primeras mañanas que se despertaba por sí misma y no al oír el llanto de un niño. Se apretó más todavía y le deslizó la mano hacia abajo, por dentro de los calzoncillos. Lo acarició muy despacio y notó enseguida la reacción. Él seguía sin moverse, pero Erica oyó cómo le cambiaba el ritmo de la respiración y comprendió

que también estaba despierto. Empezó a respirar más profundamente. Erica sintió el placer del calor que le recorría el cuerpo. Se miraron a los ojos y sintieron un cosquilleo en el estómago. Patrik empezó a besarle el cuello muy despacio y ella dejó escapar un gemido y echó la cabeza hacia atrás para que él llegara a ese punto hipersensible, detrás de la oreja.

Las manos se movían por sus cuerpos y Patrik se quitó los calzoncillos. Ella hizo lo propio con la camiseta y las bragas, y soltó una risita.

–Vaya, casi he perdido la costumbre –murmuró Patrik sin dejar de besarle el cuello de tal modo que Erica se retorcía de placer.

–Mmm, yo creo que tenemos que practicar un poco más. – Le iba acariciando la espalda con las yemas de los dedos. Patrik se puso de espaldas y estaba a punto de tumbarse encima de ella cuando, de la habitación de enfrente, llegó un ruido muy familiar.

–¡Buáaaaaa! –A aquella voz chillona siguió de inmediato otra más, y al cabo de un instante, oyeron los pasos de unos piececillos. Maja apareció en la puerta, con el dedo en la boca y su muñeca favorita debajo del brazo.

–Los gemelos están llorando –dijo arrugando la frente–. Arriba, mamá, arriba, papá.

–Sí, sí, ya vamos, Maja, cariño. –Con un suspiro que parecía surgido de lo más hondo de su ser, Patrik se levantó de un salto, se puso unos vaqueros y una camiseta y fue al dormitorio de los gemelos, tras dirigir una mirada de disculpa a Erica.

Los placeres amatorios habían terminado por hoy, así que ella también se puso el chándal que había al lado de la cama y bajó con

Maja a la cocina para empezar a preparar el desayuno y los biberones para los gemelos. Aunque aún notaba el calor, del cosquilleo no quedaba ni rastro.

Pero cuando miró hacia el piso de arriba y vio bajar a Patrik con un bebé despierto en cada brazo, volvió a sentirlo. Joder, cómo quería a su marido.

–No averiguamos nada de enjundia –dijo Patrik una vez que todos se hubieron acomodado.

–O sea, ¿nada más sobre la agresión? –Martin parecía abatido.

–No, no hubo testigos del delito, según la Policía. La única información por la que podían guiarse era la proporcionada por el propio Mats Sverin: los agresores eran los integrantes de una pandilla de jóvenes desconocidos.

–¿Por qué tengo la sensación de que hay un «pero»? –dijo Martin.

–Estuvimos hablando de eso a la vuelta –dijo Paula–. Los dos tenemos la sensación de que hay algo más en esta historia, y querríamos seguir indagando.

–¿Estáis seguros de que no es una pérdida de tiempo? –preguntó Mellberg.

–Bueno, como es natural, no puedo garantizar nada, pero creemos que vale la pena investigar más –dijo Patrik.

–¿Y en el trabajo de Sverin? –intervino Gösta.

–Más de lo mismo. Nada interesante. Pero no queremos dejarlo así. Hablamos con la presidente de la asociación, y se impresionó

mucho al oír la noticia de la muerte de Mats, pero no la vi…, ¿cómo deciros?

–No parecía del todo sorprendida –remató Paula.

–Una vez más, solo una sensación –dijo Mellberg con un suspiro–. Pensad que la comisaría tiene unos recursos limitados, no podemos andar de acá para allá ni hacer lo que se nos ocurra. Personalmente considero que andar metiendo las narices en la vida que la víctima llevó en Gotemburgo es una pérdida de tiempo. Mi dilatada experiencia me ha enseñado que la respuesta suele encontrarse mucho más cerca. Por ejemplo, ¿les hemos apretado bien las tuercas a los padres? Ya sabéis que, según las estadísticas, la mayoría de los asesinatos los comete un familiar o una persona cercana a la víctima.

–Ya, bueno, a mí Gunnar y Signe Sverin no me parecen candidatos interesantes para este caso. –Patrik tuvo que contenerse para no hacer un gesto de desesperación.

–Pues yo creo de todos modos que no podemos descartarlo tan a la ligera. Nunca se sabe qué secretos puede esconder una familia.

–Puede que en eso tengas razón, pero en este caso, no estoy de acuerdo. –Patrik estaba apoyado en la encimera de la cocina. Se cruzó de brazos y se apresuró a cambiar de tema–. Martin y Annika, ¿vosotros habéis encontrado algo?

Martin miró a Annika, pero como ella no dijo nada, tomó la palabra.

–No, todo parece encajar. Mats Sverin no ha dejado nada llamativo en los archivos. Nunca estuvo casado, no tiene hijos registrados. Después de mudarse de Fjällbacka estuvo censado en

tres direcciones de Gotemburgo, la última, la de Erik Dahlbergsgatan. Seguía conservando ese alquiler y había realquilado el apartamento. Tenía dos préstamos, el de estudios y el del coche, no estaba en ninguna lista de morosos. Era propietario de un Toyota Corolla desde hacía menos de cuatro años. –Martin hizo una pausa para consultar las notas–. Su vida laboral coincide con los datos que tenemos. No pesaba sobre él ninguna condena. En fin, eso es lo que hemos averiguado. Si nos fiamos de los archivos oficiales, Sverin llevó una vida de lo más normal, sin incidencias de ningún tipo.

Annika asintió en silencio. Confiaban en que tendrían algo más que contarles, pero aquello era lo único que habían averiguado.

–De acuerdo, pues una cosa menos –dijo Patrik–. De todos modos, seguimos teniendo pendiente una inspección del apartamento de Sverin. Quién sabe lo que podemos encontrar allí.

Gösta carraspeó incómodo y Patrik lo miró extrañado.

–¿Sí?

–Verás… –comenzó Gösta.

Patrik frunció el entrecejo. Cuando Gösta carraspeaba así, era mala señal.

–¿Querías decir algo? –No estaba seguro de querer oír lo que a Gösta tanto parecía costarle soltar. Por si fuera poco, al ver que le lanzaba a Mellberg una mirada suplicante, se le hizo un nudo en el estómago. Gösta y Bertil no eran una buena combinación, en ningún terreno.

–Pues verás… resulta que Torbjörn llamó ayer mientras tú estabas en Gotemburgo. –Guardó silencio y tragó saliva.

–¿Sí…? –dijo Patrik otra vez. Se esforzaba al máximo por contenerse para no zarandearlo y sacarle la información.

–Torbjörn nos dejó entrar ayer. Y como sabemos que no te gusta perder el tiempo, Bertil y yo pensamos que más valía que fuéramos enseguida para echar un vistazo.

–¿Que hicisteis qué? –Patrik se agarró al borde de la encimera y se obligó a respirar pausadamente. Tenía demasiado presente la presión de la angina de pecho y sabía que no podía alterarse bajo ninguna circunstancia.

–No hay razón alguna para tomárselo así –dijo Mellberg. Por si lo has olvidado, aquí el jefe soy yo. O sea, que soy tu superior, y fui yo quien tomó la decisión de entrar en el apartamento.

Patrik comprendió que tenía razón, pero eso no mejoraba las cosas. Y aunque, desde un punto de vista formal, Mellberg era el responsable de la comisaría, Patrik llevaba siendo el jefe en la práctica desde que ocupó el puesto después de que lo trasladaran de Gotemburgo.

–¿Encontrasteis algo? –preguntó al cabo de unos segundos.

–No mucho –confesó Mellberg.

–Parece más un domicilio provisional que un hogar –intervino Gösta–. Apenas había objetos personales. Ninguno, quisiera decir.

–Qué extraño –reconoció Patrik.

–Falta el ordenador –dijo Mellberg con indiferencia, rascando a *Ernst* detrás de la oreja.

–¿El ordenador?

Patrik notó cómo le crecía por dentro la indignación. ¿Cómo no había pensado en eso antes? Naturalmente, Mats Sverin tendría un

ordenador, y esa debería haber sido una de las primeras preguntas que hiciera a los técnicos. Maldijo para sus adentros.

–¿Cómo sabéis que no está? –continuó–. Puede que lo tenga en el trabajo. Puede que no tuviera ordenador en casa.

–Parece que solo tenía uno –dijo Gösta–. Enchufado en la cocina encontramos el cable de un portátil. Y Erling ha confirmado que Sverin tenía un portátil para el trabajo, y que solía llevárselo a casa.

–O sea, que has vuelto a hablar con Erling, ¿no?

Gösta asintió.

–Fui a verlo ayer, después de la visita al apartamento. Se preocupó un poco al saber que puede que el ordenador se haya extraviado.

–Me pregunto si se lo llevó el asesino. Y, de ser así, por qué lo haría –dijo Martin–. Por cierto, ¿no deberíamos haber encontrado también su móvil? ¿O es que también se ha perdido?

Patrik soltó otra vez un taco silencioso. Otro detalle que se le había escapado.

–Puede que haya algún dato en el ordenador que constituya el móvil del asesinato, que señale al asesino –dijo Mellberg. En fin, que si damos con el ordenador, el caso está cerrado.

–Bueno, no nos precipitemos en las conclusiones –advirtió Patrik–. No tenemos ni idea de dónde puede estar el ordenador ni de quién se lo ha llevado. Tenemos que encontrarlo como sea. Y el móvil también. Pero hasta entonces no sacaremos más conclusiones.

–Si lo encontramos –dijo Gösta. Pero luego se le iluminó la cara–. Erling aseguró que Sverin estaba un tanto preocupado por unos números. Iba a verse con Anders Berkelin, jefe económico de Badis.

Puede que él se quedase con el ordenador. Los dos trabajaban juntos en el proyecto, así que no es imposible que se lo dejase allí, ¿no?

–Gösta, Paula y tú vais allí ahora mismo a hablar con él. Martin y yo iremos al apartamento, quiero echarle un vistazo personalmente. Por cierto, ¿no nos llegaba hoy el informe de Torbjörn?

–Sí, eso dijo –respondió Annika.

–Muy bien. Y Bertil, tú controlas el asunto en la comisaría, ¿verdad?

–Naturalmente –aseguró Mellberg–. Pues solo faltaba. Ah, no se os habrá olvidado lo de mañana, ¿no?

–¿Lo de mañana? –Todos lo miraron extrañados.

–Sí, la invitación VIP al Badis. Nos esperan a las diez y media.

–¿Tú crees de verdad que estamos en situación de dedicarnos a eso? –preguntó Patrik–. Di por hecho que se aplazaba, dado que en estos momentos tenemos cosas más importantes que hacer.

–El bien de la comarca y del municipio tienen siempre la máxima prioridad. –Mellberg se levantó–. Somos un modelo importante en este pueblo, y nuestra implicación en los proyectos locales no puede subestimarse. De modo que mañana nos vemos en Badis a las diez y media.

Respondieron con un murmullo de resignación. Sabían que no merecía la pena irle a Mellberg con argumentos. Y una pausa de un par de horas, con masaje y otras delicias beneficiosas para el cuerpo y para el alma, podría obrar milagros y reactivar la energía en el trabajo.

–Mierda de escaleras. –Gösta se detuvo a mitad de camino.

–Podríamos haber subido por el otro lado y haber dejado el coche aparcado delante de Badis –dijo Paula, y se paró a esperarlo.

–Ya, y me lo dices ahora. –Respiró hondo antes de proseguir. Las rondas de golf que llevaba en lo que iba de año no habían bastado para mejorar su condición física. Muy a su pesar, tenía que reconocer que la edad también estaba haciendo lo suyo.

–Patrik no estaba del todo satisfecho con que fuerais al apartamento. –En el coche, habían evitado el tema, pero Paula no podía aguantarse más.

Gösta resopló.

–Si no recuerdo mal, el jefe de la comisaría no es Hedström.

Paula no dijo nada, y después de unos minutos de silencio, Gösta lanzó un suspiro.

–Vale, puede que no fuera tan buena idea ir sin haber hablado con Patrik siquiera. A veces a los viejos lobos nos cuesta aceptar que nos reemplacen las nuevas generaciones. Tenemos de nuestro lado la experiencia y los años, pero es como si no valieran un pimiento.

–Bueno, a mí me parece que te estás subestimando. Patrik habla muy bien de ti. De Mellberg, en cambio…

–¿Ah, sí? –Gösta parecía sorprendido, y Paula esperaba que no descubriera lo que no era sino una mentira piadosa. No podía decirse que Gösta contribuyese demasiado a la realización del trabajo, ni que Patrik lo hubiese elogiado ni mucho menos. Pero el hombre no era mala persona, y su intención era buena. No hacía ningún mal infundirle un poco de aliento.

–Sí, bueno, es que Mellberg es un caso aparte. –Gösta se paró otra vez cuando llegaron al último de los muchos peldaños de la escalera–. Y ahora vamos a ver qué clase de gente es esta. He oído hablar mucho del proyecto, y para colaborar con Erling hay que ser de una pasta especial. –Meneó la cabeza y se volvió, con Badis a su espalda, para contemplar el mar. Hacía otro hermoso día de principios de verano y el mar se extendía en calma ante Fjällbacka. El verde frondoso de los arbustos se divisaba aquí y allá, pero dominaba el panorama el gris de las rocas.

–Esto es de lo más bonito, no se puede decir otra cosa – aseguró al fin, con un tono insólito y filosófico.

–Sí, es muy bonito. Desde luego, Badis tiene una situación envidiable. Me extraña que estuviera abandonado tanto tiempo.

–Cuestión de dinero, naturalmente. Debe de haber costado millones ponerlo a punto. Estaba prácticamente en ruinas. Y no cabe quejarse del resultado, pero la cuestión es qué parte de la factura nos pasarán en los impuestos.

–Ahora sí te reconozco, Gösta. Me estaba preocupando. – Paula sonrió y echó a andar hacia la entrada. Estaba impaciente por verlo con sus propios ojos.

–¿Hola?

Llamaron al entrar en el establecimiento y, al cabo de unos minutos, apareció un hombre alto de aspecto anodino. Llevaba el cabello rubio bien peinado, ni largo ni corto, las gafas eran normales, ni mucho diseño ni poco, y el apretón de manos comedido, ni fuerte ni flojo. Paula pensó que le costaría reconocerlo si se lo encontraba por la calle.

–Hemos llamado antes –Paula se presentó y presentó también a Gösta, y los tres se sentaron en una de las mesas del comedor, donde había un ordenador rodeado de documentos.

–Bonito despacho –dijo Paula admirando toda la sala.

–Bueno, también tengo un cuchitril ahí detrás –dijo Anders Berkelin señalando con la mano hacia un lugar indefinido–. Pero me gusta más sentarme a trabajar aquí, me siento menos encerrado. En cuanto empiece a funcionar el negocio, tendré que meterme en el agujero otra vez –aseguró sonriendo, también ni mucho ni poco.

–Queríais preguntarme acerca de Mats, ¿verdad? –Bajó la pantalla del ordenador–. Desde luego, es terrible.

–Sí, parece que la gente lo apreciaba mucho –dijo Paula, y abrió el bloc de notas–. ¿Trabajasteis juntos desde los inicios del Proyecto Badis?

–No, solo desde que el municipio lo contrató hace unos meses. Antes no había mucho orden ni concierto en las oficinas del ayuntamiento, la verdad, así que tuvimos que encargarnos nosotros de la mayor parte del trabajo. Mats vino como caído del cielo.

–Debió de llevarle algún tiempo ponerse al día de todo, ¿no? Me imagino que un proyecto así es una empresa complicada.

–Bueno, no, tan complicado no es, en realidad. Somos dos patrocinadores, el municipio y nosotros, o sea, mi hermana y yo. Compartimos los gastos al cincuenta por ciento y así repartiremos también los beneficios.

–¿Y cuánto tiempo calculáis que tardará el negocio en ser rentable? –preguntó Paula.

–Hemos tratado de ser lo más realistas posible en nuestros cálculos. Construir castillos de arena…, nadie gana con eso. Así que calculamos que estaremos en *break even* dentro de unos cuatro meses.

–¿Break even?

–Con las cuentas a cero –explicó Paula.

–Ajá. –Gösta se sintió como un idiota, se avergonzaba de sus escasos conocimientos de inglés. Claro que algo había aprendido de todas las competiciones de golf que veía en los canales deportivos, pero los términos que usaban no le eran de mucha utilidad en la vida, fuera del golf.

–¿De qué forma colaborabais Mats y tú? –preguntó Paula.

–Mi hermana y yo nos encargamos de todos los asuntos de tipo práctico, coordinamos los trabajos de reforma, contratamos al personal; en resumen, montamos el negocio. Y hemos ido facturando al ayuntamiento su parte de los gastos. La tarea de Mats era supervisar y comprobar que se pagasen las facturas. Aparte de eso, como es lógico, manteníamos un diálogo constante sobre los gastos y los ingresos del proyecto. El ayuntamiento ha intervenido mucho en todo. –Anders se encajó las gafas. Tenía los ojos de un azul indefinido.

–¿Hubo algún motivo de desacuerdo? –Paula iba anotando mientras hablaban, y no tardó en llenar una página con lo que parecían garabatos ilegibles.

–Depende de lo que consideres desacuerdo. –Anders cruzó las manos sobre la mesa–. No estábamos de acuerdo en todo, pero

Mats y yo manteníamos un diálogo constructivo y fluido siempre, incluso cuando no veíamos las cosas del mismo modo.

–¿Y nadie tuvo problemas con él? –preguntó Gösta.

–¿Por el proyecto? –A juzgar por la expresión, a Anders aquella idea le parecía absurda–. No, desde luego que no. Nada más allá de diferencias de punto de vista, pero en relación con los detalles. Nada tan serio que…, no, desde luego que no. – Meneó la cabeza con gesto vehemente.

–Según Erling Larson, Mats iba a pasarse por aquí el viernes para hablar contigo sobre algo que lo tenía preocupado. ¿Llegó a venir? –preguntó Paula.

–Sí, estuvo aquí un rato. Media hora más o menos. Pero yo creo que decir que estaba preocupado es exagerar un poco. Había unas cifras que no encajaban, y había que ajustar ligeramente el presupuesto, pero nada raro. Lo arreglamos en un momento.

–¿Hay alguien aquí que pueda confirmarlo?

–No, yo estaba solo. Vino bastante tarde, sobre las cinco. Después de salir del trabajo, supongo.

–¿Recuerdas si trajo el ordenador?

–Mats siempre llevaba el ordenador encima, así que a eso sí puedo contestar con seguridad. Recuerdo perfectamente que traía el maletín.

–Y no se lo dejaría aquí olvidado, ¿verdad? –preguntó Paula.

–No, me habría dado cuenta. ¿Por qué? ¿Ha desaparecido el ordenador? –Anders los miró con cara de preocupación.

–Todavía no lo sabemos –aseguró Paula–. Pero si apareciera por aquí, te agradeceríamos que te pusieras en contacto con nosotros de

inmediato.

–Por supuesto. Aquí no lo dejó, ya digo, de eso estoy seguro. Y para nosotros no sería nada bueno que se hubiera extraviado. Contiene todos los detalles del Proyecto Badis –afirmó, y volvió a encajarse las gafas.

–Claro, lo comprendo –respondió Paula. Se levantó y Gösta interpretó que debía hacer lo propio–. En fin, llámanos si recuerdas algún otro detalle. –Le dejó la tarjeta, y Anders se la guardó en el tarjetero que llevaba en el bolsillo.

–Desde luego –dijo. Aquella mirada de color azul claro los siguió mientras se alejaban hacia la salida.

¿Y si los encontraran allí? Por curioso que pudiera parecer, a Annie no se le había ocurrido pensarlo hasta ese momento. Gråskär siempre había sido el lugar más seguro, y hasta tomaba conciencia de que, si querían, podrían dar con ellos fácilmente.

Los disparos aún le resonaban vigorosos en la memoria. Oyó su eco en la paz de la noche, y luego todo quedó en silencio otra vez. Y huyó, se llevó a Sam y dejó tras de sí aquel caos y aquella desolación. Dejó a Fredrik.

Las personas con las que él se relacionaba podrían localizarla fácilmente. Al mismo tiempo, comprendía que no tenía otra salida que quedarse allí y esperar a que la encontraran o se olvidaran de ella. Sabían que era débil. A sus ojos, había sido un accesorio de Fredrik, una bonita joya, una sombra discreta que les llenaba los vasos y que mantenía lleno el humidificador de puros. Para ellos no

era una persona de verdad, y ahora eso podía resultar una ventaja. No había razón para ponerse a perseguir a una sombra.

Annie salió al sol, intentó convencerse de que se sentía segura. Pero la duda seguía allí. Rodeó la casa y, al doblar la esquina, escrutó el mar y las islas, hasta tierra firme. Un día tal vez apareciera un barco, y Sam y ella se verían atrapados como ratas en una jaula. Se sentó en el banco y lo oyó crujir bajo su peso. El viento y la sal habían maltratado duramente la madera, y el viejo banco se torcía vencido hacia la fachada. Había mucho de lo que encargarse en la isla. Como quiera que fuese, algunas de las flores del seto se empecinaban en volver año tras año. Cuando era pequeña y su madre cuidaba las plantas, las flores llenaban toda la hilera interior del arriate. Ahora solo quedaban unos tallos solitarios, y aún estaba por ver de qué color serían las corolas. Las rosas tampoco habían florecido, pero esperaba que las que habían sobrevivido fueran las que a ella más le gustaban, las de color rosa claro. Las macetas de su madre estaban muertas hacía mucho. El único testigo de que allí hubo un huerto en su día eran unas briznas olorosas de cebollino que antes, cuando había quien se ocupaba de las plantas, difundían su aroma.

Se levantó y miró por la ventana. Sam dormía de costado, con la cara vuelta hacia la pared. Últimamente dormía hasta muy tarde por las mañanas, y Annie no veía motivo para sacarlo de la cama. Tal vez el sueño y las ensoñaciones le dieran lo que necesitaba para sanar sus heridas.

Muy despacio, volvió a sentarse y, poco a poco, el ritmo del chasquido de las olas contra las rocas fue eliminando el temor que la

embargaba. Estaban en Gråskär, ella era una sombra y nadie los encontraría allí jamás. Estaban a salvo.

–¿Mi madre no podía hoy? –Patrik parecía decepcionado. Hablaba por el móvil al tiempo que, a mucha más velocidad de la recomendable, tomaba la curva que se cerraba a la altura de Mörhult.

»¿Mañana por la tarde? Pues no hay nada que hacer, tendrá que ser mañana. Un beso, hasta luego.

Colgó el teléfono. Martin lo miraba extrañado.

–Había pensado que Erica me acompañara cuando fuera a hablar con Annie Wester, la antigua novia de Sverin. Según sus padres, Mats había pensado ir a verla, pero no saben si llegó a hacerlo.

–¿Y por qué no llamas y le preguntas?

–Sí, claro, podría llamarla simplemente. Pero el encuentro cara a cara suele ser más productivo. Y quiero hablar con tantos conocidos de Mats como sea posible, aunque haga mucho tiempo que no se veían. Mats Sverin sigue siendo un misterio. Tengo que saber más.

–¿Y para qué iba a ir Erica contigo? –Martin salió aliviado del coche, una vez que llegaron al aparcamiento del barrio.

–Porque estaba en el mismo curso que Annie. Y que Mats.

–Ah, sí, es verdad, eso había oído. Pues sí, puede que no sea ninguna tontería que te acompañe. Puede que su presencia la haga sentirse menos tensa.

Subieron las escaleras y se detuvieron ante la puerta del apartamento de Mats Sverin.

–Espero que Mellberg y Gösta no lo hayan revuelto todo más de la cuenta –dijo Martin.

–Sí, la esperanza es lo que nos queda. –Patrik no se hacía grandes ilusiones de que hubieran puesto el debido cuidado. Al menos Mellberg. Gösta podía tener momentos de lucidez en los que resultaba bastante competente.

Con mucho cuidado, pasaron bordeando la mancha de sangre reseca de la entrada.

–Alguien tendrá que encargarse de esto en breve –dijo Martin.

–Por desgracia, me temo que les corresponde a los padres de la víctima. Espero que tengan a quien pedir ayuda. Nadie debería verse obligado a limpiar la sangre de su hijo muerto.

Patrik entró en la cocina.

–Ahí está el cable del ordenador que mencionó Gösta. Me pregunto si él y Paula lo habrán localizado. Claro que, de ser así, habrían llamado –dijo como si estuviera hablando solo.

–¿Por qué iba a dejarse Sverin el ordenador en Badis? – preguntó Martin–. No, apostaría cualquier cosa a que se lo llevó el que le pegó el tiro.

–Por lo menos parece que Torbjörn y sus hombres han sacado huellas del cable, así que quizá esos resultados nos den algo.

–¿Tenemos que vérnoslas con un asesino torpe? ¿Es eso lo que quieres decir?

–Bueno, parece que los de esa clase abundan, por suerte.

–Ya, pero se diría que se han vuelto más meticulosos desde que empezaron todos esos programas sobre delitos y procesos judiciales.

Hoy por hoy, cualquier ladronzuelo sabe lo básico de huellas dactilares y ADN.

–Sí, es verdad, pero idiotas habrá siempre.

–Pues esperemos que el nuestro sea uno de ellos. –Martin volvió al recibidor y continuó hasta la sala de estar–. Comprendo a qué se refería Gösta –dijo a gritos.

Patrik se había quedado plantado en medio de la cocina.

–¿Sobre qué?

–Lo de que parecía una residencia provisional. Tiene una pinta de lo más impersonal. Nada que insinúe siquiera quién era, ni fotos ni objetos decorativos, y solo un montón de libros de economía en la estantería.

–Ya te digo, ese hombre es un misterio –dijo Patrik ya en el salón.

–Bueno, supongo que sería una persona reservada, nada más. En realidad, ¿qué tiene de misterioso? Hay personas más taciturnas que otras, y el hecho de que en el trabajo no hablara de mujeres y esas cosas no me parece tan extraño.

–No, claro, si eso fuera lo único… –dijo Patrik recorriendo despacio la habitación–. Pero no parece que tuviera amigos, tenía un hogar de una impersonalidad pasmosa, como tú mismo has visto, oculta información sobre la agresión de la que fue víctima…

–Ya, pero de eso último no tienes pruebas, ¿no?

–No, es cierto. Pero aquí hay algo que no encaja. Y, después de todo, lo encontraron muerto de un tiro en el recibidor de su casa. O sea, eso no le pasa a cualquiera. El equipo de música y la tele siguen ahí, de modo que si el móvil fue el robo, tenemos a un ladrón de lo más manazas.

–Pero el ordenador no está –señaló Martin mientras abría un cajón del mueble del televisor.

–Ya, pero…, en fin, es una sensación que tengo. –Patrik entró en el dormitorio y empezó a inspeccionarlo. Estaba de acuerdo con todo lo que decía Martin. No había justificación alguna para aquella sensación sorda que tenía en el estómago de que en todo aquello había algo que él debía encontrar y sacar a la luz.

Durante una hora, lo revisaron todo a conciencia, hasta que llegaron a la misma conclusión que Gösta y Mellberg el día anterior. No había nada. Aquel apartamento podría haber sido uno de los de exposición de Ikea. Si es que esos no tenían un toque más personal que el de Mats Sverin.

–¿Nos vamos? –dijo Patrik con un suspiro.

–Sí, no hay mucho más que hacer aquí. Espero que Torbjörn saque algo en limpio.

Patrik echó la llave del apartamento. Tenía la esperanza de encontrar algo interesante sobre lo que seguir investigando. Por ahora, solo contaban con las vaguedades de sus presentimientos, y ni siquiera él mismo confiaba en ellos al cien por cien.

–Almuerzo en Lilla Berith, ¿te hace? –preguntó Martin cuando entraron en el coche.

–Vale –respondió Patrik sin entusiasmo, y metió marcha atrás para salir del aparcamiento.

Vivianne abrió despacio la puerta del comedor y se encaminó adonde se encontraba Anders. Él no levantó la vista, sino que siguió

tecleando concentrado.

–¿Qué querían? –Se sentó enfrente, en la silla que aún conservaba el calor de Paula.

–Me preguntaron por Mats y por cómo trabajábamos juntos. Me preguntaron si su ordenador sigue aquí –dijo sin levantar la vista todavía.

–¿Qué les dijiste? –preguntó inclinándose sobre la mesa.

–Lo menos posible. Que la colaboración funcionaba perfectamente, que no se había dejado el ordenador aquí.

–¿Esto…? –Vivianne vaciló un instante–. ¿Esto nos influirá de alguna manera?

Anders meneó la cabeza y miró por fin a su hermana.

–No, si lo impedimos. Vino aquí el viernes pasado, estuvimos hablando un rato y corregimos unas cosillas. Cuando terminamos, se fue a su casa, y ninguno de nosotros lo ha vuelto a ver desde entonces. Es lo único que tienen que saber.

–Dicho así, suena muy sencillo –dijo Vivianne, que notaba cómo el desasosiego le crecía por dentro. Desasosiego, y preguntas que no se atrevía a formular.

–Es que es sencillo. –Anders hablaba entrecortadamente, sin desvelar ningún sentimiento en el tono de voz. Pero Vivianne conocía bien a su hermano. Sabía que, a pesar de aquella mirada firme tras las lentes, se sentía inquieto. Pero no quería que ella lo supiera.

–¿Vale la pena? –preguntó al fin.

Él la miró sorprendido.

–De eso intentaba yo hablar el otro día, pero no quisiste escucharme.

–Lo sé. –Se llevó la mano a un rizo de la melena rubia y lo enrolló jugueteando con el dedo–. En realidad no tengo ninguna duda, pero quisiera que ya hubiera pasado todo para que pudiéramos estar tranquilos.

–¿Tú crees que podremos estar tranquilos alguna vez? Puede que estemos tan desquiciados que nunca encontremos lo que buscamos.

–No digas eso –lo reprendió Vivianne.

Anders acababa de expresar con palabras lo que ella pensaba en momentos de debilidad, los pensamientos que se le colaban dentro cuando se acostaba y estaba a punto de dormirse.

–No podemos hablar así, ni siquiera pensarlo –repitió con énfasis–. Lo hemos probado todo en la vida, hemos luchado por todo, nunca nos han dado nada gratis. Nos merecemos esto.

Se levantó tan bruscamente de la silla que la volcó y cayó al suelo con estruendo. La dejó tal cual y se fue corriendo a la cocina. Allí había trabajo que hacer, y no tendría que darle vueltas a la cabeza. Temblando, empezó a revisar el frigorífico y la despensa para asegurarse de que tenían cuanto necesitaban para la inauguración de prueba del día siguiente.

Mette, la vecina del apartamento de al lado, fue tan amable que se ofreció a cuidar de los niños un par de horas. Madeleine no tenía nada de particular que hacer, a diferencia de las demás, su vida no

se regía por las tareas y obligaciones cotidianas que ella tanto añoraba. Únicamente necesitaba un par de horas para estar a solas.

Fue paseando por Strøget hacia la plaza Kongens Nytorv. Las tiendas anunciaban tentadoras los artículos del verano. Ropa, trajes de baño, pamelas, sandalias, bisutería y juguetes de playa. Todo lo que la gente normal, que llevaba una vida normal, podía comprar sin ser conscientes de lo afortunados que eran. No es que ella fuese una desagradecida, al contrario, se sentía infinitamente feliz de encontrarse en una ciudad extraña que le ofrecía lo que tantos años llevaba sin sentir: seguridad. Y por lo general bastaba con eso, pero había días, como aquel, en que, además, tenía muchísimas ganas de ser normal… No quería lujos ni poder comprar un montón de cosas inútiles que solo servían para llenar los armarios. En cambio añoraba poder permitirse las pequeñas cosas de la vida, entrar en las tiendas y comprar un bañador para llevar a los niños a la piscina el fin de semana siguiente. O poder entrar en los almacenes BR y comprarle a Kevin unas sábanas de Spiderman, solo porque creía que, si compartía la cama con su ídolo, tal vez durmiera mejor. Sin embargo, tenía que rebuscar en los bolsillos las coronas suficientes para tomar el autobús al centro. Eso no tenía nada de normal pero, al menos, se sentía segura. Aunque por el momento, eso solo lo sabía el cerebro, no el corazón.

Entró en Illum y se dirigió resuelta a la pastelería. Olía tan bien... A pan recién hecho y a chocolate, y al ver los bollos de crema con chocolate en el centro casi se le cae la baba. Ella y los niños no pasaban hambre, no. Y los vecinos se habían dado cuenta de la situación, porque a veces les llevaban algo para la cena aduciendo

que habían preparado demasiada comida. Desde luego, no podía quejarse, pero le gustaría tanto acercarse a la chica del mostrador, señalar los bollos de crema y decir: «tres bollos de chocolate, por favor». O mejor aún: «seis bollos de chocolate, por favor». Así podrían comer a cuatro carrillos, devorar dos por cabeza antes de, con el estómago un poco revuelto, chuparse los dedos llenos de chocolate. Sobre todo a Vilda le encantaría. Siempre le chifló el chocolate. Le gustaba incluso el relleno de licor de cerezas que había en la caja Aladdin. El que no le gustaba a nadie. Vilda solía comérselo con aquella sonrisa beatífica en los labios que a ella tanta alegría le daba ver. Él siempre les llevaba chocolate a Vilda y a Kevin.

Se obligó a pensar en otra cosa. No debía pensar en él. Si lo hacía, la angustia le crecería hasta asfixiarla. Salió a toda prisa de Illum y continuó hacia Nyhavn. Al ver el mar, sintió que volvía a respirar mejor. Con la mirada clavada en el horizonte, dejó atrás el hermoso barrio antiguo cuyas terrazas se veían llenas de gente, y donde abrillantaban orgullosos sus barcos atracados en el canal. Al otro lado estaba Suecia, y Malmö. Los transbordadores salían prácticamente cada hora, y si uno no quería ir en barco, podía optar por el tren o ir en coche cruzando el puente. Suecia estaba tan cerca y, aun así, tan lejos… Tal vez nunca pudieran regresar. Solo de pensarlo se le hacía un nudo en la garganta. La sorprendía lo mucho que añoraba su país. No se había ido muy lejos, y Dinamarca se parecía engañosamente a Suecia. Aun así, había tantas cosas que eran diferentes…, y allí no tenía a su familia ni a sus amigos. La cuestión era si volvería a verlos algún día.

Le dio la espalda al mar, se irguió y volvió paseando al centro. Iba absorta en sus pensamientos cuando notó una mano en el hombro. El pánico la azotó con toda su fuerza. ¿La habían encontrado, la habían encontrado? Se dio la vuelta con un grito, dispuesta a golpear, arañar, morder, lo que fuera preciso. Pero se encontró con una cara aterrada.

–Perdona si te he asustado –le dijo un hombre obeso y de cierta edad, que parecía a punto de sufrir un infarto y la miraba sin saber muy bien qué hacer–. Se te ha caído el pañuelo. Te estaba llamando, pero no me oías.

–Perdón, perdón –acertó a balbucir, antes de romper a llorar amargamente, para horror del desconocido.

Sin decir una palabra más, salió huyendo, corrió hacia el autobús más cercano que pudiera llevarla a casa. Tenía que volver a casa, con sus hijos. Tenía que sentir sus brazos en el cuello y sus cuerpecillos cálidos cerca del suyo. Así estaban las cosas todavía, solo se sentía segura con ellos.

–Ha llegado el informe de Torbjörn –dijo Annika en cuanto vio entrar a Patrik y a Martin.

Patrik estaba tan lleno que apenas podía respirar. Se había tomado una ración de pasta gigantesca en el Lilla Berith.

–¿Dónde está? –preguntó entrando en recepción para abrir enseguida la puerta del pasillo.

–En tu mesa –respondió Annika.

Se apresuró pasillo arriba con Martin pisándole los talones.

–Siéntate –le dijo señalando la silla. Él también se sentó y empezó a leer los documentos que Annika le había dejado en el escritorio.

Martin estaba tan impaciente que parecía dispuesto a arrebatárselos.

–¿Qué dice? –preguntó al cabo de unos minutos, pero Patrik lo aplacó con un gesto y continuó leyendo. Al cabo de lo que le pareció una eternidad insoportable, dejó el informe con la decepción en el semblante.

–¿Nada? –dijo Martin.

–Bueno, nada que aporte ninguna novedad, al menos. –Patrik respiró hondo, se retrepó en la silla y cruzó las manos detrás de la cabeza.

Se quedaron unos minutos en silencio.

–¿Ningún indicio, nada? –Martin ya sabía cuál sería la respuesta.

–Léelo tú mismo, pero no me da esa impresión. Por raro que pueda parecer, las únicas huellas que había en el apartamento eran de Sverin. En el picaporte y en el timbre había otras, dos de las cuales pertenecen seguramente a Gunnar y a Signe. Entre ellas, encontraron una también en el picaporte de dentro, y esa podría ser del asesino. En ese caso, podemos usarla para vincular a un sospechoso al lugar del crimen, pero puesto que no está en los registros, no nos sirve de mucho por ahora.

–Ya. Bueno, pues ya lo sabemos. Esperemos que Pedersen tenga algo más que ofrecernos –dijo Martin.

–Pues no sé qué novedades puede traernos Pedersen, la verdad. Esto parece muy sencillo. Alguien le disparó en la nuca y luego se

largó. No parece que el asesino haya estado en el apartamento siquiera. O al menos, ha sido lo bastante hábil como para borrar sus huellas al salir.

–¿Decía el informe algo al respecto? ¿Si habían limpiado el picaporte y esas cosas? –Martin recobró la esperanza por un instante.

–Bien pensado, pero yo creo… –Patrik no terminó la frase, sino que empezó a hojear el informe de nuevo. Después de comprobarlo, meneó la cabeza–. No, parece que no. Hallaron las huellas de Sverin en todas las superficies imaginables: picaportes, tiradores de armarios, el fregadero… No parece que hayan limpiado nada.

–Pues eso indica que el asesino no pasó del recibidor.

–Sí. Lo que significa que, por desgracia, seguimos sin saber si era o no un conocido de Mats. Quien llamó a la puerta pudo ser alguien de su entorno o un completo desconocido.

–Al menos sabemos que se sentía seguro con la persona a la que abrió la puerta, puesto que le dio la espalda.

–Bueno, según se mire. También podría estar huyendo y por eso le dio en la espalda.

–Tienes razón –dijo Martin. Callaron de nuevo–. ¿Y qué hacemos ahora?

–Pues sí, buena pregunta. –Patrik estiró la espalda y se pasó la mano por el pelo–. La inspección del apartamento no ha dado ningún resultado. Los interrogatorios tampoco. Ni el informe de la Científica. Y las probabilidades de que Pedersen encuentre algo son mínimas. Así que, ¿qué hacemos ahora?

No era propio de Patrik venirse abajo de ese modo, pero había tan pocas pistas que seguir en aquel caso, tan poca información en la que continuar indagando… De repente, se irritó consigo mismo. Tenía que haber algo que ignoraban sobre Mats Sverin, pero que era decisivo para el caso. Por algo lo habían asesinado en su propia casa. Algo había, y Patrik no se rendiría hasta encontrarlo.

–Tú te vienes conmigo a Gotemburgo el lunes. Vamos a hacer otra visita a Fristad –dijo.

A Martin se le iluminó la cara.

–Claro. Ya sabes que te acompaño sin problemas. –Se levantó y retrocedió hasta la puerta, y Patrik casi sintió vergüenza al ver lo feliz que se había puesto al pedírselo. Y pensó que lo había dejado un poco de lado últimamente.

–Llévate el informe –dijo cuando estaba a punto de salir–. Será mejor que lo leas tú también, por si se me ha pasado algo importante.

–Vale. –Martin alargó el brazo enseguida y echó mano de los documentos.

Cuando se fue, Patrik sonrió para sus adentros. Al menos hoy había conseguido hacer feliz a alguien.

Las horas pasaban con una lentitud insufrible. Signe y él deambulaban por la casa en silencio. No tenían nada que decirse, apenas se atrevían a abrir la boca por miedo a que se les escapara el grito que tenían encerrado dentro.

Él había intentado que Signe probara bocado. Siempre era ella la que insistía y se lamentaba de que él o Matte no comían lo suficiente. Ahora era Gunnar quien preparaba bocadillos y los partía en bocados pequeñitos que trataba de hacerle tragar. Ella hacía lo que podía, pero Gunnar veía crecer los trozos en la boca, y enseguida venían las arcadas. Al final ya no lo aguantaba, no resistía ver su mirada reflejada en la de ella al otro lado de la mesa.

–Voy a ver el barco. No estaré fuera mucho rato –dijo. Signe no pestañeó siquiera.

Se puso la chaqueta con desgana. Había caído la tarde y el sol ya no brillaba alto en el cielo. Se preguntaba si podría volver a disfrutar de una puesta de sol. Si podría volver a sentir nada en absoluto.

El camino por el pueblo le era muy familiar y, al mismo tiempo, tan extraño… Nada se le antojaba como antes. Ni siquiera caminar. Un movimiento que antes le parecía natural, resultaba ahora artificioso y torpón, como si tuviera que decirle al cerebro que pusiera un pie detrás del otro. Se arrepintió de no haber ido en coche. Había un trecho hasta Mörhult y notó que la gente con la que se encontraba se lo quedaba mirando. Algunos incluso cambiaban de acera cuando creían que no los había visto, para no tener que pararse a hablar con él. Seguramente, no sabrían qué decir. Y Gunnar no habría sabido qué responder, así que tal vez fuese lo mejor después de todo, que lo tratasen como a un leproso.

El amarre estaba en Badholmen. Hacía mucho que lo tenían, y encaminó los pasos mecánicamente a la derecha, cruzando el puentecillo de piedra. Estaba totalmente inmerso en su mundo y no se dio cuenta hasta que no llegó al amarre. El barco no estaba.

Gunnar miró desconcertado a su alrededor. Tenía que estar allí, donde había estado siempre. Un bote de madera con una lona azul. Avanzó unos metros, hasta el fin del pontón. Tal vez estuviera en otro amarre, por alguna razón que no acertaba a explicarse. O quizá se hubiese soltado y hubiese ido a la deriva mezclándose con los otros botes. Pero llevaban días de calma total y Matte siempre era muy cuidadoso a la hora de amarrar el barco debidamente. Volvió al amarre vacío. Y luego sacó el móvil.

Patrik acababa de entrar por la puerta cuando lo llamó Annika. Hizo malabares con el teléfono entre la oreja y el hombro derecho para poder llevar en brazos a Maja, que apareció corriendo hacia él.

–Perdona, ¿qué has dicho? ¿Que ha desaparecido el bote? –frunció el entrecejo–. Sí, estoy en casa, pero puedo ir a ver. No, no pasa nada, yo me encargo.

Dejó a Maja en el suelo para poder colgar el teléfono, le dio la mano y fue a la cocina, donde Erica estaba preparando dos biberones, espoleada por los chicos, que estaban en las hamaquitas que Erica había colocado en la mesa de la cocina.

–Hola, ¿quién llamaba? –dijo Erica, poniendo los biberones en el microondas.

–Annika. Tengo que irme otra vez, solo un momento. Parece que han robado el bote de Gunnar y Signe.

–No, ¿además eso? –Erica se volvió hacia Patrik–. ¿Quién puede tener tan mala idea de hacerles algo así ahora?

–No lo sé. Según Gunnar, el último que lo usó fue Mats, cuando fue a visitar a Annie. Es un tanto extraño que desaparezca su barco precisamente.

–Anda, vete a ver. –Erica le dio un beso en los labios.

–Vuelvo enseguida –dijo encaminándose a la puerta. Demasiado tarde, cayó en la cuenta de que Maja sufriría un pequeño ataque al ver que se iba cuando acababa de llegar. Pero se convenció con cierto remordimiento de que Erica resolvería la situación. Y además, no tardaría en volver.

Gunnar estaba esperándolo en Badholmen, al otro lado del puente de piedra.

–No me explico adónde ha podido ir a parar. –Se levantó la gorra para rascarse la cabeza.

–¿Y no será que se ha soltado y se ha ido a la deriva? –preguntó Patrik, siguiendo a Gunnar hasta el amarre vacío.

–Pues, no sé, lo único que puedo decir con seguridad es que el bote no está aquí –dijo Gunnar meneando la cabeza–. Matte era siempre tan concienzudo a la hora de amarrarlo…, es algo que aprendió de pequeño. Y no puede decirse que hayamos tenido tormenta, así que me cuesta creer que se haya soltado. –Volvió a menear la cabeza con más vehemencia si cabe–. Lo han robado, seguro. Aunque no entiendo para qué quiere nadie un bote tan viejo.

–Bueno, la verdad es que ahora dan unas coronas por él – dijo Patrik poniéndose en cuclillas. Paseó la mirada por el sitio vacío y se levantó otra vez–. Redactaré una denuncia en cuanto llegue a la

comisaría. Pero empezaremos por ver si hay alguien en Salvamento Marítimo. Si están de servicio, pueden tener los ojos abiertos.

Gunnar no respondió y siguió a Patrik de vuelta hacia el puente. Recorrieron juntos el corto trayecto por las cabañas de pescadores, hasta el muelle donde Salvamento Marítimo tenía las oficinas y los barcos. No parecía que hubiese nadie y Patrik comprobó que las oficinas estaban cerradas. Pero entonces vio moverse algo dentro de una de las embarcaciones más pequeñas, la *MinLouis,* se acercó y dio unos golpecitos en el ventanuco. Apareció en la popa un hombre al que Patrik reconoció enseguida, era Peter, que les ayudó en alta mar aquel día fatídico en que apareció asesinada una de las participantes del programa *Fucking Tanum.*

–¡Hombre, hola! ¿Qué puedo hacer por vosotros? –preguntó sonriendo, mientras se secaba las manos con una toalla.

–Estamos buscando un barco –Patrik señaló el amarre–. El de Gunnar. No está donde debiera y no sabemos qué habrá sido de él. Pensábamos que quizá vosotros podríais estar pendientes cuando salgáis a hacer el turno.

–Sí, por cierto, me he enterado de lo ocurrido –dijo Peter mirando a Gunnar–. Te acompaño en el sentimiento. Y por supuesto, te echamos una mano con la búsqueda. ¿Creéis que ha podido perderse a la deriva? Porque en ese caso, no habrá llegado muy lejos. Habrá ido hacia el pueblo, no hacia alta mar.

–Pues no, lo que creemos es que lo han robado –dijo Patrik.

–Vaya, la gente es de lo peor. –Peter meneó la cabeza–. Es un bote de madera, ¿verdad, Gunnar? Y la lona, ¿es azul o verde?

–Sí, y es azul. Se llama *Sophia,* lo pone en la popa. –Se volvió a Patrik–. Cuando era joven, me gustaba mucho Sophia Loren. Y cuando conocí a Signe, se le parecía tanto… Así que le puse Sophia al barco.

–Ya, sí, sé cuál es. Bueno, pues yo voy a salir dentro de un rato, te prometo que estaré muy atento por si veo a *Sophia.*

–Gracias –dijo Patrik. Miró a Gunnar pensativo–. ¿Está seguro de que Mats fue el último en usar el barco?

–No, claro, seguro del todo no puedo estar. –Gunnar se lo pensó un poco antes de continuar–. Pero dijo que iría a ver a Annie, de modo que supuse que…

–¿Cuándo fue la última vez que vio el barco?

Peter estaba en la cabina, comprobando el instrumental, y Gunnar y Patrik estaban solos en el muelle.

–Pues el miércoles pasado. Pero no hay más que preguntarle a Annie. ¿No han hablado con ella todavía?

–No, pensábamos ir mañana. Vale, le preguntaré.

–Bien –dijo Gunnar con tono inexpresivo. Luego se estremeció–. Dios bendito, ella ni siquiera sabrá… No se nos ha ocurrido llamarla. No hemos…

Patrik le puso la mano en el hombro para tranquilizarlo.

–Ya han tenido bastante en que pensar. Yo mismo se lo diré cuando vayamos. No se preocupe por eso.

Gunnar asintió.

–¿Quiere que lo lleve a casa? –preguntó Patrik.

–Pues se lo agradecería –dijo Gunnar con un suspiro de alivio, y acompañó a Patrik hasta el coche. Fueron en silencio todo el

trayecto hasta Mörhult.

Fjällbacka, 1871

El hielo había empezado a quebrarse. El sol de abril iba derritiendo la nieve y pequeños brotes verdes empezaban a salpicar la isla aquí y allá. Tenía presentes el techo de la habitación, que le daba vueltas, el dolor, retazos del recuerdo de sus rostros. Pero Emelie revivía a veces el terror con tal intensidad, que se quedaba sin respiración.

Ninguno de los tres había hablado de ello. No hizo falta. Oyó cómo Julian le decía a Karl que esperaba que ahora su padre estuviera satisfecho. No era difícil comprender que todo guardaba relación con la carta que había recibido, pero eso no atenuaba ni la vergüenza ni la humillación. Habían sido precisas las amenazas del padre para que Karl cumpliera con su deber marital. Seguramente, su suegro habría empezado a preguntarse por qué Karl y ella no tenían hijos.

Aquella mañana se levantó transida de frío. La habían dejado tumbada en el suelo, con la falda de gruesa lana negra y las enaguas blancas subidas hasta la cintura. Se apresuró a taparse, pero la casa estaba vacía. Allí no había nadie. Con la boca seca y el dolor aporreándole la cabeza se puso de pie. Estaba dolorida también entre las piernas y un rato después, al ir a la letrina, vio la sangre reseca en la cara interior de los muslos.

Muchas horas después, cuando Karl y Julian volvieron del faro, los dos se comportaron como si nada hubiera ocurrido. Emelie dedicó el día a fregar la casita con el cubo y el cepillo. Nadie la molestó en su

tarea. Los muertos observaban un silencio extraño. Como de costumbre, empezó a preparar la comida de modo que estuviera lista para las cinco, la hora habitual, y peló las patatas y asó el pescado con movimientos mecánicos. Tan solo el leve temblor que advirtió en la mano al oír los pasos de Karl y Julian acercándose a la puerta podía desvelar los sentimientos que la embargaban. Pero para cuando entraron, se quitaron los abrigos y se sentaron a la mesa, el temblor había desaparecido. Así transcurrieron los días del invierno. Entre el recuerdo vago de lo ocurrido y el frío, que extendió una capa de hielo blanco sobre las aguas.

Sin embargo, esa capa ya empezaba a quebrarse, y Emelie salía a veces, se sentaba en el banco, junto a la fachada de la casa, y dejaba que los rayos del sol le calentasen la cara. Incluso había ocasiones en que se sorprendía sonriendo, porque ahora ya lo sabía. Al principio no estaba segura, no conocía su cuerpo hasta ese punto, pero finalmente no le cupo la menor duda. Ya estaba en estado. Aquella noche que en su recuerdo se había convertido en un mal sueño traería consigo algo bueno. Tendría un pequeño. Alguien de quien ocuparse y con quien compartir la vida en la isla.

Cerró los ojos y se puso la mano en el vientre, con el sol calentándole las mejillas. Alguien se acercó y se le sentó al lado, pero al mirar a la otra mitad del banco, vio que estaba vacío. Emelie cerró los ojos otra vez, sonriendo. Era muy agradable no estar sola.

El sol de la mañana acababa de alzarse en el horizonte, pero Annie no lo veía desde donde se encontraba en el muelle, contemplando las islas y la vista de Fjällbacka.

No quería recibir visitas. No quería que nadie se entrometiera en el mundo que Sam y ella tenían en la isla. Era de ellos y de nadie más. Sin embargo, no había podido decir que no cuando llamó ese policía. Además, tenía un problema y necesitaba ayuda. Prácticamente se le había terminado la comida y no había sido capaz de llamar a los padres de Matte. Ahora que no tenía más remedio que recibir gente en la isla, les pidió que le llevaran algunas cosas que le hacían falta. Se sintió un poco descarada, dado que se trataba de alguien a quien no conocía, pero no le quedaba otro remedio. Sam aún no se había recuperado lo bastante como para viajar a Fjällbacka, y si no llenaban el frigorífico y la despensa, se morirían de hambre. De todos modos, no pensaba dejarlos acercarse más allá del muelle. La isla era de ella, era de ellos.

El único al que querría tener allí era a Matte. Continuó mirando al mar mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Aún podía sentir sus brazos en el cuerpo y sus besos en la piel. Aquel olor tan familiar, aunque tan distinto, el olor de un hombre adulto, no el de un muchacho. No se había imaginado lo que podía traer el futuro, cómo iba a influir su reencuentro en el modo en que vivirían sus vidas. Pero la cita le daba una posibilidad, había abierto una ventana por la que entró algo de luz en aquella oscuridad en la que llevaba viviendo tanto tiempo.

Annie se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. No podía permitirse el lujo de ceder a la nostalgia y al dolor. Ya le costaba bastante aferrarse a la vida como quien se agarra a un clavo ardiendo, y no podía soltarlo. Matte se había ido, pero Sam seguía allí. Y tenía que protegerlo. Nada, ni siquiera Matte, era más importante. Proteger a Sam era su principal misión en la vida, su única misión. Y ahora que se acercaban personas extrañas, debía concentrarse en eso.

Algo había cambiado. No la dejaban en paz. Anna sentía a todas horas algún cuerpo junto al suyo. Alguien que respiraba muy cerca de ella transmitiéndole calor y energía. Ella no quería que la tocaran, quería desaparecer en la seguridad de ese desierto de tinieblas en el que habitaba. Lo que había fuera era demasiado doloroso, y tenía la piel y el alma demasiado vulnerables después de todos los golpes que había recibido en la vida. Ya no aguantaba más.

Y ellos no la necesitaban. Solo era capaz de llevar la desgracia a quienes tenía a su alrededor. Emma y Adrian habían sufrido cosas que ningún niño debería sufrir, y el dolor que veía en los ojos de Dan por la pérdida de aquel hijo le era insoportable.

Al principio parecía que lo habían comprendido. La dejaban en paz, la dejaban allí tumbada. A veces trataban de hablar con ella, pero habían tardado tan poco en rendirse que comprendió que sentían lo mismo. Que ella era el origen de sus desgracias, y que, por el bien de todos, debía quedarse donde estaba.

Pero desde la última visita de Erica, las cosas habían cambiado. Anna sintió junto al suyo el cuerpo de su hermana, sintió cómo su calor la rescataba de las sombras, la arrastraba más cerca de la realidad y trataba de hacerla volver. Erica no le dijo gran cosa. Era su cuerpo el que le hablaba, el que hacía que se le difundiera el calor por las articulaciones, que sentía frías y ateridas pese a que las tenía bajo el edredón. Ella trató de resistirse, se concentró en un punto de la oscuridad que llevaba dentro.

Cuando desapareció el calor del cuerpo de Erica, lo sustituyó otro. El cuerpo de Dan era el más fácil de resistir. Su energía irradiaba tanta tristeza que más bien reforzaba la suya, y no tenía que esforzarse para mantenerse en las sombras. La energía de los niños era la más difícil. El cuerpecito de Emma pegado a la espalda, los brazos, que le rodeaban la cintura hasta donde alcanzaban. Anna tenía que recurrir a toda la fuerza que le quedaba para resistirse. Y Adrian, más pequeño y menos seguro que Emma, pero con una energía más poderosa aún. Ni siquiera tenía que mirar para saber quién era el que se había tumbado junto a ella. Aunque siguiera tumbada de costado, sin moverse un ápice, con la mirada fija en el cielo de allá fuera, sentía de quién era el calor.

Ella lo que quería era que la dejaran en paz, en la cama. La idea de que sus fuerzas no bastaran para resistir hacía crecer el miedo en su interior.

Ahora era Emma la que estaba con ella. Se movía un poco. Se habría dormido, porque pese a encontrarse en el país de las sombras, Anna notó que le cambiaba la respiración, que se hacía más profunda. Pero ahora se había movido, se pegó más aún a ella,

como un animal en busca de consuelo. Y Anna sintió que la arrancaban de las sombras de nuevo, hacia la energía que se filtraba hasta los resquicios más inaccesibles de su cuerpo. El punto, sí, debía concentrarse en el punto de oscuridad.

La puerta de la habitación se abrió de pronto. Anna notó que la cama se hundía, que alguien trepaba a su lado y se le acurrucaba a los pies. Unos bracitos que le abrazaban las piernas como si no tuvieran intención de ir a soltarlas nunca. También el calor de Adrian quería envolverla, y le iba costando más quedarse en las sombras. De uno en uno, sí lo conseguía, pero con los dos, no, no contra aquellas dos energías juntas, mucho más poderosas. Poco a poco fue notando cómo perdía fuerza. Se veía arrastrada a lo que había en la habitación y en la realidad.

Anna exhaló un suspiro y se dio media vuelta. Contempló el rostro durmiente de su hija, todos aquellos rasgos tan familiares, que tanto tiempo llevaba sin poder mirar. Y por primera vez desde hacía todo ese tiempo, se durmió de verdad, con la mano en la mejilla de su hija y con la nariz pegada a la suya. A los pies de Anna también se durmió Adrian, como un cachorrillo. Aflojó los brazos al relajarse. Estaban dormidos.

Erica lloraba de risa cuando entraron en el barco.

–¿Me estás diciendo que te diste un baño de algas? –Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano hipando de risa al ver la expresión ofendida de Patrik.

–Pues sí, ¿y? ¿Es que los hombres no pueden cuidarse también o qué? Por lo que yo sé, tú has hecho montones de cosas extrañas. No hace mucho te envolvieron en plástico después de cubrirte de arcilla, ¿no? –Soltó el barco y salió del muelle de Badholmen.

–Sí, claro, pero… –A Erica le dio otro ataque de risa y apenas podía hablar.

–Hombre, me está pareciendo detectar ciertos prejuicios mezquinos –dijo Patrik dirigiéndole una mirada asesina–. El baño de algas es de lo más saludable para los hombres. Elimina toxinas y otros residuos del cuerpo y, puesto que al parecer a nosotros nos cuesta más eliminar ese tipo de cosas, es un tratamiento muy apropiado.

A aquellas alturas, Erica estaba prácticamente tirada en el suelo, con las manos en la barriga y sin parar de reír. Seguía sin poder articular palabra. Patrik tampoco dijo nada más, sino que subrayó su intención de no hacer el menor caso y se concentró en gobernar el barco para salir del puerto. Y claro que había exagerado para bromear un poco con Erica, pero lo cierto era que tanto él como sus colegas habían disfrutado muchísimo de todos los tratamientos que les habían aplicado en Badis.

Al principio se mostró muy escéptico ante la idea de meterse en una bañera llena de algas. Luego constató que, a decir verdad, no olía tan mal como él temía, y el agua estaba templada y agradable. Cuando le pidieron que se tumbara boca abajo y empezaron a darle un masaje en la espalda y a presionarle los músculos con ramas de algas, adiós reticencias. Y no podía negar que se notaba la piel como nueva cuando salió de la bañera. Más suave, más flexible y con otro

lustre. Pero a Erica le dio un ataque de risa histérica en cuanto empezó a contárselo. Incluso su madre, que se había quedado con Maja y con los gemelos, se rio del entusiasmo que mostró al relatar la experiencia.

El viento arreció, cerró los ojos y lo sintió en la cara. Aún no se veían muchos barcos, pero dentro de unas semanas habría un tráfico incesante en el puerto.

Erica había dejado de reír, se puso seria, rodeó con los brazos a Patrik, que estaba al timón, y apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Cómo reaccionó cuando llamaste?

–Sin mucho entusiasmo –dijo Patrik–. No parecía agradarle la idea de recibir visita, pero cuando le dije que podía venir a tierra si lo prefería, le pareció mejor que fuéramos nosotros.

–¿Le dijiste que iba a acompañarte yo? –Una ola balanceó el bote y Erica se agarró más fuerte a Patrik.

–Sí, claro, le dije que estábamos casados y que a ti te gustaría acompañarme y saludarla. Pero no reaccionó de ningún modo en particular, me dio la impresión de que le parecía bien.

–¿Qué esperas sacar de la conversación con Annie? –Erica soltó a Patrik y se sentó en el banco.

–Si quieres que te sea sincero, no tengo la menor idea. Pero seguimos sin saber si Mats fue a verla o no el viernes. Eso es lo primero que quiero averiguar. Y luego, debo informarla de lo que ha ocurrido.

Patrik modificó un poco el rumbo con el timón para dejar paso a una motora que se acercaba a gran velocidad.

–¡Idiotas! –soltó irritado, y les lanzó una mirada iracunda cuando pasaron demasiado cerca del bote.

–¿Y no podías haberle preguntado por teléfono? –Erica también se quedó mirando a la motora. Había reconocido a los que la llevaban, una pandilla de muchachos mayores. Uno de esos grupos de veraneantes que pronto inundarían Fjällbacka.

–Pues sí, claro que podría haberle preguntado. Pero prefiero hacerlo cara a cara. La respuesta es más fiable. En realidad, lo único que quiero es formarme una idea mejor de Mats. Por ahora, tengo la sensación de que es un personaje de cartón en tamaño natural, plano, de una sola dimensión. Nadie parece saber nada de él, ni siquiera sus padres. El apartamento parecía una habitación de hotel. Apenas tenía objetos personales. Y lo de la agresión… Tengo que saber más.

–Pero, según tengo entendido, hacía mucho que Matte y Annie no tenían ningún contacto.

–Eso dicen sus padres, sí. En realidad no lo sabemos. En cualquier caso, ella parece haber sido una persona importante en su vida y, si fue a verla, puede que le contara algo que nos sea útil en la investigación. Puede que Annie sea una de las últimas personas que lo vio con vida.

–Sí, claro –dijo Erica, aunque parecía escéptica. Ella sentía más bien curiosidad, por eso había insistido en acompañarlo, porque se preguntaba cómo habría cambiado Annie con los años, en qué clase de persona se habría convertido.

–Aquello debe de ser Gråskär –dijo Patrik entornando los ojos.

Erica levantó la cabeza y escrutó el horizonte.

–Sí, ahí está. El faro es una maravilla. –Se hizo sombra con la mano para verlo mejor.

–A mí la isla me parece espantosa –dijo Patrik, aunque consciente de que no sabía explicar por qué. Luego, tuvo que concentrarse en atracar en el muelle.

Una mujer alta y delgada los estaba esperando, y le lanzó el cabo a Erica.

–Hola –dijo Annie dándoles la mano para ayudarles a subir al muelle.

Era guapa, pero demasiado delgada, pensó Patrik al darle la mano. Se le notaban claramente los huesos a través de la piel y, aunque parecía que esa fuera su constitución, debía de haber adelgazado mucho últimamente, porque los vaqueros le quedaban enormes y los llevaba con un cinturón bien ajustado a la cintura.

–Mi hijo no se encuentra bien del todo, está durmiendo, así que he pensado que podríamos tomar café y hablar aquí, en el muelle. –Annie señaló una manta que había extendido sobre la cubierta de madera.

–Claro, sin problemas –dijo Patrik, y se sentó–. Espero que no sea nada grave.

–No, un simple resfriado. ¿Vosotros tenéis niños? –Se sentó enfrente de ellos y empezó a servir café de un termo. El muelle estaba prácticamente al abrigo del viento, el sol brillaba y calentaba el aire. Era un lugar precioso.

–Pues sí, podría decirse que tenemos hijos –dijo Erica riendo–. Tenemos a Maja, que pronto cumplirá dos años, y a Noel y Anton, gemelos de casi cuatro meses.

–Huy, entonces estáis entretenidos. –Annie sonrió, pero sus ojos seguían revelando tristeza. Les ofreció una fuente con galletas.

–Lo siento, pero no tengo mucho más.

–Ah, sí, por cierto –dijo Patrik, y se levantó–. Te he traído la comida que pediste.

–Gracias, espero que no haya sido demasiada molestia. Como Sam está enfermo, no quiero pasearlo por el pueblo para ir a comprar. Signe y Gunnar ya me han ayudado alguna vez, pero no me gusta abusar.

Patrik dejó en el muelle dos bolsas del supermercado Konsum llenas de comida.

–¿Cuánto te debo? –Annie alargó el brazo en busca del bolso.

–Ha salido por mil coronas –dijo Patrik como excusándose.

Annie sacó del monedero dos billetes de quinientas y se los dio.

–Gracias –dijo otra vez.

Patrik asintió y volvió a sentarse en la manta.

–Aquí debes de estar bastante aislada, ¿no? –preguntó mirando a su alrededor. El faro se alzaba sobre ellos y proyectaba su larga sombra sobre las rocas.

–Estoy muy a gusto –dijo Annie, y tomó un sorbo de café. Llevaba muchos años sin venir, y Sam no conocía la isla. Pensé que ya iba siendo hora.

–¿Y por qué ahora? –dijo Erica, con la esperanza de no parecer demasiado entrometida.

Annie no la miró, sino que fijó la vista en algún punto del horizonte. Las ráfagas de viento que les llegaban de vez en cuando

le alborotaban la larga melena rubia delante de la cara. Annie se apartó el pelo impaciente.

–Hay unos asuntos sobre los que tengo que reflexionar y para mí era lógico venir aquí. En la isla no hay nada. Salvo los pensamientos; nada, salvo tiempo.

–Y fantasmas, según dicen –apuntó Erica, alargando la mano hacia las galletas.

Annie no se rio.

–¿Lo dices porque la llaman la Isla de los Espíritus?

–Sí. A estas alturas, tú ya deberías haberlo notado, si es que es verdad. Recuerdo la noche que dormimos aquí, cuando íbamos al instituto, el miedo que pasamos…

–Quizá.

Parecía reacia a hablar del tema, y Patrik respiró hondo antes de contarle lo que no podía postergar por más tiempo. Mientras le explicaba lo sucedido, Annie empezó a temblar. Se lo quedó mirando atónita. No decía nada, simplemente, siguió temblando sin control, como si fuera a romperse en mil pedazos allí mismo.

–Todavía no sabemos con exactitud cuándo le dispararon, de modo que tratamos de averiguar lo más posible de sus últimos días. Gunnar y Signe nos dijeron que pensaba venir a hacerte una visita el viernes.

–Sí, estuvo aquí. –Annie se volvió y miró a la casa, y Patrik tuvo la sensación de que lo hacía para que no le vieran la cara.

Cuando se volvió de nuevo hacia ellos, seguía teniendo los ojos llorosos, pero ya no temblaba.

Erica siguió el impulso de inclinarse y acariciarle la mano. Era tan débil y vulnerable que despertó su instinto protector.

–Tú siempre te portabas estupendamente –dijo Annie, y apartó la mano sin mirar a Erica.

–El viernes pasado… –comenzó Patrik, sin querer acuciarla.

Annie se sobresaltó y se le empañaron los ojos.

–Llegó por la noche. Yo no sabía que iba a venir. Llevábamos años sin vernos.

–¿Cuánto? –Erica no podía evitar mirar la casa de reojo. Temía que el hijo de Annie se despertara y saliera al fresco. Desde que tenía hijos, vivía con la sensación de haberse convertido en madre de todos los niños.

–Nos despedimos cuando me mudé a Estocolmo. Yo tenía diecinueve años, si no recuerdo mal. O sea, hace una eternidad –dijo con una risita corta y amarga.

–¿Habéis mantenido el contacto estos años?

–No. Bueno, quizá alguna postal al principio. Pero los dos sabíamos que no tenía sentido. ¿Para qué prolongar el tormento fingiendo lo contrario? –Annie se apartó un mechón de la cara.

–¿Quién decidió cortar la relación? –dijo Erica. No podía contener la curiosidad. Los había visto juntos tantas veces, había visto la luz dorada que irradiaban. La pareja ideal.

–Bueno, nunca lo dijimos expresamente, pero fui yo quien decidió mudarse. No podía quedarme. Tenía que irme, ver mundo. Ver cosas, hacer cosas, conocer gente. –Rio con la misma risa amarga, que ni Erica ni Patrik podían comprender.

–Pero el viernes pasado, Mats vino a verte. ¿Cuál fue tu reacción? –Patrik continuaba preguntando, pero no estaba seguro de que aquel interrogatorio lo condujera a algún sitio. Annie parecía tan frágil, y tenía la sensación de que podría destrozarla solo con decir algo inadecuado. Y al fin y al cabo, quizá aquello no tuviera importancia.

–Me sorprendió. Pero Signe me dijo que había vuelto a Fjällbacka. Así que pensé que quizá viniera a verme.

–¿Te alegraste? –preguntó Erica, y se sirvió más café del termo.

–Pues al principio, no. O bueno, no lo sé. Yo no creo en los reencuentros. Matte pertenecía al pasado. Al mismo tiempo… –Pareció alejarse con el pensamiento–. Al mismo tiempo, quizá nunca lo dejé del todo. No lo sé. En cualquier caso, estuvo en casa.

–¿Sabes a qué hora llegó aproximadamente? –preguntó Patrik.

–Mmm…, creo que fue sobre las seis o las siete. No lo sé con exactitud. Aquí el tiempo no tiene mucha importancia.

–¿Cuánto se quedó? –Patrik se removió un poco con una mueca de dolor. Su cuerpo no aguantaba estar sentado tanto tiempo en una base tan dura. Y se sorprendió pensando en lo bien que le sentaría un baño de algas.

–Se fue a medianoche, en algún momento. –El dolor se le dibujó en la cara tan evidente como si lo hubiera manifestado a gritos.

Patrik se sintió incómodo de pronto. ¿Con qué derecho le hacía aquellas preguntas? ¿Con qué derecho husmeaba en algo que debería ser privado, algo que había ocurrido entre dos personas que un día se quisieron? Pero se obligó a continuar. Recordó el cadáver boca abajo en el vestíbulo, con aquel agujero enorme en la nuca, el

charco de sangre en el suelo, las salpicaduras en la pared. Mientras no hubieran encontrado al culpable, su trabajo era ese, husmear. El asesinato y el derecho a la vida privada no podían ir parejos.

–¿No recuerdas qué hora era? –insistió sin apremiar.

Annie se mordió el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No, se fue mientras yo dormía. Creía que… –Tragó saliva una y otra vez, y parecía que tratara de dominarse, como si no quisiera perder el control en su presencia.

–¿No se te ocurrió llamarlo? ¿O llamar a Signe y a Gunnar para preguntarles? –dijo Patrik.

El sol había ido moviéndose mientras hablaban, y la sombra alargada del faro se acercaba cada vez más.

–No. –Annie empezó a temblar otra vez.

–¿Te dijo algo que pudiera ser una pista de quién podría querer matarlo?

Annie meneó la cabeza.

–No, no puedo imaginar siquiera la idea de que alguien le deseara ningún mal a Matte. Era…, bueno, tú lo sabes, Erica. Era ahora como entonces: bueno, considerado, cariñoso. Exactamente igual. –Bajó la vista y pasó la mano por la manta.

–Sí, ya nos hemos dado cuenta de que Mats era un hombre muy querido y simpático –dijo Patrik–. Al mismo tiempo, hay cosas en su vida que no terminamos de comprender. Por ejemplo, sufrió una agresión grave antes de mudarse de nuevo a Fjällbacka. ¿No te contó nada sobre ese asunto?

–No mucho, pero le vi las cicatrices y le pregunté. Solo me dijo que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, y que

los agresores eran unos jóvenes.

–¿Te habló de su trabajo en Gotemburgo? –Patrik esperaba averiguar algo sobre el incidente que pudiera explicar la desazón que lo corroía. Pero, nada. Solo callejones sin salida.

–Me dijo que le gustaba mucho, pero que era muy duro. Ver a todas aquellas mujeres destrozadas… –A Annie se le quebró la voz y volvió la cara hacia la casa.

–¿No dijo nada más que pudiera sernos útil? ¿Ninguna persona por la que se hubiera sentido amenazado?

–No, nada. Solo hablaba de lo mucho que aquel trabajo significaba para él. Pero que al final se sentía vacío, que no podía más y que, después del tiempo que pasó en el hospital, decidió volver aquí.

–¿Para siempre, o una temporada?

–Yo creo que no lo sabía. Dijo que trataba de vivir al día. Trataba de curarse, el cuerpo y el alma.

Patrik asintió, y dudó antes de formular la pregunta siguiente.

–¿Te dijo si había alguna mujer en su vida? ¿O mujeres?

–No, y no le pregunté. Él tampoco me preguntó por mi marido. Aquella noche, a quiénes queríamos o habíamos querido no tenía ninguna importancia.

–Comprendo –dijo Patrik–. Por cierto, el barco ha desaparecido –dijo como de pasada.

Annie pareció sorprendida.

–¿Qué barco?

–El de Signe y Gunnar. El barco con el que Mats vino a verte.

–¿Ha desaparecido? ¿Quieres decir que lo han robado?

–No lo sabemos. Pero cuando Gunnar fue a echarle un vistazo, encontró el amarre vacío.

–Pues Matte tuvo que llevárselo –dijo Annie–. ¿Cómo iba a llegar a casa, si no?

–O sea que se marchó de aquí en el bote, ¿no? ¿No lo llevaría alguien?

–¿Pero quién? –preguntó Annie.

–No lo sé. Solo sabemos que el bote no está, y no nos explicamos dónde puede estar.

–Bueno, aquí llegó en ese bote, y en él tuvo que irse. –Volvió a pasar la mano por la manta.

Patrik miró a Erica, que llevaba un buen rato guardando un extraño silencio y escuchando.

–Yo creo que ya podemos irnos –dijo, y se puso de pie–. Gracias por recibirnos, Annie. Y lamento haberte dado la noticia.

Erica también se levantó.

–Me alegro de haberte visto, Annie.

–Sí, lo mismo digo. –Annie abrazó a Erica tímidamente.

–Cuida de Sam y, si necesitas algo, avisa, o si podemos ayudarte como sea. Si se pone peor, podemos pedirle al médico de la zona que venga a verlo aquí.

–Sí, eso haré, gracias. –Annie los siguió hasta el barco.

Patrik puso el motor en marcha. Pero de pronto, se paró en seco.

–¿Recuerdas si Mats traía un maletín?

Annie frunció el entrecejo y reflexionó un instante, hasta que se le iluminó la cara.

–¿Uno marrón? ¿De piel?

–Sí, exacto –dijo Patrik–. Pues también ha desaparecido.

–Espera. –Annie se dio media vuelta y entró corriendo en la casa. Al cabo de unos minutos, salió otra vez con algo en la mano. Cuando se acercó al muelle, Patrik pudo distinguir lo que era. El maletín. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

–Se le olvidó aquí, no lo he tocado. Espero no haber causado problemas por no avisar –dijo arrodillándose en el muelle para entregárselo.

–Bueno, es estupendo que lo hayamos encontrado. ¡Gracias! –dijo. Enseguida empezó a darle vueltas a la cabeza pensando en qué contendría.

Cuando ya iban rumbo a Fjällbacka, él y Erica se volvieron para despedirse. Annie también les decía adiós.

La sombra del faro se extendía ya hasta el muelle. Parecía que fuese a engullirla.

–¿Podemos salir a buscarlo? –Gunnar estaba en el muelle y le costaba hablar con voz firme.

Peter levantó la vista de lo que estaba haciendo y parecía ir a decir que no, pero se lo pensó dos veces.

–Bueno, podemos dar una vuelta. Pero es domingo y tengo que volver a casa pronto.

Gunnar no dijo nada, se quedó mirando al frente con unos ojos que parecían dos agujeros oscuros. Con un suspiro, Peter entró en la cabina y puso el motor en marcha. Ayudó a Gunnar a entrar en la motora, hizo que se pusiera el chaleco salvavidas y salió del puerto. Empezó a acelerar cuando ya se habían alejado un poco.

–¿Por dónde quieres que empecemos a buscar? Hemos estado atentos en nuestras salidas, pero no hemos visto nada.

–No lo sé.

Gunnar miraba por la ventanilla. No podía quedarse en casa esperando, no tenía fuerzas para seguir viendo a Signe en la silla de la cocina, sin hacer nada. Había dejado de cocinar, de hacer pan y dulces, de trajinar, había dejado de hacer todo lo que la convertía en Signe. ¿Y quién era él sin Matte? No lo sabía. Su única certeza era que necesitaba un objetivo en aquella existencia que había perdido toda su razón de ser.

Encontrar el barco. Era una tarea a la que podía dedicarse, algo por lo que salir de casa, del silencio y de todo lo que le recordaba a Matte, de aquella casa en la que había crecido su hijo. Las huellas de sus pies en el asfalto de la entrada que Gunnar echó cuando

Matte tenía cinco años. La marca de los dientes en la consola del recibidor, de cuando Matte entró corriendo a toda velocidad, resbaló en la alfombra y se dio tan fuerte con las paletas en el mueble que dejó dos huellas inconfundibles. Todas aquellas pequeñas cosas que indicaban que Matte había estado allí, que había sido de ellos dos.

–Pon rumbo a Dannholmen –dijo Gunnar. En realidad, no tenía la menor idea, nada indicaba que el bote hubiera ido flotando precisamente en aquella dirección. Pero para empezar, era un lugar tan bueno como cualquier otro.

–¿Cómo estáis? –preguntó Peter prudentemente, mientras se concentraba en gobernar el barco, aunque también él miraba de vez en cuando a su alrededor por si la corriente había arrastrado el bote de Gunnar hacia alguna orilla.

–Estamos –dijo Gunnar.

Era mentira, porque era como si no estuvieran. Pero ¿qué iba a decir? ¿Cómo iba a explicar el vacío que llenaba un hogar en el que habían perdido a un hijo? A veces se extrañaba al ver que seguía respirando. ¿Cómo podía seguir viviendo y respirando después de que Mats hubiera dejado de existir?

–Estamos –repitió.

Peter asintió; bueno, así eran las cosas. La gente no sabía qué decir. Decían lo imprescindible, lo que exigían las circunstancias, y trataban de mostrarse comprensivos al tiempo que daban gracias por su buena estrella, porque la desgracia no se hubiese cebado en ellos. Porque siguieran vivos sus hijos, sus seres queridos. Así eran las cosas, y era muy humano.

–Es imposible que se soltara solo. –Gunnar no sabía si hablaba con Peter o consigo mismo.

–Yo tampoco lo creo. En ese caso, debería haber aparecido entre los demás barcos. No, alguien debió de llevárselo. Esos viejos botes de madera han empezado a subir de precio, y puede que pagaran a alguien por robarlo. Pero en ese caso, no creo que lo encontremos por aquí. Suelen llevarlos a algún lugar donde izarlos y transportarlos por tierra.

Peter viró un poco a la derecha, por delante de Småsvinningarna.

–Vamos hasta Dannholmen, pero luego tenemos que volver. Si no, mi familia se va a preocupar.

–Sí –dijo Gunnar–. ¿Podemos salir mañana otra vez?

Peter lo miró.

–Pues claro. Ven sobre las diez y salimos a dar una batida. Pero solo si no nos comunican ninguna emergencia.

–Vale. Pues allí estaré.

Y siguió contemplando las islas con mirada errante.

Mette los había invitado a cenar. Lo hacía con frecuencia y fingía que era su turno, como si Madeleine le hubiese devuelto la invitación. Madeleine le seguía el juego, pese a que le dolía la humillación de no poder compensarla. Soñaba con poder decirle a Mette como quien no quiere la cosa: «¿Por qué no os venís a cenar esta noche? No prepararé nada del otro mundo». Pero no podía. No podía permitirse invitar a Mette y a sus tres hijos a cenar. Apenas tenía para comer ella, y para alimentar a Vilda y a Kevin.

–¿Seguro que no os importa? –preguntó mientras se sentaba a la mesa de la cocina tan agradable que tenía Mette.

–Pues claro. Si de todos modos, tengo que cocinar para estos tres tragones, así que tres más apenas se nota. –Mette le alborotó cariñosamente el pelo a Thomas, el mediano de sus hijos.

–Ya vale, mamá –replicó Thomas irritado, pero Madeleine se dio cuenta de que en realidad al chico le gustaba.

–¿Un poco de vino? –Mette sirvió una copa de vino tinto, sin aguardar la respuesta de Madeleine.

Se dio media vuelta y empezó a remover la olla que tenía en el fogón. Madeleine tomó un sorbito de vino.

–¿Tenéis controlados a los peques? –gritó Mette, que recibió dos «síí» por respuesta. Sus dos hijos menores eran una niña, de diez años, y Thomas, de trece, y Kevin y Vilda se les pegaban como lapas. El mayor, un chico de diecisiete, apenas estaba en casa.

–El peligro será más bien que los míos torturen a los tuyos –dijo Madeleine, y tomó otro trago de vino.

–Bah, si los adoran, ya lo sabes. –Mette se secó las manos en un paño de cocina, se sirvió una copa y se sentó enfrente de Madeleine.

Físicamente, no podían ser más distintas, pensó Madeleine que, por un momento, se vio desde fuera, como un espectador. Ella era pequeña y rubia, de constitución más bien infantil. Mette recordaba a la célebre figura de piedra que representaba a una mujer exuberante y que Madeleine recordaba de las clases de plástica de la escuela. Alta y llena de curvas, con una melena rojiza y abundante que parecía tener vida propia. Ojos verdes, siempre alegres, pese a que también ella había sufrido en la vida golpes que deberían

haberle robado el brillo hacía tiempo. La debilidad de Mette parecía consistir en que siempre elegía a hombres pusilánimes, que pronto dependían de ella y al final se limitaban a exigirle cosas, como polluelos con la boca abierta. Finalmente, Mette se había hartado, según ella misma le contó. Pero el polluelo siguiente no tardaba en mudarse a su casa y a su cama. De ahí que los niños tuvieran un padre cada uno, y de no ser porque los tres habían heredado su color de pelo, habría sido imposible adivinar que eran hermanos.

–¿Cómo estás, querida? –preguntó Mette, haciendo girar la copa entre los dedos.

Madeleine se quedó helada. Pese a que Mette se había confiado a ella y le contó abiertamente su vida y sus apuros, ella jamás se había atrevido a hacer lo mismo. Estaba tan acostumbrada a vivir en un estado de terror permanente, al temor de haber hablado de más… De ahí que siempre mantuviera a todo el mundo a una distancia prudencial. A casi todo el mundo.

Pero precisamente en aquel momento y en aquel lugar, una noche de domingo, en la cocina de Mette, mientras bullía la comida en las cacerolas y el vino la calentaba por dentro, no tuvo fuerzas para resistirse. Y empezó a hablar. Cuando acudió el llanto, Mette acercó la silla y la abrazó. Y en la seguridad de su regazo, se lo contó todo. También le habló de él. A pesar de encontrarse en un país extraño, en una vida extraña, lo sentía muy cerca.

Fjällbacka, 1871

El odio de Karl hacia ella parecía crecer al mismo ritmo que el niño crecía en su vientre. Porque ahora comprendía que debía tratarse de eso, aunque no comprendía por qué. ¿Qué había hecho ella? Karl la miraba con los ojos cargados de odio. Al mismo tiempo, a veces creía ver en ellos cierta desesperación, como si fuera un animal atrapado. Se diría que estuviera prisionero y no pudiera liberarse, como si fuera tan prisionero como ella. Pero por alguna razón, él lo pagaba con Emelie, como acusándola de ser su carcelera. La actitud de Julian no mejoraba la situación. Su carácter sombrío influía en Karl, cuya indiferencia, que al principio podía confundir incluso con una amabilidad distraída, había desaparecido por completo. Ella era el enemigo.

Ya había empezado a acostumbrarse a la dureza de sus palabras. Tanto Karl como Julian se quejaban de cuanto hacía. La comida estaba o demasiado fría o demasiado caliente. Las raciones que servía eran demasiado grandes o demasiado pequeñas. La casa nunca estaba lo bastante limpia, su ropa nunca lo bastante ordenada. Nada estaba nunca a su gusto. Pero las palabras podía soportarlas, contra ellas había aprendido a protegerse. Con los golpes, en cambio, le costaba más reconciliarse. Karl nunca la había golpeado antes, pero desde que le contó que estaba en estado, su existencia en la isla cambió por completo. Había tenido que aprender a convivir con el dolor de las bofetadas y los golpes. Y también le

permitía a Julian que le pusiera la mano encima. Eso la desconcertaba. ¿No era aquello lo que los dos querían?

De no haber sido por el niño que llevaba dentro, se habría hundido en el mar. Hacía mucho que se había derretido el hielo y el verano tocaba a su fin. Sin las pataditas que sentía en el vientre, que la animaban y le infundían fuerzas, se habría adentrado en las aguas desde la playa hasta que el mar se la hubiese llevado. Sin embargo, sentía tal alegría por el niño… A cada insulto, a cada golpe, ella siempre podía hallar consuelo en la vida que le crecía en las entrañas. El niño era su salvavidas. Eso sí, el recuerdo de la noche en que lo concibió prefería olvidarlo, apartarlo en lo más remoto de la memoria. Ya no importaba. El niño se movía en su vientre, y era suyo.

Con gran esfuerzo, se levantó después de haber fregado el suelo con jabón. Había colgado todas las alfombras para que se aireasen. En realidad, debería haberlas lavado a fondo en primavera. Se había pasado el invierno reuniendo ceniza fina de la chimenea para lavarlas. Pero con la barriga y el cansancio, aquella primavera y aquel verano tendría que contentarse con airearlas. El niño nacería en noviembre. Quizá tuviera fuerzas para lavarlas antes de Navidad, si todo iba bien.

Emelie estiró la espalda dolorida y abrió la puerta. Fue a la parte trasera de la casa y se permitió unos minutos de descanso. En uno de los laterales estaba su mayor orgullo: el huerto que con tanto esfuerzo había cultivado en tan árido terreno. Eneldo, perejil y cebollino mezclados con las malvarrosas y la dicentra. Era tan desgarradoramente hermoso en medio de aquella grisura y aquella

aridez que cada vez que pasaba por ese lado de la casa y lo veía se le encogía el corazón. Era suyo, algo que ella había creado en aquella isla. Todo lo demás pertenecía a Karl y a Julian. Siempre estaban haciendo algo. Cuando no tenían turno en el faro o estaban durmiendo, arreglaban algo, daban martillazos y aserraban. No eran unos haraganes, eso tenía que reconocerlo, pero el modo en que trabajaban tenía algo de patológico, cómo luchaban imperturbables contra viento y marea por construir aquello que el viento y el agua del mar destruían en cuanto lo terminaban.

–La puerta estaba abierta. –Karl apareció en la esquina, y ella se sobresaltó y se protegió el vientre con las manos–. ¿Cuántas veces tengo que decir que debe estar cerrada? ¿Tanto te cuesta entenderlo?

Parecía tranquilo. Emelie sabía que se había pasado la noche de guardia en el faro y el cansancio le oscurecía aún más la mirada. Muerta de miedo, se encogió.

–Perdón, creía que…

–¡¿Que creías?! Mujer estúpida, ni siquiera sirves para cerrar la puerta. Y aquí estás, perdiendo el tiempo, en lugar de cumplir con tu deber. Julian y yo no paramos de trabajar las veinticuatro horas del día mientras que tú te dedicas a esto. –Dio un paso al frente y, antes de que ella pudiera reaccionar, arrancó un ramo de malvarrosas con raíz y todo.

–¡No, Karl, no! –No lo pensó, se quedó mirando el tallo que tenía colgando en la mano como si lo estuviera estrangulando despacio. Emelie se le colgó del brazo e intentó arrebatárselo.

–¿Pero qué haces?

Pálido y con aquella mezcla extraña de odio y desesperación en la mirada, alzó la mano para golpearla. Parecía confiar en que el golpe aliviara su propio sufrimiento, aunque la decepción era siempre la misma. Si supiera en qué consistía su sufrimiento y si era ella quien se lo causaba…

En esta ocasión no se apartó, se armó de valor y le dio la cara para recibir la bofetada que sabía que le daría. Pero la mano se detuvo en el aire. Lo miró sorprendida y se dio cuenta de que Karl tenía la mirada clavada en el mar, hacia Fjällbacka.

–Alguien se acerca –dijo Emelie, y soltó el brazo de Karl.

Llevaban cerca de un año viviendo en la isla y no habían recibido una sola visita. Aparte de Karl y Julian, no había visto un alma desde el día en que bajó del barco que los llevó a Gråskär.

–Parece el pastor. –Karl bajó despacio la mano en la que aún sostenía las malvarrosas. Miró las flores, preguntándose cómo habían ido a parar allí. Luego, las soltó nervioso y se limpió las manos en los pantalones.

–¿Y qué habrá venido a hacer aquí el pastor?

Emelie le vio la inquietud en los ojos y, por un instante, no pudo evitar alegrarse, pero se arrepintió enseguida de su inquina. Karl era su marido, y la Biblia decía que había que honrar al esposo. Hiciera lo que hiciera, y la tratara como la tratara, ella debía cumplir su mandato.

El barco del pastor se acercaba. Cuando solo faltaban doscientos o trescientos metros, Karl saludó con la mano y bajó para recibir al visitante. A Emelie le latía el corazón en el pecho. ¿Sería bueno o malo que el pastor se presentara allí inesperadamente? Volvió a

protegerse el vientre con las manos. También ella sentía la inquietud en su interior.

Patrik estaba irritado por la poca información que habían conseguido el día anterior. Pese a que era domingo, fue a la comisaría, redactó la denuncia del bote y comprobó que no lo hubieran puesto a la venta en la web de Blocket u otras páginas de anuncios, pero no encontró nada. Luego habló con Paula y le pidió que revisara el contenido del maletín. Él lo había abierto enseguida y comprobó que dentro estaba el ordenador, junto con un montón de documentos. Por primera vez en el transcurso de la investigación, les sonreía la suerte. En el maletín había, además, un teléfono móvil.

Aquella mañana, muy temprano, quedó con Martin para ir a Gotemburgo. Tenían mucho que hacer.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó Martin ya en el coche. Como de costumbre, iba en el asiento del acompañante, pese a que había hecho lo posible por convencer a Patrik de que lo dejase conducir.

–Se me había ocurrido empezar por los servicios sociales. Estuve hablando con ellos el viernes y les dije que creía que llegaríamos sobre las diez.

–¿Y luego a Fristad? ¿Tenemos algo nuevo que preguntarles?

–Espero que en los servicios sociales nos digan algo más del trabajo de la asociación, algo que nos permita seguir investigando.

–¿La antigua novia de Sverin no sabía nada? ¿Él no le hizo ningún comentario que nos sea útil cuando estuvo allí? –Martin no apartaba la vista de la carretera, y se agarró instintivamente al asidero de encima de la puerta cuando Patrik hizo un adelantamiento temerario para dejar atrás a un camión.

–No, eso tampoco nos aportó demasiado. Salvo el maletín, claro. Que, por otro lado, puede resultar un hallazgo, pero no lo sabremos hasta que Paula lo haya revisado todo. Con el ordenador no nos atrevemos, descifrar contraseñas y esas cosas no es lo nuestro, así que tendremos que delegar.

–¿Cómo se tomó Annie la noticia de su muerte?

–Pues se quedó conmocionada. Pero en general, yo la vi débil y un tanto extraña.

–¿No tenías que tomar esa salida? –preguntó Martin señalando el desvío, y Patrik lanzó una maldición e hizo un giro tal que el coche que iba detrás estuvo a punto de chocar con ellos.

–Joder, Patrik –dijo Martin pálido como la cera.

Diez minutos después, habían llegado a las oficinas de Asuntos Sociales, donde los llevaron directamente al despacho de Sven Barkman, el jefe de unidad. Una vez hubieron intercambiado las consabidas frases de cortesía, se sentaron alrededor de una pequeña mesa de reuniones. Sven Barkman era un hombre menudo y ágil, con la cara delgada y la barbilla puntiaguda, que acentuaba una barba alargada. Patrik pensó en el profesor Tornasol; el parecido era sorprendente. Pero la voz no encajaba con el aspecto, lo que sorprendió tanto a Martin como a Patrik. Porque aquel hombrecillo poseía una voz grave y profunda que llenó la habitación. Sonaba como alguien a quien se le da bien el canto, y Patrik vio confirmadas sus suposiciones al ver los diplomas y premios del coro al que Barkman pertenecía. Patrik no reconoció el nombre, pero debía de ser un coro famoso.

–¿Queríais hacer unas preguntas sobre Fristad? –dijo Sven, y se inclinó sobre la mesa–. ¿Puedo saber por qué? Somos muy exhaustivos a la hora de elegir a los colaboradores y, como es natural, nos preocupó un poco que la Policía se interesara. Además, Fristad es una asociación bastante singular, como quizá sepáis, así que sinceramente, cuando se trata de ellos estamos especialmente alerta.

–¿Te refieres al hecho de que trabajen allí tanto hombres como mujeres? –dijo Patrik.

–Sí, no es lo habitual. Leila Sundgren ha apostado por un modelo insólito con su experimento, pero tiene nuestro apoyo.

–No hay motivo para preocuparse. Han asesinado a un antiguo empleado suyo, y estamos tratando de averiguar información sobre su vida. Puesto que trabajó con ellos hasta hace cuatro meses, y teniendo en cuenta a qué se dedican, queremos saber más sobre la asociación. Pero no tenemos razón alguna para pensar que no realicen su trabajo correctamente.

–Bueno, es un alivio oírlo. En fin, pues vamos a ver… – Sven hojeó unos papeles que tenía delante al tiempo que murmuraba algo–. Sí, aquí lo tenemos, mmm…, sí.

Hablaba para sí mientras Patrik y Martin esperaban pacientemente.

–Sí, ya lo tengo claro. Es que necesitaba refrescar un poco la memoria. Llevamos cinco años colaborando con Fristad, o cinco y medio, para ser exactos. Y supongo que en una investigación de asesinato, eso es precisamente lo que hay que ser –dijo con una risa grave y entrecortada–. La cantidad de casos que les hemos derivado

ha ido describiendo una curva ascendente. Como es lógico, empezamos con cierta cautela, para ver cómo funcionaba la colaboración, pero este año llevan unas cuatro mujeres derivadas de nuestras oficinas. En total, diría que Fristad se ocupa de alrededor de treinta mujeres al año. – Levantó la vista y los miró como esperando otra pregunta.

–¿Cómo es el proceso exactamente? ¿Qué tipo de casos les deriváis? Me da la impresión de que se trata de una medida extrema, así que supongo que antes probáis otras soluciones – dijo Martin.

–Desde luego. Trabajamos mucho con estos casos, y las asociaciones como Fristad son el último recurso. Pero cuando recurren a nosotros, las mujeres se hallan en fases muy diversas de la situación de maltrato. A veces recibimos la información de que existen problemas en la familia muy al principio, en otras ocasiones nos llega la alarma cuando la situación es grave.

–Pero ¿cómo describirías un caso típico?

–Esa es una pregunta de difícil respuesta. Pero puedo daros una semblanza a grandes rasgos. Puede ser, por ejemplo, que nos llamen de la escuela con el aviso de que hay un niño que parece no encontrarse bien. Hacemos un seguimiento y, entre otras actuaciones, mediante una visita a la familia, nos formamos rápidamente una idea de cuál es la situación. En algunos casos, puede existir documentación previa a la que recurrir, aunque no nos hubiéramos fijado en ella con anterioridad.

–¿Documentación? –preguntó Patrik.

–Sí, por ejemplo, se hacen rondas de visitas a los hospitales que, contrastadas con informes de la escuela, nos dan un patrón. Sencillamente, recogemos tanta información como podemos. En primera instancia, procuramos trabajar con la familia tal y como está constituida en el momento en que surgen los problemas, lo cual nos da resultados más o menos satisfactorios. Y como decía, lo de ayudar a que la mujer y los posibles hijos huyan del hogar es el último recurso. Por desgracia, no tan infrecuente como quisiéramos.

–Y llegado el caso, cuando tenéis que dirigiros a asociaciones como Fristad, ¿cómo lo hacéis, exactamente?

–Pues nos ponemos en contacto con ellos –dijo Sven–. En Fristad hablamos sobre todo con Leila Sundgren, y por lo general, le facilitamos un informe telefónico de los antecedentes y de la situación en que se encuentra la mujer en ese momento.

–¿Ha ocurrido alguna vez que Fristad se niegue a colaborar? –Patrik cambió de postura en la silla, que era incomodísima.

–Nunca. Por consideración a los niños que se alojan en la casa de acogida, no reciben a drogadictas ni a mujeres con problemas psíquicos graves, pero eso ya lo sabemos, así que no contamos con ellos para esos casos. Y para esas mujeres existen otras posibilidades. De modo que no, nunca se han negado a acoger a ninguna mujer.

–¿Y qué ocurre cuando el caso pasa a ser de Fristad? –dijo Patrik.

–Hablamos con la mujer, le facilitamos una persona de contacto y procuramos que todo suceda lo más discretamente posible, como es natural. El objetivo es que se sientan seguras y que no se las pueda localizar.

–¿Cómo hacéis el seguimiento? ¿Soléis tener problemas en las oficinas? Me figuro que algunos hombres desfogarán su ira contra vosotros al ver que su mujer y sus hijos desaparecen –dijo Martin.

–Bueno, tampoco desaparecen para siempre. Eso sería ilegal. Los padres disponen de medidas legales para impedir que apartemos de ellos a sus hijos. Pero sí, claro que recibimos nuestra parte proporcional de amenazas en las oficinas, y de vez en cuando tenemos que llamar a la Policía. Aunque todavía no ha ocurrido nada grave, tocaremos madera.

–¿Y el seguimiento? –insistió Martin.

–El caso sigue siendo nuestro, y tenemos contacto permanente con las asociaciones con las que colaboramos. El objetivo consiste en llegar a una solución pacífica. En la mayoría de las familias esto es posible, pero tenemos algunos ejemplos donde no lo hemos logrado.

–Yo he oído hablar de casos en los que las organizaciones han ayudado a las mujeres a huir al extranjero. ¿Tenéis alguno? ¿Se os ha presentado el caso de que la mujer desaparezca del mapa en el transcurso de una investigación? –preguntó Patrik.

Sven se retorció un poco en la silla.

–Sí, sé a qué te refieres. Yo también leo la prensa vespertina. Sí, se han dado varios casos en los que las mujeres con las que trabajamos desaparecen, pero no tenemos posibilidad de demostrar que les hayan ayudado a escapar, solo podemos trabajar con la hipótesis de que se han marchado por voluntad y decisión propias.

–Pero… ¿extraoficialmente?

–Extraoficialmente, creo que algunas de las asociaciones les prestan bastante ayuda. Aunque ¿qué podemos hacer sin pruebas?

–Dime, ¿ha desaparecido así alguna de las mujeres que habéis derivado a Fristad?

Sven guardó silencio unos segundos; luego, respiró hondo.

–Sí.

Patrik decidió dejar el asunto. Seguramente, obtendrían más información preguntando directamente a Fristad. Asuntos Sociales parecía seguir el principio de «cuanto menos sepamos, tanto mejor», y no creía que pudiera averiguar nada más.

–Bueno, pues muchas gracias por dedicarnos tu tiempo. Si no tienes nada más que preguntar… –dijo mirando a Martin, que negó con la cabeza.

Ya camino del coche, Patrik notó en el pecho una sensación de abatimiento. No sabía que fueran tantas las mujeres que se veían obligadas a huir de sus hogares, y eso que solo conocían los casos de Fristad. Era solo la punta del iceberg.

Erica no podía dejar de pensar en Annie. Estaba como siempre, pero muy distinta. Una copia más pálida de sí misma y demasiado ausente, en cierto modo. El resplandor dorado que la rodeaba seguía siendo igual de hermoso, igual de inalcanzable. Tenía la sensación de que se le hubiera apagado algo. A Erica le costaba encontrar las palabras para describirlo. Solo sabía que el encuentro con Annie la había entristecido.

Iba empujando el cochecito y se detuvo varias veces a lo largo de la cuesta de Galärbacken.

–¿Mamá cansada? –preguntó Maja, que iba tranquilamente subida a la plataforma. Los gemelos acababan de dormirse y, con un poco de suerte, seguirían así un buen rato.

–Sí, mamá cansada –repitió Erica. Iba resoplando y tenía pitos al respirar.

–Aúpa, mamá. –Maja dio unos saltitos en la plataforma, para ayudar a Erica.

–Gracias, cariño. Aúpa. –Erica tomó impulso para empujar el último tramo, antes de la tienda de telas.

Con Maja a buen recaudo en la guardería y ya de vuelta a casa, se le ocurrió una idea. La visita a Gråskär le había despertado la curiosidad. La sombra alargada del faro y la mirada de Annie cuando hablaban de los fantasmas despertaron su interés por la historia de la isla. ¿Por qué no averiguar un poco más?

Giró el cochecito y puso rumbo a la biblioteca. Tenía todo el día por delante para matar el tiempo en casa, y bien podía pasar un rato allí mientras los gemelos dormían. Por lo menos, le resultaba más enriquecedor que tirarse en el sofá delante de la tele.

–Hombre, ¡hola! ¿Tú por aquí? –May sonrió encantada al ver que Erica aparcaba el carrito en el vestíbulo, tan pegado a la pared como pudo, para que no estorbara. Pero la biblioteca estaba desierta, así que no corría el riesgo de tener que disputarse el espacio con nadie más.

»Y estos dos primores… –dijo May inclinándose sobre el carrito–. ¿Son tan buenos como guapos?

–Dos angelitos –respondió Erica, con total sinceridad, porque desde luego, no podía quejarse. Los problemas que tuvo cuando

Maja era pequeña habían desaparecido como por encanto, lo que seguramente se debía también a su actitud. Cuando se despertaban llorando por la noche, ella sentía gratitud, no angustia. Además, rara vez lloraban y se despertaban por las noches solo una vez, cuando tenían hambre.

–Bueno, tú aquí te orientas muy bien, pero avísame si necesitas algo. ¿Tienes algún libro en preparación? –preguntó May con curiosidad.

Para inmensa satisfacción de Erica, toda la comarca se sentía infinitamente orgullosa de sus éxitos y seguía su obra con un interés enorme.

–No, todavía no he empezado nada. Esto es solo por gusto, quiero investigar un poco.

–Ajá, ¿sobre qué?

Erica se echó a reír. Los habitantes de Fjällbacka no eran célebres por su timidez. Piensan que el que no pregunta, se queda sin saber. Y Erica no tenía nada que objetar al respecto. En realidad, era más curiosa que la mayoría, hecho que Patrik aprovechaba para señalar siempre que tenía ocasión.

–Pues la verdad es que pensaba ver si hay algún libro sobre el archipiélago. Me interesaría encontrar algo sobre la historia de Gråskär.

–¡Sobre la Isla de los Espíritus! –exclamó May. Y se dirigió a las últimas estanterías–. Entonces a ti lo que te interesa son las historias de fantasmas, ¿no? Deberías hablar con Stellan, el de Nolhotten. Y Karl-Allan Nordblom sabe muchísimo del archipiélago.

–Gracias, para empezar miraré lo que tenéis aquí. Pero los fantasmas, la historia del faro, todo puede interesarme, claro. ¿Tú crees que habrá algo?

–Mmm… –May se concentró en las estanterías. Sacó un libro, lo hojeó un poco, lo devolvió a su lugar. Sacó otro, lo hojeó, se lo puso debajo del brazo. Al final encontró cuatro libros, que le dio a Erica.

»Estos te pueden servir. Pero no será del todo fácil encontrar libros solo sobre Gråskär. Podrías hablar con el museo de Bohuslän –sugirió, y volvió al mostrador.

–Bueno, empezaré por estos –dijo Erica señalando la pila de libros. Después de comprobar que los gemelos seguían durmiendo, se sentó a leer.

–¿Qué es eso? –Los compañeros de clase se agolparon en manada a su alrededor en el patio del colegio, y Jon experimentó la agradable sensación de ser el centro de atención.

–Me lo he encontrado, creo que son chucherías –contestó, sosteniendo la bolsa orgulloso.

Melker le dio un codazo en el costado.

–¿Cómo que te lo has encontrado? Lo hemos encontrado todos.

–¿Lo habéis sacado del contenedor de basura? Puaj, qué asco. Tira eso, Jon –dijo Lisa arrugando la nariz y alejándose de allí.

–Si está en una bolsa. –Desató con cuidado el nudo–. Y además, era una papelera, no un contenedor.

Pero qué pavas son las niñas. Cuando él era pequeño, jugaba mucho con niñas, pero desde que empezó en la escuela, ocurrió

algo, y era como si se hubieran transformado en otra cosa. Como si se les hubiera metido dentro el mismísimo Alien. Se pasaban el día con risitas y tonterías.

–Madre mía, qué tontas son las niñas –dijo en voz alta, y los amigos que estaban alrededor le dieron la razón. Todos comprendían perfectamente lo que quería decir. Aquellas chucherías no tenían nada de malo, solo porque estuvieran en una papelera.

–Si vienen en una bolsa –repitió Melker, y todos los chicos asintieron.

Habían esperado a la pausa del almuerzo para sacar la bolsa. En la escuela estaba prohibido llevar golosinas, así que les parecía de lo más emocionante. Parecía polvo blanco como pica-pica, y el hecho de que se lo hubieran encontrado los hacía sentirse como aventureros, como Indiana Jones. Él –y, bueno, Melker y Jack–, se convertirían en los héroes del día. Ahora solo quedaba la cuestión de a cuánto tendrían que renunciar para dárselo a los demás y seguir siendo héroes. Si no lo repartían, los demás se iban a enfadar. Y si les daban demasiado, no les quedaría lo suficiente para repartirse entre ellos.

–Podéis probarlo. Cada uno puede mojar el dedo tres veces –dijo al fin–. Pero nosotros lo probamos primero, que para eso lo hemos visto antes.

Melker y Jack se humedecieron el dedo muy serios y lo metieron en la bolsa. El polvo blanco se les quedó pegado y, con cara de avidez, se llevaron el dedo a la boca. ¿Sería salado, como los polvos de regaliz? ¿O agridulce, como los pica-pica? Qué decepción más grande.

–Pero si no sabe a nada. ¿Es harina o qué? –dijo Melker, y se fue de allí.

Jon miró perplejo la bolsa. Se humedeció el dedo, igual que los demás, y lo hundió en el polvo. Con la esperanza de que Melker estuviese equivocado, se lo llevó a la boca y lo lamió. Pero no sabía a nada. Nada de nada. Solo le picaba un poco en la lengua. Enfadado, la tiró a la papelera y se dirigió a la escuela. Tenía una sensación asquerosa en la boca. Sacó la lengua y se la limpió con la manga del jersey, pero no sirvió de nada. Ahora, además, empezaba a latirle muy rápido el corazón. Y sudaba mucho y las piernas no querían obedecer. Con el rabillo del ojo vio que Melker y Jack iban dando trompicones y se caían al suelo. Debieron de tropezar con algo, o igual estaban haciendo el tonto. Luego sintió que el suelo se le venía encima. Todo se volvió negro y se desplomó en el asfalto.

Paula habría preferido ir a Gotemburgo en lugar de Martin. Pero, por otro lado, así tenía ocasión de revisar tranquilamente el contenido del maletín de Mats Sverin. El ordenador lo envió enseguida al equipo técnico, donde había personal experto en informática que sabía cómo tratarlo.

–Me han dicho que ha aparecido el maletín. –Gösta asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

–Pues sí, aquí lo tengo –dijo Paula señalando el escritorio.

–¿Has podido mirar algo? –Gösta entró y se sentó a su lado.

–Bueno, no he tenido tiempo más que de sacar el ordenador y enviarlo a los expertos.

–Sí, es mejor que de eso se encarguen ellos. Aunque puede que tardemos bastante en saber algo –dijo Gösta con un suspiro.

Paula asintió.

–Ya, pero no podemos hacer otra cosa. Al menos yo no me atrevo a correr el riesgo de cargarme algo. Pero he estado trasteando el móvil. En eso no he tardado nada. Apenas tenía números guardados, y solo había llamadas del trabajo y de sus padres. Ni imágenes ni mensajes guardados.

–Un hombre curioso –dijo Gösta. Luego señaló el maletín. ¿Le echamos un vistazo al resto?

Paula abrió el maletín y empezó a vaciarlo despacio. Fue disponiéndolo todo sobre la mesa y, una vez se hubo asegurado de que estaba vacío, lo dejó en el suelo. En el escritorio había varios bolígrafos, una calculadora, clips, un paquete de chicles Stimorol y un montón de documentos.

–¿Lo dividimos por la mitad? –preguntó Paula con el montón entre las manos–. Yo una y tú la otra, ¿de acuerdo?

–Mmm… –dijo Gösta, se puso los folios en la rodilla y empezó a hojear mientras murmuraba como para sus adentros.

–Te lo puedes llevar a tu despacho, ¿no?

–Ah, sí. Claro, claro. –Gösta se levantó y se alejó con paso cansino a su despacho, contiguo al de Paula.

En cuanto se quedó sola, se puso manos a la obra. A medida que iba pasando las hojas y cuanto más leía, más perpleja estaba. Al cabo de media hora de lectura, fue a ver a Gösta.

–¿Tú entiendes algo de todo esto?

–No, ni jota. Son un montón de números y conceptos que me son totalmente desconocidos. Tendremos que pedir ayuda, pero ¿a quién?

–No lo sé –dijo Paula. Había abrigado la esperanza de tener algo que presentarle a Patrik cuando volviera de Gotemburgo. Pero todos aquellos términos económicos no le decían nada de nada.

–No podemos recurrir a nadie del ayuntamiento. Son parte interesada en todo esto. Hemos de encontrar a una persona ajena que pueda explicarnos lo que significa este galimatías. Claro que podemos enviarlo a delitos económicos, pero entonces tendremos que armarnos de paciencia y esperar.

–Pues lo siento, pero yo no conozco a ningún economista.

–Ni yo –dijo Paula, tamborileando con los dedos en el marco de la puerta.

–¿Lennart? –dijo Gösta de repente, con expresión de felicidad.

–¿Qué Lennart?

–El marido de Annika. Es economista, ¿no?

–Ah, pues sí –respondió Paula, y dejó de tamborilear–. Ven, vamos a preguntarle.

Echó a andar hacia la recepción, con Gösta pisándole los talones.

–¿Annika? –llamó dando unos golpecitos en la puerta abierta.

Annika se giró en la silla y sonrió al ver a Paula.

–¿Sí? ¿Qué puedo hacer por ti?

–¿Verdad que tu marido es economista?

–Pues sí –respondió Annika extrañada–. Trabaja para la empresa ExtraFilm.

–¿Tú crees que él podría ayudarnos con un asunto? –Paula blandió los documentos que llevaba en la mano–. Estaban en el maletín de Mats Sverin. Son documentos contables. Gösta y yo nos hemos quedado en blanco y necesitamos ayuda para descifrar lo que dice, por si es relevante para la investigación. ¿Tú crees que Lennart podría echarnos una mano?

–Puedo preguntarle. ¿Cuándo lo necesitáis?

–Hoy –corearon Gösta y Paula al mismo tiempo, y Annika soltó una carcajada.

–Lo llamo enseguida. Si le hacéis llegar los documentos, no creo que haya ningún problema.

–Yo puedo llevárselos ahora mismo –dijo Paula.

Esperaron mientras Annika hablaba con su marido. Habían visto a Lennart unas cuantas veces, cuando se pasaba por la comisaría a ver a Annika y era imposible que le cayera mal a nadie. Medía cerca de dos metros y era el hombre más amable que cabía imaginar. Y desde que Annika y él, tras muchos años sin hijos, decidieron adoptar a una niña china, los dos tenían un brillo diferente en los ojos.

–Pues ya puedes ir. Dice que la cosa está muy tranquila en el trabajo, así que me ha prometido que los mirará enseguida.

–¡Fantástico! ¡Gracias! –Paula respondió con una amplia sonrisa e incluso Gösta esbozó un amago que cambió por completo su rostro, por lo general sombrío.

Paula salió a toda prisa y se sentó en el coche. Solo le llevó unos minutos dejar los documentos, y recorrió silbando esperanzada todo el camino de regreso. Sin embargo, interrumpió abruptamente la

cancioncilla nada más girar ante la puerta de la comisaría. Gösta estaba esperándola fuera. Y a juzgar por la expresión de su cara, allí había ocurrido algo.

Leila los recibió con los mismos vaqueros desgastados de la vez anterior, y una camiseta igual de suelta, solo que gris en lugar de blanca. Llevaba en el cuello una larga cadena de plata con un colgante en forma de corazón.

–Adelante –dijo, y los guio hasta su despacho. Estaba tan pulcro como la última vez, y Patrik se preguntó cómo hacía la gente para tener sus cosas tan ordenadas. Él lo intentaba, pero era como si los duendecillos entrasen y lo revolviesen todo tan pronto como él volvía la vista.

Leila le estrechó la mano a Martin y se presentó antes de sentarse. El joven policía contempló lleno de curiosidad todos los dibujos infantiles que cubrían las paredes.

–¿Habéis averiguado algo más sobre quién disparó a Matte? –preguntó Leila.

–Seguimos trabajando con la investigación, pero no tenemos nada concreto de lo que informar, por ahora –dijo Patrik evasivo.

–Ya, pero supongo que pensáis que tiene algo que ver con nosotros, dado que habéis vuelto, ¿no? –dijo Leila. Jugueteaba con la cadena: esa era la única señal de nerviosismo.

–Bueno, como decía, no hemos llegado a ninguna conclusión. Estamos siguiendo varias pistas posibles. –Patrik hablaba con serenidad. Estaba acostumbrado a que la gente se pusiera nerviosa

cuando iba a interrogarlos, lo que no tenía por qué significar que estuviesen ocultando algo. La sola presencia de un policía daba lugar a cierto temor–. Simplemente, queríamos hacer algunas preguntas más y consultar la documentación relativa a las mujeres a las que recibisteis mientras Mats estuvo trabajando aquí.

–Pues no sé si podré hacerlo. Es información muy delicada que no podemos difundir sin más. Las mujeres pueden salir mal paradas.

–Lo comprendo, pero la información estará segura en nuestras manos. Y estamos hablando de una investigación de asesinato. Legalmente, tenemos derecho a que se nos permita el acceso a ese tipo de datos.

Leila reflexionó un instante.

–Claro –dijo al fin–. Pero preferiría que la documentación no saliera de este despacho. Si os parece bien, podéis consultar lo que tenemos.

–Por supuesto. Muchas gracias –dijo Martin.

–Acabamos de hablar con Sven Barkman –añadió Patrik.

Leila empezó a tironearse de la cadena otra vez. Se inclinó hacia ellos.

–Dependemos al cien por cien de que exista una buena colaboración con Asuntos Sociales. Espero que no le dierais la impresión de que nuestra actividad sea sospechosa en ningún caso. Como dije, ya tenemos una situación bastante delicada y se nos considera un tanto heterodoxos.

–No, no, hemos expuesto con total claridad las razones de nuestra visita, y que Fristad está libre de toda sospecha.

–Me alegra oír eso –dijo Leila, aunque no parecía del todo tranquila.

–Sven nos dijo que de Asuntos Sociales os envían en torno a una decena de casos anuales. ¿Es correcto? –preguntó Patrik.

–Sí, esa más o menos es la cifra que os dije la otra vez, si no me engaño. –Adoptó un tono de voz más profesional y cruzó las manos sobre la mesa.

–¿Cuántos de esos casos consideras que traen… cómo llamarlo… problemas a la asociación? –Martin hizo la pregunta como con prisa, y Patrik se dijo que debía dejarle más campo de acción.

–Supongo que al decir problemas te refieres a cuántos hombres vienen por aquí, ¿verdad?

–Sí.

–Ninguno, a decir verdad. La mayoría de los hombres que maltratan a sus mujeres o a sus hijos no son conscientes de que han actuado mal. Todo es cuestión de poder y control. Y si deciden andarse con amenazas, el blanco siempre es la mujer, no la asociación ni la casa de acogida.

–Ya, pero hay de todo, ¿no? –insistió Patrik.

–Sí, desde luego. Tenemos unos cuantos casos al año, pero de ellos sabemos por Asuntos Sociales.

Patrik detuvo la mirada en uno de los dibujos que había en la pared, detrás de Leila y por encima de su cabeza. Un muñeco enorme junto a otros dos más pequeños. El grande enseñaba los colmillos y parecía enfadado. Los pequeños lloraban, y las lágrimas caían al suelo. Tragó saliva. No comprendía de qué pasta estaba hecho el hombre que pegaba a una mujer, y mucho menos a un

niño. La sola idea de que alguien le hiciera daño a Erica o a los niños lo ponía frenético.

–¿Cuál es el proceso que se sigue en cada caso? Creo que podemos empezar por ahí.

–Nos llaman de Asuntos Sociales y nos explican el caso brevemente. A veces la mujer nos hace una primera visita antes de mudarse a la casa de acogida. Por lo general, viene acompañada de un asistente social. De lo contrario, acude en taxi o la trae alguna amiga.

–¿Y después? –preguntó Martin.

–Depende. A veces basta con que se queden un tiempo, hasta que la situación se calme, y luego puede abordar los problemas por la vía habitual. En otras ocasiones, hay que trasladarlas a otra casa de acogida, si consideramos que es demasiado peligroso para ellas permanecer en la zona. También puede ser cuestión de ayuda jurídica, de todo lo necesario para resultar invisible en el sistema. Se trata de mujeres que, por lo general, llevan años viviendo en un estado de terror permanente. Pueden presentar varios de los síntomas que se aprecian en prisioneros de guerra; por ejemplo, quedan totalmente incapacitadas para actuar. En esos casos, tenemos que intervenir y ayudarles con los aspectos prácticos.

–¿Y la dimensión psíquica? –Patrik seguía contemplando el dibujo del enorme muñeco negro de grandes colmillos–. ¿La asociación tiene capacidad de asistencia también en ese terreno?

–No tanta como quisiéramos. Es una cuestión de recursos. Pero contamos con la ayuda de varios psicólogos que colaboran

desinteresadamente con nosotros y, sobre todo, tratamos de conseguir apoyo psicológico para los niños.

–Los periódicos han hablado mucho últimamente de mujeres a las que diversas asociaciones han ayudado a huir fuera del país, y a las que han denunciado por secuestrar a los niños. ¿Conocéis alguno de esos casos? –Patrik observaba a Leila con suma atención, pero la pregunta no pareció incomodarla.

–Como sabéis, dependemos de la colaboración con Asuntos Sociales, y no podemos permitirnos actuar de ese modo. Ofrecemos la ayuda prevista dentro del marco legal. Naturalmente, hay mujeres que se apartan de dicho marco y que desaparecen por iniciativa propia. Pero Fristad no se hace responsable ni les ayuda en modo alguno.

Patrik decidió dejar de lado esa cuestión. Le pareció que sonaba lo bastante convincente, y tenía el presentimiento de que no conseguirían más presionándola.

–Y esos casos que originan mayores problemas…, ¿es entonces cuando tenéis que trasladar a las mujeres a otro hogar? –preguntó Martin.

Leila asintió.

–Sí, así es.

–¿De qué tipo de problemas estamos hablando? –Patrik notó el móvil vibrando silenciosamente en el bolsillo. Quienquiera que fuese, tendría que esperar.

–Pues ha habido casos en los que los hombres han dado con la dirección segura, por ejemplo, siguiendo a nuestros empleados. En cada ocasión hemos aprendido algo y hemos aumentado las

medidas de seguridad. Pero no debemos menospreciar el grado de obcecación de algunos hombres.

El teléfono seguía vibrando, y Patrik se llevó la mano al bolsillo para amortiguar el movimiento.

–¿Y Mats se implicó en alguno de esos sucesos en particular?

–No; normalmente concedemos mucha importancia al hecho de que ninguno de los empleados se involucre demasiado en ningún caso concreto. Tenemos una planificación que permite que las mujeres cambien de persona de contacto al cabo de un tiempo.

–¿No conlleva eso un mayor grado de inseguridad para las mujeres? –El teléfono volvió a vibrar y Patrik empezaba a irritarse de verdad. ¿Tan difícil era comprender que no podía contestar?

–Puede, pero es importante trabajar así y mantener la distancia. Las relaciones personales y la implicación más allá de lo laboral incrementarían el riesgo para las mujeres. Lo hacemos por su propio bien.

–¿Hasta qué punto es segura la nueva dirección? –Martin cambió de tema, tras consultar a Patrik con una mirada.

Leila exhaló un suspiro.

–Por desgracia, actualmente no disponemos en Suecia de los recursos necesarios para garantizar a estas mujeres la seguridad que necesitan. Como decía, solemos trasladarlas a un centro de acogida de otra ciudad, mantenemos los datos personales en el máximo secreto y les facilitamos un sistema de alarma en colaboración con la Policía.

–¿Cómo funciona ese sistema? En Tanumshede no hemos trabajado con él.

–Es un aparato conectado con la central de emergencias de la Policía. Si pulsas el botón de emergencia, la señal de alarma llega directamente a la central. Al mismo tiempo se activa automáticamente el auricular de un teléfono que permite oír todo lo que sucede en el domicilio.

–¿Y los aspectos legales, las cuestiones de custodia y esas cosas? ¿La mujer no tiene que comparecer en el juicio? –preguntó Patrik.

–Se puede hacer a través de un representante legal, así que esa parte la tenemos resuelta –respondió Leila, pasándose detrás de la oreja un mechón de su corta melena.

–Bueno, pues nos gustaría examinar de cerca los casos más problemáticos que se trataron cuando Mats trabajaba aquí – dijo Patrik.

–De acuerdo, pero no los tenemos clasificados y tampoco lo conservamos todo. Enviamos la mayor parte de la información a Asuntos Sociales cuando las mujeres se mudan, y no conservamos nada más allá de un año. Os traeré lo que tenemos para que le echéis una ojeada, a ver qué encontráis. –Y les advirtió señalándolos con el dedo–: Y ya digo, no quiero que salga nada de aquí, así que anotad lo que necesitéis. –Luego se levantó y se encaminó a un archivador.

»Aquí lo tenéis –dijo Leila, y les puso delante una veintena de carpetas–. Me voy a comer, así que no os molestará nadie. Por si tenéis alguna pregunta más, volveré dentro de una hora.

–Gracias –dijo Patrik. Miró desalentado la pila de carpetas. Aquello les llevaría un buen rato. Y ni siquiera sabían lo que buscaban.

No duró mucho la tranquilidad en la biblioteca. Los gemelos decidieron a una que la siestecilla fuera breve, pero duró lo suficiente como para poner en marcha la maquinaria de Erica. Cuando escribía sobre casos de asesinato reales, se veía obligada a dedicar muchas horas a la investigación exhaustiva de los detalles, lo que le resultaba por lo menos tan divertido como el proceso mismo de la escritura. Y ahora estaba resuelta a seguir indagando sobre las leyendas de la Isla de los Espíritus.

Se obligó a dejar a un lado Gråskär, dado que en el mismo momento en que giró el cochecito en Sälvik para ir a casa, los gemelos empezaron a chillar de hambre. Se apresuró a entrar y preparó enseguida los dos biberones, contenta de librarse de amamantarlos, aunque con cargo de conciencia.

–Bueno, bueno, tranquilo –le dijo a Noel.

Como de costumbre, era el más glotón de los dos. A veces tragaba con tanta ansia que se le atragantaba la leche. Anton, en cambio, chupaba siempre con un poco más de calma y tardaba tanto que normalmente necesitaba el doble de tiempo para tomarse el biberón. Erica se sentía como una supermadre, con un biberón en cada mano, alimentando a los dos niños a la vez. Los dos la miraban sin apartar la vista y temía quedarse bizca tratando de mirarlos a los dos a la vez. Cuánto amor al mismo tiempo…

–Eso es, ¿así está mejor? ¿Os parece que mamá debería quitarse ya el chaquetón? –dijo riéndose al caer en la cuenta de que aún no se había quitado ni el abrigo ni los zapatos.

Colocó a los niños en las hamaquitas y los llevó a la sala de estar. Luego se sentó en el sofá y puso las piernas encima de la mesa.

–Mamá se va a poner a trabajar dentro de nada. Pero necesito una dosis de Oprah primero.

Los chicos no le prestaron la menor atención.

–¿Os aburrís porque la hermanita no está en casa?

Al principio dejaba a Maja en casa tanto como podía, pero al cabo de una temporada comprendió que la pequeña estaba desesperada. Necesitaba jugar con otros niños y echaba de menos la guardería. En contraste con aquel período espantoso en que cada vez que la dejaba allí se producía una guerra mundial en miniatura.

–¿Qué os parece si hoy la recogemos un poco antes? ¿Qué me decís? –Erica interpretó el silencio de los pequeños como un sí–. Bueno, mamá todavía no se ha tomado el café –dijo, y se levantó del sofá–. Y ya sabemos cómo me pongo cuando no me tomo el café. *Un poco loca,* como dice papá. Aunque tampoco hay que hacer demasiado caso de lo que él diga…

Se echó a reír y se fue a la cocina a poner la cafetera. En el contestador lucía un «uno» que no había visto antes. Vaya, alguien se había molestado en dejar un mensaje. Pulsó el botón para escucharlo. Al oír la voz de la grabación, se le cayó al suelo la cuchara de medir el café y se llevó la mano a la boca.

–Hola, hermanita. Soy yo. O sea, Anna, que no tienes más hermanas, claro. Estoy un poco anquilosada y tengo el corte de pelo más feo del mundo. Pero aquí estoy. O eso creo. Aquí estoy casi del todo. Sé que has venido a verme, y que has estado muy preocupada. Y no puedo prometerte que… –La voz se alejó, se volvió rasposa y diferente, con un eco dolorido–. Bueno, solo quería decirte eso, que ya estoy aquí. –Clic.

Erica se quedó petrificada un par de segundos. Luego se fue sentando despacio en el suelo y se echó a llorar. La otra mano se aferraba aún convulsamente al tarro del café.

–¿No tendrías que irte ya a la comisaría? –Rita lanzó a Mellberg una mirada severa mientras cambiaba a Leo.

–Hoy trabajo desde casa a partir del almuerzo.

–Ya, que trabajas desde casa… –dijo Rita mirando con expresión censora la tele, donde daban un programa sobre unos fanáticos que construían automóviles con piezas de desguace y luego competían con ellos.

–Estoy haciendo acopio de fuerzas. Eso también es importante. El trabajo de policía es extenuante. –Mellberg levantó a Leo por los aires: el pequeño se moría de risa.

Rita se ablandó. No podía enfadarse con él. Claro que ella veía lo mismo que los demás: que era un bruto, que podía ser terriblemente torpe y a veces no veía más allá de sus narices, y que además no quería mover un dedo más de lo necesario. Pero al mismo tiempo advertía otra faceta. Cómo se le iluminaba la cara en cuanto veía a Leo, que nunca dudaba a la hora de cambiarle el pañal o de levantarse si lloraba por la noche, que la trataba como a una reina y la miraba como si fuera un regalo divino. Incluso se había entregado en cuerpo y alma a aprender a bailar salsa solo porque era su pasión. Mellberg nunca llegaría a ser el rey de la pista, pero era capaz de bailar de un modo más que aceptable, sin gran perjuicio para los pies de Rita. Además, sabía que Bertil quería a su hijo

Simon con toda el alma. Simon, que pronto cumpliría diecisiete, había irrumpido en la vida de Bertil hacía unos años, pero cada vez que el nombre del hijo salía a relucir, le brillaban los ojos de orgullo, y lo llamaba con regularidad para hacerle saber a su hijo que podía contar con él. Por todo ello en su conjunto, Rita quería tanto a Bertil Mellberg que a veces pensaba que iba a estallarle el corazón.

Fue a la cocina. Mientras empezaba a preparar el almuerzo, pensaba en las chicas, que la tenían muy preocupada. Algo les pasaba, de eso estaba segura. Le dolía ver la expresión de tristeza en la cara de Paula. Intuía que su hija tampoco tenía claro lo que no funcionaba. Johanna se había encerrado en sí misma y se apartó de todos ellos, no solo de Paula. Tal vez la superase vivir así, todos juntos. Y ella comprendía que para Johanna no fuese ningún aliciente vivir con la madre de Paula y con su padrastro y, encima, con dos perros. Pero al mismo tiempo era muy práctico que tanto Bertil como ella pudieran hacer de canguro con Leo mientras Paula y Johanna estaban en el trabajo.

Naturalmente, no se le ocultaba que aquello desgastase el ánimo, y que debería alentarlas a que buscaran vivienda propia. Mientras removía la comida en las cacerolas, se le encogía el corazón solo de pensar que no podría sacar a Leo de la cuna por las mañanas cuando se lo encontraba allí sentado y despierto, sonriéndole adormilado. Rita se enjugó las lágrimas con la mano. Sería la cebolla que había puesto en la comida porque, ¿no iba ella a ponerse a llorar de aquella manera, en pleno día? Tragó saliva con la esperanza de que las chicas lo arreglasen solas. Probó la comida y puso un poco más de guindilla en polvo. Así sentirían una quemazón

agradable por todo el cuerpo, porque antes había puesto demasiado poco.

El teléfono de Bertil sonó encima de la mesa de la cocina, y Rita se acercó y miró la pantalla. La comisaría. Claro, estarían preguntándose dónde se había metido, pensó encaminándose a la sala de estar con el aparato en la mano. Bertil estaba en el sofá y dormía con la cabeza apoyada en el respaldo y la boca abierta de par en par. Leo estaba enroscado encima de la barriga gigantesca. Tenía el puñito cerrado bajo la mejilla y dormía respirando pausada y tranquilamente, al ritmo de la respiración del abuelo Bertil. Rita apagó el móvil. La comisaría podía esperar. Bertil tenía cosas más importantes que hacer.

–Qué bien salió lo del sábado pasado. –Anders miraba a Vivianne con curiosidad.

Parecía cansada, y su hermano se preguntaba si era consciente de cuántas fuerzas le restaba todo aquello. Tal vez no pudieran seguir ignorando su pasado. Pero él sabía que no tenía mucho sentido decir nada al respecto. Vivianne no quería ni oír hablar del tema. Era tan tozuda y tan resuelta… Claro que, seguramente, por eso habían sobrevivido tanto ella como él. Anders siempre había dependido de su hermana. Ella se ocupaba de él y lo hacía todo por él. Pero ahora se preguntaba si las cosas no estaban cambiando, si no habían ido intercambiándose los papeles poco a poco.

–¿Qué tal va todo con Erling? –preguntó, y Vivianne hizo una mueca.

–Pues si no fuera porque se queda dormido prácticamente todas las noches, no sé si lo habría aguantado –respondió con una risotada triste.

–Ya casi hemos llegado a la meta –dijo Anders para consolarla, pero se dio cuenta de que ella no terminaba de creérselo. Vivianne siempre había tenido una luz interior y, aunque nadie más se diera cuenta, él la veía extinguirse.

–¿Crees que encontrarán el ordenador?

Vivianne se sobresaltó.

–No, deberían haberlo encontrado ya, ¿no crees?

–Sí.

Guardaron silencio.

–Ayer intenté llamarte por teléfono –dijo Vivianne, tratando de ser discreta.

Anders sintió que se le tensaba todo el cuerpo.

–¿Ah, sí?

–No contestaste en toda la noche.

–Lo tendría apagado –respondió evasivo.

–¿Toda la noche?

–Estaba cansado, me metí en la bañera a leer un poco. Y luego estuve un rato viendo las noticias.

–Ajá –dijo Vivianne, pero, por el tono de voz, Anders se dio perfecta cuenta de que no lo había creído.

Nunca habían tenido secretos entre sí, pero también eso había cambiado. Al mismo tiempo, estaban más unidos que nunca. Anders no sabía cómo iban a ponerlo todo en orden. Ahora que se hallaban tan cerca de la meta, no le parecía tan fácil, y tanto pensar le

impedía dormir, de modo que se pasaba las noches dando vueltas en la cama. Lo que antes resultaba tan sencillo se le antojaba ahora dificilísimo.

¿Cómo iba a contárselo? Lo había tenido mil veces en la punta de la lengua, pero cuando abría la boca para pronunciar aquellas palabras, solo surgía silencio. No podía. Tenía tanto que agradecerle a Vivianne… Aún sentía el olor a tabaco y a alcohol, aún oía el tintineo de vasos y el ruido de gente gimiendo como animales. Ellos dos se escondían encogidos debajo de la cama de Vivianne. Ella lo abrazaba y, aunque no era mucho mayor que él, parecía un gigante e irradiaba una confianza capaz de protegerlo de todo mal.

–Bueno, lo del sábado fue un éxito, según me han dicho. – Erling salió de los servicios secándose las manos en los pantalones–. Acabo de hablar con Bertil y estaba encantado. Eres fantástica, ¿lo sabías?

Se sentó al lado de Vivianne y le rodeó los hombros con el brazo con cara de ser su propietario. Acto seguido, le plantó un beso húmedo en la cara, y Anders se dio cuenta de que ella se esforzaba por no apartarse. Al contrario, le dedicó una sonrisa espléndida y tomó un poco de té de la taza que tenía en la mesa.

–Lo único problemático, al parecer, fue la comida –dijo Erling con una arruga de preocupación en la frente–. Bertil no estaba demasiado satisfecho con lo que les sirvieron. Claro que no sé si los demás comparten su opinión, pero él es el más importante, y tenemos que escuchar a nuestros clientes.

–¿Qué fue lo que no le gustó exactamente? –dijo Vivianne con voz fría, aunque a Erling le pasó inadvertido el tono.

–Por lo visto, había una cantidad bárbara de verduras, y unas combinaciones rarísimas, según me dijo. Y tampoco es que hubiera mucha salsa que digamos. Así que Bertil proponía que lo sustituyéramos por un menú algo más tradicional, más del gusto de la gente, comida casera de toda la vida, sencillamente. –Erling resplandecía de entusiasmo, casi como si se esperara una ovación.

Sin embargo, Vivianne ya había oído bastante. Se levantó y le clavó una mirada como una aguja.

–Es obvio que la experiencia de la granja fue tiempo perdido. Creía que habías comprendido mi filosofía, mi visión de lo que es importante para el cuerpo y para el alma. Esta es una casa de salud, y aquí servimos alimentos que proporcionan fuerza y energía positiva, no basura de la que provoca infartos y cáncer. –Dicho esto, se dio media vuelta y se marchó de allí visiblemente airada. La trenza le golpeaba en la espalda conforme se alejaba.

–Vaya –dijo Erling, claramente sorprendido por la acogida dispensada a su opinión–. Se ve que he puesto el dedo en la llaga.

–Pues sí, puede decirse que sí –respondió Anders con sequedad. Erling podía comportarse como quisiera. Pronto ya no importaría nada de todas formas. Enseguida lo invadió de nuevo la angustia. Tendría que hablar con Vivianne. Tenía que contárselo.

–¿Qué es lo que estamos buscando? –preguntó Martin. Miraba indeciso a Patrik, que meneó la cabeza despacio.

–Pues no lo sé con certeza. Creo que tendremos que guiarnos por la intuición, leer el material de las carpetas y ver si hay algo en lo

que nos parezca interesante indagar más.

Se quedaron en silencio mientras hojeaban los documentos.

–Joder –dijo Patrik al cabo de un rato. Martin asintió.

–Y esto es solo el último año. O ni siquiera eso. Y Fristad no es más que una de las asociaciones de acogida a mujeres maltratadas. En cierto modo, vivimos en un espacio protegido. –Martin cerró despacio la carpeta, la dejó a un lado y abrió la siguiente.

–Yo es que no lo comprendo… –dijo Patrik, formulando en voz alta el pensamiento que le venía rondando por la cabeza desde que llegaron a Fristad.

–Cobardes asquerosos –convino Martin–. Y parece que puede pasarle a cualquiera. No he coincidido con Anna muchas veces, pero tengo la sensación de que sabe lo que quiere y que nunca caería en las garras de un hombre como Lucas, con el que estuvo casada.

–Desde luego. –A Patrik se le ensombreció el semblante al recordar a Lucas. Aquella época ya había pasado a la historia, por suerte, pero ese hombre había tenido tiempo de hacerle mucho daño a su familia antes de morir–. Es fácil decir que no comprendes que alguien pueda seguir con un maltratador.

Martin dejó otra carpeta en la mesa y respiró hondo.

–Me pregunto cómo lo verán las personas que trabajan aquí y se encuentran con ello a diario. Puede que no fuera tan extraño que Sverin se hartara y quisiera volver a Fjällbacka.

–Estoy pensando que, después de todo, lo que nos contó Leila de cambiar continuamente a las personas de contacto es una buena medida. Debe de resultar totalmente imposible no implicarse de más.

–Entonces, ¿no crees que fue eso lo que le ocurrió a Sverin? –dijo Martin–. Y que la agresión está relacionada con alguien de aquí. Obsesionados, dijo Leila. A alguno de los hombres le dio por pensar que Sverin se había convertido en algo más que una persona de contacto, y decidió darle un aviso.

Patrik asintió.

–Ya, claro, yo también lo había pensado. Pero ¿quién? – Señaló el montón de carpetas que había en la mesa–. Leila asegura que no sabe nada de eso, y yo creo que no servirá de nada presionarla más.

–Podríamos preguntar a los demás empleados, y quizá ver si podemos hablar con algunas mujeres. Me figuro que corrieron rumores y, de ser así, se propagarían como el fuego.

–Mmm… tienes razón –dijo Patrik–. Pero me gustaría tener algo más concreto antes de seguir hurgando en esto.

–¿Y cómo vamos a conseguirlo? –Martin se pasó las manos por el pelo pelirrojo de pura impaciencia, y se lo puso todo de punta.

–Lo mejor será que hablemos con los vecinos de la casa donde vivía Mats. Le agredieron delante del portal y puede que alguien viera algo, aunque no informara de ello. Ahora, además, tenemos los nombres de las mujeres que tenían a Mats como persona de contacto; esperemos que consigamos algo que nos dé motivos para volver.

–Vale –dijo Martin, bajando la vista para seguir leyendo.

No acababan de cerrar la última carpeta cuando Leila entró acelerada. Se quitó la cazadora y el bolso y los dejó en un perchero que había en la puerta.

–¿Habéis encontrado algo interesante?

–Bueno, no es fácil saberlo en esta fase. Pero ahora tenemos los nombres de las mujeres cuya persona de contacto era Mats. Gracias por permitirnos echar un vistazo. –Patrik ordenó todas las carpetas en una pila que Leila devolvió al archivador.

–De nada. Espero que comprendáis que queremos hacer cuanto esté en nuestra mano por colaborar. –Se colocó de espaldas a la estantería llena de archivadores.

–Y lo agradecemos de verdad –dijo Patrik. Él y Martin se levantaron.

–Le teníamos mucho cariño a Matte. Era de esa clase de personas que no tienen nada de maldad. Tenedlo presente mientras trabajáis en el caso.

–Eso hacemos –dijo Patrik, y le estrechó la mano–. Créeme. Eso hacemos.

–¿Por qué coño no responde nadie? –gritó Paula.

–¿Mellberg tampoco contesta? –preguntó Gösta.

–No, ni Patrik. En el teléfono de Martin salta directamente el contestador, así que lo tendrá apagado.

–De Mellberg no me extraña, seguro que está durmiendo en casa. Pero a Hedström siempre se lo puede localizar.

–Estará ocupado con algo. Pues nos tendremos que ocupar nosotros e informar cuando demos con ellos. –Giró hacia el aparcamiento del hospital de Uddevalla y detuvo el coche.

–Al parecer, están en cuidados intensivos –dijo y se apresuró a entrar delante de Gösta.

Encontraron el ascensor, entraron y aguardaron pacientemente mientras subía arrastrándose.

–Un asunto feo. Me refiero a esto –dijo Gösta.

–Sí, me imagino lo preocupados que estarán los padres. ¿De dónde habrán sacado esa porquería? ¡Solo tienen siete años!

Gösta meneó la cabeza.

–Pues sí, a saber dónde.

–Vamos a ver qué nos cuentan.

Cuando entraron en la planta, Paula se dirigió al primer médico que pasaba por allí.

–Hola, hemos venido por los niños que han ingresado hoy de la escuela de Fjällbacka.

El hombre era alto y llevaba una bata blanca. Asintió.

–Están a mi cargo. Venid conmigo. –Echó a andar por el pasillo con pasos de gigante, y tanto Paula como Gösta tuvieron que ir a medio correr para alcanzarlo.

Paula trataba de respirar solo por la boca. Detestaba el olor y la atmósfera de hospital. Era un ambiente del que hacía lo posible por mantenerse apartada pero, con la profesión que había elegido, se veía obligada a visitarlo con más frecuencia de la que habría deseado.

–Están bien –dijo el médico girando la cabeza–. En la escuela reaccionaron con rapidez y teníamos una ambulancia por la zona, así que llegaron lo bastante rápido y enseguida tuvimos la situación controlada.

–¿Están despiertos? –preguntó Paula. Jadeaba un poco mientras corría por el pasillo y pensó que debía ponerse en serio con la

gimnasia. Últimamente se había abandonado mucho. Y no había que olvidar las comidas de Rita.

–Están despiertos y si los padres dan su consentimiento, podéis hablar con ellos. –Se detuvo delante de la puerta que había al fondo del pasillo.

–Dejad que entre primero, les preguntaré a los padres. Desde un punto de vista puramente médico no hay inconveniente para que habléis con ellos. Me figuro que tenéis mucho interés en saber dónde encontraron la cocaína.

–¿Seguro que es cocaína? –preguntó Paula.

–Sí, les hemos hecho análisis de sangre. –El médico abrió la puerta y entró.

Paula y Gösta iban y venían por el pasillo mientras esperaban. Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta otra vez y un grupo de personas con expresión grave y la cara enrojecida por el llanto se acercó a ellos.

–Hola, somos de la Policía de Tanum –dijo Paula, y les estrechó la mano. Gösta hizo lo propio, parecía conocer a algunos padres. Una vez más, Paula tomó conciencia de la desventaja que suponía ser nuevo en el pueblo. Ya empezaba a conocer a algunos de los habitantes de la zona, pero no era algo que se consiguiera de la noche a la mañana.

–¿Sabéis de dónde sacaron la droga? –preguntó una de las madres, secándose las lágrimas con un pañuelo–. Se cree una que en la escuela están seguros y… –Empezó a temblarle la voz y la mujer apoyó la cabeza en el hombro de su marido, que la abrazó.

–Pero ¿los niños no os han contado nada?

–No, yo creo que les da vergüenza. Les hemos insistido en que no tendrán problemas por eso, pero no hemos conseguido sacarles nada y tampoco hemos querido presionarlos –respondió uno de los padres. Aunque parecía sereno, tenía los ojos enrojecidos.

–¿Os importaría que habláramos con ellos a solas? Os aseguro que no vamos a asustarlos –dijo Paula con una sonrisa. Sabía que su aspecto no era nada amenazador, y Gösta era como un perro buenazo y tristón. Le costaba comprender que ellos pudieran asustar a la gente, y los padres parecían ser de la misma opinión, porque no vieron ningún problema.

–¿Qué tal si nosotros nos tomamos un café mientras tanto? –propuso el padre de los ojos enrojecidos, y los demás aceptaron. Se volvió a Paula y a Gösta–: Estamos en aquella sala de espera. Y os agradeceríamos que nos avisarais si averiguáis algo.

–Por supuesto –respondió Gösta, y le dio una palmadita en el hombro.

Entraron en la habitación. Los niños estaban en camas contiguas, tres cuerpecillos endebles tapados hasta la barbilla.

–Hola –saludó Paula, y los tres respondieron tímidamente. Estaba preguntándose al lado de cuál se sentaría, y después de ver las miradas fugaces que dos de ellos lanzaban al niño de pelo oscuro y rizado, decidió que empezarían por él.

–Me llamo Paula –se presentó acercando una silla, e indicándole a Gösta que la imitara–. ¿Tú cómo te llamas?

–Jon –dijo el niño con voz débil, pero sin atreverse a mirarla a los ojos.

–¿Cómo te encuentras?

–Regular –respondió tironeando nervioso de la manta del servicio público de salud.

–Menuda historia, ¿eh? –Hablaba concentrándose exclusivamente en Jon, pero vio con el rabillo del ojo que los otros dos estaban muy atentos.

–Sí… –respondió el chico levantando la vista–. ¿Tú eres policía de verdad?

Paula soltó una carcajada.

–Pues claro. ¿Es que no tengo pinta de policía?

–Bueno, no mucho. Ya sé que hay mujeres que son policías, pero tú eres tan bajita… –dijo sonriendo un tanto turbado.

–Tiene que haber policías bajitos también. Imagínate que tenemos que entrar en un espacio muy pequeño, por ejemplo –dijo, y Jon asintió como si acabara de oír algo totalmente obvio.

–¿Quieres ver la placa?

El niño volvió a asentir entusiasmado y los otros dos estiraron el cuello para ver mejor.

–¿Por qué no les enseñas la tuya a los chicos, Gösta?

Gösta sonrió, se levantó y se acercó a la cama más próxima.

–Hala, es una placa como las de la tele –dijo Jon. Se la quedó mirando un rato, antes de devolvérsela.

–Oye, eso que encontrasteis era peligroso. Supongo que os habéis dado cuenta, ¿no? –preguntó Paula, tratando de no ser brusca.

–Mmm… –Jon bajó la vista y volvió a tironear de la manta.

–Nadie está enfadado con vosotros. Ni vuestros padres, ni los profesores, ni nosotros.

–Creíamos que eran golosinas.

–Sí, claro, se parece a los polvos de los platillos volantes de caramelo –dijo Paula–. Yo también me habría equivocado.

Gösta había vuelto a sentarse y Paula esperaba que interviniera con alguna pregunta, pero al parecer prefería que ella se encargara del interrogatorio. Paula no tenía nada en contra. Siempre se le habían dado bien los niños.

–Mi padre me ha dicho que era droga –dijo Jon, y sacó un hilo de la manta.

–Pues sí, ¿y tú sabes lo que es la droga?

–Es como un veneno, solo que no te mueres.

–Bueno, también puedes morirte con la droga. Pero tienes razón, es como un veneno. Por eso es muy importante que nos ayudéis a averiguar de dónde ha salido, para que podamos evitar que se envenenen otros. –Hablaba despacio y con tono amable, y Jon ya empezaba a relajarse.

–¿Seguro que no estáis enfadados? –La miró a los ojos conteniendo el llanto.

–Seguro, segurísimo. Palabra de honor –dijo con la esperanza de que la expresión no estuviera irremediablemente anticuada–. Y vuestros padres tampoco están enfadados, solo preocupados.

–Fue ayer, junto a los bloques de alquiler –dijo Jon–. Estábamos lanzando pelotas de tenis a la fachada. Bueno, al lado. Allí hay una fábrica, o yo creo que es una fábrica, con paredes muy altas y sin ventanas que se puedan romper. Así que siempre jugamos al tenis allí. Luego, cuando íbamos a casa, nos pusimos a buscar en las papeleras del barrio botellas para devolver, y fue cuando

encontramos la bolsa. Creíamos que eran golosinas. –Jon había logrado sacar por completo el hilo de la manta, que dejó un sendero en el tejido.

–¿Por qué no lo probasteis enseguida? –preguntó Gösta.

–Porque pensamos que era muy guay haberse encontrado tanto polvo, y queríamos llevarlo hoy a la escuela para enseñárselo a los demás. Era más emocionante si estaba todo el mundo. Pero pensábamos quedarnos con la mayor parte. Y darles solo un poco.

–¿Y en qué papelera fue? –dijo Paula. Sabía a qué fábrica se refería Jon, pero quería estar totalmente segura.

–La del aparcamiento. Se ve enseguida, nada más salir por la verja del sitio donde estábamos jugando.

–¿Y hay bosque y montañas a la derecha?

–Sí, eso es.

Paula miró a Gösta. La papelera donde los niños habían encontrado la cocaína era la que estaba delante del portal de Mats Sverin.

–Gracias, chicos, nos habéis ayudado muchísimo –dijo, y se levantó. Se le encogió un poco el estómago. Tal vez hubieran encontrado la pista decisiva que tanto necesitaban.

Fjällbacka, 1871

El pastor era alto y corpulento y aceptó agradecido la mano que Karl le ofrecía para ayudarle a subir al embarcadero. Emelie se inclinó tímidamente. Nunca había ido al oficio en el pueblo, y ahora se sonrojaba temiendo que el pastor creyese que se debía a su falta de voluntad y de fe en Dios.

–Vaya, esto está aislado, pero es hermoso –dijo el pastor–. Tengo entendido que aquí vive alguien más, ¿no?

–Julian –dijo Karl–. Está atendiendo el faro. Pero puedo mandarlo venir, si usted quiere.

–Sí, gracias, que venga también. –El pastor se encaminó hacia la casa sin que nadie lo hubiera invitado–. Ya que he venido, me gustaría conocer a todos los habitantes de la isla. –Soltó una risotada y abrió la puerta y dejó pasar a Emelie, mientras que Karl se dirigía al faro.

»Tenéis una casa muy bonita, y muy limpia –dijo el pastor contemplando la sala.

–No hay en esta humilde morada mucho que enseñar... –Emelie se sorprendió escondiendo las manos en el delantal. Tenían un aspecto horrible de tanto fregar con el agua y el jabón, pero no podía ocultar que la complacían las palabras de elogio del pastor.

–No hay que despreciar lo sencillo. Y por lo que estoy viendo, Karl puede considerarse afortunado por tener una mujer tan hacendosa. –Se sentó en el banco de la cocina.

Emelie se sintió tan turbada que no sabía qué responder, y se volvió para servir el café.

–Espero que le apetezca un café. –Hizo memoria por si tenía algo que ofrecer con el café, pero no había más que los panecillos caseros que hacía, y con ellos tendría que conformarse el pastor, ya que se había presentado de forma tan inesperada.

–Nunca digo que no a un café –aceptó el pastor sonriendo.

Emelie empezaba a sentirse menos tensa. No parecía uno de esos pastores severos como Berg, el de su antigua iglesia. La sola idea de tener que sentarse a la misma mesa que él la hacía temblar de pies a cabeza.

Se abrió la puerta y apareció Karl. Inmediatamente después vino Julian, con una expresión de alerta en el semblante y evitando la mirada del pastor.

–Así que este es Julian, ¿no? –El pastor seguía sonriendo, pero Julian asintió sin más y le estrechó con desgana la mano que le tendía. Karl y Julian se sentaron enfrente del pastor, mientras que Emelie ponía la mesa.

–Me figuro que procura usted que su esposa no trabaje demasiado, ahora que está en estado de buena esperanza, ¿verdad? Y sabe mantener la casa limpia. Estará usted muy orgulloso.

Karl no respondió al principio, pero luego dijo:

–Sí, Emelie es hacendosa.

–Bueno, bueno, siéntese –dijo dando una palmadita en el asiento de al lado.

Emelie le hizo caso, pero no podía dejar de mirar la sotana negra y el alzacuello blanco. Nunca había estado tan cerca de un pastor.

Sentarse a charlar tomando café habría sido impensable para el viejo Berg. Emelie sirvió el café con las manos temblándole de miedo. Finalmente, llenó también su taza.

–¿Y qué lo trae por aquí, tan lejos como estamos? –preguntó Karl, sin añadir nada más. ¿Qué querría el pastor?

–Bueno, no han sido ustedes muy cumplidores a la hora de visitar la iglesia –dijo el pastor y dio un sorbo de café. Le había puesto tres terrones de azúcar, y Emelie pensó que debía de estar de lo más empalagoso.

–Bueno, sí, es verdad, pero no resulta nada fácil ir desde aquí. Solo estamos nosotros dos para vigilar el faro, y no nos queda mucho tiempo para nada más.

–Pero sí lo hay para visitar el Abelas, según tengo entendido.

De pronto Karl se sintió pequeño y apocado, y en ese instante, Emelie comprendió por qué le tenía tanto miedo. Luego recordó aquella noche, y se llevó la mano al vientre.

–No hemos estado en la iglesia tanto como debiéramos –dijo Julian bajando la cabeza. Todavía no había mirado al pastor a los ojos–. Pero Emelie nos lee la Biblia casi todas las noches, así que no es esta una casa poco cristiana.

Emelie lo miró aterrada. ¿Le estaba mintiendo al pastor en su cara? Claro que en aquella casa se leía la Biblia, pero era ella la que se sentaba a leer sola cuando tenía tiempo. Ni Julian ni Karl habían mostrado el menor interés por las Sagradas Escrituras, sino que más bien se habían burlado de ellas en alguna ocasión.

Pero el pastor asintió.

–Me alegro de oírlo. Sobre todo en un lugar como este, tan árido e inaccesible y tan apartado de la casa de Dios, hay que tomarse muy en serio lo de leer por iniciativa propia y buscar guía y consuelo en la Biblia. Me alegro. Y me alegraría mucho más veros de vez en cuando en la iglesia, y mucho más a usted, querida Emelie. –Le dio una palmadita en la rodilla, y Emelie se sobresaltó y dio un respingo. Bastante nerviosa estaba de verse tan cerca del pastor como para que encima la tocara; era más de lo que podía soportar. Tuvo que contenerse para no levantarse de un salto, aterrorizada.

»Además, he estado hablando con su tía. Y estaba un poco preocupada, dado que lleva mucho sin verlos. Y ahora que Emelie está en estado, quizá fuera una buena idea que la viera un médico y se asegurase de que todo se desarrolla como debe –dijo mirando muy serio a Karl, que bajó la vista.

–Ya –murmuró, y bajó la cabeza.

–Bien, entonces, decidido. La próxima vez que vayáis a Fjällbacka, os lleváis a Emelie para que el médico la examine. Su querida tía también agradecería una visita. –Le guiñó un ojo y echó mano de un panecillo–. Muy buenos –dijo, y las migas le salpicaron de la boca.

–Gracias. –Pero Emelie no le daba las gracias por el elogio solamente; podría ir al pueblo y ver gente. Quizá ahora Karl la dejara ir a la iglesia de vez en cuando. Le sería mucho más fácil sobrellevar la vida en la isla, muchísimo más fácil.

–Bueno, Karlsson se cansará de esperarme si no me voy. Ha sido lo bastante amable para traerme, pero seguro que quiere volver a casa. Muchas gracias por el café y estos panecillos tan ricos. –El

pastor se levantó y Emelie se incorporó también enseguida para dejarle paso.

–Vaya, tenemos los dos casi la misma barriga –bromeó el pastor.

Emelie sintió tanta vergüenza que se sonrojó de pies a cabeza. Luego no pudo por menos de sonreír. Le gustaba aquel pastor, y habría sido capaz de arrodillarse y besarle las manos, ya que gracias a él podría ir a Fjällbacka.

–Supongo que han oído lo que dicen de la isla, ¿no? –dijo el pastor riéndose mientras Karl y Emelie lo acompañaban al embarcadero. Julian se despidió apresuradamente y volvió al faro.

–¿A qué se refiere? –dijo Karl, y ayudó al pastor a subir a bordo.

–Lo de que hay fantasmas. Pero bueno, no son más que habladurías, naturalmente. ¿O han visto ustedes algo? –Se echó a reír otra vez, tanto que le temblaban los carrillos.

–Nosotros no creemos en esas cosas –dijo Karl, y les arrojó el cabo que acababa de soltar.

Emelie no dijo nada. Pero mientras decía adiós con la mano, pensaba en aquellos que constituían su única compañía en la isla. Era imposible hablarle de ellos al pastor, y seguramente, tampoco la creerían.

Cuando volvía hacia la casa, los vio con el rabillo del ojo. No les tenía miedo. Ni siquiera ahora que, además, se le aparecían. No querían hacerle ningún daño.

–Hola, Annika. Paula ha estado llamándome, pero ahora no la localizo. –Patrik estaba ante la puerta de Fristad, tapándose el oído izquierdo con el dedo mientras escuchaba por el derecho. Aun así, el ruido del tráfico se oía tanto que le costaba entender lo que le decía Annika.

»¿Cómo? ¿En la escuela? Espera, no te he oído bien… Cocaína. De acuerdo, comprendo. Ajá, en el hospital de Uddevalla.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Martin.

–Unos niños de primero de primaria de Fjällbacka han encontrado una bolsa de cocaína y la han probado. –Patrik parecía muy preocupado mientras se dirigían al coche.

–Joder. ¿Y cómo están?

–Ingresados en el hospital de Uddevalla pero, al parecer, fuera de peligro. Gösta y Paula están con ellos ahora mismo.

Patrik se sentó al volante y Martin a su lado. Se pusieron en marcha, Martin iba mirando por la ventanilla, reflexionando.

–Niños de primero. Y uno cree que estarán a salvo en la escuela, sobre todo en Fjällbacka. No es un barrio problemático de una gran ciudad, y aun así, no están seguros. No hace falta más para morirse de miedo.

–Lo sé. No es como en nuestra época, desde luego. O bueno, la mía… –dijo sonriendo a medias. Después de todo, él y Martin se llevaban bastantes años.

–Creo que se puede decir lo mismo de mis años de escuela –dijo Martin–. Aunque ya usábamos la calculadora en lugar del ábaco.

–Ja, ja, ja, muy gracioso.

–Todo era tan sencillo entonces… Jugábamos en el patio a las canicas o al fútbol. Éramos niños. Ahora parece que todo el mundo tiene demasiada prisa en llegar a la edad adulta. Tienen que follar y que fumar y que beber, y todo lo habido y por haber antes de empezar secundaria.

–Pues sí –dijo Patrik, y sintió una angustia enorme en el pecho. El tiempo pasaría como un suspiro y Maja empezaría la escuela; y sabía que Martin tenía razón. No era como en sus tiempos. No quería ni pensarlo. Quería que Maja fuera pequeña tanto como fuera posible, que se quedara en casa hasta que cumpliera los cuarenta–. Pero me parece que la cocaína no es lo más habitual –dijo, más que nada para consolarse.

–No, ha sido el colmo de la mala suerte. Menos mal que parece que están bien. Podrían haber acabado muy mal.

Patrik asintió.

–¿No vamos a ir al hospital? –preguntó Martin cuando Patrik tomó el acceso a la ciudad, en lugar de tomar la E6.

–Doy por hecho que Paula y Gösta se arreglarán solos. Llamaré a Paula para comprobarlo, pero me gustaría hablar con el actual inquilino del piso de Mats y con los demás vecinos, ya que estamos aquí. Es un poco absurdo tener que volver.

Martin escuchaba expectante mientras Patrik hablaba con Paula, que por fin había respondido. Al cabo de unos minutos, colgó el teléfono.

–Lo tienen controlado, así que podemos hacer lo que teníamos pensado. Podemos pararnos un momento en el hospital de camino a

casa, si aún siguen allí.

–Bien. ¿Sabían algo de dónde la habían encontrado?

–En una papelera, delante del bloque de Mats Sverin.

Martin guardó silencio un instante.

–¿Tú crees que está relacionado?

–¿Quién sabe? –Patrik se encogió de hombros–. Como ya sabemos, en ese barrio viven unas cuantas personas que podían tener cocaína. Pero es curioso que la encontraran precisamente delante del portal de Sverin.

Martin se asomó un poco para leer los indicadores.

–Tienes que entrar por ahí. Erik Dahlbergsgatan. ¿Qué número era?

–Cuarenta y ocho. –Patrik frenó en seco al ver a una anciana que cruzaba el paso de cebra a paso de tortuga. Esperó impaciente hasta que la mujer pasara al otro lado, y salió derrapando.

–Oye, tómatelo con calma. –Martin se apoyó en la puerta.

–Ahí está –dijo Patrik impasible–. El número cuarenta y ocho.

–Pues esperemos que haya alguien en casa. Quizá deberíamos haber llamado antes.

–Bueno, llamamos, a ver si tenemos suerte.

Salieron del coche y se encaminaron al portal. Era un bonito edificio antiguo de piedra cuyos apartamentos seguramente tendrían molduras y suelos de madera.

–¿Cómo se llamaba el inquilino? –preguntó Martin.

Patrik sacó un papel del bolsillo.

–Jonsson, Rasmus Jonsson. Y es el primer piso.

Martin asintió y llamó al timbre del portero automático, junto al cual aún se leía el nombre de Sverin. Casi de inmediato, se oyó un carraspeo y una voz que preguntaba:

–¿Sí?

–Somos de la Policía. Nos gustaría hablar con usted. ¿Sería tan amable de abrirnos? –Martin habló lo más claro posible cerca del micrófono.

–¿Por qué?

–Se lo explicaremos arriba. ¿Tendría la bondad de abrirnos?

Oyeron que colgaba el telefonillo y, acto seguido, un zumbido en la puerta.

Subieron al primer piso y examinaron las placas con los nombres.

–Es aquí –dijo Martin, señalando la puerta de la izquierda.

Llamó al timbre y retrocedieron un poco al oír los pasos que se acercaban por el pasillo. Abrieron con la cadena de seguridad echada. Un joven de unos veinte años miraba suspicaz por la rendija.

–¿Eres Rasmus Jonsson? –preguntó Patrik.

–¿Quién pregunta?

–Como te hemos dicho, somos de la Policía. Se trata de Mats Sverin, el que te alquiló el apartamento.

–¿Ajá? –respondió con un tono rayano en la impertinencia, y seguía sin quitar la cadena.

Patrik notó que empezaba a irritarse y miró al joven con encono.

–O nos dejas entrar para que podamos hablar tranquilamente, o hago unas llamadas que supondrán un registro del apartamento y

que te pases en comisaría el resto del día de hoy y quizá también parte de mañana.

Martin lo miró. No era propio de él andarse con amenazas vanas, no tenían ningún motivo ni para el registro ni para interrogar a Jonsson en comisaría.

Se hizo el silencio unos segundos. Hasta que el joven quitó la cadena.

–Fascistas de mierda. –Rasmus Jonsson se hizo a un lado en el recibidor para dejarles paso.

–Sabia decisión –dijo Patrik. Notó en el aire el olor denso del hachís y comprendió por qué el joven se había mostrado reacio a abrirle a la Policía. Cuando entraron en el salón y vieron las pilas de literatura anarquista y los carteles de la misma tendencia en las paredes, lo comprendió mejor aún. Era obvio que se encontraban en territorio enemigo.

–No os acomodéis demasiado. Estoy estudiando y no tengo tiempo que perder. –Rasmus se sentó junto a un escritorio no demasiado grande, atestado de libros y cuadernos.

–¿Qué estudias? –preguntó Martin. No solían encontrarse con muchos anarquistas en Tanumshede, y sentía verdadera curiosidad.

–Políticas –dijo Rasmus–. Para comprender mejor cómo hemos llegado a esta mierda, y cómo podríamos cambiar la sociedad. –Parecía que estuviera dando clase a los de primero, y Patrik lo miró divertido. Se preguntaba cómo influirían los años y la realidad en los ideales de aquel joven.

–¿Le alquilas el apartamento a Mats Sverin?

–¿Por qué? –dijo Rasmus. El sol entraba por la ventana del salón y Patrik cayó en la cuenta de que era la primera vez que conocía a un pelirrojo con el mismo tono que Martin. Pero Rasmus, además, tenía barba, así que la impresión era más intensa todavía.

–Repito, ¿le has alquilado el apartamento a Mats Sverin? – La voz de Patrik sonaba serena, pero sentía que estaba a punto de perder la paciencia.

–Sí, es verdad –dijo Rasmus muy a disgusto.

–Pues siento tener que comunicarte que Mats Sverin está muerto. Asesinado.

Rasmus se quedó perplejo.

–¿Asesinado? ¿Qué coño queréis decir? ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

–Nada, esperemos, pero estamos tratando de averiguar más datos sobre él y sobre su vida.

–Yo no lo conozco, así que no puedo ayudaros.

–Eso lo decidimos nosotros –dijo Patrik–. ¿Estaba amueblado el apartamento?

–Sí, todo lo que hay aquí es suyo.

–¿No se llevó nada?

Rasmus se encogió de hombros.

–No creo. Es verdad que embaló lo más personal, fotos y esas cosas, pero lo tiró todo en el contenedor. Quería deshacerse de toda la basura del pasado, me dijo.

Patrik miró a su alrededor. Allí había tan pocos objetos personales como en el apartamento de Fjällbacka. Aún ignoraba por qué, pero

algo había impulsado a Mats Sverin a empezar de cero. Se volvió otra vez a Rasmus.

–¿Cómo encontraste el apartamento?

–Un anuncio. Quería quitárselo de encima rápidamente. Creo que le habían dado una tunda y quería largarse de aquí.

–¿Te contó algo más sobre ese asunto? –intervino Martin.

–¿Sobre qué?

–Lo de la tunda –insistió Martin armado de paciencia. La fuente del aire dulzón que flotaba en el ambiente no despertaba precisamente los sentidos del joven.

–Pues no, no exactamente. –Rasmus arrastraba las palabras, y Patrik notó que se reavivaba su interés.

–¿Pero?

–¿Cómo que pero? –Rasmus empezó a girar la silla de un lado a otro con movimientos tensos.

–Si sabes algo de la agresión a Mats, te agradeceríamos mucho que nos lo contaras.

–Yo no colaboro con la pasma. –Entornó los ojos como con rabia.

Patrik respiró hondo para calmarse. Aquel muchacho lo sacaba de quicio, desde luego.

–La oferta sigue en pie. O una conversación agradable con nosotros, o todo el repertorio de registro y visita a la comisaría.

Rasmus se quedó quieto en la silla. Suspiró.

–Yo no vi nada, así que no tenéis nada con lo que retenerme y marearme. Pero preguntadle al viejo Pettersson, el del piso de arriba. Él sí parece que vio más de una cosa.

–¿Y por qué no se lo contó a la Policía?

–Eso tendréis que preguntárselo a él. Yo solo sé que aquí todo el mundo va diciendo que él sabe algo. –Rasmus apretó los labios y comprendieron que no le sacarían nada más.

–Pues gracias por la ayuda –dijo Patrik–. Aquí tienes mi tarjeta, por si te acuerdas de algo.

Rasmus miró la tarjeta que Patrik le ofrecía, la sujetó entre el pulgar y el índice, como si apestase. Luego la dejó caer en la papelera con todo el descaro.

Patrik y Martin sintieron un gran alivio cuando salieron al rellano y dejaron el apartamento y el ambiente cargado de olor a porro.

–Menudo elemento –dijo Martin meneando la cabeza.

–Bueno, ya le enseñará la vida –dijo Patrik, con la esperanza de no haberse vuelto tan cínico como parecía.

Subieron al piso de arriba y llamaron a la puerta donde se leía «F. Pettersson». Un hombre mayor les abrió.

–¿Qué quieren? –Sonó tan irritado como Rasmus, el del piso de abajo. Patrik se preguntó si no habría algo en el agua del bloque que afectara al humor de los vecinos. Todos parecían haberse levantado con el pie izquierdo.

–Somos de la Policía y querríamos hacerle unas preguntas sobre el antiguo inquilino, Mats Sverin, el que vivía en el piso de abajo. –Patrik sintió que se le agotaba la paciencia con viejos cascarrabias y anarquistas malhumorados, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la calma.

–Mats, sí, era un buen muchacho –dijo el hombre sin hacer amago de dejarlos pasar.

–Le agredieron aquí fuera antes de que se mudara.

–La Policía ya estuvo aquí preguntando. –El hombre dio un golpe con el bastón en el suelo. Pero Patrik aprovechó un momento de vacilación para dar un paso adelante.

–Tenemos motivos para creer que sabe más de lo que le ha contado a la Policía hasta ahora.

Pettersson bajó la vista y señaló con la cabeza al apartamento.

–Entren –dijo, y echó a andar pasillo adelante, arrastrando los pies. Aquel apartamento no solo era más luminoso que el de abajo, sino también más agradable, decorado con muebles clásicos y cuadros en las paredes.

»Siéntense –dijo señalando con el bastón el sofá de la sala de estar.

Patrik y Martin se sentaron y se presentaron. El hombre les explicó que la «F» de la puerta era de Folke.

–No tengo nada que ofrecerles –dijo Folke, con un tono mucho más dócil.

–No importa; de todos modos, tenemos un poco de prisa – dijo Martin.

–Bueno, como le decíamos –Patrik carraspeó un poco–, por lo que nos han dicho, usted sabe mucho de lo que ocurrió cuando agredieron a Mats Sverin.

–Bueno, mucho no sé yo… –dijo Folke.

–Es importante que nos diga la verdad. Mats Sverin ha muerto asesinado.

Patrik experimentó cierta satisfacción mezquina al ver la expresión consternada del hombre.

–No es posible.

–Pues sí, por desgracia, y si tiene algo más que contar sobre el ataque que sufrió, se lo agradecería mucho.

–Ya, lo que pasa es que uno no quiere inmiscuirse. A saber qué puede ocurrírsele a esa gente –dijo Folke, y dejó el bastón en el suelo, a sus pies. Cruzó las manos en las rodillas; de repente, parecía viejo y cansado.

–¿A qué se refiere al decir «esa gente»? Según la información que el propio Mats aportó a la Policía, le atacó una pandilla de jóvenes.

–¡Jóvenes! –resopló Folke–. Desde luego, jóvenes no eran. No, era gente con la que más vale no tener trato. No me explico cómo un buen muchacho como Mats se relacionaba con ellos.

–¿A quién se refiere? –dijo Patrik.

–Moteros.

–¿Moteros? –Martin miró desconcertado a Patrik.

–Sí, los que aparecen en los periódicos. Los Hells Angels y Banditerna y todos esos.

–Se llaman Bandidos –lo corrigió Patrik sin pensarlo, mientras empezaba a darle vueltas a la cabeza–. Vamos a ver si he entendido, a Mats no le agredió una pandilla de chicos, sino una pandilla de moteros, ¿no?

–Pues sí, eso es lo que he dicho, ¿es que está sordo, muchacho?

–¿Y por qué mintió a la Policía y dijo que no había visto nada? Según me informaron, ninguno de los vecinos vio nada. –Patrik se sintió embargado por una amarga frustración. Si hubieran sabido aquello desde el principio…

–Hay que andarse con cuidado y no tener nada que ver con esa gente –insistió Folke–. Yo no tenía nada que ver con eso, y no hay que inmiscuirse en los asuntos de los demás.

–¿Y por eso dijo que no había visto nada? –Patrik no pudo ocultar el desprecio en la voz. Era una de las cosas que más le costaba aceptar, la gente que lo veía todo y que luego se encogía de hombros aduciendo que lo que habían presenciado no era asunto suyo.

–No hay que tener tratos con esa gente –repitió Folke, sin mirarlos a los ojos.

–¿Vio algo que pueda darnos una pista de quiénes eran? –preguntó Martin.

–Llevaban un águila en la espalda. Una gran águila amarilla.

–Gracias –dijo Martin, y le estrechó la mano. Al cabo de un instante de vacilación, Patrik hizo lo mismo.

Poco después iban camino de Uddevalla, absortos cada uno en sus pensamientos.

Erica era incapaz de esperar más. En cuanto se serenó un poco, llamó a Kristina y, al oír que se cerraba la puerta del coche delante de la casa, se puso la cazadora, se subió a su coche y se dirigió a Falkeliden. Una vez allí, se quedó un buen rato dentro, pensando. Quizá debería mantenerse apartada un tiempo y dejarlos solos. El breve mensaje de Anna no lo decía todo, seguramente. Y ella podría haberlo malinterpretado.

Erica se aferraba al volante con el motor apagado. No quería equivocarse y meter la pata. Anna la había acusado de eso alguna vez, de ser irrespetuosa e inmiscuirse en su vida. Y muchas veces tenía razón. Cuando eran pequeñas, Erica quería compensar lo que ella interpretaba como falta de amor por parte de su madre. Ahora pensaba de otra manera, y Anna también. Elsy las quería, pero no fue capaz de demostrarlo. Y los lazos entre Erica y Anna se habían estrechado en los últimos años, sobre todo, después de lo de Lucas.

Pero ahora no estaba segura. Anna tenía a su familia, Dan y los niños. Puede que solo necesitaran estar solos. De repente atisbó la figura de su hermana a través del cristal de la cocina. Pasó por delante rauda como un espectro, luego volvió a la ventana y miró hacia el coche donde estaba Erica. Levantó la mano y le hizo una seña para que entrase.

Erica abrió la puerta del coche y se apresuró a subir la escalinata. Dan le abrió antes de que le diera tiempo a llamar.

–Adelante –le dijo. Erica vio miles de sentimientos en su semblante.

–Gracias. –Cruzó despacio el umbral, se quitó la cazadora y entró en la cocina con una extraña sensación de solemnidad.

Anna estaba sentada a la mesa. Erica la había visto otras veces levantada desde el accidente, pero como si no estuviera allí. Ahora sí.

–He oído tu mensaje. –Erica se sentó en una silla frente a Anna.

Dan sirvió tres tazas de café y se fue discretamente con la suya al salón, donde los niños jugaban dando gritos, para que las dos hermanas pudieran hablar tranquilamente.

A Anna le temblaba la mano ligeramente cuando se llevó la taza a los labios. Parecía transparente. Frágil. Pero tenía la mirada firme.

–Estaba tan asustada –dijo Erica, y sintió que las lágrimas acudían sin remedio.

–Lo sé. Yo también tenía miedo. De volver.

–¿Por qué? Quiero decir, comprendo, sé que… –Luchaba por encontrar las palabras exactas. ¿Cómo iba a ponerle palabras al dolor de Anna, cuando lo cierto era que ni comprendía ni sabía nada?

–Estaba oscuro. Y dolía menos quedarse en esa oscuridad que salir aquí, con vosotros.

–Pero ahora... –A Erica le temblaba la voz–. Ahora estás aquí, ¿no?

Anna asintió despacio y tomó otro trago de café.

–¿Dónde están los gemelos?

Erica no sabía qué decir, pero Anna se dio cuenta. Sonrió.

–Tengo tanta curiosidad por conocerlos. ¿A quién se parecen? ¿Y se parecen entre sí?

Erica la miró, aún insegura de cómo reaccionaría su hermana.

–Pues la verdad es que no se parecen mucho. Ni siquiera en la forma de ser. Noel es más gritón, siempre sabes cuándo quiere algo y es resuelto y tozudo como él solo. Anton, en cambio, es prácticamente su opuesto. No se altera por nada y casi todo en la vida le parece estupendo. Está satisfecho, simplemente. Pero no sé a quién se parecen.

Anna dibujó una amplia sonrisa.

–¿Estás de broma? Básicamente, acabas de describiros a Patrik y a ti. Y no eres tú la que está satisfecha, diría yo.

–Pero… –comenzó Erica, y se calló en el acto al comprender que Anna tenía razón. Acababa de describirse a sí misma y a Patrik, aunque sabía que él no siempre se mantenía tan sereno en el trabajo como en casa.

–Me encantaría conocerlos –dijo Anna otra vez, y miró con convicción a Erica–. No tiene nada que ver, Erica, y tú lo sabes. Vuestros hijos no han sobrevivido a costa del mío.

–Puedo traerlos cuando quieras. En cuanto te sientas con fuerzas.

–¿No puedes ir a por ellos ahora? Si no es mucho engorro, claro –dijo Anna. Empezaba a volverle el color a las mejillas.

–Puedo llamar a Kristina y preguntarle si quiere traerlos.

Anna asintió, y al cabo de unos minutos Erica lo había arreglado para que su suegra les llevase a los niños.

–Aún me cuesta –dijo Anna–. Las tinieblas siguen ahí, muy cerca.

–Sí, pero al menos ya estás con nosotros. –Erica le dio la mano–. Venía a verte cuando estabas tumbada ahí arriba y era horrible. Como si no quedara de ti más que la concha vacía.

–Y así era, seguramente. Casi me entra pánico al pensar que ahora me siento igual, en cierto modo. Me siento como una concha hueca, y no sé cómo rellenarme otra vez. Siento un vacío tan grande… Aquí. –Se puso la mano en el vientre y lo acarició despacio.

–¿Recuerdas algo del entierro?

–No. –Anna meneó la cabeza–. Recuerdo que era importante que lo celebráramos, sentía que era necesario, pero no recuerdo nada de la ceremonia.

–Fue bonito –dijo Erica y se levantó para poner más café.

–Dan dijo que fue idea tuya lo de turnarse para estar tumbados conmigo.

–Bueno, no del todo. –Erica volvió a sentarse y le contó lo que le había dicho Vivianne.

–Pues salúdala de mi parte y dale las gracias. Creo que habría seguido como estaba, de no ser por eso, y quizá incluso habría caído más en el abismo. Tanto, que no habría sido capaz de volver.

–Se lo diré.

Llamaron a la puerta y Erica se retrepó en la silla y giró la cabeza para ver el recibidor.

–Será Kristina con los niños.

En efecto, era su suegra, a la que Dan acababa de abrir la puerta. Erica se levantó para ir a ayudarle y constató satisfecha que los gemelos estaban despiertos.

–Se han portado como dos angelitos –dijo Kristina mirando de reojo a la cocina.

–¿Quieres pasar? –preguntó Dan, pero Kristina negó con la cabeza.

–No, creo que me voy a ir a casa. Será mejor que os quedéis solos un rato.

–Gracias –dijo Erica, y le dio un abrazo a Kristina. Aunque a aquellas alturas le tenía muchísimo cariño a su suegra, no podía decirse que ese tipo de detalles fueran su fuerte.

–De nada, de nada. Ya sabes que puedes contar conmigo. –Se fue enseguida y Erica entró en la cocina con una hamaquita en cada mano.

–Aquí tenéis a la tía Anna –dijo, y los dejó despacio en el suelo, junto a la silla de Anna–. Y estos son Noel y Anton.

–No cabe duda de quién es el padre de las criaturas, desde luego. –Anna se sentó en el suelo, a su lado, y Erica hizo lo mismo.

–Sí, la gente dice que se parecen a Patrik. Pero nosotros no lo vemos.

–Son preciosos –dijo Anna. Le tembló ligeramente la voz y Erica se sintió un poco insegura de pronto y se preguntó si habría hecho bien en llevar a los niños para que los viera su hermana. Quizá fuera demasiado pronto, quizá debería haberse negado.

»No pasa nada –la calmó Anna, como si hubiera oído los pensamientos de Erica–. ¿Puedo?

–Pues claro –respondió Erica. No lo veía, pero sentía la presencia de Dan a su espalda. Debía de estar conteniendo la respiración, igual que ella, y pensando como ella si aquello sería bueno o malo.

–Bueno, pues primero a la MiniErica –dijo Anna con una sonrisa, y sacó a Noel de la hamaquita–. Así que tú eres tozudo como tu madre, ¿eh? Pues ya tendrá que vérselas tu madre contigo cuando te hagas mayor.

Lo abrazó y le olisqueó el cuello. Luego dejó a Noel y le tocó el turno a Anton, e hizo lo mismo, pero se lo quedó en brazos.

–Son maravillosos, Erica. –Anna miró a su hermana, aún con Anton en el regazo–. Son sencillamente maravillosos.

–Gracias –dijo Erica–. Gracias.

–¿Habéis averiguado algo más? –Patrik sonaba ansioso cuando Martin y él entraron en la sala de espera del hospital.

–Pues no mucho, ya te contamos la mayor parte por teléfono –dijo Paula–. Los chicos encontraron la bolsa con polvo blanco en una papelera cercana a los bloques de alquiler, los que dan a Tetra Pak.

–Vale, ¿tenemos controlada la bolsa? –preguntó Patrik tomando asiento.

–La tengo ahí. –Paula señaló un sobre de papel marrón que había en la mesa–. Y antes de que me preguntes, sí, hemos sido muy cuidadosos. Pero por desgracia, ya había pasado por varias manos antes de que llegara a las nuestras. Los niños, los profesores y el personal del hospital.

–Bueno, tendremos que procesarlo con cuidado. Procura que llegue cuanto antes al laboratorio, así tendremos las huellas de todos los que la han tocado. Empieza por pedir permiso a los padres para que les tomemos las huellas a los niños.

–Claro –dijo Gösta.

–¿Cómo están? –preguntó Martin.

–Según los médicos, han tenido una suerte loca. La cosa habría podido acabar fatal pero, afortunadamente, no tomaron grandes cantidades. Solo lo probaron un poco. De lo contrario, no habríamos estado aquí ahora, sino más bien en el depósito.

Estuvieron en silencio un buen rato. Era una idea espantosa.

Patrik miró el sobre de reojo.

–Deberíamos procurar que cotejaran las huellas de Mats Sverin con las que obtengan de la bolsa.

–¿Creéis que el asesinato está relacionado con drogas? – Paula frunció el entrecejo y se retrepó en el sofá, que era bastante incómodo. No lograba encontrar una postura lo bastante cómoda y no tardó mucho en incorporarse otra vez–. ¿Averiguasteis en Gotemburgo algo en ese sentido?

–No, no lo creo. Tenemos otra información con la que seguir trabajando, pero pensaba exponerlo luego en la comisaría, cuando celebremos la reunión. –Se levantó–. Martin y yo nos vamos a Fjällbacka y trataremos de localizar a alguno de los profesores. ¿Mandas tú el sobre al laboratorio, Paula? Diles que nos corre mucha prisa.

Paula sonrió.

–Vale, así sabrán que el mensaje es tuyo.

Annie había experimentado un punto de preocupación desde la visita de Erica y Patrik. Quizá debería pedirle al médico que fuera, después de todo. Sam no había pronunciado una palabra desde que llegaron a la isla, pero ella estaba convencida de que su instinto no la engañaba. Lo único que Sam necesitaba era tiempo. Tiempo para que sanaran las heridas del alma, no las del cuerpo, que era lo único que podría examinar el médico.

Ella era incapaz de pensar en aquella noche. Era como si el cerebro se cerrase a cal y canto cuando se acercaba el recuerdo de tanto miedo y tanto horror. De modo que, ¿cómo iba a pedirle al pobrecillo que lo superase? Ella y Sam habían compartido el mismo miedo. Y se preguntaba si aún compartían el mismo miedo a que

todo lo ocurrido los alcanzase en la isla. Trataba de serenarlo, decirle que allí estaban seguros. Que los malos no podían encontrarlos. Pero ignoraba si su tono de voz contenía el mismo mensaje que sus palabras. Porque ella misma no se lo creía del todo.

Si Matte… Le tembló la mano al pensar en él. Él habría podido protegerlos. No quiso contárselo todo la noche que pasaron juntos. Pero algo le desveló, lo bastante para que comprendiera que ya no era la misma. Sabía que le habría contado el resto también. Si hubieran tenido más tiempo, habría podido confiarse a él.

Sollozó y respiró hondo para tratar de dominarse. No quería que Sam notara su desesperación. Necesitaba sentirse seguro. Era lo único que podría erradicar de su memoria el ruido de los disparos, lo que podría borrar el recuerdo de la sangre, de su padre, y era su deber que todo volviera a la normalidad. Matte no podía ayudarle.

Les llevó un rato reunir todas las huellas dactilares que necesitaban. Aún les faltaban dos. El personal de la ambulancia había salido y tardarían en volver. Pero Paula tenía la sensación de que era una pérdida de tiempo recoger todas esas huellas. Algo le decía que era más importante comprobar si entre ellas se encontraban las de Mats, y que la respuesta llegara lo antes posible.

Paula llamó discretamente a la puerta.

–Adelante. –Torbjörn Ruud levantó la vista cuando la oyó entrar.

–Hola, Paula Morales, de la Policía de Tanum. Nos hemos visto unas cuantas veces. –Se sintió un tanto insegura de pronto. Ella sabía muy bien cuál era el procedimiento, y lo que pensaba hacer

ahora era pedirle a Ruud que se saltara las reglas y los procedimientos. No era algo a lo que estuviera acostumbrada. Las reglas estaban para cumplirlas, pero a veces había que actuar con cierta flexibilidad, y aquella era, seguramente, una de esas ocasiones.

–Sí, te recuerdo. –Torbjörn le indicó que se sentara–. ¿Cómo va lo vuestro? ¿Habéis tenido ya noticias de Pedersen?

–No, nos enviará el informe el miércoles. Por lo demás, no tenemos mucho con lo que trabajar, y no hemos avanzado tanto como esperábamos…

Guardó silencio, respiró hondo y reflexionó sobre cómo exponer la pregunta.

–Pero hoy ha ocurrido algo, y aún ignoramos si guarda o no relación con el asesinato –dijo finalmente, y dejó el sobre marrón en la mesa.

–¿Qué es? –dijo Torbjörn alargando la mano.

–Cocaína –respondió Paula.

–¿Dónde la habéis encontrado?

Paula lo puso al corriente de lo acontecido aquella mañana y de lo que les habían contado los niños.

–Este no es el procedimiento normal, que me pongan un sobre de cocaína encima del escritorio –dijo Torbjörn mirando a Paula.

–Lo sé –respondió ella sonrojándose–. Pero ya sabes cómo funciona esto, si lo enviamos al laboratorio tendremos que esperar una eternidad hasta que lleguen los resultados. Y tengo el presentimiento de que esto es importante, así que había pensado que, por esta vez, podríamos ser un poco flexibles con el

procedimiento. Si me ayudas a comprobar una hipótesis, yo me encargaré del papeleo. Y, por supuesto, me hago responsable de todo.

Torbjörn estuvo un buen rato sin decir nada.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó al fin, aunque aún no parecía del todo convencido.

Paula le explicó lo que quería, y él asintió.

–Por esta vez. Pero si hay algún problema, será responsabilidad tuya. Y tú te encargas de que todo esté correcto.

–Te lo prometo –aseguró Paula con un cosquilleo de expectación. Ella estaba en lo cierto. Sabía que estaba en lo cierto. Y ahora solo faltaba constatarlo.

–Ven conmigo –dijo Torbjörn, y se levantó. Paula lo siguió. Cuando hubiese terminado, su deuda con él sería enorme.

–Espero que no te tomaras a mal lo de esta mañana –dijo Erling. No se atrevía a mirarla a los ojos.

Vivianne removía la comida con el tenedor y no le contestó. Como siempre que caía en desgracia con ella, sentía que todo el cuerpo se le retorcía de desesperación. Desde luego, no debería haber mencionado lo que dijo Bertil. No se explicaba cómo se le había ocurrido. Vivianne sabía lo que hacía, y él no debería inmiscuirse.

–Cariño, no estarás enfadada conmigo, ¿verdad? –Le acarició la mano.

Ella no respondió, y Erling no sabía qué hacer. Por lo general sabía ganársela, pero Vivianne llevaba de un humor de perros desde

aquella conversación.

–¿Sabes?, parece que vendrá mucha gente a la fiesta de inauguración del sábado. Todos los famosos de Gotemburgo han confirmado su asistencia. Los famosos de verdad, no los de segunda clase como el Martin, el de *Supervivientes.* Además, he conseguido que venga a cantar el grupo Arvingarna.

Vivianne frunció el ceño.

–Yo creía que venía Garage.

–Tendrán que ser teloneros. No podemos decirles que no a los Arvingarna, como comprenderás. Menudo éxito de público son siempre... –Erling empezó a olvidarse de su abatimiento. Ese era el efecto que siempre surtía en él el Proyecto Badis.

–Nosotros no recibimos el dinero hasta el miércoles de la semana que viene. Espero que lo hayas tenido en cuenta. –Vivianne levantó la vista del plato; parecía más suave.

Erling continuó encantado por ese camino.

–No pasa nada. El ayuntamiento lo adelantará por ahora, y la mayoría de los proveedores han aceptado esperar un poco con las facturas, dado que nosotros figuramos como garantes. Así que de eso no tienes que preocuparte.

–Menos mal. Pero el que se encarga de todo eso es Anders, así que me figuro que él estará al corriente.

Lo dijo esbozando una sonrisa, y Erling sintió un cosquilleo en el estómago. Después del almuerzo se sintió muy angustiado por su metedura de pata, y un plan empezó a cobrar forma en su cabeza. No comprendía cómo no se le había ocurrido antes. Pero por suerte,

él era un hombre de acción, y sabía cómo hacer que todo saliera a pedir de boca sin grandes preparativos.

–Cariño –dijo.

–Mmm… –respondió Vivianne, llevándose a la boca una cucharada del guiso vegetariano que había preparado.

–Llevo un tiempo queriendo preguntarte una cosa…

Vivianne dejó de masticar y levantó la vista despacio. Por un instante, Erling creyó ver un atisbo de temor en sus ojos, pero desapareció enseguida y supuso que habrían sido figuraciones suyas. Los nervios, sin duda.

Torpemente, se arrodilló junto a la silla de Vivianne y sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta. «Joyería y Relojería Nordholm», decía en la tapa, de modo que no era preciso tener mucha imaginación para adivinar lo que contenía.

Erling carraspeó un poco. Era un momento decisivo. Con la mano de Vivianne entre las suyas, le dijo con voz solemne:

–¿Querrías concederme el honor de darme tu mano? –Aquella pregunta que tan elegante le había sonado en la cabeza, resonó ahora ridícula. Así que lo intentó de nuevo–. O sea, estaba pensando que podríamos casarnos.

No quedó mucho mejor, y Erling oyó cómo le martilleaba el corazón en el pecho mientras esperaba en silencio su respuesta. En realidad, no abrigaba la menor duda de cuál sería, pero claro, nunca se sabe. Las mujeres son tan caprichosas…

Vivianne estuvo callada más rato de la cuenta, y a Erling empezaban a dolerle las rodillas. La cajita le temblaba en la mano, y ya notaba un tirón desagradable en la zona lumbar.

Finalmente, Vivianne respiró hondo y respondió:

–Pues claro, Erling, claro que vamos a casarnos.

Erling sacó aliviado el anillo de la cajita y se lo puso en el dedo. No era particularmente caro, pero Vivianne no era muy dada a esas cosas tan mundanas, así que ¿por qué malgastar una gran suma en un anillo? Además, se lo habían dejado a buen precio, pensó satisfecho. Y, por si fuera poco, pensaba sacarle partido esa misma noche. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que empezaba a ser preocupante, pero esa noche iban a celebrarlo.

Se levantó y le crujieron los huesos cuando se sentó otra vez. Alzó triunfal la copa y brindó con Vivianne. Por un instante, creyó advertir de nuevo aquella expresión extraña en sus ojos, pero desechó la idea y tomó un trago de vino. Aquella noche no pensaba dormirse.

–¿Están todos reunidos? –preguntó Patrik. Era una pregunta retórica, desde luego. No eran tantos como para no poder contarlos de una rápida ojeada, y solo trataba de acallar el murmullo que había en la cocina.

–Sí, estamos todos –dijo Annika.

–Bueno, pues tenemos unas cuantas cosas que repasar. – Patrik sacó el gran bloc en el que iban anotándolo todo en las reuniones–. En primer lugar: los niños siguen mejorando y parece que no habrá secuelas.

–Gracias a Dios –dijo Annika, visiblemente aliviada.

–Estaba pensando que podemos dejar el asunto del hallazgo de la cocaína para el final y ver primero todo lo demás que ha ocurrido durante el día. ¿Qué sabemos del contenido del maletín?

–Todavía no sabemos nada en concreto –respondió Paula rápidamente–. Pero esperamos tener algo pronto.

–Había un montón de documentos financieros –explicó Gösta mirando a Paula–. Y como no los entendemos, se los hemos dejado a Lennart, el marido de Annika, que les echará un vistazo antes de que los enviemos a nuestros expertos.

–Bien –dijo Patrik–. ¿Cuándo podrá Lennart darnos alguna información?

–Pasado mañana –respondió Paula–. En cuanto al móvil, no contenía nada interesante. El ordenador lo tienen los técnicos, pero sabe Dios cuándo podrán decirnos algo.

–Es muy frustrante, pero no podemos hacer nada. –Patrik se cruzó de brazos. Lennart, miércoles, anotó en el bloc con letras mayúsculas.

–¿Y qué dijo el antiguo amor de Sverin? ¿Tenía algo interesante que contarnos? –preguntó Mellberg. Todos se sobresaltaron y Patrik lo miró sorprendido. Pensaba que Mellberg no tenía la más remota idea de por dónde iba el desarrollo de la investigación.

–Mats fue a verla el viernes, pero se marchó en algún momento de la noche –dijo, y anotó en el bloc la fecha y la hora–. Lo que limita el marco temporal del asesinato. Tuvo que ocurrir, como muy pronto, la noche del sábado, lo que coincide con el ruido que oyó el vecino. Esperemos que la información de Pedersen nos permita establecer la hora exacta.

–¿Y os pareció sospechosa? ¿Nada de viejos trapos sucios? –prosiguió Mellberg. *Ernst,* que estaba tumbado a sus pies, reaccionó al tono de voz del amo y levantó la cabeza lleno de curiosidad.

–Yo no describiría a Annie como sospechosa, aunque un poco ausente, quizá. Ahora vive en la isla con su hijo, y parecía que Mats y ella llevaban años sin saber el uno del otro, eso coincide con la versión de sus padres. Supongo que esa noche estuvieron reviviendo viejos tiempos.

–¿Y por qué se iría en plena noche? –dijo Annika, y se volvió automáticamente a Martin, que la miró ofendido. En la actualidad, él era un padre de familia decente, pero hubo un tiempo en que tuvo una vida amorosa de lo más activa, cuyos objetivos cambiaban todas las semanas, razón por la que aún tenía que aguantar alguna que otra broma. Desde que Pia apareció en su vida, le dio la espalda a todo aquello y no se había arrepentido jamás.

Ahora se sentía fatal cuando recordaba aquella época.

–A mí no me parece tan raro, ¿no? A veces uno prefiere evitar la charla de la mañana, una vez que ha conseguido lo que quería. –Todos lo miraban sonrientes, y Martin se encogió de hombros–. ¿Qué pasa? Los tíos son como son. –Se sonrojó y parecía que se le hubieran encendido las pecas de la cara.

Patrik no pudo evitar sonreír también, pero se puso serio enseguida.

–Con independencia de los motivos, ahora sabemos que se fue a casa la noche del viernes. Así que nos queda la cuestión de adónde habrá ido a parar el bote. Tuvo que volver en él.

–¿Habéis mirado en Blocket.se, el portal de ventas? –Gösta alargó el brazo en busca de una galleta, que mojó en el café.

–Yo estuve mirando ayer en varios sitios web de anuncios, pero no encontré nada –dijo Patrik–. Hemos denunciado la desaparición y he avisado a Salvamento Marítimo para que estén atentos.

–A mí me parece una coincidencia muy extraña que haya desaparecido ahora, precisamente.

–Pues sí, ¿y hemos examinado el coche? –Paula se irguió en la silla y miró a Patrik.

–Sí, Torbjörn y sus hombres lo han revisado. Estaba en el aparcamiento, delante del portal de Mats. No han encontrado nada.

–Vaya –dijo Paula, y se recostó de nuevo en la silla. Creía que se les había escapado, pero al parecer, Patrik lo tenía todo bajo control.

–¿Qué habéis averiguado en Gotemburgo? –dijo Mellberg, y le pasó una galleta a *Ernst.*

Patrik y Martin se miraron.

–Pues sí, ha resultado ser un viaje muy productivo. ¿Quieres hablarles tú de la reunión en la oficina de Asuntos Sociales, Martin?

Su decisión de darle más protagonismo a su joven colega surtió un efecto inmediato. A Martin se le iluminó la cara. Informó con claridad de lo que habían averiguado acerca de Fristad en su conversación con Sven Barkman, y sobre cómo funcionaba su colaboración. Tras una mirada inquisitiva a Patrik, continuó con la visita a las oficinas de Fristad.

–Por ahora, no sabemos si había contra Mats alguna amenaza a consecuencia del trabajo que realizaba en la asociación. La responsable de Fristad nos aseguró que no tenía conocimiento de

ninguna amenaza, pero veamos la documentación que tenemos sobre las mujeres a las que ayudó la asociación durante el último año en que Sverin trabajó con ellos. Son unas veinte.

Patrik asintió animándolo, y Martin continuó.

–Sin más información, es imposible saber si será interesante seguir indagando en alguno de ellos. Tomamos notas y escribimos los nombres de las mujeres cuya persona de contacto era Mats, y tendremos que seguir investigando. Pero no os podéis imaginar lo deprimente que ha sido leer los documentos de todas aquellas carpetas. Muchas de esas mujeres han vivido un infierno que no podemos ni concebir… En fin, es difícil describirlo. –Martin guardó silencio, un tanto turbado, pero Patrik lo comprendía perfectamente. A él también lo había conmovido la historia de las mujeres cuyo destino había atisbado someramente.

»Nos preguntábamos si no deberíamos hablar con el resto de los empleados. Y quizá también con alguna de las mujeres a las que ayudó Fristad cuando Mats trabajaba allí. Pero puede que no sea necesario. Tenemos la declaración de un testigo que puede ayudarnos a avanzar. –Hizo una pausa para aumentar la tensión y comprobó que todos estaban atentos a la continuación–. El asunto de la agresión me ha parecido extraño desde el principio. Así que Martin y yo fuimos a la casa donde vivía Mats en Gotemburgo. El incidente tuvo lugar delante del portal, como sabéis, y bastó una charla con uno de los vecinos para averiguar que no fue una pandilla de chicos, como declaró Mats. Según el vecino, testigo del suceso, se trataba de una pandilla bastante más madura. Moteros, fue la palabra que empleó.

–Joder –dijo Gösta–. Pero ¿por qué iba a mentir Sverin sobre eso? ¿Y por qué no lo dijo antes el vecino?

–En cuanto al vecino, por lo de siempre. No quería inmiscuirse, tenía miedo. Falta de conciencia ciudadana, en otras palabras.

–¿Y Sverin? ¿Por qué no dijo la verdad? –insistió Gösta.

Patrik meneó la cabeza.

–No lo sé. Quizá fuera sencillamente porque él también tenía miedo. Pero estas pandillas no suelen atacar a la gente en plena calle, así que tiene que haber algo más.

–¿Pudieron identificarlos? –preguntó Paula.

–Un águila –respondió Martin–. El vecino dijo que llevaban un águila en la espalda. Así que no debería ser muy difícil averiguar quiénes son.

–Habla con los colegas de Gotemburgo, seguro que ellos pueden facilitarnos esa información –dijo Mellberg–. Es lo que vengo diciendo desde el principio, un tío nada de fiar, el tal Sverin. Si estaba metido en algún negocio con esos tipos, no me extraña que acabara en el depósito con la cabeza llena de plomo.

–Bueno, yo no iría tan lejos –dijo Patrik–. No tenemos ni idea de si Mats tenía algo que ver con ellos, ni de cómo. Y hasta ahora nada indica que haya estado involucrado en algo delictivo. Yo había pensado que empezáramos por preguntar en Fristad si allí conocen a esa banda y si han tenido contacto con ellos. Y, como dice Bertil, hablaremos con los colegas de Gotemburgo para ver qué saben. Sí, ¿Paula?

Paula tenía la mano en alto.

–Verás –dijo vacilante–, es que hoy he acelerado un poco el asunto… No envié el sobre al laboratorio, sino que se lo llevé a Torbjörn Ruud. Ya sabéis cuánto tardamos en recibir los resultados si les mandamos algo; lo ponen a la cola y…

–Sí, lo sabemos. Continúa –atajó Patrik.

–Estuve hablando con Torbjörn y puede decirse que le he pedido un favor. –Paula se retorció en la silla, insegura de la acogida que tendría su iniciativa–. Sencillamente, le he pedido que haga una comparación rápida entre las huellas de la bolsa y las de Mats –dijo, y exhaló un suspiro.

–Continúa –dijo Patrik.

–Coinciden. Ha encontrado las huellas de Mats en la bolsa de cocaína.

–Lo sabía –dijo Mellberg con un gesto triunfal–. Drogas y relación con bandas delictivas. Ya tenía yo la sensación de que no era trigo limpio.

–Bueno, yo sigo pensando que debemos tranquilizarnos un poco –insistió Patrik, aunque parecía preocupado.

No paraba de darle vueltas a la cabeza y trató de encontrar alguna lógica en todo aquello. Hasta cierto punto, se veía obligado a reconocer que Mellberg tenía razón, pero ante todo, sentía deseos de protestar enérgicamente por la descripción que hacía de Mats Sverin. Sencillamente, no era esa la idea que se había formado de él cuando habló con sus padres, con Annie y con los compañeros de trabajo. Aunque siempre había tenido la sensación de que había algo raro, no podía creerse aquella nueva imagen de Mats.

–¿Torbjörn estaba totalmente seguro?

–Sí, segurísimo. Naturalmente, vamos a enviar el material al laboratorio, hay que confirmarlo oficialmente, pero Torbjörn podía garantizar que Mats Sverin tuvo la bolsa en sus manos.

–Bueno, eso cambia un poco las cosas. Tendremos que interrogar a los drogodependientes conocidos de la zona, por si han tenido algo que ver con Mats. Pero debo insistir en que a mí no me parece… – Patrik meneó la cabeza.

–Bobadas –resopló Mellberg–. Estoy convencido de que si empezamos a tirar de ese hilo, no tardaremos en dar con el asesino. No creo que resolver este caso suponga ningún reto. Probablemente habrá engañado a alguien y se habrá quedado con su dinero.

–Mmm… –dijo Patrik–. Pero ¿por qué iba a tirar la bolsa delante de su casa? ¿O la tiraría otra persona? En cualquier caso, hay que comprobarlo. Martin y Paula, ¿podríais hablar mañana con los clientes habituales?

Paula asintió y Patrik lo anotó en el bloc. Sabía que Annika siempre tomaba notas durante las reuniones, pero le daba la sensación de que escribir él también le ayudaba a controlar la situación.

–Gösta, tú y yo hablamos con los compañeros de trabajo de Mats, esta vez haremos preguntas más específicas.

–¿Específicas?

–Sí, si oyeron o notaron algo que pueda explicar por qué tuvo en sus manos una bolsa de cocaína.

–¿Vamos a preguntarles si sabían que tomaba drogas? – Gösta no parecía entusiasmado con la misión.

–Eso todavía no lo sabemos –dijo Patrik–. Hasta pasado mañana no recibimos el informe de Pedersen, y hasta entonces no sabremos qué sustancias había en el cadáver de Mats.

–¿Y los padres? –dijo Paula.

Patrik tragó saliva. Se resistía a la idea, pero sabía que Paula tenía razón.

–Sí, tenemos que hablar con ellos también. Gösta y yo iremos a verlos.

–¿Y qué hago yo? –dijo Mellberg.

–Pues te agradecería que, en tu calidad de jefe, mantuvieras esto bajo control –respondió Patrik.

–Sí, será lo mejor. –Mellberg se levantó, visiblemente aliviado, y *Ernst* fue tras él pisándole los talones–. Bueno, pues nada, necesitamos un sueño reparador. Mañana nos espera mucho trabajo, pero pronto lo habremos resuelto. Lo presiento. –Mellberg se frotó las manos, aunque no halló demasiado apoyo entre sus subordinados.

–Ya habéis oído lo que ha dicho Bertil. A casa a dormir, mañana lo retomamos con más fuerza.

–¿Qué hacemos con la pista de Gotemburgo? –preguntó Martin.

–Ahora empezaremos por esto, luego acordamos un plan, cuando sepamos más. Pero si no mañana, el miércoles tendremos que hacer un viaje a Gotemburgo.

Terminaron la reunión y Patrik se encaminó al coche. Fue absorto en sus pensamientos todo el camino.

Fjällbacka, 1871

La primera vez que le permitieron salir de Gråskär estaban a principios de otoño. El vaivén del viaje en barco le reavivó la preocupación igual que la primera vez que se marchó de casa, pero no se dejó atrapar por el pánico. Había vivido muy cerca del mar, conocía sus matices y sonidos, y de no haber sido porque también el mar la había tenido atrapada en la isla, lo habría aceptado. Ahora el mar la llevaba al puerto.

El agua relucía como un espejo y no pudo resistir la tentación de hundir en ella la mano e ir formando una estela junto al barco. Se apoyó en la borda para alcanzar hasta la superficie, y llevaba la otra mano en el vientre, protegiéndolo. Karl iba al timón. De pronto, lejos de Gråskär y de la sombra del faro, se lo veía muy diferente. Era apuesto. Hacía mucho que no pensaba en eso. La crueldad de la mirada lo afeaba, pero al verlo ahora, con la vista al frente, recordó lo que una vez halló tan atractivo. Tal vez la isla lo hubiese transformado, pensó Emelie. Quizá en la isla hubiese algo que encendía su maldad. Desechó la idea. Qué loca estaba. Pero las palabras de advertencia de Edith le resonaban en la memoria.

Sea como fuere, hoy se alejaban de la isla, si bien solo por unas horas. Podría ver gente, acompañarlos a comprar víveres y tomar café en casa de la tía de Karl, que los había invitado. Y también iría a ver al doctor. No estaba preocupada. Sabía que el niño estaba bien,

le daba pataditas en el vientre. Pero sería una bendición que se lo confirmaran.

Cerró los ojos y sonrió. Notaba en la piel la caricia placentera del viento.

–Siéntate bien –le dijo Karl. Ella se sobresaltó.

Le volvió otra vez a la memoria aquel primer viaje en barco. Ella estaba recién casada y llena de esperanza. Karl todavía era amable con ella.

–Perdón –dijo Emelie, y bajó la vista. No sabía muy bien por qué había pedido perdón.

–Y nada de charla –respondió con voz fría. Volvía a ser el mismo Karl de la isla. El feo de mirada cruel.

–No, Karl. –Emelie seguía con la vista fija en la cubierta. El niño le pateó tan fuerte en la barriga que contuvo la respiración.

De repente, Julian se levantó de su sitio frente a ella y se le sentó muy cerca, demasiado cerca. Le agarró el brazo con fuerza.

–Ya has oído lo que ha dicho Karl. Nada de charla. Nada de charla sobre la isla ni sobre lo que solo nos atañe a nosotros. –Le clavaba los dedos cada vez más fuerte, y Emelie hizo una mueca de dolor.

–No –dijo, a punto de saltársele las lágrimas.

–Quédate muy quietecita. Es fácil caerse por la borda –dijo Julian en voz baja, le soltó el brazo y se levantó. Volvió a su sitio y miró hacia Fjällbacka, que ya se oteaba a proa.

Emelie se puso las manos temblorosas en el vientre. De pronto se dio cuenta de que echaba de menos a los que había dejado en la isla. Los que se habían quedado allí sin poder salir nunca. Se

prometió a sí misma que rogaría por ellos. Quizá Dios oyera sus plegarias y se compadeciera de aquellas almas errabundas.

Cuando atracaron en el muelle junto a la plaza, se enjugó las lágrimas y notó que la sonrisa se le abría paso entre los labios. Por fin se encontraba de nuevo entre personas. Aún cabía la posibilidad de dejar Gråskär.

Mellberg silbaba de camino al trabajo. Tenía la sensación de que aquel sería un buen día. Había hecho algunas llamadas la noche anterior y ahora disponía de media hora para prepararse.

–¡Annika! –gritó nada más entrar en recepción.

–Estoy aquí, no tienes que gritar.

–Prepara la sala de conferencias, por favor.

–¿La sala de conferencias? No sabía que aquí tuviéramos nada tan elegante. –Se quitó las gafas y las dejó colgando del cordón que tenía al cuello.

–Ya, ya, bueno, ya sabes a qué sala me refiero. La única en la que cabe un número algo mayor de sillas.

–¿Sillas? –Annika sintió cierto malestar en el estómago. Que Mellberg llegara tan temprano y, además, tan animado, no presagiaba nada bueno.

–Sí, filas de sillas. Para la prensa.

–¿La prensa? –dijo Annika, y notó crecer el nudo. ¿Qué se le habría ocurrido ahora?

–Sí, la prensa. Tiene castañas lo lentos que estamos hoy, ¿no? Voy a celebrar una rueda de prensa, y los periodistas necesitan sillas donde sentarse. –Habló con mucha claridad, como si estuviese dirigiéndose a un niño.

–¿Lo sabe Patrik? –Annika miró de reojo el teléfono.

–Hedström se enterará cuando tenga la bondad de venir al trabajo. Son las ocho y dos minutos –dijo Mellberg, sin pensar en que él mismo rara vez se dejaba caer por allí antes de las diez–. La

rueda de prensa es a las ocho y media. O sea, dentro de menos de media hora. Y necesitamos una sala.

Annika volvió a mirar el teléfono, pero comprendió que Mellberg no se daría por vencido hasta que levantara el pandero y empezara a organizar la única habitación que valía para su objetivo. Esperaba que se fuera enseguida a su despacho, y entonces tendría la oportunidad de llamar a Patrik y prevenirlo de lo que se avecinaba.

–¿Qué es esto? –La voz de Gösta resonó desde la entrada mientras Annika colocaba las sillas.

–Pues parece que Mellberg va a dar una rueda de prensa.

Gösta se rascó la nuca y miró a su alrededor.

–¿Lo sabe Hedström?

–Exactamente lo mismo que le he preguntado yo a Bertil. No, parece que no. Esta es una de esas ideas brillantes que se le ocurren a él, y no he podido localizar a Patrik para avisarle.

–¿Avisarme de qué? –Patrik asomó la cabeza por detrás de Gösta–. ¿Qué estás haciendo?

–Vamos a celebrar una rueda de prensa dentro de… –Annika miró el reloj– …diez minutos.

–Estás de broma, ¿no? –dijo Patrik, pero la expresión de Annika revelaba que en modo alguno se trataba de una broma–. Maldita sea… –Patrik dio media vuelta y enfiló hacia el despacho de Mellberg. Luego oyeron una puerta que se abría, voces airadas y por fin una puerta que se cerraba.

–Ay, ay, ay –dijo Gösta rascándose otra vez la nuca–. Bueno, pues yo me voy a mi despacho. –Desapareció con tal rapidez que Annika

se preguntó si de verdad habría estado allí o si habría sido un espejismo.

Continuó colocando las sillas y refunfuñando, pero habría dado cualquier cosa por convertirse en una mosca y poder pegarse a la pared del despacho de Mellberg. Oía las voces que subían y bajaban de volumen allí dentro, pero no era capaz de distinguir nada de lo que se decían. Luego, llamaron a la puerta y fue corriendo a abrir.

Quince minutos después estaban allí todos los periodistas. Se elevaba de las sillas un leve murmullo. Algunos se conocían, reporteros del *Bohusläningen,* del *Strömstads Tidning* y los demás periódicos locales. También había acudido la radio local y, por supuesto, representantes de la prensa vespertina, «los grandes diarios», que no se dejaban ver mucho por la zona. Annika se mordía el labio nerviosa. Mellberg y Patrik seguían sin aparecer y se preguntaba si debería decir algo o simplemente esperar a ver qué pasaba. Optó por la segunda alternativa, pero no dejaba de mirar de reojo hacia la puerta de Mellberg. Finalmente, esta se abrió y Mellberg apareció rojo de ira y con el pelo revuelto. Patrik se había quedado en la puerta, con los brazos en jarras y echando chispas. Mientras que Mellberg se acercaba, Patrik se fue a su despacho y cerró de un portazo tal que temblaron los cuadros del pasillo.

–Niñatos –masculló Mellberg al pasar delante de Annika. Mira que venir a decirme a mí cómo tengo que hacer las cosas. –Se detuvo un instante, respiró hondo y se recolocó el pelo. Acto seguido, entró en la sala–. ¿Estamos todos? –dijo con una amplia sonrisa, que recibió un murmullo afirmativo por respuesta.

»Bien, pues entonces, empecemos. Como ya os adelanté ayer, la investigación del asesinato de Mats Sverin ha dado un giro inesperado. –Hizo una pausa, pero nadie tenía aún preguntas que hacer–. Los que trabajáis en la prensa local sabréis ya seguramente que ayer tuvimos un amago de accidente que acabó con cuatro niños ingresados de urgencia en el hospital de Uddevalla.

Algunos de los periodistas asintieron.

–Los chicos habían encontrado una bolsa que contenía un polvo blanco. Creían que eran polvos pica-pica y lo probaron. Dado que resultó ser cocaína, presentaron varios síntomas graves y los llevaron al hospital. –Hizo otra pausa y se irguió en la silla. Estaba en su elemento. Le encantaban las ruedas de prensa.

El periodista del *Bohusläningen* levantó la mano, y Mellberg le concedió la palabra con un gesto muy profesional.

–¿Dónde encontraron la bolsa los niños?

–En Fjällbacka, en una papelera junto a los bloques de Tetra Pak.

–¿Han sufrido secuelas? –preguntó uno de los periodistas de la prensa vespertina, sin molestarse en que le cedieran el turno de palabra.

–Según los médicos, se recuperarán por completo y no quedarán secuelas. Por suerte, solo probaron un poquito.

–¿Creéis que fue alguno de los drogadictos conocidos de la zona quien se deshizo de la bolsa? ¿O está la droga relacionada con el asesinato? Al principio has mencionado algo en ese sentido… –intervino el periodista del *Strömstads Tidning.*

Mellberg disfrutaba sintiendo cómo se tensaba el ambiente. Todos notaban que tenía algo gordo que contarles, y él pensaba sacarle

todo el jugo posible. Al cabo de un instante de silencio, dijo:

–La bolsa estaba en una papelera, delante del portal de Mats Sverin. –Miró despacio a cada uno de los presentes. Todas las miradas estaban pendientes de él–. Y hemos identificado sus huellas en la bolsa.

Un rumor recorrió la sala.

–Vaya noticia –dijo el chico del *Bohusläningen,* y varias manos se alzaron en el aire.

–¿Creéis que se trata de un negocio de tráfico de droga que se torció? –El periodista del *GT* anotaba ansiosamente mientras el fotógrafo tomaba instantáneas. Mellberg pensó que tenía que meter la barriga.

–No queremos desvelar demasiado en esta fase de la investigación, pero esa es la hipótesis sobre la que trabajamos, sí.

Disfrutaba oyéndose a sí mismo. Si hubiera elegido otros caminos en la vida, habría podido convertirse en el jefe de prensa de la Policía de Estocolmo, o algo así. Y habría salido en la televisión cuando asesinaron a la ministra Anna Lindh, y aparecido en el sofá del estudio hablando del asesinato de Palme.

–¿Hay alguna otra pista que indique que se trate de un asunto de drogas? –preguntó el periodista del *GT.*

–Sobre eso no puedo pronunciarme –dijo Mellberg. Se trataba de darles los huesos justos que roer. Ni más, ni menos.

–¿Habéis comprobado los antecedentes de Sverin? ¿Hay en ellos algo relacionado con las drogas? –El *Bohusläningen* había conseguido lanzar una pregunta.

–Sobre eso tampoco quiero pronunciarme.

–¿Está lista la autopsia? –continuó el reportero del *GT,* al que los demás periodistas, más considerados, empezaban a mirar con encono.

–No, esperamos tener los resultados la semana que viene.

–¿Tenéis algún sospechoso? –El reportero del *GöteborgsPosten* logró hacerse oír.

–Por ahora, ninguno. Bueno, me temo que no tenemos mucho más que decir por el momento. Os hemos dado la información que podíamos ofrecer, y la iremos actualizando a medida que avance la investigación. Pero puedo adelantaros que, en las circunstancias actuales, considero que estamos a punto de dar un paso decisivo.

A tal declaración siguió una lluvia de preguntas, pero Mellberg meneó la cabeza. Tendrían que contentarse con los despojos que les había arrojado. Se felicitó a sí mismo por tan brillante intervención mientras volvía a su despacho con pasos ágiles. La puerta de Patrik estaba cerrada. Qué tío más agrio, pensó Mellberg enfurruñado. Hedström debería tomar conciencia de quién era el que adoptaba las decisiones en la comisaría y quién tenía más experiencia en aquellas cuestiones. Si no le gustaba, ya podía buscar trabajo en otro sitio.

Mellberg se sentó ante el escritorio, puso los pies encima de la mesa y cruzó las manos en la nuca. Se había ganado un sueñecito.

–¿Por quién empezamos? –preguntó Martin, y salió del coche aparcado delante del bloque de apartamentos de alquiler.

–¿Qué tal Rolle?

Martin asintió.

–Sí, hace ya mucho que no hablamos con él. Le vendrá bien que le dediquemos un poco de atención.

–Pues esperemos que esté en condiciones de hablar.

Subieron la escalera y, una vez ante la puerta de Rolle, Paula llamó al timbre. Nadie acudía a abrirles, así que llamó otra vez. Entonces empezó a ladrar un perro.

–Joder, el pastor alemán. Se me había olvidado. –Martin se estremeció de miedo. No le gustaban los perros grandes, y los perros de los drogadictos se le antojaban muy poco de fiar.

–No es peligroso. Yo me lo he cruzado muchas veces. – Paula volvió a llamar y ahora sí se oyeron pasos al otro lado de la puerta, que se abrió despacio.

–¿Sí? –Rolle preguntó con cara de desconfianza, y Paula dio un paso atrás para que la viera bien. El perro ladraba furioso entre las piernas del amo, y parecía querer salir por la rendija de la puerta. Martin se plantó en el primer peldaño del tramo de escalera que subía al piso siguiente, aunque no se explicaba por qué debía sentirse más seguro allí subido.

–Paula, de la Policía de Tanum. Nos hemos visto un par de veces.

–Sí, claro, me acuerdo de ti –dijo, pero sin hacer amago de quitar la cadena y abrir la puerta del todo.

–Nos gustaría entrar un momento. Solo para hablar un rato.

–Solo para hablar un rato. Ya, eso ya lo había oído antes. – Rolle no se inmutó.

–Lo digo en serio. No venimos por ti. –Paula hablaba con serenidad.

–Bueno, bueno, pues adelante. –Rolle abrió la puerta.

Martin se quedó mirando al perro, que el amo tenía sujeto por el collar.

–Hola, chucho. –Paula se arrodilló y empezó a rascar al perro detrás de la oreja. El animal dejó de ladrar enseguida y se dejó acariciar de buen grado–. Eres una chica preciosa. Claro, claro, ahí te gusta que te rasque, ¿eh? –Continuó rascándole las orejas; la perra estaba encantada.

–*Nikki* es muy buena –dijo Rolle, que soltó el collar.

–Ven, Martin. –Paula le hizo una señal para que se acercara. Todavía vacilante, Martin bajó del peldaño y se acercó a Paula y a *Nikki–.* Deja que te diga hola, es muy buena.

Martin obedeció reticente. Empezó a rascar al enorme pastor alemán y recibió a cambio un lametón en la mano.

–¿Lo ves? Le has caído bien –dijo Paula con una sonrisa burlona.

–Mmm… –replicó Martin un poco avergonzado. La perra no parecía tan peligrosa así, vista de cerca.

–Bueno, ahora tenemos que hablar un poco con tu dueño. –Paula se levantó y *Nikki* ladeó la cabeza con expresión suplicante, antes de deslizarse hacia el interior del piso.

–Me gusta la decoración –dijo Paula mirando a su alrededor.

Rolle tenía alquilado un estudio, y era obvio que crear un ambiente acogedor no era para él una prioridad. El mobiliario se componía de una cama pequeña de madera cuyas sábanas no eran del mismo juego, un televisor enorme de los antiguos, que estaba en el suelo, un sofá marrón lleno de motas y una mesa baja y desportillada. Todo parecía sacado de un contenedor, y así sería, probablemente.

–Nos sentamos en la cocina –dijo Rolle, y se adelantó para guiarlos.

Martin sabía que, según los datos del archivo, tenía treinta y un años, aunque parecía por lo menos diez años mayor. Alto, pero algo encorvado, la melena grasienta le caía por encima del cuello desgastado de la camisa de cuadros. Los vaqueros estaban cuajados de manchas resecas y de desgarrones que no obedecían a ninguna moda, sino al largo camino recorrido.

–No tengo nada que ofreceros –dijo Rolle con sarcasmo, y chasqueó los dedos para llamar a *Nikki,* que se tumbó a su lado.

–No hace falta –respondió Paula. A juzgar por la cantidad de platos sucios que había en la encimera y en el fregadero, tampoco habría ninguna taza limpia, si hubieran querido tomar café.

–Bueno, ¿qué queréis? –Dejó escapar un suspiro y empezó a morderse la uña del pulgar derecho. Tenía las uñas tan mordisqueadas que se veían las yemas de los dedos plagadas de heridas.

–¿Qué sabes del chico de la escalera vecina? –Paula lo miraba fijamente.

–¿Qué chico?

–¿Tú quién crees? –dijo Martin, que se sorprendió llamando por señas a *Nikki,* para que se tumbara a su lado.

–El que encontraron con un tiro en la nuca, supongo. –Rolle no esquivó la mirada de Paula.

–Correcto. ¿Y?

–¿Qué? Yo no sé nada de eso. Ya lo dije cuando estuvisteis aquí la otra vez.

Paula miró inquisitiva a Martin, que asintió. Él había estado hablando con Rolle justo después del asesinato, el día que hicieron la primera ronda por el vecindario.

–Ya, pero desde entonces nos hemos enterado de algunas cosas. –A Paula se le endureció la voz de pronto. Martin pensó que no le gustaría tener ninguna diferencia con ella. Era bajita, pero más valiente que la mayoría de los tíos que conocía.

–¿Ah, sí? –respondió Rolle descarado, pero Martin advirtió que tenía curiosidad.

–¿Te has enterado de que unos niños encontraron una bolsa de cocaína aquí abajo? –preguntó Paula. Rolle dejó de morderse las uñas.

–¿Cocaína? ¿Dónde?

–En la papelera que hay delante del portal. –Señaló hacia la papelera, que se veía por la ventana de la cocina.

–¿Cocaína en la papelera? –repitió Rolle con cierta ansia en la mirada.

Debía de ser el sueño de cualquier drogadicto, pensó Martin. Encontrar una bolsa en una papelera. Como ganar la lotería sin haber jugado.

–Sí, y los niños la probaron. Tuvieron que llevarlos a Urgencias y podrían haber muerto –dijo Paula.

Rolle se pasó la mano por el pelo grasiento.

–Es una mierda. Los niños no deben tocar esas cosas.

–Tienen siete años. Creían que eran golosinas.

–Pero dices que han salido ilesos, ¿no?

–Sí. Y esperemos que nunca vuelvan a acercarse a esa mierda. La mierda en la que andas metido tú.

–Yo jamás les vendería a unos niños. Me conocéis, joder. Yo nunca daría droga a los niños.

–No, si lo sabemos. Ya te digo que la encontraron en la papelera. –Paula suavizó un poco el tono–. Pero hay ciertos vínculos entre el joven asesinado y la bolsa de cocaína.

–¿Qué vínculos?

–Eso no importa. –Paula subrayó sus palabras con un gesto de la mano–. Lo que queremos saber es si tú y él tuvisteis algún contacto, si sabes algo. Y no, no te vamos a meter ningún puro por eso –continuó antes de que Rolle pudiera decir nada–. Estamos investigando un asesinato, y eso es mucho más importante. En cambio, si nos ayudas, podría serte útil en el futuro.

Rolle parecía reflexionar a fondo. Luego, se encogió de hombros y suspiró.

–Lo siento. Lo vi alguna que otra vez de pasada, pero nunca cruzamos una palabra. No me parecía que entre él y yo hubiera nada de qué hablar. Pero si lo que decís es verdad, puede que tuviéramos más en común de lo que yo creía –dijo entre risas.

–¿Y no has oído nada de tus contactos? –intervino Martin. *Nikki* se había sentado a sus pies, y la estaba acariciando.

–No –dijo Rolle a disgusto. Le habría encantado ganarse unos puntos, pero era obvio que no sabía nada.

–Si oyes algo, nos llamarás, ¿verdad? –dijo Paula entregándole su tarjeta. Rolle volvió a encogerse de hombros y se guardó la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón.

–Claro. Encontráis solos la salida, ¿verdad? –Sonrió y alargó el brazo en busca de la caja de rapé que tenía en la mesa. Al subírsele la manga de la camisa, quedaron al descubierto los pinchazos del brazo. Rolle se metía heroína, no cocaína.

Nikki los acompañó a la puerta en lugar del amo, y Martin le dio unas cuantas palmaditas antes de cerrar.

–Uno menos. Nos quedan tres. –Paula empezó a bajar las escaleras.

–Es una maravilla pasar el día de agujero en agujero en el barrio de la droga –dijo Martin, siguiéndola escaleras abajo.

–Con un poco de suerte, conocerás a más perros. Nunca he visto a nadie pasar tan rápido del pánico al enamoramiento.

–Es que era una perra preciosa –dijo Martin bajito–. Pero a mí me siguen dando miedo los perros grandes.

Erica sintió como si le hubieran quitado un peso enorme de encima. En el fondo, era consciente de que aún quedaba mucho camino por recorrer, y que Anna podía caer de nuevo en el abismo. No había nada seguro. Al mismo tiempo, sabía que su hermana era una luchadora. Se había levantado en otras ocasiones contando solo con su voluntad, y Erica estaba convencida de que volvería a hacerlo.

Patrik también se había alegrado mucho la noche anterior cuando le contó los progresos de Anna. Aquella mañana se fue silbando al trabajo, y Erica esperaba que el buen humor le durase todo el día. Desde que estuvo ingresado en el hospital, exageraba un poco a la hora de vigilar su estado de ánimo. La paralizaba la idea de que a

Patrik le ocurriera algo. Era su amigo, su amor y el padre de sus tres maravillosos hijos. No podía arriesgar todo aquello estresándose. Ella jamás se lo perdonaría.

–Hola, aquí estamos otra vez –saludó al entrar con el cochecito en la biblioteca.

–Hola –respondió May con tono alegre–. Claro, ayer no te dio tiempo de terminar, ¿no?

–Pues no, y hay varios libros de consulta a los que quería echar una ojeada. Pensaba aprovechar ahora que los niños se han dormido.

–Muy bien, pues ya sabes, si necesitas ayuda, aquí me tienes.

–Gracias –dijo Erica, y se sentó a una mesa.

Resultaría complicado encontrar lo que buscaba. Iba tomando notas de las referencias a otras fuentes de información, pero la mayoría conducían a un exceso de datos sobre otras islas y zonas de la comarca. De vez en cuando, no obstante, encontraba pepitas de oro diminutas que la animaban a seguir adelante. En otras palabras, como en cualquier investigación.

Se inclinó a echar un vistazo al cochecito. Los gemelos dormían tranquilos. Estiró un poco las piernas y siguió leyendo. Descubrió que le gustaban las historias de fantasmas. Hacía mucho tiempo que no leía ninguna. Cuando era pequeña devoraba las más terribles de cuantas caían en sus manos, desde Edgar Allan Poe hasta las sagas tradicionales nórdicas. Quizá por eso empezó su carrera literaria escribiendo acerca de casos reales de asesinato, como una prolongación de las cruentas historias de la niñez.

–Puedes fotocopiar lo que necesites llevarte –dijo May solícita.

Erica asintió y se levantó. Había dado con una serie de páginas que quería leer en casa más despacio. Sintió un cosquilleo muy familiar en el estómago. Le encantaba husmear e indagar y luego ir componiendo el rompecabezas pieza a pieza. Muy en particular, después de unos meses pensando solo en bebés, disfrutaba más aún de tener una actividad más adulta a la que dedicarse. Le había dicho a la editorial que empezaría a escribir el siguiente libro dentro de seis meses, y pensaba mantenerse firme en su decisión. Pero necesitaría algo con lo que entretener el cerebro hasta entonces, y aquello se le antojaba lo bastante suave para empezar.

Con un puñado de copias en el neceser de los niños, se marchó a casa tranquilamente. Los chicos seguían durmiendo. La vida era maravillosa.

–Mierda de imbécil de mierda… –Patrik no solía expresarse de forma tan grosera, pero Gösta lo comprendía perfectamente. En aquella ocasión, Mellberg se había superado a sí mismo.

Patrik dio tal puñetazo en el salpicadero que Gösta dio un respingo.

–Oye, piensa en tu corazón.

–Ya, ya –dijo Patrik, y se obligó respirar hondo un par de veces y a tranquilizarse.

–Ahí –dijo Gösta señalando un aparcamiento vacío–. ¿Cómo lo organizamos? –añadió sin salir del coche.

–No hay ningún motivo para andarse con paños calientes –dijo Patrik–. De todos modos, lo leerán en los periódicos.

–Sí, ya lo sé, pero ahora debemos concentrarnos en resolverlo, con independencia de la que haya liado Mellberg.

Patrik miró a Gösta asombrado y un tanto avergonzado.

–Tienes razón. Lo hecho, hecho está, y tenemos que seguir trabajando. Propongo que empecemos por Erling, y luego con los demás compañeros de trabajo de Mats. A ver si alguno notó algo que relacionaran con el consumo de drogas.

–¿Algo como qué? –preguntó Gösta, con la esperanza de no parecer demasiado idiota, pero sencillamente, no comprendía lo que quería decir Patrik.

–Pues sí, si se había comportado de un modo extraño o diferente en algún sentido. Parecía muy recto, pero quizá recuerden algo que se saliera de lo normal.

Patrik salió del coche y Gösta lo siguió. No habían llamado para preguntar quiénes estaban en las oficinas del ayuntamiento, pero cuando hablaron con la recepcionista, comprobaron que habían tenido suerte. Todos estaban en sus puestos.

–¿Podrá recibirnos Erling? –Patrik se las arregló para que sonara como una orden, más que como una pregunta.

La chica de recepción asintió asustada.

–No tiene ninguna reunión –dijo señalando hacia el lugar donde Gösta ya sabía a aquellas alturas que se encontraba el despacho de Erling.

–Hola –dijo Patrik cuando llegaron a la puerta.

–¡Hombre, hola! –Erling se levantó y se acercó a saludarlos–. Adelante, adelante. ¿Cómo va todo? ¿Habéis avanzado algo? Por

cierto que ya me he enterado de lo de esos niños, lo de ayer. Por Dios bendito, ¿qué va a ser de esta sociedad? – Volvió a sentarse.

Patrik y Gösta intercambiaron una mirada, y Patrik tomó la palabra.

–Bueno, parece que existe un vínculo –carraspeó un poco, dudando sobre cómo continuar–. Tenemos motivos para creer que Mats Sverin estaba relacionado con la cocaína que encontraron los chicos.

Se hizo un silencio compacto en el despacho. Erling se los quedó mirando y ellos aguardaron pacientemente. Su perplejidad parecía sincera.

–Yo… pero… ¿cómo? –balbució por fin, y meneó la cabeza.

–¿No sospechaste nada? –dijo Gösta, para facilitarle las cosas.

–No, de ninguna manera. Jamás habríamos sospechado siquiera nada por el estilo. –No quedaba ni rastro de su habitual verborrea.

–¿No había ningún indicio de que Mats tuviera algún problema? ¿Cambios de humor, retrasos en el trabajo, que le costara cumplir el horario, una conducta extraña? –Patrik examinó a Erling, que parecía sincero.

–No, tal y como ya os dije, Mats era la estabilidad personificada. Un tanto reservado para ciertas cosas, puede ser, pero nada más. –Se estremeció–. ¿Sería por eso? ¿Sería por la droga? De ser así, quizá no fuera tan raro que no quisiera hablar de su vida privada.

–No lo sabemos. Pero esa podría ser la explicación.

–Es terrible. Si se supiera que hemos tenido aquí algo así, a alguien así…, sería una catástrofe.

–Creo que tenemos una noticia que daros –dijo Patrik, y soltó un taco para sus adentros–. Resulta que Bertil Mellberg ha celebrado esta mañana una rueda de prensa sobre el asunto y los medios de comunicación lo difundirán hoy mismo.

Como por orden de un director de escena, la recepcionista apareció en la puerta con las mejillas encendidas y la angustia en la mirada.

–No sé por qué, Erling, pero el teléfono no para de sonar. Un montón de periódicos quieren hablar contigo, y tanto el *Aftonbladet* como el *GT* quieren verte enseguida.

–Por Dios bendito –dijo Erling, y se pasó la mano por la frente, que tenía llena de sudor.

–El único consejo que puedo daros es que digáis lo menos posible –dijo Patrik–. Lamento de verdad la intervención de la prensa en esta fase inicial, pero no he podido hacer nada. – Lo dijo con amargura, pero Erling solo parecía consciente de su propia situación de crisis.

–Naturalmente, tengo que responder a esas llamadas –dijo retorciéndose en la silla, desesperado–. Tengo que arreglar esta situación, pero un drogadicto en el ayuntamiento…, ¿cómo voy a explicar una cosa así?

Patrik y Gösta comprendieron que no tenían una sola palabra de consuelo que decirle, así que se levantaron.

–Querríamos hablar con los demás también –dijo Patrik.

–Sí, claro. No tenéis más que decírselo. Si me perdonáis, tengo que atender esas llamadas. –Se pasó un pañuelo por la calva.

Salieron y llamaron a la puerta del despacho contiguo.

–Adelante –gorjeó Gunilla, claramente ignorante de lo que ocurría.

–¿Podemos hablar contigo unos minutos? –preguntó Patrik.

Gunilla asintió jovial. Luego se le ensombreció el semblante.

–Vaya, yo aquí sonriendo, y seguro que vosotros habéis venido para hablar de Mats, ¿no? ¿Habéis encontrado algo?

Sin saber muy bien cómo comunicarle la noticia, Patrik y Gösta volvieron a intercambiar una mirada elocuente. Se sentaron.

–Tenemos varias preguntas más que hacerte sobre Mats – dijo Gösta, dando pataditas nerviosas en el suelo. En realidad, sabían demasiado poco para hacer las preguntas adecuadas.

–Adelante, preguntad lo que queráis –dijo Gunilla sonriendo de nuevo.

Debía de pertenecer a ese tipo de personas que siempre se comportan de un modo insufriblemente positivo y alegre, pensó Gösta. De esas que uno no quiere tener cerca a las siete de la mañana, antes de la primera taza de café. Su querida difunta esposa se despertaba con el mismo mal humor que él, de modo que los dos podían dedicarse a refunfuñar cada uno por su lado.

–Unos niños ingresaron ayer en el hospital después de haber probado la cocaína que encontraron en una papelera –dijo Patrik–. Puede que ya lo sepas.

–Sí, un asunto terrible. Pero terminó bien, ¿no?

–Sí, los chavales se repondrán sin problemas. Pero parece que existe algún tipo de vínculo con nuestra investigación.

–¿Vínculo? –dijo Gunilla dirigiendo a Patrik y a Gösta aquella mirada suya de ardilla nerviosa.

–Sí, hemos encontrado cierta relación entre Mats Sverin y la cocaína. –Lo dijo en un tono algo más formal de la cuenta, como siempre que se sentía incómodo dando una noticia. Y con aquello se sentía fatal. Aun así, era mejor que los antiguos compañeros de trabajo de Mats se enteraran por ellos, en lugar de leerlo en los periódicos.

–No entiendo.

–Sí, creemos que Mats pudo tener algo que ver con la cocaína –dijo Gösta, mirando al suelo.

–¿Mats? –preguntó Gunilla con voz algo chillona–. Qué va, no podéis hablar en serio…

–Por ahora, no sabemos nada de las circunstancias –explicó Patrik–. Y por eso estamos aquí. Para saber si notasteis algo raro en su comportamiento que recordéis ahora.

–¿Algo raro? –preguntó Gunilla, y Patrik se dio cuenta de que empezaba a indignarse–. Mats era la persona más amable del mundo, y ni por asomo puedo imaginarme que… No, es imposible.

–¿No había nada en su conducta que te pareciera extraño? ¿Nada que te llamase la atención? –Patrik sabía que estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo.

–Mats era un hombre excelente y una buenísima persona. Es impensable que hubiera tenido algo que ver con nada relacionado con la droga. –Golpeteó la mesa con el bolígrafo a cada sílaba, para subrayar su convicción.

–Lo siento, pero teníamos que hacerte estas preguntas –dijo Gösta, y Patrik asintió y se levantó. Gunilla se los quedó mirando enojada mientras se alejaban.

Una hora después, abandonaron el ayuntamiento. Habían hablado con el resto de los antiguos compañeros de Mats Sverin, y la reacción fue la misma. Nadie podía imaginarse que hubiera estado involucrado en ningún asunto de drogas.

–Lo cual confirma mis sospechas. Y ni siquiera lo conocí –dijo Patrik otra vez en el coche.

–Pues sí. Y todavía nos queda lo peor.

–Lo sé –dijo Patrik, y puso rumbo a Fjällbacka.

Había dado con ellos. Ella lo sabía, era tan cierto como que ya no tenían otro lugar en el que refugiarse. Se le habían agotado las posibilidades de escapar. Con lo fácil que habría sido romperlo todo en pedazos otra vez. Había bastado con una postal, sin mensaje y sin remitente, con matasellos de Suecia, para destrozarle las esperanzas de futuro.

Con manos temblorosas, Madeleine le dio la vuelta a la postal para examinar la superficie blanca con su nombre y su nueva dirección. No hacían falta palabras, el motivo de la postal lo decía todo. El mensaje no podía ser más claro.

Muy despacio, se acercó a la ventana. Fuera, en el jardín, jugaban Kevin y Vilda, ignorantes de que su vida volvería a cambiar en breve. Apretó la postal entre las manos sudorosas, y trató de ordenar sus pensamientos para tomar una decisión.

Los niños parecían tan felices… Jugaban solos o con los demás niños. Ya empezaba a extinguirse la desesperación de su mirada, aunque siempre les quedaría una chispa de miedo. Habían visto

demasiado, y por mucho amor que derrochara con ellos, nunca podría deshacer lo hecho. Y ahora, todo se había torcido. Siempre pensó que aquella era la única salida, la última oportunidad de llevar una vida normal. Dejar Suecia, dejarlo a él, dejarlo todo tras de sí. ¿Cómo podría ofrecerles una vida segura cuando habían cortado el último cabo al que agarrarse?

Madeleine apoyó la cabeza en el cristal de la ventana. Notó el frescor en la frente. Vio cómo Kevin ayudaba a su hermana a subir la escalera del tobogán. Le ponía a Vilda las manos en el trasero y la sujetaba al tiempo que le daba impulso. Quizá hubiera cometido un error al dejar que se convirtiera en el hom- bre de la casa. Después de todo, solo tenía ocho años. Pero el pequeño había asumido con toda naturalidad el papel y se ocu- paba de sus chicas, como él mismo las llamaba lleno de orgullo. Era una responsabilidad con la que había crecido y que le daba seguridad. Kevin se apartó el flequillo de los ojos. Se parecía tanto a su padre físicamente…, aunque tenía el cora- zón de Madeleine. Su debilidad, como *él* solía llamarla cuando venían los golpes.

Muy despacio, empezó a dar cabezazos con la frente en el cristal. La desesperación se apoderó de ella. Nada quedaba del futuro que había planeado. Cada vez más fuerte, siguió dando cabezazos contra el cristal y sintió que aquel dolor familiar le infundía cierta calma. Tiró la postal y la imagen del águila con las alas desplegadas surcó brevemente el aire hasta caer al suelo. Fuera, al pie del tobogán, jugaba Vilda con una sonrisa de felicidad.

Fjällbacka, 1871

–¿Qué tal la vida en la isla? Debéis de sentiros muy solos. –Dagmar miraba con curiosidad a Emelie y a Karl, que estaban frente a ella en el sofá de las visitas. La delicada taza de café desentonaba en la mano tosca de Karl, pero Emelie sostenía la suya con elegancia y daba sorbitos del líquido humeante.

–Bueno, así son las cosas –respondió Karl sin mirar a Emelie–. Los faros están aislados, pero nos arreglamos bien. Vosotros deberíais saberlo, ¿no?

Emelie estaba avergonzada. En su opinión, Karl se dirigía en un tono demasiado brusco a Dagmar, que, después de todo, era su tía. A Emelie la habían educado en el respeto a los mayores, y Dagmar le gustó instintivamente desde el primer momento. Además, ella debería poder comprenderla mejor que nadie, pues también había sido mujer de un farero. Su marido, el tío de Karl, trabajó en el faro muchos años. Al padre de Karl le correspondió heredar y administrar la hacienda, mientras que su hermano menor era más libre y pudo elegir su camino. Cuando Karl era niño, el tío era su héroe, y él fue quien lo impulsó a la vida del mar y del faro. Karl se lo había contado a Emelie en una ocasión, en la época en que aún hablaba con ella. Allan, el tío de Karl, había muerto ya, y Dagmar vivía sola en una casita junto al parque de bomberos de Fjällbacka.

–Sí, claro que conozco esa vida –dijo Dagmar–. Y tú también sabías a qué te enfrentabas, después de haber oído las historias de

Allan. La cuestión es si lo sabía Emelie.

–Ella es mi mujer y tiene que amoldarse.

Emelie sentía una vergüenza inmensa ante el comportamiento de su marido, y notó que las lágrimas acudían irremisiblemente a sus ojos. Pero Dagmar enarcó las cejas sin decir nada.

–Me ha dicho el pastor que eres buena ama de casa –dijo volviéndose a Emelie.

–Gracias, me alegro de que tengan esa opinión –dijo Emelie en voz baja, y agachó la cabeza para que no vieran que se había sonrojado. Bebió un poco y paladeó el café. No solía tener la oportunidad de tomar café de verdad. Karl y Julian no compraban mucho cuando iban a Fjällbacka. Seguramente, preferían gastarse el dinero en el Abelas, pensó con amargura.

–¿Cómo os va con el ayudante que vive con vosotros? ¿Es un buen hombre, trabaja bien? Allan y yo tuvimos un poco de todo. Con algunos no podíamos contar mucho.

–Trabaja muy bien –dijo Karl, y dejó la taza en el plato con tal fuerza que la porcelana tintineó peligrosamente–. ¿Verdad, Emelie?

–Sí –susurró ella, pero sin atreverse a mirar a Dagmar.

–¿Cómo lo encontraste, Karl? Espero que a través de recomendaciones, porque en los anuncios no se puede confiar.

–Julian traía muy buenas recomendaciones, y enseguida nos dimos cuenta de que hacía honor a ellas.

Emelie lo miró perpleja. Karl y Julian habían trabajado juntos varios años en el buque faro. Ella misma los había oído hablar de ello. ¿Por qué no se lo decía? Recordó la imagen de los ojos negros

de Julian, y del odio cada vez mayor que reflejaban, y empezó a temblar. Y vio que Dagmar se había dado cuenta.

–Bueno, creo que tienes hora con el doctor Albrektson, ¿verdad? – dijo.

Emelie asintió.

–Sí, tengo cita dentro de un rato, así verá si el pequeño está bien. O la pequeña.

–Seguro que es un niño –dijo Dagmar, mirando con calidez el vientre de Emelie.

–¿Vosotros tenéis niños? Karl no me ha comentado nada –dijo Emelie. No estaba muy acostumbrada a que le prestaran atención, y se sentía encantada de poder hablar del milagro que llevaba dentro con alguien que hubiera pasado por lo mismo. Pero enseguida sintió un codazo en el costado.

–No seas tan entrometida –le susurró Karl.

Dagmar lo tranquilizó con un gesto. Pero le vio la tristeza en los ojos al responder:

–Hasta tres veces viví la misma dicha que tú ahora. Y otras tantas quiso el Señor que no llegara a buen puerto. Mis pequeños están allá arriba –dijo alzando la mirada. Y, pese al dolor, parecía segura de que el Señor había decidido lo mejor.

–Perdón, yo… –Emelie no sabía qué decir. Se sentía mal por haber sido tan imprudente.

–No pasa nada, querida –dijo Dagmar. Se inclinó hacia delante instintivamente y le puso la mano en el vientre.

Y al notar el tacto normal de una persona, por primera vez en tanto tiempo, casi se echa a llorar. Pero el desprecio manifiesto de

Karl la hizo controlarse. Guardaron silencio un instante y Emelie notó que la mujer le clavaba la mirada como si estuviera viendo el caos y la oscuridad. La mano seguía allí, delgada y huesuda, marcada por muchos años de trabajo duro. Pero a Emelie le parecía hermosa, al igual que aquel rostro fino, cuyos surcos y arrugas dibujaban la imagen de una vida bien vivida, con amor. Llevaba el cabello gris recogido en un moño, y Emelie intuyó que aún le caía abundante hasta la cintura cuando lo llevaba suelto.

–Tú no conoces la ciudad, así que pensaba acompañarte al médico –dijo Dagmar retirando la mano.

Karl empezó a protestar enseguida.

–Eso puedo hacerlo yo, que sí conozco la ciudad, la tía no tiene que molestarse.

–No es molestia. –Dagmar lo miró decidida. Emelie comprendió que mantenían una especie de lucha, hasta que Karl bajó la vista.

–Bueno, si la tía quiere, no voy a insistir –dijo, y dejó la taza en la mesa–. Así puedo aprovechar para hacer cosas más necesarias.

–Claro, muy bien –dijo Dagmar, y continuó mirándolo sin pestañear–. Estaremos fuera una hora o poco más, podéis veros aquí luego. Porque supongo que no querrás ir a hacer la compra sin tu mujer, ¿no?

Lo había formulado como una pregunta, pero Karl comprendió perfectamente que se trataba de una orden, e hizo un breve gesto de asentimiento.

–Muy bien. –Dagmar se levantó y le hizo una seña a Emelie para que la siguiera–. Bien, entonces nos vamos las dos, no sea que lleguemos tarde. Así Karl podrá hacer lo que tenga que hacer.

Emelie no se atrevía a mirar a su marido. Había perdido, y ella sabía que luego se lo haría pagar. Pero cuando salió con Dagmar a la calle, en dirección a la plaza, desechó esos pensamientos. Tenía la firme intención de disfrutar de aquellos momentos, por alto que fuera el precio. Tropezó con un adoquín, pero la mano de Dagmar la sujetó enseguida. Emelie se apoyó en ella y se sintió segura.

–¿Has sabido algo de Patrik y Gösta? –Paula apareció ante la puerta de Annika.

–No, todavía no –dijo Annika. Iba a decir algo, pero Paula ya iba camino de la cocina, con unas ganas tremendas de tomarse un café en una taza limpia, después de haber pasado varias horas de cuchitril en cuchitril interrogando a drogadictos. Por si acaso, fue a los servicios y se lavó las manos a conciencia. Cuando se dio la vuelta, vio que Martin esperaba su turno.

–Dos almas y la misma idea –dijo riendo.

Paula se secó las manos y le dejó sitio libre.

–¿Te sirvo una taza? –dijo volviéndose para preguntarle, ya de camino a la cocina.

–Sí, gracias –respondió Martin en voz alta para acallar el ruido del grifo.

La jarra estaba vacía, pero la cafetera estaba encendida. Paula soltó un taco, la apagó y empezó a limpiar la capa negra que se había formado en el fondo.

–Aquí huele a quemado –dijo Martin al entrar en la cocina.

–Algún imbécil se ha tomado el último café y ha dejado la cafetera encendida. Pero habrá café dentro de unos minutos.

–Yo también podría tomarme uno –dijo Annika a sus espaldas. Entró en la cocina y se sentó.

–¿Qué tal va la cosa? –Martin se sentó a su lado y la rodeó con el brazo.

–No os habéis enterado, supongo.

–¿Enterado? ¿De qué? –Paula estaba midiendo los cacitos de café.

–Del jaleo que hemos tenido aquí esta mañana.

Paula se volvió y la miró llena de curiosidad.

–¿Qué ha pasado?

–Mellberg ha convocado una rueda de prensa.

Martin y Paula se miraron como para comprobar que los dos habían oído lo mismo.

–¿Una rueda de prensa? –dijo Martin, y se recostó en la silla–. Estás de broma, ¿no?

–No. Al parecer, tuvo una idea genial ayer por la tarde y se dedicó a llamar a la prensa y a la radio. Y todos picaron. Hemos tenido esto lleno de periodistas, incluso del *Aftonbladet* y el *GT.*

Paula dejó el colador del filtro de golpe.

–¿Es que está chiflado? ¿Dónde tiene ese hombre el cerebro? –Notó que el pulso se le aceleraba y se obligó a respirar hondo–. ¿Lo sabe Patrik?

–Vaya si lo sabe. Estuvo encerrado con Mellberg en su despacho un buen rato. No oí mucho de lo que decían, pero os aseguro que no utilizó un lenguaje apropiado para menores.

–Lo comprendo –dijo Martin–. ¿Cómo narices es capaz Mellberg de difundir nada ahora? Porque doy por hecho que de lo que ha hablado es de la cocaína, ¿no?

Annika asintió.

–Pues era demasiado pronto, desde luego. Todavía no sabemos nada –dijo Paula con cierta desesperación en la voz.

–Ya, seguramente era eso lo que Patrik trató de explicarle –dijo Annika.

–¿Y cómo fue la rueda de prensa? –Paula presionó por fin el botón de la cafetera y se sentó a esperar a que saliera el café y se llenara la jarra.

–Bueno, pues supongo que el típico espectáculo a lo Mellberg. A mí no me sorprendería que los periódicos lo sacaran mañana en primera plana.

–Vaya –dijo Martin.

Se quedaron en silencio unos segundos.

–¿Cómo os ha ido a vosotros? –preguntó Annika para cambiar de tema. Estaba más que harta de hablar de Bertil Mellberg.

–Nada bien. –Paula se levantó y empezó a servir tres tazas de café–. Hemos estado hablando con algunos de los que sabemos que están involucrados en el tráfico de drogas, pero no hemos encontrado ningún vínculo con Mats.

–No me parece verosímil que anduviera con Rolle y sus compinches. –Martin agradeció la taza de café solo que le daba Paula.

–Ya, a mí también me cuesta creerlo –dijo–. Pero había que comprobarlo de todos modos. Y, en general, por aquí no circula mucha cocaína, hay más heroína y anfetaminas.

–¿No sabemos nada de Lennart todavía? –preguntó Martin.

Annika meneó la cabeza.

–No, os avisaré en cuanto sepa algo. Sé que anoche estuvo con ello un par de horas, así que debería haber avanzado. Y dijo que lo tendría el miércoles.

–Bien –dijo Paula, y tomó un poco de café.

–¿Cuándo volvían Patrik y Gösta? –dijo Martin.

–No lo sé –respondió Annika–. Primero iban al ayuntamiento, y luego a Fjällbacka, a casa de los padres de Mats, así que puede que tarden.

–Esperemos que puedan hablar con los padres antes de que los llame la prensa –dijo Paula.

–Pues yo no estaría tan seguro –observó Martin abatido.

–Mierda, la que ha liado Mellberg –dijo Annika.

–Sí, mierda, la que ha liado Mellberg –masculló Paula.

Se quedaron cabizbajos y en silencio.

Al cabo de un par de horas de lectura y de búsquedas en Internet, Erica pensó que ya debería irse. Pero habían sido unas horas muy fructíferas. Había encontrado bastante información sobre Gråskär, su historia y las gentes que vivieron en la isla. Y sobre quienes, según la leyenda, nunca la abandonaron. El hecho de que ella no creyese ni por un momento en las historias de fantasmas no tenía la menor importancia. Los relatos eran fascinantes y, en cierto modo, quería creérselos.

–Chicos, ¿no creéis que necesitamos un poco de aire fresco? –les dijo a los gemelos, que estaban tumbados en una manta en el suelo.

Ponerles la ropa de abrigo a los pequeños y abrigarse ella también era toda una empresa, pero empezaba a resultar más fácil ahora que cada vez necesitaban menos capas. Aún podía soplar un viento frío de vez en cuando, así que prefería prevenir y les puso un

gorrito. Minutos después, ya habían salido. Estaba deseando poder prescindir del cochecito doble, tan aparatoso. Pesaba mucho, aunque le imponía un entrenamiento que necesitaba de verdad. Sabía que era una bobada preocuparse por los kilos de más del embarazo, pero nunca había conseguido que le gustara su cuerpo. Detestaba ser tan femenina y de una forma tan visible y evidente, pero aquella vocecilla que le resonaba en la cabeza y que le decía que no era lo bastante buena parecía ser mucho más difícil de eliminar que ninguna otra cosa.

Aceleró el paso y empezó a notar el sudor corriéndole por la espalda. No había mucha gente en la calle, e iba saludando a todas las personas con las que se cruzaba, intercambiando unas palabras con unos y otros. Muchos le preguntaban por Anna, pero Erica respondía con parquedad. Era un asunto demasiado privado como para hablar con todo el mundo de cómo se encontraba o dejaba de encontrarse su hermana. Todavía no quería compartir con nadie ese sentimiento tan cálido de esperanza que sentía en el pecho. Aún le parecía demasiado frágil.

Una vez que dejó atrás la hilera de cabañas rojas que orlaban la orilla, se detuvo a contemplar Badis. Le encantaría hablar un rato con Vivianne y darle las gracias por el consejo sobre Anna, pero aquellas escaleras le parecían un obstáculo insalvable. Luego cayó en la cuenta de que podía ir por el otro lado. Al menos era más fácil que la escalera. Se volvió resuelta girando el pesado cochecito y encaminó sus pasos hacia la calle siguiente. Cuando por fin llegó a la cima de la pendiente jadeaba tanto que le parecía que iban a

estallarle los pulmones. Pero allí estaba, en la cima, y ya podía llegar a Badis por aquel lado.

–¿Hola? –Dio unos pasos y entró en el local. Había dejado a los gemelos en el cochecito, que había aparcado a la entrada. No tenía sentido llevarlos, con todo lo que ello implicaba, sin saber si Vivianne se encontraba allí.

–¡Hola! –Vivianne parecía encantada de ver a Erica–. ¿Pasabas por aquí y has decidido entrar?

–Espero no llegar en mal momento. Si es así, dímelo, por favor. Solo hemos salido a pasear, he traído a los niños.

–Pues muy bien. Pasa, te invito a un café. ¿Dónde están? –Vivianne los buscó con la mirada, y Erica señaló el cochecito.

–Los he dejado ahí, como no sabía si estarías…

–Últimamente tengo la sensación de que me paso aquí las veinticuatro horas del día –rio Vivianne–. ¿Te arreglas tú con ellos mientras yo preparo algo?

–Claro, no tengo elección –dijo Erica con una sonrisa y salió en busca de sus hijos. Vivianne tenía algo que hacía que se sintiera bien cuando estaba con ella. No sabía exactamente qué era, pero se sentía fuerte en su compañía.

Colocó las hamaquitas de Anton y Noel en la mesa y se sentó.

–Tenía la sospecha de que no iba a contentarte con un té verde, así que he preparado veneno de verdad.

Vivianne le lanzó un guiño y le puso el café a Erica, que le dio las gracias. Luego miró suspicaz el líquido semitransparente de la taza de Vivianne.

–Una se acostumbra, créeme –dijo tomando un trago–. Esto tiene montones de antioxidantes. Y te ayuda a prevenir el cáncer. Entre otras cosas.

–Ajá –dijo Erica, saboreando el café. Aquello podía ser todo lo saludable que se quisiera, pero ella no podía vivir sin cafeína.

–¿Qué tal está tu hermana? –preguntó Vivianne, y le acarició a Noel la mejilla.

–Mejor, gracias. –Erica sonrió–. En realidad, por eso me había pasado por aquí. Quería darte las gracias por el consejo. Creo que me ha ayudado bastante.

–Sí, hay muchos estudios que demuestran el efecto curativo que tiene el contacto físico.

Noel empezó a protestar y, tras preguntarle a Erica con la mirada, Vivianne sacó encantada al pequeño de la hamaquita.

–Le gustas –dijo Erica al ver que su hijo callaba enseguida. No se queda tan tranquilo con todo el mundo.

–Son adorables. –Vivianne se frotó la nariz con la mejilla de Noel, y el pequeño trataba de atrapar un mechón de pelo con el puño regordete–. Y ahora te estarás preguntando por qué yo no tengo hijos.

Erica asintió un tanto avergonzada.

–Nunca ha habido ocasión –dijo Vivianne, y le acarició la espalda a Noel.

Se vio un destello y Erica descubrió el anillo de Vivianne.

–Pero, ¿no me digas que os habéis prometido? ¡Qué bien! ¡Enhorabuena!

–Gracias, sí, es estupendo. –Vivianne esbozó una sonrisa y se puso la trenza en el hombro para que Noel pudiera jugar con ella–. Nos pasamos los días enteros trabajando aquí, así que me cuesta sentir entusiasmo por nada en estos momentos. Pero sí, es estupendo.

–Puede que… –Erica dirigió una mirada elocuente a Noel y se sintió como una entrometida. Al mismo tiempo, no podía evitarlo. Vivianne rebosaba añoranza cuando miraba a los gemelos.

–Ya veremos –dijo Vivianne–. ¿No podrías contarme en qué estás trabajando ahora? Ya sé que estás de baja y que andabas muy ocupada, pero ¿tienes algún proyecto en mente?

–Todavía no. Pero bueno, me entretengo investigando un poco. Para mantenerme alerta y no tener la cabeza llena de balbuceos.

–Ajá, ¿y sobre qué? –Vivianne mecía a Noel en las rodillas y el pequeño parecía estar disfrutando del ritmo. Erica le habló de la visita a Gråskär, de Annie y de cómo llamaba la gente a la isla.

–La Isla de los Espíritus –dijo Vivianne pensativa–. Siempre hay algo de verdad en esas leyendas antiguas.

–Bueno, yo no sé si creer en fantasmas y espíritus –rio Erica, pero Vivianne la miró muy seria.

–Hay muchas cosas que existen, aunque no las veamos.

–¿Quieres decir que crees en fantasmas?

–Bueno, yo no usaría el término fantasmas, pero después de tantos años trabajando con la salud y el bienestar, la experiencia me dice que hay algo más de lo que vemos, algo más que la parte física. El ser humano se compone de energía, y la energía no desaparece, solo se transforma.

–¿Tú has tenido alguna experiencia? ¿Algo que tenga que ver con fantasmas, o lo que sea?

Vivianne asintió.

–Varias veces. Es una parte natural de nuestra existencia. Así que si Gråskär tiene esa fama, será por algo. Deberías hablar con Annie. Seguro que ha visto alguna que otra cosa. Bueno, si es que es receptiva.

–¿Qué quieres decir con eso? –Aquel tema fascinaba a Erica, y engullía con avidez cada palabra de Vivianne.

–Que algunas personas son más receptivas a lo que los demás no podemos ver con los sentidos. Igual que hay personas que oyen o ven mejor que otras. Sencillamente, son más perceptivas. Pero todo el mundo puede desarrollar esa capacidad según sus posibilidades.

–Bueno, yo soy escéptica. Pero me encantaría que me demostraran lo contrario.

–Pues ve a Gråskär. –Vivianne le guiñó un ojo–. Allí parece que hay muchas pruebas.

–Sí, sobre todo es que la isla tiene una historia muy interesante. Me gustaría mucho hablar un poco más con Annie, a ver qué sabe. Y puede que a ella le interese lo que he averiguado.

–Bueno, veo que no se te da nada bien estar de baja a tiempo completo –dijo Vivianne sonriendo.

Erica tuvo que reconocer que tenía razón. Desde luego, no era lo que mejor se le daba. Seguro que Annie se alegraba de saber un poco más de la isla y de su historia. Y sobre los fantasmas.

Gunnar miraba el teléfono, que no dejaba de sonar. Era de los antiguos, de los que tenían dial y un auricular muy pesado que se sostenía bien en la mano. Matte había tratado de convencerlos para que lo cambiaran por uno inalámbrico. Incluso les había regalado uno por Navidad años atrás, pero seguía en la caja, en algún lugar del sótano. A él y a Signe les gustaba el antiguo. Ahora ya daba lo mismo.

Continuó mirando el teléfono. Muy despacio, el cerebro le dijo que aquella señal chillona significaba que debía responder.

–¿Hola? –Escuchó concentrado la voz que le hablaba al otro lado del hilo telefónico–. No puede ser. ¿Pero qué idiota es el que llama? ¿Cómo podéis llamar y…? –No fue capaz de terminar la conversación, sino que colgó sin más.

Un instante después, llamaron a la puerta. Aún temblando por la conversación, fue al vestíbulo a abrir. Lo deslumbró un *flash* y se le vino encima una cascada de preguntas. Cerró la puerta enseguida, echó la llave y se apoyó en la pared. ¿Qué estaba pasando? Miró hacia el piso de arriba. Signe estaba descansando en el dormitorio y Gunnar se preguntaba si el jaleo la habría despertado y qué iba a decirle si bajaba. Ni siquiera él comprendía lo que acababan de anunciarle. Era demasiado absurdo.

Volvieron a llamar a la puerta y Gunnar cerró los ojos y sintió la madera de la pared en la espalda. Fuera parecían intercambiar frases cuyo contenido él no era capaz de distinguir, tan solo advertía el tono de indignación. Luego oyó una voz conocida.

–Gunnar, somos Patrik y Gösta, de la Policía. ¿Podría abrirnos?

Gunnar vio ante sí la imagen de Matte; primero vivo, luego en el suelo del recibidor, en un charco de sangre, con la cabeza destrozada. Entornó los ojos otra vez, se dio la vuelta y abrió. Patrik y Gösta se colaron dentro.

–Pero ¿qué es lo que pasa? –dijo Gunnar con voz extraña y lejana.

–¿Podemos sentarnos? –Patrik echó a andar hacia la cocina sin esperar respuesta.

Volvió a sonar el timbre, y también el teléfono. Los dos sonidos se cruzaban cortando el aire. Patrik levantó el auricular, lo colgó y volvió a descolgarlo.

–El timbre de la puerta no puedo apagarlo –dijo Gunnar desconcertado.

Gösta y Patrik intercambiaron una mirada y Gösta se acercó a la puerta, la abrió y salió a toda prisa. Una vez más, Gunnar oyó voces airadas. Al cabo de un rato, Gösta volvió a entrar.

–Bueno, yo creo que ahora nos dejarán tranquilos un rato –dijo conduciendo a Gunnar a la cocina.

–Nos gustaría que Signe también estuviera presente –dijo Patrik.

Era obvio lo incómodo que se sentía, y Gunnar empezó a preocuparse de verdad. Es que no comprendía lo que estaba pasando, no tenía ni idea.

–Voy por ella –dijo Gunnar, y se dio media vuelta.

–Ya bajo. –Signe apareció en la escalera, parecía que acabara de despertarse. Llevaba un albornoz y, en un lado de la cabeza, el pelo revuelto–. ¿Quién llama a la puerta con tanta insistencia? ¿Y qué

hacen aquí? ¿Es que han averiguado algo? –dijo volviéndose hacia Patrik y Gösta.

–Vengan, vamos a la cocina –dijo Patrik.

Signe empezó, como Gunnar, a estar muy preocupada.

–¿Qué ha pasado? –preguntó bajando los últimos peldaños.

–Siéntense –repitió Patrik.

Gösta le puso una silla a Signe y se sentó. Patrik se aclaró la garganta y Gunnar sintió deseos de taparse los oídos, no tenía fuerzas para oír nada más sobre lo que aquella voz le había insinuado por teléfono. No quería oírlo, pero Patrik empezó a hablar. Gunnar clavó la mirada en la mesa. Todo aquello eran mentiras, mentiras incomprensibles. Pero él se imaginaba perfectamente lo que iba a ocurrir. Las mentiras aparecerían escritas y se convertirían en verdades. Miró a Signe y se dio cuenta de que ella no entendía nada. Cuanto más hablaba el policía, más parecía abstraerse. Gunnar no había visto nunca morir a nadie, ahora lo estaba presenciando. Al igual que no pudo proteger a Matte, su esposa se extinguía sin que él pudiera hacer nada.

Le zumbaba la cabeza. Un rumor le inundó los oídos, y le llamó la atención que ninguno de los demás reaccionase. El ruido resonaba cada vez más fuerte, hasta que dejó de oír lo que decían los policías, solo los veía mover la boca. Notó que también él movía la boca, formulaba la frase para anunciar que necesitaba ir al baño, notó que las piernas se estiraban y se dirigían al recibidor. Era como si otra persona hubiese tomado el mando y gobierno de su cuerpo, y él obedecía para no tener que oír unas palabras que no quería oír, para no tener que ver el vacío en los ojos de Signe.

A su espalda, ellos continuaban hablando, y él siguió hasta el recibidor, dejó atrás el baño y abrió la puerta que había junto a la de la calle. Estuvo a punto de dar un traspié en la escalera, pero recobró el equilibrio y bajó peldaño a peldaño.

El sótano estaba a oscuras, pero él no tenía intención de encender nada. La oscuridad encajaba muy bien con el zumbido, y le ayudaba a continuar. Abrió a tientas el armero que había junto a la caldera. No estaba cerrado con llave como debería, pero no tenía la menor importancia. De haber sido así, habría forzado la cerradura.

Reconoció en la mano el tacto de la culata, después de todas las cacerías de alce en las que había participado hacía años. Con movimientos mecánicos, sacó un cartucho de la caja. Con uno bastaría, no había razón para malgastar más. Lo introdujo en la recámara, oyó el clic que, curiosamente, atravesó el zumbido, cada vez más intenso.

Luego se sentó en la silla que había junto al banco de trabajo. Sin la menor vacilación. El dedo llegó al gatillo. Se estremeció al notar el acero en los dientes, pero luego solo quedó la idea de lo acertado que era aquello, lo necesario.

Gunnar apretó el gatillo. El zumbido cesó.

Mellberg notaba en el pecho un peso para él desconocido. No se parecía a ninguna de las sensaciones que había tenido antes, pero lo experimentó en el mismo instante en que Patrik lo llamó desde Fjällbacka. Un peso muy desagradable que se resistía a desaparecer.

Ernst lanzó un gemido en la cesta. Parecía notar el humor apagado de su amo, como suele ocurrir con los perros, y se levantó, se sacudió un poco, se acercó a Mellberg y se tumbó a sus pies. Algo sí lo consoló, pero no logró erradicar la desazón. ¿Cómo iba a saber él que podía ocurrir aquello, que el hombre bajaría al sótano, se metería la escopeta en la boca y se volaría la cabeza? No era humano exigir que él hubiera podido prever tal cosa, ¿verdad?

Pero por más vueltas que le daba, no lograba que aquellas justificaciones echaran raíces en la conciencia. Mellberg se levantó abruptamente y *Ernst* se sobresaltó al notar que se quedaba sin el almohadón que eran los pies del amo.

–Vamos, amigo mío, vamos a casa. –Alcanzó la correa que tenía colgada de un perchero en la pared y se la puso a *Ernst.*

Reinaba en el pasillo un silencio sobrecogedor. Todas las puertas estaban cerradas, pero era como si pudiera oír las acusaciones a través de las paredes. Lo había visto en los ojos de todos. Y quizá por primera vez en la vida, hizo examen de conciencia. Una voz interior le decía que pudiera ser que tuvieran razón.

Ernst tironeó de la correa y Mellberg se apresuró a salir a la calle. Inhibió la imagen de Gunnar en la fría camilla del depósito, del cadáver frío a la espera de que le hicieran la autopsia. Trató de apartar también la imagen de su mujer; o de su viuda, más bien. Hedström le dijo que parecía totalmente ausente y que no pronunció un solo sonido cuando se oyó el disparo en el sótano. Patrik y Gösta bajaron a toda prisa, y cuando volvieron a la cocina, ella no se había movido del sitio. Al parecer, la habían llevado al hospital y la tenían en observación, pero según Hedström, tenía algo en la mirada que le

decía que jamás volvería a ser persona. Él también lo había visto alguna vez en su carrera profesional: gente que parecía viva, que respiraba y se movía, pero cuyo interior estaba totalmente vacío.

Respiró hondo antes de abrir la puerta del apartamento. El pánico lo acechaba y habría querido deshacerse del pesar que le agobiaba el pecho y que todo volviera a la normalidad. No quería pensar en lo que había hecho o dejado de hacer. Nunca se le dio muy bien asumir las consecuencias de sus actos, y tampoco se preocupaba mucho cuando la cosa se torcía. Hasta ahora.

–¿Hola? –De repente, sintió un deseo desesperado de oír la voz de Rita y de sentir el sosiego que ella le transmitía y que tan bien le sentaba.

–Hola, cariño, estoy en la cocina.

Mellberg le quitó la correa a *Ernst,* dejó los zapatos en la entrada y siguió al perro, que entró meneando la cola en dirección a la cocina. *Señorita,* la perra de Rita, recibió con entusiasmo a *Ernst.* Los dos animales se olisquearon encantados.

–La comida estará dentro de una hora –dijo Rita sin volverse.

De los fogones le llegaba un olor estupendo. Bertil sorteó a los perros, que siempre parecían ocupar adrede tanto espacio como les fuera posible, se acercó a Rita y la rodeó con los brazos. Notó la calidez de su cuerpo rollizo y familiar y la abrazó con fuerza.

–¡Pero bueno! ¿A qué viene este ataque? –dijo Rita riendo, y se volvió para abrazarlo ella también. Bertil cerró los ojos, consciente de la suerte que tenía y de lo poco que pensaba en ello. La mujer que tenía en sus brazos era todo lo que él había soñado siempre, y

no se explicaba cómo hubo un tiempo en que pensaba que la vida de soltero era lo mejor del mundo.

–Oye, ¿estás bien? –Se retiró un poco para poder verlo–. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

Mellberg se sentó y se lo soltó todo sin atreverse a mirarla.

–Pero Bertil –dijo Rita sentándose a su lado–. ¿Cómo no lo pensaste antes, hombre?

Por curioso que pudiera parecer, era un alivio que no le fuera con retóricas de consuelo. Tenía razón. No lo había pensado mucho antes de ir a la prensa. Pero jamás se habría imaginado aquello.

–¿Qué ves en mí? –dijo al fin. La miró a la cara, como si quisiera oír pero también ver su respuesta. Le resultaba incómodo y poco habitual dar un paso atrás y verse desde fuera. Verse a través de los ojos de los demás. Siempre hizo lo posible por evitarlo, pero ya no podía seguir así. Y ni siquiera lo deseaba. Por Rita quería ser mejor persona, un hombre mejor.

Ella no esquivó su mirada y se quedó un buen rato así, en silencio. Luego le acarició la mejilla.

–Veo a alguien que me mira como si fuera la octava maravilla. Alguien tan cariñoso que haría cualquier cosa por mí. Veo a alguien que ayudó a que mi nieto viniera al mundo, que estaba cuando lo necesitaba. Que daría su vida por un niño para quien el abuelo Bertil es lo mejor del mundo. Veo a alguien con más prejuicios que nadie que yo haya conocido, pero que siempre está dispuesto a dejarlos a un lado cuando la realidad le demuestra lo contrario. Y veo a alguien que tiene sus pegas y defectos, y quizá incluso un concepto demasiado alto de sí mismo, pero que ahora tiene el alma herida

porque sabe que ha cometido un gran error. –Le apretó la mano con fuerza–. Como quiera que sea, tú eres la persona a cuyo lado quiero despertarme por las mañanas, y eres para mí tan perfecto como se pueda imaginar.

La comida se salió de la olla en el fogón, pero Rita no se inmutó. Mellberg notó que el peso del pecho empezaba a aligerarse. Y empezó a dejar sitio para otro sentimiento. Bertil Mellberg sintió una gratitud inmensa.

Las ganas estaban ahí. Se preguntaba si algún día se vería libre de la añoranza de aquello que sabía que nunca más podría tocar. Annie se revolvió en la cama. Era temprano, aún no era hora de acostarse, pero Sam se había vuelto a dormir y ella trataba de leer un rato allí tumbada. Pero media hora después, había pasado una sola página, y apenas recordaba cuál era el libro que tenía entre las manos.

A Fredrik no le gustaba que leyera. Decía que era una pérdida de tiempo y, cuando la sorprendía enfrascada en un libro, se lo arrancaba de las manos y lo tiraba al suelo. Pero ella sabía bien por qué lo hacía. No le gustaba sentirse necia y poco ilustrada. Él no había leído un solo libro en su vida, y no soportaba la idea de que ella supiera más o tuviera acceso a otros mundos distintos del suyo. Se suponía que él era el listo y el hombre de mundo. Ella solo tenía que ser mona y cerrar el pico, y mejor si no hacía preguntas ni daba su opinión. Un día en que tenían invitados cometió el error de implicarse en la conversación sobre la política exterior de Estados Unidos. Al quedar claro que sus puntos de vista eran fundados y

meditados, Fredrik no lo pudo soportar. Guardó las apariencias hasta que se fueron los invitados. Luego, Annie tuvo que pagarlo caro. Estaba embarazada de tres meses.

Le había arrebatado tantas cosas…, no solo la lectura. Lento pero seguro, le fue hurtando sus pensamientos, su cuerpo, la seguridad en sí misma. No podía dejar que se llevara también a Sam. Su hijo era su vida y sin él ella no era nada.

Dejó el libro encima de la colcha y se acostó de lado, de cara a la pared. Casi de inmediato notó como si alguien se sentara en la cama y le pusiera la mano en el hombro. Sonrió y cerró los ojos. Alguien tarareaba una nana y lo hacía con una voz suave, quedamente, como en un susurro. Se oyó una risa infantil. Un niño jugaba en el suelo a los pies de su madre, escuchando la canción, igual que Annie. Le gustaría poder quedarse con ellos para siempre. Allí Sam y ella estaban seguros. La mano que sentía en el hombro era tan suave y le infundía tanta confianza… La voz seguía cantando y ella quería volverse a mirar al niño, pero le pesaban los ojos.

Lo último que vio en la linde entre el sueño y la realidad fueron sus manos llenas de sangre.

–¿Erling te ha dejado ir sin más? –Anders la besó en la mejilla cuando ella entró.

–Crisis en la oficina –dijo Vivianne, que aceptó agradecida el vaso de vino que le daba su hermano–. Además, sabe que hay mucho que hacer antes de la inauguración.

–Bueno, ¿lo repasamos todo? –dijo Anders. Se sentó a la mesa, que estaba atestada de documentos.

–A veces me parece tan absurdo… –dijo Vivianne, y se sentó enfrente.

–Pero sabes por qué lo hacemos, ¿verdad?

–Sí, lo sé –respondió ella mirando el fondo del vaso.

Anders vio el anillo que llevaba en el dedo.

–¿Qué es eso?

–Erling me ha pedido que me case con él. –Vivianne alzó la copa y dio un buen trago.

–Vaya, hasta ese punto…

–Sí –dijo. ¿Y qué iba a decir?

–¿Tenemos las invitaciones controladas? –Anders comprendió que debía cambiar de tema. Entresacó del montón unos documentos grapados donde se leían las listas de nombres.

–Sí, el viernes era el último día para confirmar.

–Bien, entonces eso está listo. ¿Y la comida?

–Todo comprado, el cocinero parece bueno y tenemos bastante personal para servir las mesas.

–¿No te parece esto un tanto absurdo? –dijo Anders, y dejó la lista en la mesa.

–¿Por qué? –preguntó Vivianne. Esbozó una sonrisa–. Nunca está de más divertirse un poco.

–Ya, pero es una cantidad terrible de trabajo. –Anders señaló los montones de papeles.

–Pero el resultado será una tarde fantástica. Una *grande finale.* –Levantó la copa y bebió. De repente, el sabor y el olor le dieron

náuseas. Tenía las imágenes tan nítidas en la retina, a pesar de lo lejos que habían llegado desde entonces…

–¿Has pensado en lo que te dije? –Anders la miró inquisitivo.

–¿De qué? –respondió Vivianne, fingiendo no comprender.

–De Olof.

–Ya te he dicho que no quiero hablar de él.

–No podemos seguir así. –Le hablaba con tono suplicante, aunque ella no comprendía bien por qué. ¿Qué quería? Aquello era lo único que conocían. Ella y él. Seguir siempre adelante. Así habían vivido desde que se liberaron de él, del hedor a vino tinto, a tabaco y a los olores extraños de los hombres. Todo lo habían hecho juntos y ella no comprendía lo que quería decir con que no podían seguir así.

–¿Has visto las noticias de hoy?

–Sí. –Anders se levantó para empezar a servir la cena. Había reunido todos los papeles en un montón, que dejó encima de una silla.

–¿Tú qué crees?

–No creo nada –dijo Anders, y puso dos platos en la mesa.

–Yo estuve en tu casa hasta tarde aquel viernes, después de que Matte se hubiera pasado por Badis. Erling se había dormido y yo tenía que hablar contigo. Pero tú no estabas en casa. –Ya lo había dicho. Ya había soltado lo que tanto tiempo llevaba rumiando. Miraba a Anders, rogando para sus adentros que reaccionara, que hiciera cualquier cosa que pudiera tranquilizarla. Pero él no era capaz de mirarla a la cara. Se quedó inmóvil, con la vista fija en algún punto de la mesa.

–No lo recuerdo bien. Puede que saliera a dar un paseo nocturno.

–Fue después de medianoche. ¿Quién sale a pasear a esas horas?

–Tú sí saliste.

Vivianne sintió el llanto escociéndole en los párpados. Anders nunca había tenido secretos para ella. Entre ellos no había secretos. Hasta aquel momento. Y eso le causaba más pavor que nada en la vida.

Patrik hundió la cara en su pelo y se quedó así un buen rato en el recibidor.

–Ya me he enterado –dijo Erica.

Los teléfonos se pusieron a sonar en toda Fjällbacka en cuanto empezó a saberse lo ocurrido, y a aquellas alturas, todo el mundo estaba enterado. Gunnar Sverin se había pegado un tiro en el sótano de su casa.

–Cariño... –Erica notó que respiraba entrecortadamente, y cuando por fin se soltó de sus brazos, vio que estaba llorando. ¿Qué ha pasado?

Ella lo llevó de la mano a la cocina. Los niños estaban dormidos y lo único que se oía era el sonido amortiguado del televisor en la sala de estar. Lo sentó en una silla y empezó a preparar sus tostadas favoritas: galletas de pan con mantequilla, queso y caviar, para mojar en el chocolate caliente.

–No puedo comer –dijo Patrik con la voz empañada por el llanto.

–Sí, algo tienes que tomar –insistió ella con voz maternal, y continuó con los preparativos.

–Joder con Mellberg. Él ha sido el que lo ha causado todo –dijo Patrik al fin, y se enjugó las lágrimas en la manga de la camisa.

–Yo lo he oído en las noticias. ¿Ha sido Mellberg el que…?

–Sí.

–Desde luego, esta vez se ha superado a sí mismo. –Erica removió el cacao en la cacerola con la leche. Y le puso una cucharada extra de azúcar.

–En cuanto oímos el chasquido lo comprendimos. Tanto Gösta como yo. Iba al baño. Eso nos dijo. Pero no lo comprobamos. Deberíamos haber pensado… –Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que secarse las lágrimas otra vez.

–Toma –dijo Erica alargándole un poco de papel de cocina.

No solía ver llorar a Patrik, y le dolía. Ahora quería hacer cuanto estuviera en su mano por conseguir que volviera a estar feliz. Le preparó dos tostadas y sirvió el chocolate caliente en una taza grande.

–Aquí tienes –dijo resuelta, y se lo puso todo delante, en la mesa.

Patrik sabía cuándo no tenía el menor sentido llevarle la contraria a su mujer. Mojó a disgusto una de las tostadas hasta que el pan empezó a reblandecerse, y dio un gran mordisco.

–¿Cómo está Signe? –Erica se sentó a su lado.

–Me tenía preocupado antes de que ocurriera esto. –Patrik se esforzaba por tragar–. Y ahora… No sé. Le dieron tranquilizantes y está en observación. Pero no creo que vuelva a ser la misma. No le queda nada. –Empezó a llorar otra vez, y Erica se levantó y le dio otro trozo de papel de cocina.

–¿Qué vais a hacer ahora?

–Continuar. Gösta y yo iremos a Gotemburgo mañana para seguir una pista. Además, Pedersen nos hará llegar el resultado de la autopsia por la mañana. Tenemos que seguir trabajando como antes. O con más empeño aún.

–¿Y los periódicos?

–No podemos impedirles que escriban. Pero te prometo que nadie de la comisaría volverá a hablar con ellos en esta fase. Mellberg tampoco. Si lo hace, lo comunicaré a la autoridad policial de Gotemburgo. Podría añadir otras cosas, además.

–Pues sí, yo en tu lugar lo haría –dijo Erica–. ¿Quieres quedarte aquí un rato o prefieres que nos vayamos a la cama?

–Mejor nos acostamos. Quiero abrazarte muy fuerte. ¿Puede ser? –Le rodeó la cintura con el brazo.

–Por supuesto que puede ser.

Fjällbacka, 1871

El examen del doctor fue de lo más extraño. Ella nunca había estado enferma y no estaba acostumbrada a la sensación de las manos de un hombre desconocido recorriéndole el cuerpo. Pero la presencia de Dagmar la tranquilizó y, una vez terminado el reconocimiento, el doctor les aseguró que todo parecía en orden y que lo más probable era que Emelie tuviera un hijo sano.

Cuando salieron de la consulta, sintió que la invadía la dicha.

–¿Tú crees que será niña, o niño? –preguntó Dagmar. Se detuvieron un instante para recobrar el aliento y, con mucho cariño, le puso la mano en el vientre.

–Creo que será un niño –dijo Emelie. Estaba totalmente segura. No era capaz de explicar por qué tenía la certeza de que quien daba aquellas pataditas enérgicas era un niño, pero lo sabía.

–Un niño. Sí, a mí también me parece que es una barriga de niño.

–Solo espero que no… –Emelie no terminó la frase.

–Esperas que no se parezca a su padre.

–Sí –susurró Emelie, y sintió que se esfumaba toda la alegría. La sola idea de volver al barco con Karl y Julian y de regresar a la isla le infundía deseos de huir.

–Karl no lo ha tenido fácil en la vida. Su padre no lo trató bien.

Emelie quería preguntar a qué se refería, pero no se atrevió. Sin poder evitarlo, empezó a llorar y, avergonzada, trató de secarse las lágrimas con la manga. Dagmar la miró muy seria.

–Según el médico, la cosa no está nada bien –dijo.

Emelie la miró desconcertada.

–Pero…, si ha dicho que todo estaba en orden.

–No, todo lo contrario. Hasta el punto de que tienes que guardar cama el resto del embarazo, y además, cerca del médico, por si necesitas ayuda urgente. Así que lo del viaje en barco es imposible.

–Sí, no... –Emelie empezaba a comprender lo que quería decir, pero no se atrevía a creerlo del todo–. No, claro, no estoy nada bien. Pero ¿dónde voy a…?

–Yo tengo una habitación vacía. Al médico le ha parecido una buena idea que te quedaras conmigo, así tienes quien te cuide.

–Sí –dijo Emelie, y empezó a llorar otra vez–. Pero ¿no será mucha molestia? No tenemos posibilidad de pagarle.

–No es necesario. Soy una anciana y vivo sola en una casa enorme, así que me alegro de tener compañía. Y me alegro de ayudar a que una criatura venga al mundo. Sería una gran satisfacción para mí.

–O sea que el médico ha dicho que no estoy bien –repitió Emelie atemorizada cuando ya se acercaban a la plaza.

–No, no estás nada bien. Derecha a la cama, eso es lo que ha dicho. De lo contrario, todo saldrá mal.

–Sí, eso ha dicho –dijo Emelie, pero al ver a Karl a lo lejos, empezó a acelerársele el corazón.

Cuando las vio venir, se les acercó impaciente.

–Pues sí que ha llevado tiempo. Tenemos montones de cosas que hacer y tenemos que volver pronto a casa.

Normalmente no tenéis tanta prisa en volver, pensó Emelie. Cuando podían pasarse por el Abelas no les importaba volver tarde a la isla. De repente apareció Julian detrás de él y, por un instante, la invadió un pánico tal que creyó que se caería muerta allí mismo. Luego notó el apoyo de un brazo que se le agarraba.

–Ni hablar –dijo Dagmar con voz serena y firme–. El médico le ha mandado reposo, tiene que guardar cama. E iba muy en serio.

Karl se quedó pasmado. Miraba a Emelie, que casi podía ver el torbellino de ideas que le rondaban la cabeza como ratas. Sabía que no estaba preocupado por ella, sino que trataba de valorar las consecuencias de lo que su tía acababa de decir. Emelie callaba. Se balanceaba levemente adelante y atrás, porque le dolían los pies y la espalda después del paseo.

–Eso no puede ser –dijo Karl al fin, y Emelie vio que las ratas seguían dándole vueltas y más vueltas en la cabeza–. ¿Quién se hará cargo de las tareas de la casa?

–Ah, eso, bueno, vosotros os arregláis bien solos, estoy segura –dijo Dagmar–. Seguro que sabéis cocer unas patatas y freír un poco de pescado. No creo que vayáis a moriros de hambre.

–Pero ¿dónde va a vivir Emelie, tía? Nosotros tenemos que cuidar del faro, así que yo no puedo venirme aquí. Y no podemos permitirnos alquilar una habitación para ella en el pueblo, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero? –Empezaba a ponerse rojo de ira y Julian lo miraba con encono.

–Emelie puede vivir conmigo. Por mí, encantada de tener compañía, y desde luego, no quiero que me pagues nada. Estoy

segura de que a tu padre le parecerá perfecto, pero si quieres puedo hablar con él.

Karl la miró unos segundos. Luego, apartó la vista.

–No, está bien –murmuró–. Gracias, muy amable.

–Para mí es un placer. Y vosotros os arregláis solos en la isla, ya veréis.

Emelie no se atrevía ni a mirar a su marido de reojo. No podía esconder la sonrisa que se le había dibujado en los labios. Gracias, gracias, Dios mío. No tenía que volver a la isla.

–¿Tú también te has pasado la noche despierto? –Gösta vio las ojeras de Patrik. Eran tan pronunciadas como las suyas.

–Sí –dijo Patrik.

–Pronto te sabrás el camino de memoria. –Miró hacia Torp cuando se dirigían a Gotemburgo.

–Pues sí.

Gösta comprendió el mensaje y puso la radio. Llegaron al cabo de algo más de una hora oyendo música pop.

–¿Parecía dispuesto a colaborar cuando llamaste? –preguntó Gösta. Sabía por experiencia que la colaboración entre los distritos policiales dependía esencialmente de con quién trataras. Si dabas con un cascarrabias podía resultar casi imposible obtener información.

–Parecía amable. –Patrik se adelantó y se dirigió a recepción–. Patrik Hedström y Gösta Flygare. Estamos citados con Ulf Karlgren.

–Soy yo. –Oyeron a su espalda una voz estentórea y vieron a un hombre robusto con cazadora de cuero negro y botas de vaquero–. He pensado que podríamos hablar en la cafetería. Mi despacho es muy pequeño. Y el café aquí es mejor.

–Claro –dijo Patrik, mirando de arriba abajo la pinta extraordinaria de aquel hombre. Lo del atuendo reglamentario era algo que Ulf Karlgren no sabía ni deletrear, según comprendió cuando Karlgren se quitó la cazadora y dejó al descubierto una camiseta desgastada con la leyenda AC/DC.

–Por aquí.

Ulf se encaminó a grandes zancadas a la cafetería, y Patrik y Gösta lo siguieron como pudieron. Al verlo por detrás constataron que compensaba la escasez de pelo de las entradas con una larga cola de caballo. Y, naturalmente, en el bolsillo trasero se adivinaba una caja de rapé.

–¡Hola, chicas! ¡Vaya día más bonito! –Ulf les hizo un guiño a las mujeres de detrás del mostrador, que soltaron una risita. ¿Tenéis algo rico que ofrecer hoy? Este tipo hay que mantenerlo. –Ulf se dio una palmada en la enorme barriga que se perfilaba debajo de la camiseta y, sin saber por qué, Patrik pensó en Mellberg. Aunque no había otras similitudes. Ulf irradiaba mucha más simpatía–. Un pastel de mazapán para cada uno –dijo Ulf señalando unas creaciones gigantescas de color verde.

Patrik empezó a protestar, pero Ulf no le hizo el menor caso.

–A ti te hacen falta algunos kilos –insistió poniendo los pasteles en la bandeja.

–Y tres cafés.

–Pero no tienes que… –comenzó Patrik al ver que Ulf sacaba la tarjeta de una cartera negra desgastada.

–Bah, os invito. Venga, vamos a sentarnos.

Lo siguieron hasta una mesa y se sentaron. La expresión de Ulf, hasta entonces alegre, se volvió seria de pronto.

–Queríais información sobre alguna de las bandas de moteros, ¿no es eso?

Patrik asintió. Le explicó brevemente lo ocurrido hasta el momento y lo que habían averiguado: que un testigo había visto

cómo un grupo de moteros que llevaban un águila en la espalda de la cazadora agredían a Mats Sverin.

–Sí, parece verosímil. Podrían ser IE.

–¿IE? –Gösta ya se había comido el pastel. Patrik no comprendía dónde echaba todo lo que engullía. Estaba flaco como un galgo.

–Los «Illegal Eagles». –Ulf puso cuatro azucarillos en la taza y empezó a remover despacio–. Son los número uno de las bandas de la zona. Los más crueles, los más feos y los más implacables de todos.

–Joder.

–Si son ellos, yo iría con mucho cuidado. Aquí hemos tenido con ellos varios enfrentamientos algo desastrosos.

–¿A qué se dedican? –preguntó Patrik.

–A casi todo. Drogas, prostitución, protección de delincuentes, extorsión. Es más sencillo enumerar a qué no se dedican.

–¿Cocaína?

–Sí, desde luego. Pero también heroína, anfetaminas y anabolizantes.

–¿Has tenido tiempo de comprobar si Mats Sverin figuraba en vuestras investigaciones? –preguntó Patrik.

–El nombre nos es desconocido. –Ulf meneó la cabeza–. No tiene por qué significar que no esté involucrado de alguna manera, pero no ha tenido nada que ver con nosotros.

–En realidad, no encaja en el perfil. Quiero decir, en el de motero. –Gösta se acomodó en la silla, satisfecho después del pastel.

–Bueno, los moteros son el núcleo, pero a su alrededor hay de todo, en particular, en lo relativo a las drogas. Algunas de las

investigaciones nos han llevado a las esferas más altas de la sociedad.

–¿Es posible ponerse en contacto con ellos? –Patrik apuró el último trago de café.

Ulf se levantó enseguida para servirle otro.

–La segunda taza va incluida –dijo cuando volvió–. Como te decía, no os recomiendo el contacto directo con esos señores. Tenemos unas experiencias muy desagradables, así que si podéis empezar por otro sitio, quizá hablar con personas del entorno de Sverin, os aconsejaría que lo hicierais.

–Comprendo –dijo Patrik–. ¿Quién es el cabecilla de los IE?

–Stefan Ljungberg. Un antiguo nazi que puso en marcha el grupo IE hace diez años. Ha pasado varias temporadas en la cárcel, desde que cumplió los dieciocho, y antes, el reformatorio. Bueno, ya conocéis el tipo.

Patrik asintió, pero debía reconocer que no era aquel la clase de delincuente al que estaba acostumbrado. En Fjällbacka los cacos parecían inofensivos en comparación con aquello.

–¿Qué podría impulsarlos a ir a Fjällbacka a meterle una bala en la cabeza a alguien? –Gösta miraba a Ulf con atención.

–Hay montones de posibilidades. La principal razón de que te llenen la cabeza de plomo es que quieras dejar la banda. Aunque no parece que ese sea el caso, así que podría ser cualquier cosa. Que los hayan engañado en algún negocio de droga, que teman que alguien se vaya de la lengua. De ser así, la agresión puede interpretarse como un aviso. Pero es imposible adivinarlo. Puedo hablar con los colegas, por si han oído algo. Por lo demás, os

recomiendo que indaguéis en el entorno de Sverin. Generalmente, saben más de lo que creen.

Patrik dudaba. Precisamente, ese había sido el gran problema de la investigación, que nadie parecía saber mucho sobre Mats Sverin.

–Bueno, pues gracias por la ayuda –dijo, y se levantó.

Ulf le estrechó la mano con una sonrisa.

–De nada. Nos encanta echar una mano, si podemos. Llamadme si queréis saber algo más.

–Seguro que sí –dijo Patrik. Había tantas cosas lógicas en aquella pista… Y, al mismo tiempo, había montones de cosas que no encajaban. Sencillamente, no se aclaraba con aquel caso. No se aclaraba con quién era Mats Sverin en realidad. Y el disparo del día anterior seguía resonándole en la cabeza.

–¿Qué hacemos? –Martin asomó la cabeza por la puerta del despacho de Paula.

–No lo sé. –Se sentía tan abatida como Martin.

Los sucesos del día anterior les habían afectado a todos. A Mellberg ni siquiera lo habían visto. Se había encerrado en su despacho, y mejor así. Tal y como se sentían en aquellos momentos, les costaría mucho no mostrarle su desprecio. Por suerte, Paula tampoco lo había visto en casa. Cuando llegó la tarde anterior, él ya estaba en la cama, y cuando se levantó aún seguía durmiendo. Rita había tratado de hablar con ella de lo ocurrido en el desayuno, pero Paula le dejó muy claro que no se encontraba de humor. Y Johanna ni siquiera lo había intentado. Simplemente, se dio media vuelta y le

dio la espalda cuando Paula se metió en la cama. El muro que las separaba era cada vez más alto. Paula sentía en la boca una sequedad como de pánico, y se la tragó con un poco de agua del vaso que tenía en el escritorio. No tenía fuerzas para pensar en Johanna en aquellos momentos.

–¿No hay nada que podamos hacer mientras están fuera? – Martin entró y se sentó.

–Bueno, Lennart iba a decirnos algo hoy mismo –le recordó Paula. Había dormido mal y, por mucho que comprendiera la impaciencia de Martin, estaba demasiado cansada para tomar ninguna iniciativa. En aquellos momentos le daba vueltas la cabeza. Pero Martin la miraba con exigencia.

–¿Y si lo llamamos? Quizá haya terminado, ¿no crees? – dijo, y sacó el móvil.

–No, no, ya llamará él cuando esté listo. Estoy segura.

–Vale. –Martin volvió a guardar el móvil en el bolsillo–. Pero entonces, ¿qué hacemos? Patrik no nos dijo nada antes de irse. Y no podemos quedarnos aquí sentados, ¿no?

–No lo sé. –Paula empezaba a irritarse. ¿Por qué tenía que dar ella las órdenes? Tenía prácticamente la misma edad que Martin, y además, él llevaba más años en aquella comisaría, aunque ella tuviera experiencia de haber trabajado en Estocolmo. Respiró hondo. No tenía ningún derecho a pagar la frustración con Martin.

–Pedersen iba a enviar hoy el informe de la autopsia. Podemos empezar con eso, supongo. Puedo llamarlo y preguntarle si ya tiene resultados que nos pueda contar.

–Sí, así tendré con qué seguir trabajando. –Martin parecía un cachorro feliz al que habían dado una palmadita, y Paula no pudo por menos de sonreír. Era imposible enfadarse con él.

–Lo llamo ahora mismo.

Martin la miraba expectante mientras ella marcaba el número. Pedersen debía de estar junto al teléfono, porque respondió al primer tono.

–Hola, soy Paula Morales, de Tanumshede. ¿Lo tienes? ¡Qué bien! –Señaló hacia arriba con el pulgar–. Claro, envíalo por fax, pero ¿no puedes resumirnos algo? –Paula asentía e iba anotando en el bloc que tenía en el escritorio.

Martin estiraba el cuello tratando de leer lo que escribía, pero se rindió al cabo de un instante.

–Mmm…, ajá…, de acuerdo. –Iba escribiendo mientras escuchaba. Muy despacio, colgó el auricular. Martin la miraba fijamente.

–¿Qué ha dicho? ¿Algo que nos sirva?

–Bueno, no exactamente. Me ha confirmado lo que ya sabíamos. –Leyó las notas–. Que a Mats Sverin le dispararon en la nuca con un arma de nueve milímetros. Un disparo. Y que debió de morir en el acto.

–¿Y la hora?

–Buenas noticias. Ha podido establecer que Mats murió en algún momento durante la noche del viernes.

–Estupendo. ¿Y qué más?

–No había rastro de estupefacientes en la sangre.

–¿Nada?

Paula negó con un gesto.

–No, ni siquiera nicotina.

–Bueno, puede que traficara con ella.

–Sí, claro, puede ser, pero la verdad, empiezo a preguntarme… –Miró de nuevo las notas–. Lo más interesante es ver si la bala coincide con alguna de las armas que tenemos en los registros. Si existe algún vínculo con otro delito, sería mucho más sencillo localizar el arma que usaron. Y, seguramente, al asesino.

De repente, Annika apareció en la puerta.

–Han llamado de Salvamento Marítimo. Han encontrado el barco.

Paula y Martin se miraron. No tenían que preguntar a qué barco se refería.

Tenía el equipaje hecho. En el preciso instante en que recibió la postal, supo lo que tenía que hacer. Ya no era posible huir. Era consciente de los peligros que aguardaban, pero tan peligroso sería huir como quedarse. Quizá los niños y ella tendrían más posibilidades si volvían voluntariamente.

Madeleine se sentó en la maleta para poder cerrarla. Una sola maleta, no pudo llevarse más. Y allí dentro llevaba toda una vida. Aun así, iba llena de esperanza cuando subió al tren de Copenhague con los niños y la maleta. Pena y dolor por lo que dejaba, pero felicidad por lo que tendría.

Contempló el estudio. Era viejo, con una sola cama, donde los niños se habían empeñado en dormir, aunque estrechos. Y un colchón en el suelo, donde dormía ella. No era gran cosa, pero por

un tiempo fue un paraíso. Era de ellos tres y era su seguridad. Ahora se había convertido en una trampa. No podían quedarse allí. Mette le había prestado dinero para los billetes sin hacer preguntas. Tal vez estuviera comprando su propia muerte, pero ¿acaso tenía elección?

Muy despacio, se levantó, y guardó la postal en el viejo bolso ajado que tenía. Aunque lo que quería era partirla en mil pedazos y tirarla al retrete y verla desaparecer, sabía que tenía que guardarla como recordatorio. Para no arrepentirse.

Los niños estaban en casa de Mette. Se fueron allí cuando llevaban un rato jugando en el jardín, y Madeleine se alegró de disponer de un poco más de tiempo a solas antes de contarles que volvían a su hogar. Para ellos, la palabra hogar no tenía ningún valor positivo. Solo les habían quedado cicatrices, tanto externas como internas, de lo que la gente llama «hogar». Esperaba que comprendieran que ella los quería, que nunca haría nada que pudiera perjudicarlos, pero que no le quedaba otra opción. Si los encontraban mientras estaban huyendo, si los atrapaban en la madriguera, ninguno se salvaría. Eso era lo único que sabía. La única salida de los conejillos era volver con el zorro.

Le dolían las articulaciones y se levantó a duras penas. Tenían que salir pronto, no podía postergar lo inevitable por más tiempo. Los niños lo comprenderían, se dijo. Solo deseaba poder creérselo ella misma.

–Ya me he enterado de lo de Gunnar –dijo Anna.

Miraba como un pajarillo a Erica, que trató de esbozar una sonrisa.

–No debes pensar en esas cosas ahora. Ya tienes bastante con lo tuyo.

Anna frunció el entrecejo.

–No sé. Por extraño que parezca, a veces encontramos alivio cuando podemos sentir pena de otro, en lugar de sentirla de uno mismo.

–Sí, para Signe debe de ser horrible. Ahora está totalmente sola.

–¿Cómo se lo ha tomado Patrik? –Anna subió las piernas al sofá. Los niños estaban en la escuela y en la guardería, y los gemelos dormían su siesta de media mañana en el cochecito.

–Ayer estaba muy afectado –dijo Erica, y alargó el brazo en busca de un bollo de canela.

Los había hecho Belinda, la hija mayor de Dan. Empezó a aficionarse en la época en que tuvo un novio al que le gustaban las mujeres hacendosas. El novio había pasado a la historia, pero ella seguía haciendo bollos, y había que reconocer que tenía un talento natural para ello.

–Por Dios, están buenísimos –dijo Erica encantada.

–Sí, a Belinda se le da estupendamente la repostería. Dan dice que se ha portado de maravilla con los pequeños.

–Sí, ha estado disponible siempre que ha hecho falta.

Era cierto que Belinda tenía una pinta salvaje, con el pelo teñido de negro, las uñas negras y todo ese maquillaje… Pero cuando Anna se encerró en sí misma, ella acogió a sus hermanos bajo sus alas, incluidos Adrian y Emma.

–Bueno, no fue culpa de Patrik –dijo Anna.

–No, ya lo sé, y eso es lo que yo intentaba decirle. A quien habría que culpar es a Mellberg, pero no sé por qué, Patrik siempre asume la responsabilidad de todo. Él y Gösta estaban en casa de Gunnar cuando se suicidó, y dice que debería haber notado algo.

–Pero ¿cómo iba a notarlo? –dijo Anna–. La gente no avisa de que piensa quitarse la vida. Yo había pensado varias veces… –Se interrumpió y miró a Erica.

–Tú nunca harías algo así, Anna. –Erica se inclinó hacia su hermana y la miró a los ojos–. Has pasado mucho, más que la mayoría, y de haber querido, ya lo habrías hecho. Eso no va contigo.

–¿Y eso cómo se sabe?

–Se sabe porque no has bajado al sótano, no te has puesto una escopeta en la boca y no has disparado.

–No tenemos escopeta –dijo Anna.

–No te hagas la tonta. Ya sabes a qué me refiero. No te has arrojado delante de un coche en marcha, no te has cortado las venas, no te has atiborrado de somníferos o lo que sea. No has hecho nada de eso porque eres más fuerte.

–No sé si es fortaleza –murmuró Anna–. Yo creo que es preciso ser muy valiente para apretar el gatillo.

–En realidad, no. Solo se precisa un instante de valor. Luego se acabó, y los demás, que recojan los restos, si me permites la expresión. Para mí eso no es valor. Es cobardía. Gunnar no pensó en Signe en ese instante. De haberla tenido presente, no lo habría hecho, sino que habría mostrado el valor suficiente para quedarse y

ayudarse mutuamente. Cualquier otra salida es propia de un cobarde, y eso no es lo que has elegido tú.

–Según esa de ahí, todo se arregla si empiezas a hacer yoga, dejas de comer carne y respiras hondo cinco minutos al día. – Anna señaló al televisor, donde una entusiasta gurú de la salud explicaba cuál era el único camino de la felicidad y el bienestar.

–¿Cómo puede nadie encontrar la felicidad sin comer carne? –preguntó Erica.

Anna no pudo contener una carcajada.

–Joder, qué payasa eres –dijo, y le dio a Erica un codazo en el costado.

–Mira quién fue a hablar, con la pinta de conejillo de Indias que tienes.

–Eso ha sido un golpe bajo. –Anna le lanzó el cojín con todas sus fuerzas.

–Lo que sea, con tal de hacerte reír –dijo Erica en voz baja.

–Bueno, era cuestión de tiempo –constató Petra Janssen. Las náuseas subían y bajaban por la garganta, pero dado que era madre de cinco hijos, había desarrollado un alto grado de tolerancia hacia los olores repugnantes.

–Pero no ha sido ninguna sorpresa. –Konrad Spetz, colega de Petra de toda la vida, parecía tener más dificultades a la hora de aguantarse las ganas de vomitar.

–Ya, pero los colegas de narcóticos llegarán en cualquier momento, seguro.

Salieron del dormitorio. El olor los siguió, pero en la planta baja, donde se encontraba la sala de estar, resultaba más fácil respirar. Una mujer de unos cincuenta años lloraba desconsolada en un sillón, mientras que una de las colegas más jóvenes trataba de consolarla.

–¿Lo ha encontrado ella? –preguntó Petra señalando a la mujer.

–Sí, es la asistenta de los Wester. Suele venir a limpiar una vez por semana, pero si se iban de viaje, solo tenía que venir cada dos semanas. Y hoy, cuando llegó, se encontró…, bueno… –Konrad carraspeó.

–¿Y la mujer y el niño, los hemos encontrado? –Petra había sido la última en llegar. En realidad, era su día libre, y estaba en el parque de atracciones de Grönalund cuando la llamaron pidiéndole que se personara.

–No. Al parecer, según la asistenta, pensaban irse a Italia. Y pasarían allí todo el verano.

–Tendremos que comprobar el vuelo. Con un poco de suerte, estará tan tranquila tomando el sol en estos momentos –dijo Petra, pero con una expresión de amargura. Sabía perfectamente quién era la persona que estaba arriba, en la cama. Y sabía de quiénes se rodeaba. Y las posibilidades de que la mujer y el niño estuvieran disfrutando del sol eran mucho menores que las de que estuvieran muertos y enterrados en algún rincón del bosque. O en el fondo de la bahía de Nybroviken.

–Sí, ya hay varios colegas en ello.

Petra asintió satisfecha. Ella y Konrad llevaban más de quince años trabajando juntos y funcionaban mejor que muchos matrimonios, pero vistos desde fuera, constituían una pareja de lo

más desigual. Con más de metro ochenta de estatura y un cuerpo exuberante de tantos embarazos, Petra le sacaba la cabeza a Konrad, que no solo era bajito, sino también menudo. Y su aspecto asexual la hacía preguntarse si su compañero sabría siquiera cómo venían los niños al mundo. En todo el tiempo que llevaban juntos, jamás lo oyó hablar de ningún tipo de relación amorosa, ni con hombres ni con mujeres. Tampoco es que ella le hubiese preguntado. Lo que tenían en común era una inteligencia aguda, un carácter seco y una entrega profesional que habían logrado conservar pese a todas las reorganizaciones, los jefes inútiles que designaban los políticos y todas las decisiones policiales absurdas.

–Tendremos que emitir una orden de búsqueda y hablar con los chicos de estupefacientes –añadió Konrad.

–Los chicos y las chicas –lo corrigió Petra.

Konrad exhaló un suspiro.

–Sí, Petra, los chicos *y* las chicas.

Petra tenía cinco hijas, y para ella la igualdad de la mujer era un tema delicado. Sabía que, en realidad, Petra pensaba que las mujeres eran superiores a los hombres, y si él hubiera tenido algo de temerario, le habría preguntado si, en el fondo, eso no era igual de discriminatorio. Pero él era más listo que todo eso y se guardaba sus opiniones.

–Menuda marranada lo de ahí arriba. –Petra meneó la cabeza.

–Parece que efectuaron varios disparos. La cama está llena de agujeros de bala. Y Wester también.

–¿Cómo puede nadie pensar que merece la pena hacer tantos disparos? –Paseó la mirada por la sala de estar, agradable y

luminosa, y meneó la cabeza otra vez–. Bueno, esta es la casa más maravillosa que he visto, y seguro que llevaban una vida de lujo en todos los sentidos, pero ellos mismos saben que estas cosas se joden tarde o temprano. Y luego acaba uno en la cama, entre sábanas de seda, y se pudre traspasado como un colador.

–Sí, es ese tipo de cosas que los currantes como tú y como yo no comprendemos. –Konrad se levantó del sofá blanco y mullido donde se encontraba y se dirigió al recibidor–. Parece que los colegas de estupefacientes ya están aquí.

–Bien –dijo Petra–. Pues vamos a ver lo que nos cuentan los chicos.

–Y las chicas –añadió Konrad, sin poder ocultar una sonrisa.

–¿Qué hacemos? –preguntó Gösta resignado–. No ha sido una gran idea hablar con esta gente.

–No –reconoció Patrik–. En fin, lo guardaremos como último recurso.

–¿Pero qué hacemos? Creemos que la banda de los Illegal Eagles es la responsable de la agresión y quizá también del asesinato, pero no nos atrevemos a hablar con ellos. Vaya policías. –Gösta meneó la cabeza.

–Vamos a volver al lugar donde trabajaba Mats cuando le agredieron. Hasta ahora solo hemos hablado con Leila, pero ya veremos lo que los demás compañeros tienen que decir. Es el único camino, tal y como están las cosas. –Puso el coche en marcha y se dirigió a Hisingen.

Los recibieron enseguida, pero Leila los miró con hastío al verlos entrar.

–Queremos ayudar, desde luego, pero no sé qué creéis que vais a sacar en claro con tanta visita. –Hizo un gesto de resignación–. Hemos facilitado el material y respondido a todas las preguntas. Sencillamente, no sabemos nada más.

–Quisiera hablar con los demás empleados. Aquí había dos personas más, ¿no? –preguntó Patrik con voz suave, pero firme. Comprendía que para ellos era una molestia tenerlos por allí a todas horas, pero al mismo tiempo, Fristad era el único lugar donde podían encontrar algo más de información. Mats seguía siendo una página en blanco, y la asociación a la que tanto se entregó podría ser una fuente fiable para empezar a escribirla.

–Vale, podéis sentaros en la sala de personal –dijo Leila con un suspiro, y señaló hacia la puerta de la derecha–. Le diré a Thomas que vaya y que avise a Marie cuando hayáis terminado con él. –Se pasó el pelo detrás de la oreja–. Luego me gustaría disfrutar de un poco de tranquilidad, a ver si podemos trabajar. Comprendemos perfectamente que la Policía tiene que investigar el asesinato, y lo sentimos mucho por la familia de Matte, pero nuestro trabajo es importante y no tenemos mucho más que añadir. Matte estuvo trabajando aquí cuatro años, pero ni siquiera nosotros sabíamos mucho de su vida privada, y ninguno tenemos ni idea de quién pudo matarlo. Además de que ha ocurrido después de que dejara su puesto aquí y se fuera de la ciudad.

Patrik asintió.

–Lo comprendo. En cuanto hayamos hablado con los demás empleados, trataremos de no molestar más.

–Lo agradezco muchísimo, y no quisiera parecer desagradable. –Se fue a su despacho, y Patrik y Gösta se instalaron en la sala de personal.

Al cabo de unos minutos llegó un hombre alto y moreno de unos treinta y cinco años. Patrik lo había visto de pasada en las visitas anteriores, pero nunca habían hablado.

–¿Tú trabajabas con Mats? –Patrik se inclinó con los codos apoyados en las rodillas y las manos cruzadas.

–Sí, empecé poco después de que él llegara, así que estuvimos juntos casi cuatro años.

–¿Os veíais fuera del trabajo? –preguntó Patrik.

Thomas negó con un gesto. Lo miraba sereno con sus ojos castaños, y respondió sin tener que pensarlo mucho.

–No, Matte era muy reservado. En realidad, no sé con quiénes se relacionaba, salvo con el sobrino de Leila. Pero parece que luego perdieron el contacto.

Patrik suspiró para sus adentros. Era lo mismo que decían todos los que conocían a Mats.

–¿Sabías si tenía algún problema? Personal o laboral –intervino Gösta.

–No, nada –respondió Thomas rápidamente–. Matte era siempre… Matte. Increíblemente tranquilo y estable, jamás estallaba por nada. Si algo hubiera ido mal, se le habría notado. –Miraba a Patrik sin pestañear.

–¿Y cómo se enfrentaba a las situaciones que se os presentaban aquí?

–Pues, como es natural, a todos los que trabajamos aquí nos afecta enormemente el destino de las personas a las que conocemos en este contexto. Al mismo tiempo, era importante guardar cierta distancia, de lo contrario, no aguantaríamos. Matte lo llevaba muy bien. Era cálido y compasivo sin implicarse demasiado.

–¿Tú cómo viniste a trabajar aquí? Por lo que tengo entendido, Fristad es la única asociación de ayuda a mujeres maltratadas que contrata hombres, y Leila nos explicó lo concienzuda que es a la hora de elegiros –dijo Patrik.

–Sí, Leila ha recibido muchísimas críticas por Matte y por mí. A Matte lo conoció a través de su sobrino, eso quizá ya lo sepáis. Mi madre es la mejor amiga de Leila, y yo la conozco desde que era pequeño. Cuando volví a Suecia después de haber trabajado de voluntario en Tanzania, me preguntó si no me gustaría trabajar aquí. No me arrepiento ni por un segundo. Aunque es una responsabilidad enorme. Si cometo algún error, aquellos que son contrarios al hecho de que haya hombres en las asociaciones de mujeres maltratadas se saldrán con la suya.

–¿Sabes si Mats tuvo algún contacto más estrecho con alguien? –Patrik escrutó el semblante de Thomas por ver si ocultaba algo al responder, pero seguía igual de sereno.

–No, está totalmente prohibido, entre otras razones por lo que acabo de decir. Debemos mantener una relación estrictamente profesional con las mujeres y con sus familias. Es la regla número uno.

–¿Y Mats la cumplía? –preguntó Gösta.

–Todos la cumplimos –respondió Thomas, ligeramente molesto–. Una actividad como la nuestra se mantiene gracias a la buena fama. El menor paso en falso puede ser fatal y llevar, por ejemplo, a que Asuntos Sociales interrumpa de inmediato la colaboración. Lo que, a la larga, perjudica a las personas a las que tratamos de ayudar. Y como ya he intentado explicaros, los hombres tenemos una responsabilidad aún mayor. – Thomas hablaba cada vez con más acritud.

–Es nuestro deber hacer estas preguntas –dijo Patrik para quitarle hierro al asunto.

Thomas asintió.

–Sí, lo sé. Perdonad si parece que me he enfadado. Es que es tan importante que nada ensombrezca nuestro trabajo, y sé que Leila está muy preocupada por el modo en que todo esto pueda afectar a la asociación. Tarde o temprano, alguien empezará a pensar que no hay humo sin fuego, y a partir de ahí, todo puede venirse abajo. Leila ha corrido grandes riesgos para poner en marcha Fristad, y para gestionarla de un modo distinto.

–Lo comprendemos perfectamente. Pero tenemos la obligación de hacer preguntas incómodas. Como por ejemplo, esta. –Patrik tomó impulso–. ¿Observaste alguna vez que Mats consumiera drogas o traficase con ellas?

–¿Drogas? –Thomas se lo quedó mirando fijamente–. Sí, ya he leído los periódicos esta mañana. Aquí estamos escandalizados de toda la basura que decían. Es ridículo. La sola idea de que Matte hubiera estado implicado en algo así es absurda.

–¿Conoces a los IE? –Patrik se obligó a continuar, aunque tenía la clara sensación de estar hurgando en una herida abierta.

–¿Te refieres a los Illegal Eagles? Sí, por desgracia, sé quiénes son.

–Tenemos un testigo que asegura que fueron varios de sus miembros quienes enviaron a Mats al hospital de una paliza. No una pandilla de muchachos, como el propio Mats declaró.

–¿Que fueron los Illegal Eagles?

–Esa es la información que tenemos –dijo Gösta–. ¿Habéis tenido algo que ver con ellos?

Thomas se encogió de hombros.

–Bueno, la mujer de alguno ha pasado por aquí. Pero no hemos tenido más problemas que los que nos plantean otros idiotas, novios o maridos.

–¿Y Mats no fue el enlace de alguna de esas mujeres?

–No que yo sepa. La agresión debió de ser un caso de violencia no provocada. Seguramente, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

–Sí, esa fue su versión: lugar equivocado y momento equivocado.

Patrik oyó su propio escepticismo. Thomas debía de saber que aquel tipo de bandas criminales no se dedicaban a agredir a la gente de forma gratuita. ¿Por qué querría convencerlos de lo contrario?

–Bueno, pues eso es todo por ahora. ¿Tienes un teléfono al que podamos llamarte por si surge algo más? –preguntó Patrik sonriendo a medias.

–Claro. –Thomas garabateó un número en un papel y se lo entregó–. También queríais hablar con Marie, ¿no?

–Sí, por favor.

Estuvieron hablando en voz baja mientras esperaban. Gösta parecía haberse tragado todo lo que les había dicho Thomas, cuya versión le parecía totalmente fiable, pero Patrik dudaba. Claro que parecía sincero y honrado, y había respondido a sus preguntas sin titubear. Aun así, Patrik había percibido cierta duda en un par de ocasiones, pero era más una sensación que una observación.

–Hola. –Una mujer, más bien una jovencita, entró en la sala y los saludó con un apretón de manos. Las tenía un poco frías y sudorosas, y tenía rojeces en el cuello. A diferencia de Thomas, era evidente que estaba nerviosa.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? –comenzó Patrik.

Marie se pasaba la mano por la falda. Era bonita como una muñeca. Naricilla respingona, melena rubia y larga que le daba continuamente en la cara, con forma de corazón, y ojos azules. Patrik calculaba que tendría veinticinco años, pero no estaba seguro. A medida que pasaba el tiempo, le costaba cada vez más calcular la edad de la gente joven. Quizá un instinto de supervivencia, para poder creerse que él seguía teniendo veinticinco.

–Empecé hace poco más de un año. –Las rojeces se oscurecían cada vez más, y Patrik tomó nota de que de vez en cuando tragaba saliva, como si estuviera angustiada.

–¿Y estás a gusto? –Quería que se relajara, que no estuviera alerta. Gösta parecía haberle dejado el timón, y se había recostado en su asiento para escuchar tranquilamente.

–Sí, mucho. Es un trabajo muy enriquecedor; o, bueno, también es duro, pero de un modo enriquecedor, no sé si me entiendes. –

Hablaba atolondradamente, como si le costara explicarse.

–¿Qué opinión te merecía Mats como compañero de trabajo?

–Matte era un encanto. Todo el mundo lo quería. Los que trabajamos aquí y las mujeres. Con él se sentían seguras.

–¿Se implicó más de la cuenta con alguna de las mujeres?

–No, no, esa es la regla número uno, no puedes tomártelo como algo personal. –Marie meneó la cabeza con tal vehemencia que se le movió la melena entera.

Patrik miró de reojo a Gösta, para ver si a él también le parecía que aquel era un tema muy delicado. Pero Gösta estaba extrañamente tenso. Patrik lo miró. Pero ¿qué le pasaba?

–Oye…, tengo que… ¿Podemos hablar un momento? A solas. –Le tiró a Patrik de la manga de la camisa.

–Claro, ¿quieres que…? –Hizo un gesto hacia la puerta, y Gösta asintió.

–¿Nos perdonas un momento? –dijo Patrik, y Marie no se opuso, aliviada al ver que se interrumpía el interrogatorio.

–¿Qué te pasa? Justo ahora que estábamos a punto de averiguar algo –lo reprendió Patrik cuando estaban en el pasillo.

Gösta se miraba los zapatos. Después de carraspear un par de veces, miró a Patrik con cara de espanto.

–Es que creo que he cometido una gran tontería.

Fjällbacka, 1871

Fue el tiempo más maravilloso de su vida. Cuando Karl y Julian se alejaron de Fjällbacka en el barco rumbo a Gråskär comprendió lo que la vida en la isla le había hecho. Se sentía como si pudiera respirar por primera vez en mucho tiempo.

Dagmar la mimaba continuamente. Emelie se sentía avergonzada a veces al ver lo bien que la trataba y lo poco que tenía que trabajar. Trataba de ayudar con la limpieza, la colada y la comida, porque quería ser útil, no convertirse en una carga. Pero ella la apartaba y le ordenaba que descansara, y al final tuvo que doblegarse a aquella voluntad, que era más fuerte que la suya. Y claro que era agradable descansar, eso no podía negarlo. Le dolían la espalda y las articulaciones, y el bebé no paraba de dar pataditas. El cansancio era, pese a todo, lo que más notaba. Era capaz de dormir doce horas seguidas por la noche y luego echarse una siesta después del almuerzo, sin por ello sentirse espabilada cuando estaba despierta.

Le encantaba tener quien se ocupara de ella. Dagmar preparaba tés e infusiones exóticas que, según decía, le darían fuerzas, y la obligaba a comer las cosas más extrañas para fortalecerla. No parecían ser de gran ayuda, el cansancio no cedía, pero se daba cuenta de que a Dagmar le sentaba bien ser útil. Así que Emelie comía y bebía sin protestar todo lo que le servía.

Lo mejor de todo eran las noches. Entonces se sentaban en la salita y charlaban mientras tejían, hacían ganchillo y cosían ropita

para el bebé. A Emelie no se le daban muy bien las labores de aguja hasta que llegó a casa de Dagmar. Las criadas practicaban otras tareas. Pero Dagmar era muy habilidosa con la aguja y el hilo, y le enseñó todo lo que sabía. Los montones de mantas y ropita de bebé crecían sin parar. Allí estaban los gorritos, las camisitas, los calcetines y todo lo que un pequeñín necesitaba al principio. Lo más bonito era el centón, al que dedicaban un rato cada noche. En cada cuadro bordaban lo que se les ocurría. Lo que más le gustaba a Emelie eran los cuadros con malvarrosas. Al verlos, sentía una punzada en el corazón. Porque, por extraño que pareciera, a veces añoraba Gråskär. No a Karl y a Julian, a ellos no los echaba de menos ni un segundo, pero la isla se había convertido en una parte de ella.

Una noche trató de hablar de Gråskär con Dagmar, de aquella cosa tan singular que existía allí y de por qué nunca llegó a sentirse sola. Pero aquel era el único tema del que no podían hablar bien. Dagmar apretaba los labios y volvía la cara de un modo que indicaba que no quería escuchar. Tal vez no fuese tan extraño. A ella misma le parecía rarísimo cada vez que trataba de describirlo, pese a lo natural y obvio que le resultaba cuando estaba en la isla. Cuando se encontraba entre ellos.

Había otro asunto que nunca trataban. Emelie había intentado preguntar por Karl, por su padre y por su infancia. Pero entonces veía la misma expresión en el semblante de Dagmar. Lo único que le decía era que el padre de Karl siempre les había exigido mucho a sus hijos, y que Karl lo había decepcionado. No conocía los detalles, decía, y no quería hablar de cosas que, en realidad, no conocía. Así

que Emelie no insistió más. Se contentó con dejarse imbuir de la calma que reinaba en el hogar de Dagmar y sentarse por las noches a tejer calcetines para el bebé cuyo nacimiento se acercaba. Gråskär y Karl tendrían que esperar. Pertenecían a otro mundo, a otro tiempo. Ahora solo existía el sonido de las agujas y el hilo blanco que resplandecía a la luz de los candiles. La vida en la isla volvería a ser su realidad dentro de un tiempo. Aquello no era más que un sueño del que no tardaría en despertar.

–¿Cómo lo habéis encontrado? –Paula le dio la mano a Peter y subió a bordo del barco de Salvamento Marítimo.

–Recibimos un aviso de que había un bote encallado en una bahía.

–¿Y cómo es que no lo habéis encontrado antes, con lo que habéis buscado? –dijo Martin. Estaba entusiasmado en el barco. Sabía que era capaz de alcanzar los treinta nudos. Tal vez pudiera convencer a Peter de que acelerase un poco cuando estuvieran en alta mar.

–Hay montones de calas en el archipiélago –dijo Peter, preparándose para salir del muelle–. Es pura chiripa que encontremos algo.

–¿Y estáis seguros de que es ese barco?

–Conozco bien el barco de Gunnar.

–¿Y cómo lo traemos? –Paula oteaba el mar a través del cristal. No había salido mucho a navegar. Era maravilloso. Se volvió y miró hacia Fjällbacka, que ahora tenían a la espalda, y que se alejaba cada vez más.

–Lo remolcaremos. Pensaba traerlo después de comprobar que es su barco. Pero luego se me ocurrió que quizá quisierais examinarlo en el sitio.

–Bueno, no creo que encontremos gran cosa –dijo Martin. Pero salir a navegar un rato no es ninguna tontería. –Miró de reojo el acelerador, pero no se atrevió a preguntar. Habían aparecido

bastantes barcos a su alrededor y quizá no fuese muy buena idea forzarlo mucho, por más ganas que tuviera.

–Si quieres puedes venirte conmigo un día y probamos los caballos del motor –dijo Peter con una sonrisita, como si le hubiera leído el pensamiento.

–¡Me encantaría! –El semblante pálido de Martin se iluminó enseguida, y Paula meneó la cabeza: los niños y sus juguetes.

–Allí está –dijo Peter virando a estribor. En efecto. En una grieta se veía un bote de madera. Estaba intacto, pero parecía encallado–. Es el bote de Gunnar, estoy seguro –dijo Peter–. ¿Quién dará el salto?

Martin miró a Paula, que fingió no haber entendido la pregunta siquiera. Ella era una urbanita de Estocolmo. Saltar a tierra sobre aquellas rocas resbaladizas era una misión que le dejaba a Martin de mil amores. El colega trepó hasta la proa, agarró el cabo y esperó el momento exacto. Peter apagó el motor y ayudó a bajar del barco a Paula, que estuvo a punto de resbalar al pisar unas algas, pero por suerte logró recobrar el equilibrio. Martin se burlaría de ella durante siglos si se cayera al agua.

Caminaron con cuidado hasta el bote. Al verlo de cerca comprobaron que estaba intacto.

–¿Cómo coño ha venido a parar aquí? –preguntó Martin rascándose la cabeza.

–Parece que a la deriva –dijo Peter.

–¿Desde el puerto? –preguntó Paula, aunque por la expresión de Peter comprendió enseguida que era una pregunta estúpida.

–No –respondió Peter.

–Es que es de Estocolmo –explicó Martin, y Paula le lanzó una mirada de odio.

–En Estocolmo también hay archipiélago –observó Paula.

Martin y Peter enarcaron una ceja.

–Querrás decir un bosque inundado –dijeron los dos a la vez.

–Anda ya. –Paula rodeó el bote. Los habitantes de la costa oeste eran tan cerrados a veces... Pensaba abofetear al próximo que le dijera: «Aaaah, conque tú eres de la parte trasera de Suecia».

Peter subió a bordo de la *MinLouis* de un salto, y Martin ató un cabo al bote. Luego le hizo señas a Paula para que se acercara.

–Ven y empuja –dijo, y empezó a empujar el bote para sacarlo de la grieta.

Paula echó a andar con mucho cuidado por las rocas resbaladizas para ayudarle. Tras mucho esfuerzo, lograron soltarlo y el bote se deslizó suavemente por la superficie del agua.

–Eso es –dijo Paula, dirigiéndose a la embarcación de Salvamento Marítimo. De repente notó que se le doblaban las piernas, cayó y quedó empapada. Mierda. Sus colegas se estarían riendo de aquello siglos enteros.

Estaban con ella siempre. En cierto modo, le infundían seguridad, aunque casi nunca los veía de frente, sino más bien con el rabillo del ojo. A veces pensaba que el niño se parecía un poco a Sam, con el pelo rizado y ese destello travieso en los ojos. Aunque aquel niño era tan rubio como Sam era moreno. Y él también seguía siempre a su madre con la mirada.

Más que verla, Annie la sentía. Y oía ruidos: el arrastrar de los bajos de la falda por el suelo, las reprimendas al niño, las advertencias cuando veía algo que pudiera entrañar peligro. Era una madre un tanto sobreprotectora, igual que ella. La mujer había intentado hablar con ella alguna vez. Quería decirle algo, pero Annie se negaba a escuchar.

Al niño le gustaba estar con Sam. A veces sonaba como si Sam le respondiera, como si hablara, pero no estaba segura. No se atrevía a acercarse y escuchar, porque si estaban hablando, no quería molestarlos. A pesar de todo, eso le infundía esperanza. Llegaría el momento en que Sam volviera a hablarle a ella también. Aunque ella significara para él la seguridad, debía de asociarla a todas las cosas terribles que había vivido.

De repente sintió frío, pese a que la casa estaba caldeada. ¿Y si no estuvieran seguros allí? Quizá un día vieran aparecer un barco, que era lo que ella temía. Un barco lleno de la misma maldad que trataban de dejar atrás.

Sí, desde luego que se oían voces en el cuarto de Sam. El miedo desapareció tan rápido como había empezado a sentirlo. El niño rubio estaba hablando con Sam, y parecía que Sam le respondiera. El corazón le saltó en el pecho de alegría. Era tan difícil saber qué era lo correcto. Lo único que podía hacer era seguir su instinto, que se basaba en su amor a su hijo, y que le decía que debía darle tiempo y dejar que sanasen sus heridas tranquilamente.

No vendría ningún barco. Se lo repetía como un mantra mientras miraba por la ventana de la cocina. No vendría ningún barco. Sam estaba hablando, lo que significaba sin duda que volvería a ella. De

nuevo se oyó la voz del niño. Sonrió. Se alegraba de que hubiera hecho un amigo.

Patrik observó a Gösta, que empezó a rebuscar en el bolsillo de la cazadora.

–¿Tendrías la bondad de explicarme qué está pasando?

Tras hurgar un poco, Gösta encontró lo que estaba buscando y se lo dio a Patrik.

–¿Qué es esto? O, mejor dicho, ¿quién es esta? –Patrik miraba la foto que tenía en la mano.

–No lo sé. Pero lo encontré en casa de Sverin.

–¿Dónde?

Gösta tragó saliva.

–En el dormitorio.

–¿Podrías explicarme cómo es que lo tenías en el bolsillo de la cazadora?

–Pensé que podría ser interesante, así que me la guardé. Pero luego se me olvidó –dijo Gösta sumiso.

–¿Que lo olvidaste? –Patrik estaba tan furioso que empezó a verlo todo negro–. ¿Cómo has podido olvidar una cosa así? No hemos hecho otra cosa que hablar de lo poco que sabíamos de la vida de Mats, y de lo difícil que estaba resultando averiguar con quiénes se relacionaba.

Gösta se encogía por segundos.

–Ya, bueno, pero aquí lo tienes ahora. Más vale tarde que nunca, ¿no? –dijo tratando de esbozar una sonrisa.

–¿No tienes ni idea de quién es? –preguntó Patrik, mirando ya la foto con atención.

–Ni la más remota idea. Pero debió de ser alguien importante en su vida, y se me ha ocurrido que…, se me ocurrió cuando… –Señaló hacia la sala donde los aguardaba Marie.

–Vale la pena intentarlo. Pero no te creas que hemos terminado de hablar de esto, que lo sepas.

–Ya, ya me lo imagino. –Gösta bajó la vista, aunque parecía aliviado al ver que le concedía una paz provisional.

Entraron de nuevo en la habitación. Marie parecía tan nerviosa como cuando salieron.

Patrik fue derecho al grano.

–¿Quién es esta mujer? –Dejó la foto en la mesa, delante de Marie, que abrió los ojos de par en par.

–Madeleine. –Se llevó la mano a la boca, aterrada.

–¿Quién es Madeleine?

Patrik tamborileó con el dedo en la foto, para obligar a Marie a seguir mirando. La joven callaba y se retorcía en la silla.

–Esto es una investigación de asesinato, y tú posees información que podría ayudarnos a encontrar al asesino de Mats Sverin. Tú también querrás que lo encontremos, ¿verdad?

Marie los miraba compungida. Le temblaban las manos y la voz cuando por fin les contó todo. Sobre Madeleine.

Cuando los técnicos llegaron para examinar a fondo el bote, Paula y Martin volvieron a la comisaría. A Paula le habían prestado un par de

pantalones impermeables gigantescos y un forro polar de color naranja que tenían en las oficinas de Salvamento Marítimo, y pensó en fulminar con la mirada a todo el que pudiera venirle con una pulla. Subió enojada la calefacción del coche. El agua estaba helada y todavía tenía frío.

La radio estaba al máximo y apenas se oía el timbre del móvil de Martin, que bajó el volumen y respondió.

–¡Genial! ¿Podemos ir a verlo ahora mismo? Ya vamos de camino, podemos pararnos antes de llegar a la comisaría. – Concluyó la conversación y se volvió a Paula–. Era Annika. Lennart ha terminado de revisar los documentos y podemos pasarnos por allí ahora mismo si queremos.

–Perfecto –dijo Paula, un poco más animada.

Un cuarto de hora después aparcaban delante de las oficinas de ExtraFilm. Lennart estaba comiendo en el escritorio cuando entraron, pero apartó el bocadillo enseguida y se limpió las manos en una servilleta. Miró extrañado la vestimenta de Paula, pero fue lo bastante sensato como para no comentarla.

–Qué bien que hayáis podido pasaros –dijo.

Lennart irradiaba tanta calidez como su mujer, y Paula pensó que la niña que habían adoptado no sabía lo afortunada que era al haber dado con ellos.

–Qué guapa es –dijo señalando la foto de la pequeña que Lennart tenía en el corcho.

–Sí, es verdad. –Lennart sonrió encantado y señaló las dos sillas libres que tenía enfrente–. No sé si tiene mucho sentido sentarse. Lo he revisado todo tan minuciosamente como he podido, pero no hay

mucho que contar. Las cuentas parecen en orden y no he encontrado nada que me haya llamado la atención. Tampoco sabía lo que tenía que buscar. Las autoridades municipales han invertido en esto mucho dinero, eso está claro, y han negociado períodos de facturación muy largos. Pero nada que haga saltar la alarma en la mejor herramienta del economista –dijo dándose una palmadita en el estómago.

Martin fue a decir algo, pero Lennart continuó.

–Los hermanos Berkelin responden de buena parte de los gastos, y la mayor parte de la financiación que aportarán debe ingresarse el lunes. Siento no haber sido de más ayuda.

–No, hombre, claro que nos has sido útil. Es un alivio ver que las autoridades no malgastan nuestro dinero. –Martin se puso de pie.

–Sí, sobre el papel todo encaja. Pero todo depende de que pueda atraer clientes. De lo contrario, les saldrá caro a los contribuyentes.

–A nosotros nos pareció un sitio muy agradable, por lo menos.

–Sí, Annika me dijo que la visita fue un éxito. Y a Mellberg le dieron un buen repaso.

Paula y Martin se echaron a reír.

–Sí, nos habría encantado verlo. Corre el rumor por ahí de un *peeling* de ostras. Pero nos contentaremos con imaginarnos a Mellberg cubierto de sus conchas –dijo Paula.

–En fin, aquí tenéis todo el material. –Lennart les dio el montón de papeles–. Ya digo, siento mucho no poder deciros nada más.

–No es culpa tuya. Tendremos que buscar por otro lado – dijo Paula, aunque se le notaba el desánimo en la cara. El subidón de haber encontrado el bote desaparecido había durado muy poco, y la

probabilidad de que les diera alguna pista era mínima–. Te llevo y me voy a casa a cambiarme –dijo cuando ya estaban cerca de la comisaría. Y le lanzó a Martin una mirada de advertencia.

Él asintió, pero Paula sabía que en cuanto entrara por la puerta, la historia de su baño involuntario empezaría a circular lo más adornada posible.

Cuando aparcó delante de su casa, subió las escaleras a medio correr. Aún iba aterida, como si estuviera calada hasta los huesos. Le temblaban los dedos al ir a meter la llave en la cerradura, pero al final logró abrir la puerta.

–¿Hola? –dijo, esperando oír la voz alegre de su madre en la cocina.

–Hola –oyó que respondían en el dormitorio. Se dirigió allí sorprendida. Johanna solía estar en el trabajo a aquella hora.

–Hola –dijo Paula, y se le encogió el estómago.

Allí pasaba algo, ese algo que la había tenido despierta por las noches, oyendo la respiración de Johanna. Aunque sabía que también estaba despierta, no se había atrevido a hablar con ella porque no estaba segura de querer saber. Pero allí estaba Johanna, sentada en la cama con tal destello de desesperación en la mirada que Paula sintió deseos de darse media vuelta y salir corriendo. Se le venían mil ideas a la cabeza. Todas las posibilidades, en ninguna de las cuales quería abundar. Sin embargo, allí estaban, cara a cara, en un apartamento vacío y silencioso, sin todo aquel jaleo habitual tras el que esconderse. Sin Rita, que cantaba en voz alta en la cocina jugando con Leo. Sin Mellberg, que le soltaba tacos a la tele. Solo silencio, solo ellas dos.

–Pero por el amor de Dios, ¿qué es eso que llevas puesto? –preguntó Johanna por fin mirando a Paula de arriba abajo.

–Me he caído al agua –dijo Paula señalando el forro polar, tan feo y tan grande que casi le llegaba por las rodillas–. He venido solo a cambiarme.

–Pues cámbiate. Tenemos que hablar. Y no podemos hablar en serio mientras lleves esa pinta –dijo con una sonrisa. A Paula se le encogió el estómago. Le encantaba ver sonreír a Johanna, pero últimamente no era nada habitual.

–¿Por qué no preparas un té mientras me cambio, y nos sentamos en la cocina?

Johanna asintió y dejó a Paula sola en el dormitorio. Con los dedos rígidos de frío y de miedo, se puso unos vaqueros y una camiseta. Luego respiró hondo y fue a la cocina. No quería mantener aquella conversación, pero no le quedaba otro remedio. Cerrar los ojos y arrojarse por el precipicio, no le quedaba otra salida.

Detestaba tener que mentirle. Ella llevaba tanto tiempo siendo todo para él, y le asustaba el hecho de, por primera vez, estar dispuesto a sacrificar lo que los unía. Anders iba jadeando por el esfuerzo. La pendiente que desembocaba en Mörhult era empinada y estrecha. Había salido un rato, necesitaba salir a la calle, lejos de Vivianne. No podía verlo de otro modo.

A veces el pasado se le antojaba tan cerca… A veces seguía teniendo cinco años y se encontraba debajo de la cama, junto a Vivianne, tapándose los oídos con las manos y sintiendo el brazo de

su hermana rodeándole la espalda. Habían aprendido mucho sobre técnicas de supervivencia debajo de aquella cama. Pero él no quería seguir sobreviviendo, quería vivir, y no sabía si Vivianne le ayudaba o se lo impedía.

Pasó un coche a gran velocidad y tuvo que apartarse de un salto hacia el arcén. Badis se alzaba a su espalda. Su gran proyecto, la salida definitiva. Erling era el que lo hacía posible. Pobre insensato, que acababa de pedirle la mano a Vivianne.

Erling lo había llamado para invitarlo a cenar esa noche y celebrar el compromiso. Pero Anders dudaba de que Vivianne estuviera al corriente de los planes. Sobre todo de que el gordinflón del comisario y su pareja también estaban invitados. Él rechazó la invitación con una excusa barata. La combinación de Erling y Bertil Mellberg no era la receta ideal para una velada agradable. Y dadas las circunstancias, cualquier celebración le parecía fuera de lugar.

Ya empezaba a ir cuesta abajo. En realidad, no sabía adónde se dirigía, a cualquier sitio, no importaba. Anders le dio una patada a una piedra, que rodó por la pendiente antes de desaparecer en la cuneta. Así se sentía él en aquellos momentos. Rodaba cada vez más rápido cuesta abajo, y la cuestión era a qué cuneta iría a parar. Aquello solo podía acabar mal, porque no existían buenas alternativas. Se había pasado la noche despierto pensando en una solución, un arreglo; pero no había ninguno. Como tampoco había camino intermedio cuando se tumbaban debajo de la cama y notaban los listones del somier en la coronilla.

Se quedó de pie en el muelle, antes de entrar en el puentecillo de piedra. No había ni rastro de los cisnes. Solían construir su nido a la

derecha del puente, según le habían dicho, y todos los años nacían polluelos que debían vivir peligrosamente cerca de la carretera. Decían que el macho y la hembra permanecían juntos toda la vida. Eso era lo que quería él, aunque hasta ahora solo lo había conseguido con su hermana. No como pareja de amantes, claro, pero ella había sido su compañera en la vida, la persona con la que compartiría su existencia.

Ahora, todo había cambiado. Tenía que tomar una decisión, pero no sabía cómo hacerlo. Sobre todo cuando aún sentía los listones del somier en la cabeza y el brazo protector de Vivianne alrededor del cuerpo. Y cuando sabía que ella siempre fue su protectora y su mejor amiga.

Faltó tan poco para que no sobrevivieran… El alcohol y el hedor estuvieron presentes siempre mientras su madre vivió. Pero entonces también contaban con pequeños oasis de amor, momentos a los que poder aferrarse. Cuando ella decidió escapar, cuando Olof la encontró en el dormitorio con un bote de somníferos vacío en el suelo, desaparecieron los últimos restos de su infancia. Él los culpó a ellos, y los castigó duramente. Cada vez que las señoras de Asuntos Sociales iban a verlos, él se esforzaba en parecer bueno y conquistarlas con sus ojos azules, les enseñaba su hogar y a Vivianne y Anders, que callaban con la vista en el suelo mientras que las señoras se pavoneaban ante él. De alguna manera, siempre intuía que estaban en camino, así que el apartamento estaba siempre limpio y ordenado cuando se presentaban de improviso. Si tanto los odiaba, ¿por qué no los entregó? Vivianne y él se

dedicaban a soñar horas y horas con cómo habrían sido sus nuevos padres. Si Olof los hubiera dejado ir…

Seguramente quería tenerlos cerca, quería verlos sufrir. Pero al final, ellos vencerían. Pese a que llevaba muerto muchos años, él era su fuerza motriz, aquel a quien querían mostrar su éxito. Un éxito que ahora tenían a su alcance. No podían darse por vencidos y que Olof se saliera con la suya y se cumpliera todo lo que decía: que eran unos inútiles y que jamás conseguirían nada en la vida.

A lo lejos divisó a la familia de cisnes que se acercaba. Las crías cabeceando inestables detrás de la pareja majestuosa que formaban sus padres. Los pequeños le inspiraban ternura con sus finísimas plumas grises, lejos aún de ser las aves elegantes en que llegarían a convertirse. ¿Y él y Vivianne? ¿Habían crecido para transformarse en hermosos cisnes imponentes o seguirían siendo crías de color gris que esperaban llegar a ser otra cosa?

Dio media vuelta y volvió a subir la cuesta despacio. Fuera cual fuera la decisión, debía tomarla pronto.

–Sabemos de la existencia de Madeleine. –Patrik se sentó delante de Leila, sin esperar a que ella lo invitara.

–¿Perdón?

–Sabemos de la existencia de Madeleine –repitió despacio. Gösta se había sentado junto a él, pero con la vista clavada en el suelo.

–Ajá, y… –dijo Leila con una levísima mueca extraña.

–Has insistido en que habéis colaborado con nosotros y nos habéis contado cuanto sabéis. Pero ahora sabemos que no es del

todo cierto y queremos una explicación. –Habló con toda la autoridad de la que era capaz, y al parecer, surtió efecto.

–Yo no creía que… –Leila tragó saliva–. No pensé que fuera relevante.

–Por un lado, no creo que eso sea verdad, y por otro, no eres tú quien lo decide. –Patrik hizo una pausa–. ¿Qué tienes que contarnos de Madeleine?

Leila guardó silencio un instante. Luego se levantó bruscamente y se acercó a una de las estanterías. Metió la mano detrás de una hilera de libros y sacó una llave. Después se agachó junto al escritorio y abrió el último cajón.

–Aquí tenéis –dijo muy seria al tiempo que dejaba una carpeta en la mesa.

–¿Qué es esto? –dijo Patrik. Gösta también se inclinó lleno de curiosidad.

–Es de Madeleine. Es una de las mujeres que ha necesitado una ayuda que está fuera de lo que la sociedad puede ofrecer.

–Lo cual implica… –Patrik empezó a hojear los documentos que contenía la carpeta.

–Implica que le ofrecimos ese tipo de ayuda que se encuentra fuera de lo legal. –Leila se los quedó mirando muy seria. Nada quedaba del nerviosismo de antes, ahora parecía más bien desafiante–. Algunas de las mujeres que acuden a nosotros lo han probado todo. Y nosotros lo intentamos todo. Pero ellas y sus hijos se ven amenazados por hombres que ni siquiera fingen prestar atención a las leyes de la sociedad, y en esos casos no tenemos con

qué responder. No disponemos de medios para defender a esas mujeres, así que les ayudamos a escapar. Fuera del país.

–¿Y cuál era la relación existente entre Madeleine y Mats?

–Yo entonces no lo sabía, pero luego supe que existía entre ellos una relación amorosa. Trabajamos durante años con la situación de Madeleine y de sus hijos. Y debieron de enamorarse entonces, aunque, como es lógico, está totalmente prohibido. Pero como os decía, yo lo ignoraba por completo… –Hizo un gesto de resignación–. Cuando me enteré, me llevé una gran decepción. Matte sabía lo importante que era para mí demostrar que es necesario que haya hombres en este tipo de asociaciones. Y sabía que todas las miradas estaban puestas en nosotros y que todos esperaban que fracasara. No me explico cómo pudo traicionar a Fristad de aquel modo.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Gösta cogiendo la carpeta de manos de Patrik.

Se diría que Leila se hubiese desinflado.

–La cosa iba cada vez peor. El marido de Madeleine siempre acababa encontrándolos, a ella y a sus hijos. Habíamos implicado también a la Policía, pero eso no servía de nada. Al final, Madeleine no podía más, y también nosotros veíamos que la situación era insostenible. Si ella y los niños querían seguir con vida, tenían que abandonar Suecia. Dejar su hogar, su familia, sus amigos, todo.

–¿Cuándo se tomó esa decisión? –preguntó Patrik.

–Madeleine vino a verme poco después de que atacaran a Matte, y me pidió que le ayudáramos. Para entonces, nosotros habíamos llegado más o menos a la misma conclusión.

–¿Qué decía Mats?

Leila bajó la vista.

–No le preguntamos. Todo ocurrió mientras él estaba en el hospital. Cuando volvió, ella había desaparecido.

–¿Fue entonces cuando descubriste que estaban juntos? –preguntó Gösta, y dejó la carpeta en el escritorio.

–Sí. Matte estaba inconsolable. Me rogó y me suplicó que le dijera dónde estaban, pero ni podía ni quería hacerlo. Si alguien averiguaba dónde se encontraban Madeleine y los niños, habríamos puesto en peligro sus vidas.

–¿Y no sospechasteis que podía existir un vínculo entre la agresión a Mats y todo este asunto? –Patrik abrió la carpeta y señaló un nombre que había anotado en uno de los documentos.

–Claro que se nos pasó por la cabeza, es natural. Pero Matte aseguró siempre que no fue así. Y no había mucho que pudiéramos hacer.

–Tendríamos que hablar con ella.

–Eso es imposible –dijo Leila negando vehemente con la cabeza–. Sería demasiado peligroso.

–Adoptaremos todas las medidas preventivas necesarias. Pero tenemos que hablar con ella.

–Ya digo que es imposible.

–Comprendo que quieres proteger a Madeleine, y te prometo que no haré nada que pueda ponerla en peligro. Esperaba que pudiéramos resolver esto de un modo discreto y que esto –dijo señalando la carpeta– quedara entre nosotros. Si no, tendremos que incluirlo en el informe y hacerlo público.

Leila se puso tensa, pero sabía que no le quedaba otra opción. Patrik y Gösta podían hacer que toda la asociación se fuera al garete con una simple llamada.

–Veré lo que puedo hacer. Me llevará unas horas. Puede que hasta mañana.

–No importa. Avisa en cuanto sepas algo.

–De acuerdo. Pero a condición de que se hagan las cosas a mi manera. Está en juego el destino de muchas personas, no solo el de Madeleine y sus hijos.

–Lo comprendemos –dijo Patrik. Se levantaron y salieron para, una vez más, recorrer el trayecto hasta Fjällbacka.

–¡Bienvenidos, bienvenidos! –Erling les abrió la puerta con una amplia sonrisa. Se alegraba de que Bertil Mellberg y Rita, su pareja, hubieran podido ir a celebrarlo con ellos, porque Mellberg le gustaba de verdad. Tenía una visión pragmática de la vida que se parecía bastante a la suya y, sencillamente, era una persona sensata.

Le estrechó la mano con entusiasmo y le dio un beso a Rita en las dos mejillas, por si acaso. No estaba muy seguro de cuál era la costumbre en los países del sur, pero con el doble no podía equivocarse. Entonces salió Vivianne, los saludó y les ayudó a quitarse la chaqueta. Le entregaron un ramo de flores y una botella de vino, y ella les dio las gracias profusamente, tal y como mandaba el protocolo, antes de llevarlo todo a la cocina.

–Entrad, entrad –dijo Erling alentándolos con la mano. Como siempre, le encantaba enseñar su casa. Había luchado duramente

por conservarla después del divorcio, pero había valido la pena.

–Qué casa más bonita –dijo Rita mirando a su alrededor.

–Sí, desde luego, te lo has montado muy bien. –Mellberg le dio una palmadita en la espalda.

–No puedo quejarme, no –dijo Erling, y les ofreció una copa de vino.

–¿Qué nos has preparado para cenar? –dijo Mellberg. Aún tenía muy vivo el recuerdo del almuerzo en Badis, y si les ponían semillas y frutos secos, tendrían que hacer una parada en el quiosco de perritos de camino a casa.

–No te preocupes, Bertil. –Vivianne le guiñó un ojo a Rita–. Esta noche he hecho una excepción y he preparado una comida vigorizante solo por ti. Aunque puede que se me haya colado alguna que otra verdura.

–Bueno, tendré que sobrevivir a ellas –dijo Bertil, y exageró un poco al soltar una risotada.

–¿Nos sentamos? –Erling rodeó a Rita con el brazo y la condujo al comedor, amplio y luminoso. Su anterior esposa tenía buen gusto a la hora de decorar, imposible negarlo. Por otro lado, era él quien pagaba la fiesta, de modo que podía decirse que aquella era su obra, algo que le encantaba dejar claro siempre que tenía ocasión.

Con el primer plato acabaron enseguida, y a Mellberg se le iluminó la cara al ver que lo siguiente era una buena ración de lasaña. Vivianne no empezó a enseñar la mano izquierda hasta los postres, después de que Erling le diera varios puntapiés por debajo de la mesa.

–¡Anda! ¿Es eso lo que yo creo? –exclamó Rita.

Mellberg entornó los ojos tratando de distinguir lo que había provocado su entusiasmo, y detectó el anillo que brillaba en el dedo de Vivianne.

–¿No me digas que os habéis prometido? –Mellberg examinó minuciosamente la joya que Vivianne llevaba en la mano. Erling, menudo granuja, tienes que haber abierto bien la cartera, ¿eh?

–Lo bueno sale caro. Pero ella lo vale.

–Es precioso –dijo Rita sinceramente con una sonrisa–. Enhorabuena, de verdad.

–Pues sí, esto hay que celebrarlo. ¿No tienes nada fuerte con lo que brindar? –Mellberg miraba con desprecio la botella de Baileys que Erling había servido con el postre.

–Bueeeno, seguro que puedo encontrar algo de whisky. – Erling se levantó y abrió un gran mueble bar. Puso en la mesa dos botellas y fue a buscar cuatro vasos, que colocó al lado.

–Esto es una verdadera joya. –Erling señaló una de las botellas–. Un Macallan de veinticinco años. Que vale sus buenos billetes, no te creas.

Sirvió la bebida en dos vasos y colocó uno en el lugar donde él estaba sentado y el otro delante de Vivianne. Luego, tapó la botella y devolvió su preciado contenido al mueble bar, donde la puso a buen recaudo.

Mellberg lo seguía extrañado con la mirada.

–Pero ¿y nosotros? –No pudo por menos de preguntar; y Rita estaba pensando lo mismo, aunque no lo dijo en voz alta.

Erling se dirigió de nuevo a la mesa y abrió impasible la otra botella. Un Johnnie Walker Red Label, que Mellberg sabía que

costaba doscientas cuarenta y nueve coronas en el Systembolaget.

–Sería un despilfarro malgastar en vosotros ese whisky tan caro. No creo que pudierais apreciarlo de verdad.

Con una sonrisa espléndida, sirvió el otro whisky y le dio los vasos a Mellberg y a Rita. Los dos se quedaron sin habla mirando el contenido de sus vasos de Johnnie Walker, y luego el de los vasos de Vivianne y Erling, que presentaba un color muy diferente. Vivianne tenía cara de querer que se la tragara la tierra.

–Bueno, pues, ¡salud! ¡Y salud por nosotros dos, querida! –Erling alzó el vaso y Mellberg y Rita lo imitaron, aún mudos de asombro.

Al cabo de un rato, se disculparon y se fueron a casa. Qué tío más tacaño, pensó Mellberg mientras iban en el taxi. Aquel había sido un duro golpe a tan prometedora amistad.

El andén estaba desierto cuando bajaron del tren. Nadie sabía que llegaban. A su madre le daría un ataque cuando aparecieran, pero no podía avisarle. Ya sería bastante peligroso para ella que los dejara dormir allí. En realidad, habría preferido no involucrar a sus padres, pero no tenían adónde ir. Llegado el momento, tendría que hablar con ciertas personas y explicarles la situación, y Madeleine se prometió que le pagaría los billetes a Mette. Odiaba la sensación de deber dinero, pero no tenía otra forma de volver a casa. Todo lo demás tendría que esperar.

No se atrevía a pensar en lo que pasaría ahora. Al mismo tiempo, la invadió una tranquilidad inevitable. Le producía una extraña calma saberse atrapada en un rincón, sin posibilidad alguna de ir a ninguna

parte. Se había dado por vencida y, en cierto modo, era un descanso. Resultaba agotador huir y luchar, y ya no tenía miedo por sí misma. Solo por los niños dudaba a veces, pero haría cuanto estuviera a su alcance por conseguir que él comprendiera y perdonara. A los niños nunca los había tocado, y ellos saldrían adelante pasara lo que pasara. O al menos, ella tenía que convencerse de que así sería. De lo contrario, se hundiría.

Se subieron al tranvía número tres en la plaza de Drottningtorget. Todo les resultaba familiar. Los niños estaban tan cansados que se les cerraban los ojos; aun así, miraban llenos de curiosidad con la nariz pegada a la ventanilla.

–Ahí está la cárcel. ¿Verdad que eso es la cárcel, mamá? – dijo Kevin.

Ella asintió. Sí, acababan de dejar atrás la cárcel de Härlanda. A partir de ahí, se sabía las paradas de memoria: Solrosgatan, Sanatoriegatan, y se bajarían en Kålltorp. A pesar de todo, estuvieron a punto de saltársela, porque se le había olvidado pulsar el botón. Se acordó en el último segundo, y el tranvía fue frenando y se detuvo para que se bajaran. Aún clareaba la noche estival, pero acababan de encender las farolas de la calle. Las luces brillaban en la mayoría de las ventanas y, al aguzar la vista, comprobó que también en el apartamento de sus padres estaban encendidas. El corazón le latía cada vez más aprisa a medida que se acercaban. Vería otra vez a su madre, y a su padre. Sentir sus abrazos y contemplar su alegría cuando vieran a los nietos. Caminaba cada vez más deprisa, y los niños iban detrás dando trompicones, sin

rendirse, ansiosos por encontrarse con los abuelos, a los que tanto llevaban sin ver.

Finalmente llegaron ante la puerta. A Madeleine le temblaba la mano cuando pulsó el timbre.

Fjällbacka, 1871

Era un niño tan hermoso, y el parto fue de maravilla. Eso mismo dijo la matrona cuando se lo puso en el pecho envuelto en una sabanita. Una semana después aún seguía vivo el sentimiento de felicidad, y era como si se fortaleciera a cada minuto.

Y Dagmar se sentía tan feliz como ella. En cuanto Emelie necesitaba algo, allí estaba Dagmar, y cambiaba al niño con la misma expresión de veneración que Emelie le veía los domingos en la iglesia. Lo que estaban compartiendo era un milagro.

El bebé dormía en una cesta, junto a la cama de Emelie. Podía pasarse horas sentada mirando cómo dormía jadeando con la manita cerrada pegada a la mejilla. Cuando se le rizaba la boquita, a Emelie le daba por pensar que era una sonrisa, una expresión de alegría por existir.

Ahora resultaban útiles la ropa y las sabanitas a las que tantas horas habían dedicado ella y Dagmar. Tenían que cambiarlas varias veces al día, y el pequeñín estaba siempre limpio y satisfecho. Emelie tenía la sensación de que el niño, ella y Dagmar vivían en un pequeño mundo aparte, sin penas ni preocupaciones. Y ya había pensado en un nombre. Se llamaría Gustav, como su padre. No tenía intención de preguntarle a Karl. Gustav era su hijo, solo suyo.

Karl no la había visitado una sola vez mientras estaba en casa de Dagmar. Pero ella sabía que sin duda había estado en Fjällbacka, que habría ido allí con Julian, como siempre. Aunque era un alivio no

tener que verlo, le dolía que no se preocupara por ella. Le dolía no significar para él ni un poco siquiera.

Había intentado hablar con Dagmar de ello, pero como siempre que se trataba de Karl, la buena mujer se cerraba en banda. Volvía a responder entre susurros, que Karl había tenido una vida muy dura y que ella no quería meterse en los asuntos de la familia. Emelie terminó dándose por vencida: jamás comprendería a su marido, y fuera como fuese, tendría que aceptar su suerte. Hasta que la muerte os separe, les había dicho el pastor, y así tendría que ser. Solo que ahora tenía algo más, aparte de los otros, que le habían procurado consuelo en la soledad de su existencia en la isla. Ahora contaba con algo que era de verdad.

Tres semanas después del nacimiento de Gustav, vino Karl a buscarla. Apenas miró a su hijo. Se quedó esperando impaciente en el recibidor y le dijo que hiciera el equipaje, porque en cuanto Julian hubiera terminado de hacer la compra, partirían rumbo a la isla. Y ella y el niño tenían que acompañarlos.

–Tía, ¿ha dicho algo mi padre sobre el niño? Le he escrito, pero no me ha contestado –dijo Karl mirando a Dagmar. Parecía angustiado y, al mismo tiempo, ansioso, como un escolar que quisiera complacer. A Emelie se le ablandó un poco el corazón al ver la inseguridad de Karl, y pensó en lo mucho que le gustaría saber más y poder comprenderlo.

–Sí, recibió tu carta, y está contento y satisfecho. –Dagmar dudó un instante–. Estaba muy preocupado, ¿sabes?

Intercambiaron una mirada que Emelie, que tenía a Gustav en brazos, no pudo interpretar.

–Mi padre no tiene ningún motivo por el que preocuparse –dijo Karl con encono–. Díselo de mi parte.

–Lo haré. Pero tendrás que prometer que tratarás bien a tu familia y te encargarás de ella.

Karl bajó la vista.

–Desde luego que sí –dijo, y se dio media vuelta–. Espero que estés lista para salir dentro de una hora –añadió dirigiéndose a Emelie por encima del hombro.

Ella asintió, pero notó cómo se le hacía un nudo en la garganta. Pronto estaría de vuelta en Gråskär. Abrazó a Gustav y lo apretó fuerte contra el pecho.

–¿La ha localizado? –preguntó Gösta, aún medio dormido. –No me lo ha dicho. Simplemente me ha pedido que nos pasemos por la oficina lo antes posible.

Patrik soltó un taco. Había mucho tráfico y tenía que ir haciendo zigzag por entre las filas. Una vez en Hisingen y ante las oficinas de Fristad, salió del coche y se colocó bien la camisa. Estaba empapado de sudor.

–Adelante –dijo Leila en voz baja cuando los recibió en la puerta–. Nos sentaremos aquí, es más cómodo que mi despacho. He preparado café y unos bocadillos, por si no os ha dado tiempo a desayunar.

Apenas habían podido tomar nada, así que ambos alargaron el brazo agradecidos para alcanzar un bollito, una vez que se hubieron acomodado en la sala de personal.

–Espero que esto no suponga problemas para Marie –comenzó Patrik. Había olvidado comentarlo durante la conversación del día anterior, pero cuando se fue a la cama, tardó un rato en dormirse preocupado por si la pobre muchacha, tan nerviosa como estaba, perdía el trabajo por haberles hablado de Madeleine.

–Desde luego que no. Yo asumo toda la responsabilidad. Yo debería haberos hablado de ella, pero pensaba ante todo en la seguridad de Madeleine.

–Lo comprendo –dijo Patrik. Aún estaba indignado, sí, habían perdido mucho tiempo, pero comprendía su forma de actuar. Y no

era rencoroso–. ¿La habéis encontrado? –dijo antes de engullir el último bocado.

Leila tragó saliva.

–Por desgracia, parece que la hemos perdido.

–¿Que la habéis perdido?

–Sí. Nosotros le ayudamos a huir al extranjero. No creo que sea necesario que entre en detalles, pero lo hacemos con las máximas garantías de seguridad. En cualquier caso, instalamos a Madeleine y a los niños en un apartamento. Y ahora…, pues parece que se han ido.

–¿Que se han ido? –repitió Patrik como un eco.

–Sí, el apartamento está vacío, según nos comunica el colaborador que tenemos allí, y la vecina dice que Madeleine y los niños se fueron ayer. No parecían tener planes de volver.

–¿Adónde pueden haber ido?

–Yo sospecho que han vuelto aquí.

–¿Por qué? –dijo Gösta, que alargó el brazo en busca del segundo bocadillo.

–La vecina le prestó dinero para el tren. Y no tiene otro sitio al que ir.

–Pero ¿por qué iba a volver, teniendo en cuenta lo que le espera? –Gösta preguntó con la boca llena y una lluvia de migas le cayó en el pantalón.

–No tengo ni idea. –Leila meneó la cabeza, y Patrik y Gösta vieron la desesperación reflejada en su semblante–. No debemos olvidar que se trata de una psicología extremadamente compleja. Cabe preguntarse por qué las mujeres no abandonan al marido

después del primer golpe, pero es mucho más complicado. Suele producirse una relación de dependencia entre el maltratador y la maltratada, y en ocasiones las mujeres no actúan de un modo demasiado racional.

–¿Tú crees que es posible que haya vuelto con su marido? –preguntó Patrik incrédulo.

–No lo sé. Es posible que no soportara más el aislamiento y que echara de menos a su familia. Ni siquiera los que llevamos años trabajando en esto comprendemos siempre cómo piensan. Y las mujeres tienen poder de decidir sobre sus vidas. Son libres y eligen libremente.

–¿Cómo podemos dar con ella? –Patrik se sentía impotente ante tantas puertas como se cerraban delante de sus narices. Tenía que hablar con Madeleine. Ella podía ser la clave de todo.

Leila guardó silencio un instante.

–Yo empezaría por la casa de sus padres –dijo al fin–. Viven en Kållторp. Es posible que haya ido allí.

–¿Tienes la dirección? –preguntó Gösta.

–Sí, pero… –se detuvo indecisa–. Tened en cuenta que os enfrentáis a personas extremadamente peligrosas, y que podéis poner en peligro no solo la vida de Madeleine y la de sus padres, sino también la vuestra.

Patrik asintió.

–Seremos discretos.

–¿Habéis pensado en hablar con él también? –preguntó Leila.

–Sí, empieza a ser inevitable. Pero antes tendremos que consultar con los colegas de Gotemburgo cuál es el mejor modo de proceder.

–Tened cuidado. –Leila les dio una nota con la dirección.

–Eso haremos –respondió Patrik, aunque no se sentía tan seguro como quería aparentar. Se movían en aguas profundas, y lo único que cabía hacer era nadar como pudieran.

–O sea, nada de los vuelos, ¿no? –constató Konrad.

–No –dijo Petra–. No han salido del país. Al menos, no con sus nombres.

–Ya, bueno, seguro que tenían acceso a pasaporte falso y nueva identidad y todo eso.

–Sí, y nos llevará un tiempo dar con ellos. Antes tendremos que comprobar todas las vías de escape. Y ya podemos imaginar lo que puede haber ocurrido. –Petra miró a los ojos a Konrad, que ocupaba el escritorio de enfrente. No tenían que explicar a qué se refería, se lo imaginaban perfectamente.

–Sería un poco fuerte que le hubieran quitado la vida a un niño de cinco años –dijo Konrad. Al mismo tiempo, era consciente de que las personas en cuestión se movían en unos círculos en los que la vida humana no tenía la menor importancia. Matar a un niño quizá fuera impensable para algunos de ellos, pero desde luego, no para todos. El dinero y las drogas transformaban en animales a los seres humanos.

–He estado hablando con varias de sus amigas. No tenía muchas, por lo que he podido ver, y ninguna que pudiera llamarse íntima. Pero todas dicen lo mismo. Annie, Fredrik y el niño iban a pasar el verano en la casa de la Toscana. Y ninguna tenía motivos para creer

que no hubieran partido. –Petra bebió un trago de la botella de agua que siempre tenía en la mesa.

–¿Ella de dónde es? –dijo Konrad–. ¿Tiene algún familiar en cuya casa haya podido refugiarse? Podría haber ocurrido algo que impidió que ella y el niño se fueran a Italia. Problemas matrimoniales. Incluso pudo dispararle ella misma, ¿no?

–Bueno, algunas de las amigas insinuaron que no se trataba de un matrimonio feliz, pero no creo que debamos entregarnos a ese tipo de especulaciones en esta fase de la investigación. ¿Sabes si han salido ya los casquillos para el laboratorio? –preguntó, y tomó un poco más de agua.

–Sí, con la máxima prioridad. Los colegas de estupefacientes llevan mucho tiempo trabajando con ese tipo y su banda, así que es el primer caso de la lista.

–Bien –dijo Petra, y se levantó–. Pues yo voy a comprobar quiénes son los familiares de Annie, y tú llamas a la Científica e informas en cuanto tengan algo con lo que podamos trabajar.

–Mmm… –dijo Konrad con una sonrisa. Hacía mucho que había asumido que Petra se comportara como si fuera la jefa, pese a que los dos tenían la misma graduación. Dado que no le interesaba el prestigio, la dejaba hacer. Además, sabía que Petra lo tenía en cuenta y respetaba sus criterios y opiniones cuando era necesario, y eso era lo importante. Así que descolgó el auricular para llamar a la Científica.

–¿Estás seguro de que es la dirección correcta? –preguntó Gösta mirando a Patrik.

–Sí, es aquí. Y he oído ruido dentro.

–Pues entonces debe de estar ahí –susurró Gösta–. De lo contrario, abrirían la puerta, ¿no?

Patrik asintió.

–Pero la cuestión es qué hacemos ahora. Tenemos que conseguir que nos dejen entrar voluntariamente. –Se quedó reflexionando un instante. Luego, sacó el bloc y un bolígrafo. Escribió una nota, arrancó la hoja y se agachó para introducirla por debajo de la puerta, junto con una tarjeta de visita.

–¿Qué has escrito?

–Le he propuesto un lugar en el que podríamos vernos. Espero que acceda –dijo Patrik, y empezó a bajar las escaleras.

–¿Y si se larga? –Gösta iba medio corriendo detrás de él.

–No lo creo. Le decía que se trata de Mats.

–Espero que tengas razón –dijo Gösta, una vez en el coche. ¿Adónde vamos?

–A Delsjön –respondió Patrik, y salió derrapando del aparcamiento.

Dejaron el coche en el aparcamiento y se dirigieron a un área de descanso que había a unos metros, en una zona boscosa. Se dispusieron a esperar. Daba gusto estar al aire libre, para variar, y era un día precioso de principios de verano. No hacía demasiado calor, el sol brillaba en un cielo sin nubes entre los trinos de los pájaros y el rumor de la brisa en los árboles.

Habían transcurrido veinte minutos cuando llegó una mujer menuda que se les acercó. Miró nerviosa a su alrededor y caminaba encogida.

–¿Le ha ocurrido algo a Matte? –Hablaba con una voz clara, como de niña, y las palabras surgían entrecortadas.

–¿Podemos sentarnos? –Patrik señaló el banco que tenían al lado.

–Contadme lo que ha pasado –dijo la mujer, pero luego se sentó. Patrik se acomodó a su lado. Gösta prefirió sentarse algo apartado y dejar que Patrik se encargara.

–Somos de la Policía de Tanumshede –explicó Patrik. Se le encogió el estómago al ver la expresión de la mujer. Se sentía como un idiota por no haber caído en la cuenta de que, en realidad, iba a comunicarle un fallecimiento. Iban a contarle que alguien que, obviamente, había significado mucho para ella, había muerto.

–¿Tanumshede? ¿Por qué? –Se retorcía las manos y lo miraba suplicante–. Matte es de esa zona pero…

–Mats se mudó a Fjällbacka cuando tú te marchaste. Encontró trabajo allí y puso en alquiler su apartamento de aquí. Pero… –Patrik dudó, y luego tomó impulso–: Le dispararon hace casi dos semanas. Lo siento mucho, pero Mats ha muerto.

Madeleine se quedó sin aliento y se le llenaron de lágrimas los grandes ojos azules.

–Pensé que lo dejarían en paz –se lamentó ocultando la cara entre las manos y llorando desesperadamente.

Patrik le puso vacilante una mano en el hombro.

–¿Sabías que fue tu exmarido y sus amigos quienes le dieron la paliza?

–Por supuesto que sí. Ni por un momento me creí aquella absurda historia de la pandilla de adolescentes.

–¿Y por eso huiste? –preguntó Patrik con tono dulce.

–Pensé que lo dejarían en paz si nos íbamos. Antes de la agresión, confiaba en que las cosas tal vez se arreglaran al final. Que podríamos escondernos aquí, en Suecia. Pero cuando vi a Matte en el hospital… Comprendí que nadie que tuviera que ver con nosotros estaría a salvo mientras viviéramos aquí. Así que tuvimos que irnos.

–¿Y por qué has vuelto? ¿Qué ha pasado?

Madeleine apretó los labios y Patrik comprendió que estaba resuelta a no responder.

–No sirve de nada huir. Si Matte está muerto… Eso demuestra que tengo razón –dijo, y se levantó.

–¿Qué podemos hacer por ayudaros? –dijo Patrik, que también se levantó.

Ella se volvió. Aún tenía los ojos llenos de lágrimas, pero solo había vacío en aquella mirada.

–No podéis hacer nada. Nada.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

–Según se mire –dijo con voz trémula–. En torno a un año. No estaba permitido, así que nos escondíamos. Además, debíamos andarnos con cuidado, teniendo en cuenta que… –No concluyó la frase, pero Patrik la comprendía–. Matte era tan diferente en comparación con lo que yo conocía… Tan dulce y tan cálido… Jamás le haría daño a nadie. Y…, bueno, eso era algo nuevo para mí –aseguró, con una risa amarga.

–Tengo que hacerte otra pregunta. –Patrik no se atrevía a mirarla a los ojos–. ¿Sabes si Mats estaba involucrado en algún asunto relacionado con drogas? ¿Cocaína?

Madeleine se lo quedó mirando perpleja.

–¿De dónde os habéis sacado eso?

–Encontramos una bolsa de cocaína en una papelera, delante de la casa de Mats en Fjällbacka. Y tenía sus huellas.

–Tiene que tratarse de un error. Matte jamás tocaría siquiera nada de eso. Sin embargo, ya sabéis quién tiene acceso a drogas y esas cosas –dijo Madeleine. Las lágrimas empezaron a rodarle otra vez por las mejillas–. Perdón, tengo que volver a casa con los niños.

–Quédate con mi tarjeta, por si podemos ayudarte en algo, lo que sea.

–De acuerdo –dijo, aunque ambos sabían que no llamaría. Lo que podéis hacer por mí es atrapar al que asesinó a Matte. Nunca debí… –Echó a correr llorando a lágrima viva.

Patrik y Gösta se quedaron allí viendo cómo se alejaba.

–No le has preguntado gran cosa –dijo Gösta.

–Está claro quién cree ella que disparó a Mats.

–Sí. Y lo que tenemos que hacer ahora no es plato de gusto.

–Lo sé –dijo Patrik, y sacó el móvil del bolsillo–. Pero será mejor que llamemos a Ulf ahora mismo. Vamos a necesitar ayuda.

–Como mínimo –masculló Gösta.

Patrik notó que lo embargaba una inquietud creciente mientras iba oyendo los tonos de llamada. Por una fracción de segundo, vio claramente ante sí la imagen de Erica y los niños. Entonces respondió Ulf.

–¿Lo pasasteis bien ayer? –preguntó Paula. Ella y Johanna habían coincidido en casa a la hora del almuerzo, para variar. Dado que Bertil también quería comida casera, estaban todos a la mesa.

–Bueno, según se mire –dijo Rita con una sonrisa. Se le notaban claramente los hoyuelos en las mejillas carnosas. A pesar de tanto como bailaba, seguía teniendo las mismas redondeces. Y Paula había pensado muchas veces que era una suerte, porque su madre era guapísima. No habría querido que cambiara de aspecto. Y, por lo que veía, Bertil tampoco.

–El muy tacaño, nos sirvió un whisky más barato a nosotros dos –protestó Mellberg. En condiciones normales, le gustaba el Johnny Walker y ni se plantearía gastarse el dinero en un whisky caro, pero cuando te invitaban, pues te invitaban.

–Vaya –dijo Johanna–. Tener que beber un whisky barato puede acabar con cualquiera.

–Erling sirvió uno carísimo para sí mismo y su prometida, y a nosotros el más barato –explicó Rita.

–Menudo rácano –dijo Paula atónita–. No creía que Vivianne fuera esa clase de persona.

–Seguro que no lo es. A mí me pareció muy agradable y me dio la impresión de que se moría de vergüenza. Pero algo tendrá Erling, porque nos sorprendieron con la noticia de que se han prometido. Lo anunciaron justo para los postres.

–Vaya. –Paula trató en vano de imaginarse juntos a Erling y a Vivianne, pero era sencillamente imposible. No existía una pareja más desigual. Sí, bueno, en todo caso, Bertil y su madre. Y en cierto modo, había empezado a verlos como la combinación perfecta.

Jamás había visto a su madre más feliz, y eso era lo único que contaba. Por eso le resultaba más dura la conversación que Johanna y ella tenían pendiente.

–¡Qué bien que estéis las dos en casa! –Rita les sirvió el guiso caliente de una gran cacerola que había en el centro de la mesa.

–Sí, se diría que habéis tenido un desencuentro últimamente. –Mellberg le sacó la lengua a Leo, que empezó a hipar de risa.

–Cuidado, a ver si se atraganta –dijo Rita, y Mellberg paró enseguida. Se moría de miedo de pensar que le ocurriera algo a la niña de sus ojos.

–Vamos, amiguito, mastica bien, hazlo por el *abelo* Bertil –dijo.

Paula no pudo evitar sonreír. Aunque Mellberg podía ser el tipo más desastroso que había conocido jamás, se lo perdonaba todo al ver cómo lo miraba su hijo. Carraspeó un poco, consciente de que lo que tenía que decir iba a caer como una bomba.

–Pues sí, como sabéis, las cosas han estado un poco frías entre nosotras últimamente. Pero ayer tuvimos ocasión de hablar y…

–No iréis a separaros, ¿verdad? –dijo Mellberg–. Lo de encontrar otra pareja está imposible. Por aquí no hay muchas bolleras, y no creo que conozcáis una cada una.

Paula miró al techo y pidió al cielo que le diera paciencia. Contó desde diez hacia atrás y empezó de nuevo.

–No vamos a separarnos. Pero vamos a… –Lanzó una mirada a Johanna, en busca de apoyo.

–No podemos seguir viviendo aquí –remató Johanna.

–¿No podéis vivir aquí? –Rita miró a Leo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas–. Pero ¿adónde vais a mudaros? ¿Cómo vais

a…? ¿Y el niño? –Se le quebró la voz y las palabras no parecían querer surgir ordenadamente.

–Claro, no podéis mudaros a Estocolmo. Espero que no sea eso lo que estéis pensando –dijo Mellberg–. Leo no puede crecer en la capital, en eso estaréis de acuerdo, ¿no? Puede convertirse en un gamberro, en un drogadicto, cualquier cosa.

Paula se abstuvo de recordarle que tanto ella como Johanna se habían criado en Estocolmo, y que no habían salido muy mal paradas. Había cosas sobre las que no valía la pena discutir.

–No, qué va, no queremos volver a Estocolmo –se apresuró a decir Johanna–. Estamos muy a gusto aquí. Pero puede que sea difícil encontrar apartamento en la zona, así que tendremos que buscar también en Grebbestad y Fjällbacka. Claro que lo mejor sería encontrar algo cerca de vosotros. Al mismo tiempo…

–Al mismo tiempo, es preciso que nos mudemos –dijo Paula–. Nos habéis ayudado muchísimo, y ha sido fantástico para Leo contar con vosotros dos, pero necesitamos una casa propia. –Paula le apretó la mano a Johanna por debajo de la mesa. De modo que nos quedaremos con lo que haya.

–Pero el niño tiene que ver a sus abuelos todos los días. Es a lo que está acostumbrado. –Mellberg parecía dispuesto a levantar a Leo de la silla, abrazarlo fuerte y no soltarlo nunca más.

–Haremos todo lo posible, pero nos mudaremos tan pronto como podamos. Ya veremos adónde.

El silencio cayó como una losa sobre la mesa. Leo seguía tan contento como siempre. Rita y Mellberg se miraban desesperados.

Las chicas se mudaban, y se llevarían al pequeño consigo. Quizá no fuera el fin del mundo, pero así es como se sentía.

Imposible olvidar la sangre. El color rojo chillón sobre la seda blanca. La había invadido un pánico muy superior al que hubiera sentido jamás. De todos modos, los años vividos con Fredrik estuvieron plagados de muchos momentos de terror, momentos en los que no quería pensar y que había decidido inhibir en el subconsciente. Así que se había centrado en Sam, en el amor que le daba.

Aquella noche se quedó mirando la sangre como transida de frío. Luego empezó a actuar de repente con una resolución que creía haber perdido. Las maletas estaban hechas. Iba en camisón y, a pesar del miedo, se puso un jersey y unos vaqueros. Sam iría en pijama; lo llevó en brazos y lo metió en el coche cuando ya lo tenía todo dentro. No estaba dormido, pero sí tranquilo y totalmente en silencio.

En general, el silencio los acompañó en todo momento. Tan solo se oía el rumor sereno del tráfico nocturno. No se atrevía a pensar en lo que había visto Sam, en cómo le habría afectado y en lo que significaba su silencio. Con lo parlanchín que era siempre, todavía no había dicho una palabra. Ni una sola palabra.

Annie estaba sentada en el muelle, abrazada a las piernas, que tenía flexionadas. Le sorprendía no sentir el menor tedio después de dos semanas en la isla. Al contrario, le parecía que los días se esfumaban sin sentir. Aún no había tenido fuerzas para decidir qué

haría después, cómo sería el futuro de Sam, o el suyo. Ni siquiera sabía si tenían futuro. No sabía qué importancia tendrían Sam y ella para las personas del círculo de Fredrik, o por cuánto tiempo podrían esconderse allí. En realidad, ella querría retirarse del mundo y quedarse en Gråskär para siempre. En verano era sencillo, pero cuando llegase el invierno no podría quedarse allí. Y Sam necesitaba amigos y ver a otras personas. Personas de verdad.

Pero Sam tenía que curarse y reponerse del todo antes de que ella pudiera tomar ninguna decisión. Ahora brillaba el sol, y el rumor del mar que golpeaba las rocas despobladas los acompañaba en el sueño por las noches. Y estaban seguros a la sombra del faro. El resto podía esperar. Y, llegado el momento, el recuerdo de la sangre palidecería.

–¿Cómo estás, cariño? –Sintió los brazos de Dan rodeándola por detrás, y tuvo que luchar para no apartarse. Aunque hubiera salido de la oscuridad y otra vez tuviera fuerzas para ver a los niños, estar ahí y quererlos, aún se encontraba muerta por dentro cuando Dan la tocaba con mirada suplicante.

–Estoy bien –respondió, y se liberó de su abrazo–. Un poco cansada, pero voy a tratar de estar levantada un rato. Tengo que entrenar los músculos otra vez.

–¿Qué músculos?

Trató de responder a su broma con una sonrisa, tal y como recordaba vagamente que hacía cuando él bromeaba. Pero solo consiguió esbozar una mueca.

–¿Podrías ir a buscar a los niños? –preguntó, y se agachó con dificultad a recoger un juguete que había en medio del suelo de la cocina.

–Déjame a mí –dijo Dan, y se agachó enseguida en busca del juguete.

–Si yo puedo –le replicó arisca, pero se arrepintió en el acto del tono de voz al ver que lo había herido. Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué tenía aquel agujero negro en el pecho, en el lugar en el que antes residían sus sentimientos por Dan?

–Es que no quiero que hagas demasiados esfuerzos. –Dan le acarició la mejilla. Anna notó la mano fría en la piel, y se contuvo para no apartarla. ¿Cómo podía sentir aquello con Dan, al que sabía que había querido tanto, y que era el padre de aquel hijo que tan feliz la había hecho? ¿Habrían desaparecido sus sentimientos por él cuando el hijo de ambos dejó de respirar?

De repente la invadió el cansancio. No tenía fuerzas para pensar en aquello. Solo quería que la dejaran en paz hasta que los niños volvieran a casa y pudiera sentir que el corazón se le llenaba de amor por ellos, un amor que había sobrevivido.

–¿Los vas a recoger? –murmuró. Dan asintió. No era capaz de mirarlo a los ojos, porque sabía que estarían llenos de dolor–. Vale, entonces iré a echarme un rato. –Fue renqueando hasta la escalera y al piso de arriba.

–Anna, yo te quiero –le dijo en voz baja.

Ella no respondió.

–¿Hola? –gritó Madeleine al entrar en el apartamento.

Estaba todo demasiado silencioso. ¿Se habrían dormido los niños? No sería de extrañar. Habían llegado muy tarde el día anterior y aun así, se habían despertado temprano, porque estaban nerviosos de verse en casa de los abuelos.

–¿Mamá? ¿Papá? –Madeleine bajó la voz. Se quitó los zapatos y la chaqueta. Se detuvo un instante delante del espejo del vestíbulo. No quería que se dieran cuenta de que había llorado. Ya estaban bastante preocupados. Pero se alegró tanto de verlos otra vez... Le abrieron la puerta un tanto desconcertados y en pijama, pero la expresión de cautela se esfumó enseguida, sustituida por una amplia sonrisa. Estaba tan contenta de encontrarse en casa de nuevo, aunque sabía que la sensación de seguridad era tan falsa como momentánea.

Todo volvía a ser un puro caos. Matte estaba muerto, y ahora comprendía que ella había abrigado la esperanza de que algún día encontraran el modo de estar juntos.

Se quedó de pie ante el espejo, se pasó el pelo detrás de la oreja e intentó verse a sí misma tal y como Matte la veía. Él decía que era guapa. Madeleine no se lo explicaba, pero sabía que lo decía en serio. Se le notaba en los ojos cada vez que la miraba, y tenía tantos planes para su futuro en común… Pese a que fue ella quien tomó la decisión de irse, le habría gustado que esos planes se hicieran realidad un día. Vio en el espejo que se le llenaban los ojos de lágrimas y levantó la vista para detener el torrente. Hizo un gran esfuerzo para no llorar, parpadeó y respiró hondo. Por los niños, debía serenarse y hacer lo que tenía que hacer. Ya lloraría después.

Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Allí era donde sus padres preferían pasar el tiempo, su madre haciendo punto y su padre crucigramas o sudokus, a los que parecía haberse aficionado últimamente.

–¿Mamá? –dijo entrando en la cocina. Se quedó petrificada.

–Hola, cariño. –Aquella voz, suave pero burlona. Jamás se libraría de ella.

Su madre tenía el terror en la mirada. Estaba sentada, de cara a Madeleine, con el cañón de la pistola pegado a la sien derecha. La labor de punto seguía en el regazo. Su padre se hallaba en el lugar de siempre, sentado junto a la ventana, y un brazo musculoso le rodeaba el cuello por detrás, impidiéndole cualquier movimiento.

–Mis suegros y yo hemos estado hablando de viejos recuerdos –dijo Stefan tranquilamente, y Madeleine vio que apretaba más aún la pistola a la sien de la madre–. Me ha encantado el reencuentro, hacía demasiado tiempo que no nos veíamos.

–¿Y los niños? –dijo Madeleine, aunque sonó como un graznido. Tenía la boca totalmente seca.

–Están a buen recaudo. Debe de haber sido traumático para ellos verse en manos de una mujer psíquicamente enferma y sin posibilidad de estar con su padre. Pero ahora vamos a recuperar el tiempo perdido –aseguró con una sonrisa que dejó ver el destello de sus dientes.

–¿Dónde están? –Casi había olvidado cuánto lo odiaba. Y el miedo que le tenía.

–En lugar seguro, ya te lo he dicho. –Volvió a apretar el cañón y su madre hizo una mueca de dolor.

–Había pensado volver a casa. Por eso hemos venido –se oyó decir Madeleine con voz suplicante–. He comprendido que cometí un error tremendo haciendo lo que hice. Y he vuelto para arreglarlo todo.

–¿Te llegó la postal?

Era como si Stefan no la hubiera oído. No comprendía cómo pudo parecerle guapo al principio. Estaba tan enamorada, le parecía un artista de cine, con ese pelo rubio, esos ojos azules y esos rasgos tan definidos. Se sintió halagada cuando la eligió a ella, pudiendo haber elegido a quien hubiera querido. Ella solo tenía diecisiete años y no conocía el mundo. Stefan la cortejó y la abrumó con sus cumplidos. Lo demás vino después, los celos, la necesidad de control, y entonces ya era tarde. Ya estaba embarazada de Kevin, y su confianza en sí misma dependía tanto del aprecio y la atención de Stefan que le era imposible liberarse de él.

–Sí, recibí la postal –dijo, y sintió en el acto una calma inaudita. Ya no tenía diecisiete años, y alguien la había querido. Recordó el rostro de Matte y supo que le debía el ser fuerte ahora–. Me voy contigo. Deja tranquilos a mis padres. –Negó con la cabeza dirigiéndose a su padre, que trató de levantarse. Tengo que arreglar esto. No tendría que haberme ido, fue un error por mi parte. A partir de ahora, vamos a ser una familia.

De repente, Stefan dio un paso al frente y la golpeó en la cara con la pistola. Ella notó el acero en la mejilla y cayó de rodillas. Con el rabillo del ojo vio que el gorila de Stefan obligaba al padre a mantenerse en la silla, y deseó con todo su corazón haber podido ahorrarles aquello a sus padres.

–Ya lo veremos, so puta. –Stefan la agarró del pelo y empezó a arrastrarla. Ella luchaba por ponerse de pie. Le dolía muchísimo, y tenía la sensación de que iba a arrancarle el cuero cabelludo. Con la melena bien agarrada, Stefan se volvió y apuntó a la cocina con la pistola–. De esto, ni mu. No hagáis una mierda. Porque entonces será la última vez que veáis a Madeleine. ¿Está claro? –Le puso a Madeleine el cañón en la cabeza y miró alternativamente al padre y a la madre.

Ellos asintieron en silencio. Madeleine no era capaz de mirarlos. Si lo hacía, se esfumaría el valor, se le desdibujaría la imagen de Matte, que la animaba a ser fuerte ocurriera lo que ocurriera. Así que se quedó mirando al suelo mientras notaba que le ardía la raíz del pelo. Sentía el frío de la pistola en la piel y por un instante se preguntó cómo sería, si le daría tiempo de notar la bala abriéndose paso por el cerebro o si la luz se apagaría simplemente.

–Los niños me necesitan. Nos necesitan. Podemos volver a ser una familia –dijo, tratando de hablar con voz firme.

–Ya veremos –dijo Stefan otra vez con un tono que la asustó más que el tirón del pelo, más que la pistola en la sien–. Ya veremos.

Luego, la arrastró consigo hasta la puerta.

–Todo indica que Stefan Ljungberg y sus hombres están implicados –dijo Patrik.

–O sea, que su mujer ha vuelto a la ciudad, ¿no? –afirmó Ulf.

–Sí, con los niños.

–Pues vaya. Más bien debería haberse quedado tan lejos como le fuera posible.

–No quería decir por qué había vuelto.

–Puede haber mil razones. Ya lo he visto antes muchas veces. Nostalgia del país, echan de menos a sus familiares y amigos, la vida de refugiado no es lo que uno se piensa. O las encuentran y las amenazan, y deciden que más vale volver.

–En otras palabras, sabéis que hay asociaciones como Fristad que a veces brindan ayuda más allá de lo que es legalmente admisible –dijo Gösta.

–Sí, pero hacemos la vista gorda. O más bien, preferimos no invertir recursos en ello. Esas organizaciones actúan allí donde falla el Estado. No podemos proteger como debiéramos a esas mujeres y a los niños, así que…, bueno, ¿qué podemos hacer? –Hizo un gesto de impotencia–. Pero entonces, ¿ella cree que el hombre con el que estuvo casada puede ser culpable de asesinato?

–Pues sí, eso parecía –dijo Patrik–. Y tenemos indicios suficientes como para por lo menos mantener una charla con él.

–Como os decía, no es tarea fácil. Por un lado, no tenemos ningún interés en interferir en las investigaciones en curso sobre los Illegal Eagles y sus actividades. Por otro, se trata de unos tipos a los que hay que evitar en la medida de lo posible.

–Soy consciente de ello –aseguró Patrik–. Pero puesto que la pista que tenemos señala a Stefan Ljungberg, sería faltar al deber no hablar con él al menos.

–Ya me temía que dirías algo así –dijo Ulf con un suspiro. Haremos lo siguiente. Me llevaré a uno de mis mejores hombres, e

iremos a ver a Stefan Ljungberg los cuatro. Nada de interrogatorios, ninguna provocación agresiva. Solo una pequeña charla. Nos lo tomamos con calma y con prudencia, y ya veremos qué sacamos en claro. ¿Qué me dices?

–Bueno, no tenemos otra opción.

–Bien. Pero no podrá ser hasta mañana por la mañana. ¿Tenéis donde pasar la noche?

–Supongo que podemos quedarnos en casa de mi cuñado. –Patrik miró a Gösta, que asintió, y sacó el teléfono para llamar a Göran.

Erica quedó un poco decepcionada cuando Patrik la llamó y le dijo que no volvería a casa hasta el día siguiente. Pero no había otra solución. Habría sido totalmente diferente si eso mismo hubiera ocurrido cuando Maja era pequeña, como ahora los gemelos. Entonces se habría puesto nerviosísima ante la idea de verse sola con ella por la noche. Ahora, en cambio, lamentaba pasar una noche sin Patrik, pero no sentía la menor inquietud por tener que hacerse cargo ella sola de los tres niños. Las piezas parecían haber encajado ya en su sitio, y era feliz al saberse capaz de disfrutar de los bebés de un modo impensable cuando nació Maja. Eso no significaba que hubiera querido menos a Maja, desde luego. Simplemente, sentía otra tranquilidad, otro grado de confianza con los gemelos.

–Papá volverá a casa mañana –le dijo a Maja, que no respondió. Estaba viendo *Bolibompa* en la tele, y Maja no reaccionaría ni aunque llovieran granadas de mano en la calle. Los gemelos habían comido y estaban recién cambiados, así que dormían satisfechos en la cuna que compartían. Además, el primer piso estaba recogido y

ordenado, para variar, después del impulso de limpieza que sufrió en cuanto llegó de la guardería, que casi la hizo entrar en preocupación.

Erica entró en la cocina, se preparó un té y descongeló unos bollos en el micro. Tras pensarlo unos minutos, fue en busca del mazo de papeles sobre Gråskär y se sentó junto a Maja con té, bollos y un puñado de historias de fantasmas. Y muy pronto se vio inmersa en el mundo de los espectros. Desde luego, Annie tenía que ver aquello.

–¿No deberías irte a casa con las niñas? –Konrad la miró con una expresión de exigencia. En la calle, fuera del despacho que compartían en la comisaría de Kungsholmen, las farolas de la ciudad acababan de encenderse.

–Pelle se encarga del turno de noche. Últimamente ha hecho tantas horas extra que bien se merece disfrutar un poco de la vida familiar.

El marido de Petra tenía un café en el barrio de Söder, y los dos andaban siempre organizándose el horario para que el día a día funcionara. A veces Konrad se preguntaba cómo se las habrían arreglado para tener cinco hijos, con lo poco que se veían.

–¿Tú cómo vas? –Estiró un poco las articulaciones. Había sido un día muy largo y muy duro, y la espalda empezaba a resentirse.

–Los padres, muertos; no tiene hermanos. Sigo buscando, pero no parece que haya tenido una gran familia.

–Me pregunto cómo iría a dar con un tipo como ese –dijo Konrad. Giró la cabeza a un lado y a otro para relajar los músculos del cuello.

–Bueno, no es muy difícil adivinar qué tipo de persona es –dijo Petra con acritud–. Una de esas chicas que viven del físico y cuya única finalidad en la vida es que alguien las mantenga. A la que le da igual la procedencia del dinero y que se pasa los días de compras o en el salón de belleza y que, entre lo uno y lo otro, se toma un respiro almorzando con las amigas y bebiendo vino blanco en Sturehof.

–Vaya –dijo Konrad–. Me está pareciendo que tienes algún que otro prejuicio, ¿no?

–Estrangularé a mis hijas con mis propias manos si alguna me sale así. Por lo que a mí se refiere, pienso que uno tiene que correr con las consecuencias de entrar en ese mundo y cerrar los ojos al olor del dinero que maneja.

–No olvides que hay un niño de por medio –le recordó Konrad, y vio que Petra se dulcificaba enseguida. Era ruda, pero al mismo tiempo, más sentimental que la mayoría, sobre todo cuando había niños implicados.

–Sí, ya lo sé. –Frunció el entrecejo–. Por eso sigo aquí a las diez de la noche, aunque Pelle tendrá en casa una versión del motín del Bounty. Te aseguro que no es por una pija casada con un rico, te lo aseguro.

Continuó tecleando en el ordenador un rato, antes de cerrar sesión.

–Bueno, yo creo que hay que irse. He enviado unas consultas, y no creo que consigamos más esta noche. Mañana hemos quedado a las ocho con los de estupefacientes para ver juntos qué tenemos.

Más vale que durmamos unas horas, a ver si estamos más o menos despiertos durante la reunión.

–Tan sensata como siempre –dijo Konrad, que también se levantó–. Esperemos que el día de mañana sea más fructífero.

–Pues sí. De lo contrario, tendremos que recurrir a los medios de comunicación –añadió Petra, con cara de asco.

–Descuida, ya se enterarán ellos solos. –Hacía mucho que Konrad no se alteraba por las injerencias de la prensa vespertina en su trabajo. Y tampoco veía las cosas de forma tan tajante como Petra. Los periódicos ayudaban unas veces y entorpecían otras. En cualquier caso, como no iban a desaparecer, no servía de nada pelear contra molinos de viento.

–Buenas noches, Konrad –dijo Petra, dando grandes zancadas hacia el pasillo.

–Buenas noches –respondió Konrad, y apagó la luz.

Fjällbacka, 1873

La vida en la isla había cambiado, aunque la mayor parte seguía como siempre. Karl y Julian la miraban con el mismo destello maligno de antes y de vez en cuando le soltaban un comentario hiriente. Pero a ella no le afectaba, porque ahora tenía a Gustav. Estaba totalmente absorta en aquel hijo maravilloso, y mientras lo tuviera, podría soportarlo todo. Podría vivir en Gråskär hasta el día de su muerte siempre y cuando Gustav estuviera a su lado. Eso era lo único que importaba. Y aquella certeza le infundía calma, igual que su fe en Dios. A medida que pasaban los días en esa isla inhóspita se le hacía más patente la palabra de Dios. Dedicaba todo su tiempo libre a leer con atención lo que pudiera decirle la Biblia, y el mensaje le colmaba el corazón, ayudándole a olvidar todo lo demás.

Para desdicha suya, Dagmar había fallecido dos meses después de su regreso a la isla. Ocurrió de un modo tan horrible que Emelie ni siquiera era capaz de pensar en ello. Una noche, alguien entró en su casa, seguramente para robarle lo poco que tuviera de valor. La mañana siguiente, una amiga la encontró muerta. Emelie se echaba a llorar con solo pensar en Dagmar y en el destino brutal que le tocó vivir. A veces esa imagen era mucho más de lo que podía soportar. ¿Quién podría ser tan malvado y llevar dentro tanto odio como para quitarle la vida a una anciana que no había hecho mal a nadie?

Los muertos le susurraban un nombre por las noches. Ellos lo sabían y querían que Emelie escuchara lo que tenían que decirle, pero ella no quería saber nada, no quería oír nada. Ella solo echaba de menos a Dagmar con toda su alma. Para ella habría sido un consuelo saber que la tenía allí, en Fjällbacka, pese a que seguía sin poder ir con los dos hombres a comprar provisiones, y no habría podido verla. Ahora ya no estaba, y Emelie y Gustav volvían a estar solos.

Aunque eso no era del todo cierto. Cuando volvió con Gustav en los brazos, ellos la esperaban en las rocas. Le daban la bienvenida a la isla. A aquellas alturas no tenía que esforzarse para verlos. Gustav tenía ya un año y medio y, aunque al principio no estaba segura, se dio cuenta de que él también los veía. De pronto sonreía y saludaba con la mano. Su presencia lo llenaba de alegría, y que él estuviera contento era lo único que le importaba a Emelie.

La existencia en la isla podría haber sido muy monótona, todos los días eran iguales. Y sin embargo, nunca se sintió más satisfecha. El pastor los había visitado otra vez. Emelie tenía la sensación de que se preocupaba por ellos y quería ver que todo iba bien. Pero no tenía por qué inquietarse. El aislamiento que antes la desasosegaba había dejado de afectarle. Tenía toda la compañía que necesitaba, y su vida había adquirido sentido. ¿Quién se atrevería a pedir más? El pastor se fue de allí tranquilo. Había visto la paz que irradiaba su rostro, la Biblia, tan usada, que tenía abierta en la mesa de la cocina. Le dio a Gustav una palmadita en la mejilla y, medio a escondidas, un caramelo de menta y le dijo que era un chico magnífico, y Emelie se sintió tan orgullosa…

Karl, en cambio, ignoraba al niño por completo. Era como si su hijo no existiera. Además, había dejado el dormitorio común definitivamente y se había trasladado a la habitación de la planta baja, mientras que Julian se cambió al sofá de la cocina. El niño lloraba a todas horas, decía Karl, pero Emelie sospechaba que no era más que una excusa para no tener que compartir con ella el lecho matrimonial. A ella no le importaba en absoluto, sino que ahora dormía con Gustav a su lado, con el bracito rollizo alrededor del cuello y la boquita en la mejilla. Eso era cuanto necesitaba.
Eso y a Dios.

Estuvieron muy a gusto en casa de Göran. Erica y Anna se pasaron la mayor parte de su vida sin saber que tenían un hermano, pero cuando lo conocieron, no tardaron en encariñarse con él, y Patrik y Dan apreciaban muchísimo a su cuñado. Su madre adoptiva, Märta, que había cenado con ellos el día anterior, era una señora adorable que se había incorporado de inmediato a la recién ampliada familia.

–¿Habéis calentado motores? –dijo Ulf al verlos en el aparcamiento, delante de la comisaría.

Sin aguardar respuesta, les presentó a su colega Javier, que era más alto si cabe que Ulf, y con una forma física mucho mejor. El hombre no era, al parecer, demasiado hablador, y les dio un apretón de manos sin decir nada.

–¿Nos seguís? –Ulf se sentó resoplando al volante de un coche camuflado.

–Claro, pero no vayáis demasiado rápido. No conozco bien las calles –dijo Patrik, dirigiéndose a su coche con Gösta.

–Iré como un profesor de autoescuela –gritó Ulf entre risas.

Cruzaron la ciudad y se fueron acercando a zonas menos pobladas. Al cabo de otros veinte minutos, apenas se veían casas.

–Bueno, esto es puro campo –dijo Gösta mirando a su alrededor–. ¿Es que viven en el bosque?

–No es nada extraño que vivan en un lugar tan apartado y solitario. Habrá más de una cosa que no querrán que vean los vecinos.

–Y que lo digas.

Ulf empezó a frenar, giró y entró en la explanada de una casa bastante grande. Unos perros se acercaron a los coches y empezaron a ladrar desaforadamente.

–Joder, qué poco me gustan los perros. –Gösta se quedó mirando por la ventanilla. Dio un respingo cuando uno de los perros, un rottweiler, se puso a ladrar delante de su puerta.

–Yo creo que ladran más que muerden –dijo Patrik, y apagó el motor.

–Ya, pero lo que tú creas… –respondió Gösta sin hacer amago alguno de ir a abrir.

–Venga, hombre… –Patrik salió del coche, pero se quedó helado, porque enseguida lo rodearon tres perros que no paraban de ladrar enseñando los dientes.

–¡Llama a los perros! –vociferó Ulf, y al cabo de unos minutos salió un hombre.

–¿Y eso por qué? Están haciendo su trabajo, espantar a las visitas no deseadas. –Se cruzó de brazos y se los quedó mirando con una sonrisa burlona.

–Venga, Stefan. Solo queremos hablar contigo. Llama a los putos perros.

Stefan se echó a reír y se llevó una mano a la boca. Se metió el pulgar y el índice entre los dientes y lanzó un silbido. Los perros dejaron de ladrar de inmediato, echaron a correr hacia su amo y se tumbaron a sus pies.

–¿Estás contento?

Patrik tuvo que reconocer que el líder de los Illegal Eagles era un tipo bien parecido. De no ser por la frialdad en la expresión de sus

ojos, habría dicho que era guapo. La vestimenta subrayaba la mala impresión: unos vaqueros desgastados, una camiseta llena de manchas, un chaleco de motorista de color negro. Y un par de zuecos.

A su alrededor empezaron a aparecer otros hombres. Todos con la misma expresión expectante y amenazadora.

–¿Qué queréis? Estáis en zona privada –dijo Stefan, que parecía estar vigilando cualquier movimiento.

–Solo queremos hablar –repitió Ulf con las manos en alto. No queremos bronca. Solo sentarnos a hablar un rato.

Se hizo un largo silencio. Stefan parecía estar pensándoselo, y todos esperaban inmóviles.

–Bueno, vale, adelante –dijo al fin, y se encogió de hombros, como si le diera igual. Se dio media vuelta y entró en la casa.

Ulf, Javier y Gösta lo siguieron enseguida, y Patrik fue detrás, con el corazón en un puño.

–Sentaos. –Stefan señaló unos sillones que había alrededor de una mesa de cristal mugrienta, en tanto que él se sentó en un sofá de piel desfondado y extendió los brazos a ambos lados del respaldo. La mesa estaba llena de latas de cerveza, cajas de pizza y colillas, algunas de las cuales estaban en el cenicero, otras directamente sobre el cristal–. No he tenido tiempo de limpiar –dijo Stefan, sonriendo provocador. Pero enseguida se puso serio–. ¿Qué queréis?

Ulf miró a Patrik, que carraspeó nervioso. Se sentía incómodo, como poco, de verse en el cuartel general de una banda de moteros. Pero ya no había vuelta atrás.

–Somos de la Policía de Tanumshede –dijo, y se indignó al oír que le temblaba la voz. No mucho, pero lo suficiente para que a Stefan le brillaran los ojos socarronamente–. Queríamos hacerte unas preguntas sobre una agresión que se produjo en febrero. En la calle Erik Dahlbergsgatan. La víctima era un hombre llamado Mats Sverin.

Hizo una pausa mientras Stefan lo miraba extrañado.

–¿Sí?

–Existen pruebas testimoniales de que los agresores eran unos hombres que llevaban vuestro emblema en la espalda.

Stefan se echó a reír y miró a sus hombres, que aguardaban alerta un poco más atrás. Todos estallaron en carcajadas.

–Bueno, pero ¿qué dice el muchacho? ¿Cómo se llama…, Max?

–Mats –respondió Patrik secamente. Era evidente que estaban asistiendo a un espectáculo, pero por ahora no sabía lo bastante como para desmantelar la fachada de seguridad de Stefan Ljungberg.

–Ah, perdón. ¿Qué dice Mats? ¿Nos ha acusado a nosotros? –Stefan extendió los brazos más aún. Parecía que estuviese ocupando el sofá entero. Uno de los perros se acercó despacio y se tumbó a sus pies.

–No –dijo Patrik a su pesar–. No os ha acusado.

–Pues entonces… –Stefan volvió a sonreír.

–Es curioso que no nos preguntes quién es la persona de la que estamos hablando –dijo Ulf, tratando de llamar la atención del perro. Gösta lo miró como si estuviera loco, pero el perro se levantó, se fue despacio hacia él y se dejó acariciar la oreja.

–*Lolita* todavía no ha aprendido a odiar el olor a madero – dijo Stefan–. Pero ya aprenderá. Y en cuanto a ese tal Mats, no puedo tener controlado a todo el mundo. Soy hombre de negocios y tengo contacto con mucha gente.

–Trabajaba para una asociación que se llama Fristad, ¿te resulta familiar?

Cuanto más tiempo llevaban allí, más desprecio sentía Patrik por aquel sujeto. Y ese juego era frustrante. Estaba seguro de que Stefan sabía de qué estaban hablando, y Stefan sabía sin duda que así era. En realidad, le habría gustado que Ulf lo llevase a comisaría, para que el testigo de la calle Erik Dahlbergsgatan lo identificase porque, aunque no sabían a ciencia cierta que Stefan hubiese participado en la agresión a Mats Sverin, Patrik estaba convencido de que sí. Teniendo en cuenta que se trataba de algo tan personal, no creía que hubiese dejado la tarea en manos de sus gorilas.

–¿Fristad? No, no me suena.

–Qué curioso. Ellos sí te conocen a ti. Y muy bien. –Patrik ardía por dentro.

–Vaya –dijo Stefan, poniendo cara de no entender nada.

–¿Cómo está Madeleine? –preguntó Ulf. *Lolita* se había tumbado, y ahora le estaba haciendo cosquillas en la barriga.

–Bah, ya sabes cómo son las tías. En estos momentos tenemos un enredo, pero nada que no tenga solución.

–¿Enredo? –dijo Patrik muy serio, y Ulf le lanzó una mirada de advertencia.

–¿Está en casa? –dijo.

Javier no decía nada. Su figura irradiaba una rara crudeza de fuerza muscular. Patrik comprendía por qué le había pedido que los acompañara.

–Ahora mismo no –dijo Stefan–. Pero seguro que lamenta haberse perdido vuestra visita. A las tías les gustan las visitas.

Parecía totalmente sereno, y Patrik tuvo que contenerse para no plantarle un puñetazo en la cara.

Stefan se levantó. *Lolita* se puso de pie de un salto y volvió con su amo. Se frotó contra su pierna, como pidiendo perdón por haber estado por ahí, y Stefan se agachó y le dio una palmadita.

–Bueno, pues si eso es todo, tengo cosas que hacer.

Patrik pensó que tenía miles de preguntas que hacerle. Sobre la cocaína, sobre Madeleine, sobre Fristad y sobre el asesinato. Pero Ulf volvió a reprimirlo con la mirada y señaló la puerta. Patrik se tragó lo que estaba a punto de preguntar. Tendrían que dejarlo para el siguiente paso.

–Espero que el muchacho se recuperase. El de la paliza, digo. Esas cosas pueden acabar mal. –Stefan se colocó junto a la puerta, esperando a que salieran.

Patrik se lo quedó mirando.

–Está muerto. De un tiro –dijo con la cara tan pegada a la de Stefan que pudo sentir el olor a cerveza revenida y a tabaco de su aliento.

–¿De un tiro?

Se le borró la sonrisa y, por una décima de segundo, Patrik creyó percibir un atisbo de verdadera sorpresa en su mirada.

–Bueno, ¿estaba entera la casa cuando llegaste ayer? –Konrad miraba a Petra con sus gafas redondas y pequeñas.

–Sí, claro –dijo Petra, aunque sin prestarle mucha atención. Estaba totalmente concentrada en algo que había en la pantalla. Al cabo de un rato, giró la silla y se volvió hacia Konrad. Acabo de encontrar algo en los archivos. La mujer de Wester es propietaria de un inmueble en Bohuslän, en el archipiélago, cerca de… –se acercó para leer bien el nombre– …Fjällbacka.

–Es un sitio muy bonito. Yo he pasado allí varios veranos.

Petra lo miró sorprendida. Por alguna razón, jamás se había imaginado que Konrad hiciera cosas en sus vacaciones. Y tuvo que morderse la lengua para no preguntarle con quién había estado allí.

–¿Dónde está? –dijo Petra–. Joder, parece que es dueña de una isla entera. Gråskär.

–Entre Uddevalla y Strömstad –dijo Konrad, que estaba revisando las llamadas de Fredrik Wester. Las entrantes y las salientes. Era aburrido, pero había que hacerlo y los teléfonos podían ser una mina de oro en la investigación de un delito. De todos modos, dudaba de que en aquel caso diese ningún fruto. Esos tipos eran demasiado finos para dejar ningún rastro. Seguramente, utilizaban tarjetas recargables que arrojaban a cualquier contenedor en cuanto cerraban algún asunto delicado. Pero uno nunca sabía…, y la paciencia era una de sus virtudes principales. Si había algo interesante en aquella lista infinita de llamadas, él lo encontraría.

–Yo no he conseguido el número de móvil de Annie Wester, así que lo más rápido será que nos pongamos en contacto con la Policía

de allí. Si es que hay. No es una ciudad, precisamente. Quizá la más próxima sea Gotemburgo, ¿no?

–Tanumshede –dijo Konrad, sin dejar de teclear números para compararlos con los archivos–. La comisaría más próxima se encuentra en Tanumshede.

–¿Tanumshede? ¿De qué me suena a mí eso?

–Esta semana ha habido allí un asesinato por drogas y los periódicos de la tarde lo sacaron a bombo y platillo. –Konrad se quitó las gafas y se frotó el entrecejo con el pulgar y el índice. Después de un rato leyendo las listas con tantos números de teléfono, siempre le dolían los ojos.

–Exacto. Se ve que no solo en la capital tenemos esos episodios.

–No, que sepas que existe todo un mundo fuera de Estocolmo. Comprendo que te resulte extraño, pero así son las cosas –dijo Konrad. Sabía que Petra había nacido en el centro de la capital, que vivía en el centro y que apenas había estado más allá del norte de Uppsala o del sur de Södertälje.

–Ya, ¿y tú? ¿De dónde eres? –dijo Petra con sarcasmo. Aunque era consciente de lo extraño que resultaba hacerle esa pregunta a una persona con la que llevaba trabajando quince años. Pero es que nunca se lo había preguntado antes.

–Gnosjö –respondió Konrad sin apartar la mirada de las listas.

Petra se quedó atónita.

–¿En Småland? Pero si no tienes ningún acento…

Konrad se encogió de hombros y Petra abrió la boca para seguir preguntando, pero cambió de idea. Se había enterado de dónde

había nacido Konrad y de dónde pasaba las vacaciones, con eso tenía suficiente por un día.

–Gnosjö –repitió asombrada. Luego descolgó el auricular. Pues voy a llamar a los colegas de Tanumshede.

Konrad asintió. Seguía sumido en el mundo de los números.

–Pareces cansado, cariño. –Erica le dio a Patrik un beso en los labios. Llevaba a un gemelo en cada brazo, y él les besó la cabeza.

–Pues sí, estoy muerto, pero y tú, ¿qué tal has pasado el día? –dijo sintiéndose culpable.

–Sin problemas, de verdad. –Se sorprendió de lo sincera que parecía, y es que decía la verdad. Todo había ido divinamente, y ahora Maja estaba en la guardería y los gemelos habían comido y estaban felices.

–¿Ha merecido la pena el viaje? ¿Cómo estaban Göran y Märta? –preguntó mientras ponía a los gemelos en una mantita–. Si te apetece, hay café.

–Gracias, sí, me va a sentar de maravilla. –Patrik fue con ella a la cocina–. Solo puedo quedarme unos minutos, luego tengo que ir a la comisaría.

–Bueno, siéntate, relájate un poco –dijo Erica, que prácticamente lo sentó en una de las sillas. Le puso delante una taza, que él bebió agradecido.

–Mira, he hecho unos bollos. –Puso en una bandeja los dulces aún calientes.

–Vaya, si al final llegarás a ser una ama de casa y todo –dijo Patrik, pero al ver la mirada iracunda de Erica comprendió que la broma no le había sentado nada bien.

–Anda, cuéntame –dijo, y se sentó a su lado.

Patrik le refirió a grandes rasgos lo que había ocurrido en Gotemburgo. Se le oía cierto abatimiento en la voz.

–Y Göran y Märta están bien. Estaban pensando venir a vernos un fin de semana, si nos parece bien.

A Erica se le iluminó la cara.

–Hombre, sería estupendo. Llamaré a Göran esta tarde y acordaremos una fecha. –Luego, se puso muy seria–. Oye, he estado pensando en una cosa. Nadie le ha contado a Annie lo que le ha pasado a Gunnar, ¿verdad?

Patrik parecía sorprendido, pero Erica tenía razón.

–Pues no, no creo. A menos que haya llamado a Signe.

–Signe sigue en el hospital. Al parecer, está totalmente en su mundo.

Patrik asintió.

–Sí, la llamaré en cuanto pueda.

–Bien –Erica sonrió. Se levantó, empujó la taza de Patrik hacia el interior de la mesa y se le sentó encima a horcajadas. Le pasó la mano por el pelo y lo besó despacio–. Te echaba de menos…

–Mmm…, yo también te echaba de menos –dijo, abrazándola por la cintura.

En el comedor se oía el alegre parloteo de los gemelos, y Patrik vio en los ojos de Erica un destello que conocía muy bien.

–¿Le apetece a mi querida esposa acompañarme al piso de arriba un momento?

–Sí, gracias, buen señor, con mucho gusto.

–Muy bien, y entonces, ¿a qué esperamos? –Patrik se levantó tan bruscamente que Erica casi se cae. Le dio la mano y se dirigieron juntos a la escalera. Pero no acababa de poner el pie en el primer peldaño cuando sonó el móvil. Hizo amago de seguir subiendo, pero Erica lo detuvo.

–Cariño, tienes que contestar. Puede ser de la comisaría.

–Que esperen –dijo–. Porque créeme, esto no nos llevará mucho tiempo. –Le rodeó otra vez la cintura con el brazo, pero sin éxito.

–Pues no sé si es un buen argumento para vender el producto… –dijo con una sonrisa–. Tienes que contestar, lo sabes.

Patrik dejó escapar un suspiro. Sabía que tenía razón, por triste que le pareciera.

–¿En otro momento? –Se dirigió al recibidor. El móvil sonaba en el bolsillo de la cazadora.

–Será un placer –dijo Erica con una reverencia.

Patrik respondió al teléfono riéndose. Quería con locura a la chiflada de su mujer.

Mellberg estaba preocupado. Tenía la sensación de que toda su vida dependía de que aquello se resolviera. Rita había salido a pasear con Leo, las chicas estaban en el trabajo. Él se había escapado a casa un momento para ver los canales de deporte. Pero

por primera vez en la vida, no pudo concentrarse en la tele, sino que empezó a dar vueltas de un lado a otro sin dejar de pensar.

De repente se detuvo. Pues claro que podía arreglarlo. Tenía la solución delante de las narices. Salió y bajó la escalera hasta la oficina del sótano. Alvar Nilsson estaba ante el escritorio.

–¡Hombre, Mellberg!

–Hola. –Mellberg le dirigió su mejor sonrisa.

–¿Qué me dices? ¿Me acompañas? –Alvar abrió el primer cajón y sacó una botella de whisky.

Mellberg luchaba consigo mismo, pero la batalla terminó como solía.

–Sí, qué puñetas –dijo, y tomó asiento.

Alvar le dio un vaso.

–Pues verás, tenía una cosa que decirte. –Mellberg dio unas vueltas al vaso y disfrutó de la vista antes de tomar el primer trago.

–¿Sí? ¿En qué puedo ayudarte?

–Las niñas han decidido alquilar algo propio.

Alvar lo miró con una risita. «Las niñas» tenían algo más de treinta años.

–Sí, suele pasar. –Alvar se recostó en la silla y cruzó las manos en la nuca.

–Pero resulta que Rita y yo no queremos que se muden muy lejos.

–Lo comprendo. Pero los apartamentos en Tanumshede están difíciles ahora.

–Claro, por eso había pensado que podrías ayudarme. – Mellberg se inclinó y le clavó una mirada intensa.

–¿Yo? Ya sabes cómo están las cosas. Todos los apartamentos ocupados. No tengo ni un cuchitril que ofrecerte.

–Bueno, tienes un piso de tres habitaciones en la planta debajo de la nuestra.

Alvar lo miró desconcertado.

–Pero el único piso de tres habitaciones que hay ahí es… –Calló de pronto. Luego negó con la cabeza–. Jamás en la vida. No, eso no puede ser. Bente no lo aceptaría nunca. –Alvar estiró el cuello y miró inquieto al despacho de al lado, donde trabajaba su secretaria y amante noruega.

–Ese no es mi problema. Pero podría convertirse en el tuyo. –Mellberg bajó la voz–. No creo que a Kerstin le gustara conocer tu… arreglo.

Alvar miró a Mellberg furioso, y Mellberg se preocupó un poco. Si se había equivocado, Alvar podía echarlo de allí a patadas. Contuvo la respiración. Y Alvar se echó a reír.

–Joder, Mellberg, eres un tipo duro. Pero desde luego, ninguna mujer va a arruinar nuestra amistad. Así que lo resolveremos. Tengo algo de dinero y puedo buscarle otra cosa a Bente. ¿Qué me dices si se mudan dentro de un mes? Pero no pienso pagar pintura ni nada por el estilo, eso corre por vuestra cuenta. ¿De acuerdo? –le tendió la mano.

Mellberg respiró tranquilo y se la estrechó con firmeza.

–Sabía que podía confiar en ti –dijo. Estaba tan contento que el corazón le brincaba en el pecho. El pequeño se mudaría, pero no tan lejos que él no pudiera bajar un piso y verlo cuando quisiera.

–Bueno, pues entonces podemos celebrarlo con otro trago –dijo Alvar.

Mellberg le acercó el vaso.

En Badis reinaba una actividad febril, pero Vivianne se sentía como si se moviera a cámara lenta. Había tantas cosas que poner a punto, tanto que decidir. Pero sobre todo, no podía dejar de pensar en las evasivas de Anders. Le estaba ocultando algo, y el secreto abría un abismo entre los dos, tan extenso y tan profundo que apenas podía ver el otro lado.

–¿Dónde van las mesas del bufé? –Una de las camareras la miraba insistente, y se obligó a concentrarse.

–Allí, a la izquierda. En hilera, para que se pueda caminar por los dos lados.

Había que organizarlo todo, y organizarlo bien. Poner las mesas, la comida, la sección de *spa,* los tratamientos. Las habitaciones debían estar listas, con flores y cestas de fruta para los huéspedes de honor. Y el escenario, preparado para el grupo. No podían descuidar nada.

Se dio cuenta de que le fallaba la voz a medida que iba respondiendo a las preguntas. El anillo despedía destellos y tuvo que contenerse para no quitárselo y estrellarlo contra la pared. No podía perder el control ahora que estaba tan cerca del objetivo y de que sus vidas cambiaran por fin.

–Hola, ¿qué puedo hacer?

Anders tenía un aspecto horrible, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Llevaba el pelo revuelto y se le veían profundas ojeras en los ojos.

–Llevo toda la mañana llamándote. ¿Dónde has estado? – Estaba angustiada. Todas aquellas ideas no le daban tregua. En realidad, no creía a Anders capaz de algo así, pero no estaba segura. En realidad, ¿cómo saber lo que otra persona tenía en la cabeza?

–Tenía el móvil apagado. Necesitaba dormir –dijo, sin mirarla a los ojos.

–Pero… –Guardó silencio. No tenía sentido. Después de todo lo que habían compartido, Anders la había dejado fuera. Y no era capaz de explicar hasta qué punto la hería.

–Podrías comprobar si hay bebida suficiente –dijo–. Y copas. Te lo agradecería mucho.

–Claro, ya sabes que hago lo que sea –dijo Anders, y por un instante volvió a ser el de siempre. Se dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

Lo sabía, pensó Vivianne. Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas, se las secó con la manga del jersey y fue a la sección de *spa.* No podía venirse abajo. Tendría que dejarlo para más tarde. Ahora debía comprobar si había bastante aceite de masaje y *peeling* de ostras.

–Hemos recibido una llamada del grupo de homicidios de Estocolmo. Quieren localizar a Annie Wester. –Patrik contempló la cara de asombro de sus colegas, que debía de ser la misma que él

puso cuando Annika lo llamó a su casa para contárselo hacía menos de media hora.

–¿Y eso por qué? –dijo Gösta.

–Han encontrado el cadáver de su marido, lo han asesinado. Y temían que Annie y el niño también estuvieran muertos en algún sitio. Fredrik Wester era, al parecer, uno de los pesos pesados del narcotráfico sueco.

–Anda ya –dijo Martin.

–Ya, a mí también me costaba trabajo creerlo. Pero los del grupo de estupefacientes llevan tiempo vigilándolo, y el otro día lo encontraron muerto a tiros en la cama. Parece que el cadáver lleva allí un tiempo, calculan que un par de semanas.

–Pero ¿cómo es que nadie lo ha descubierto hasta ahora? – dijo Paula.

–Al parecer, tenían el equipaje preparado para irse de vacaciones a su casa de Italia, estarían fuera el verano entero. De modo que todos pensaron que ya habían salido.

–¿Y Annie? –preguntó Gösta.

–Ya te digo, temían que estuvieran en algún bosque con un tiro en la cabeza. Pero ahora que les he confirmado que están aquí, creen más bien que ella se llevó al niño y huyó de quienes quiera que mataran al marido. Puede incluso que fuera testigo del asesinato, y en ese caso hace bien en esconderse. Tampoco descartan que fuera ella quien disparase al marido.

–¿Y qué pasa ahora? –preguntó Annika estupefacta.

–Mañana llegarán a Tanumshede dos de los policías encargados del caso. Quieren hablar con ella cuanto antes. Y nosotros

esperaremos e iremos allí con ellos.

–Pero ¿y si están en peligro? –dijo Martin.

–Bueno, todavía no ha ocurrido nada, y mañana llegarán refuerzos. Esperemos que ellos sepan cómo llevar este asunto.

–Sí, será mejor que Estocolmo se encargue de esto –convino Paula–. Pero ¿soy la única que piensa que…?

–¿Que pueda haber un vínculo entre el asesinato de Fredrik Wester y el de Mats Sverin? Sí, yo también lo había pensado –dijo Patrik. Ya empezaba a forjarse una idea de quién era el culpable pero, desde luego, aquello cambiaba las cosas.

–Bueno, ¿y cómo os fue en Gotemburgo? –dijo Martin, como si le hubiera leído el pensamiento a Patrik.

–Pues bien y mal. –Les contó lo ocurrido los dos días que él y Gösta pasaron en la capital. Cuando terminó, todos quedaron en silencio, salvo Mellberg, que de vez en cuando soltaba una risita, provocada sin duda por algo que tenía en la cabeza. Además, olía sospechosamente a alcohol.

–Es decir, que de no tener ninguna línea de investigación, hemos pasado a tener dos posibles. Y probables –sintetizó Paula.

–Sí, y por eso es de vital importancia que no nos obcequemos con nada, sino que sigamos trabajando con amplitud de miras. Mañana llegarán los policías de Estocolmo y entonces podremos hablar con Annie. Además, espero que Ulf me llame de Gotemburgo y me diga cuál es el mejor medio de seguir con el asunto de los Illegal Eagles. Por otro lado, tenemos a los técnicos. ¿Siguen sin encontrar coincidencias en balística? –preguntó Patrik, a nadie en particular.

Paula negó con la cabeza.

–Puede llevarles bastante tiempo. También han examinado el bote, pero todavía no hemos tenido noticias.

–¿Y la bolsa de cocaína?

–Siguen sin identificar una de las huellas.

–Ah, por cierto, en cuanto al bote…, estaba pensando que debe haber alguien que sepa informarnos del rumbo de las corrientes en el archipiélago y decirnos desde dónde pudo salir a la deriva y hasta dónde pudieron llevarlo. –Miró a su alrededor y terminó por detenerse en Gösta.

–Yo me encargo. –Gösta parecía cansado–. Sé a quién preguntarle.

–Bien.

Martin levantó la mano.

–¿Sí? –dijo Patrik.

–Paula y yo estuvimos hablando con Lennart de los documentos que había en el maletín de Mats.

–Ah, es verdad. ¿Encontró algo?

–Por desgracia, todo parece estar en orden. O bueno, según se mire. –Martin se puso colorado.

–Lennart no detectó irregularidades –explicó Paula–. Lo que no significa que no las haya, pero según los documentos que tenía Mats, todo parece en orden.

–De acuerdo. Y del ordenador, ¿sabemos algo?

–Les llevará una semana más –dijo Paula.

Patrik dejó escapar un suspiro.

–Parece que toca esperar, pero tendremos que seguir trabajando con lo que podamos. Yo estaba pensando sentarme a ordenar todo lo que hemos averiguado hasta ahora, para hacerme una idea de dónde nos encontramos y si se nos ha pasado algo. Gösta, tú te encargas de lo del bote. Martin y Paula… –reflexionó un instante–. Vosotros dos, averiguad todo lo que podáis sobre la actividad de IE y sobre Fredrik Wester. Los colegas de Gotemburgo y Estocolmo han prometido que colaborarán con nosotros en eso. Os daré sus datos de contacto para que podáis pedirles toda la información que puedan daros. Vosotros mismos decidís quién se encarga de qué.

–Vale –dijo Paula.

Martin también se mostró de acuerdo y volvió a levantar la mano discretamente.

–¿Qué pasa con Fristad? ¿Los vamos a denunciar?

–No –respondió Patrik–. Hemos decidido que no. En nuestra opinión, no hay motivos para ello.

Martin parecía aliviado.

–¿Cómo averiguasteis lo de la chica de Sverin?

Patrik lanzó una mirada a Gösta, que bajó la vista.

–Trabajo policial metódico. Y un poco de intuición. –Hizo un gesto para darles ánimos y dijo–: Bueno, pues manos a la obra.

Fjällbacka, 1875

Los días se convirtieron en semanas, y los meses en años. Emelie había logrado acomodarse y adaptarse al ritmo apacible de Gråskär. Era como si viviera en armonía con la isla. Sabía exactamente cuándo florecerían las malvarrosas, cuándo se impondría el frío otoñal al calor del verano, cuándo se helaría el lago y cuándo se resquebrajaría el hielo. La isla era su mundo y, en ese mundo, Gustav era el rey. Era un niño feliz y Emelie no dejaba de asombrarse al ver lo mucho que disfrutaba de una existencia tan limitada como la suya.

Karl y Julian ya apenas hablaban con ella. Aun en un espacio tan reducido, llevaban vidas separadas. Incluso habían dejado de maltratarla de palabra. Como si ya no fuese un ser humano, alguien con quien ensañarse. Más bien la trataban como a un ser invisible. Ella se ocupaba de todo lo necesario pero, por lo demás, no le prestaban atención. También Gustav se adaptó a aquel orden extraño. Nunca trató de acercarse a Karl o a Julian. Para él, eran menos reales que los muertos. Y Karl nunca llamaba a su hijo por su nombre. El niño, decía las pocas veces que hablaba de él.

Emelie sabía perfectamente en qué momento el odio pasó a ser indiferencia. Ocurrió un día, poco después de que Gustav hubiese cumplido dos años. Karl volvió de Fjällbacka con una expresión difícil de interpretar. Estaba sobrio. Por una vez, Julian y él no se habían pasado por la taberna de Abelas, algo totalmente insólito. Pasaron

varias horas sin que dijera una palabra, mientras Emelie trataba de adivinar qué habría pasado. Al final, Karl le dejó una carta en la mesa de la cocina.

–Mi padre ha muerto –dijo Karl. Y fue como si se le hubiese soltado algo por dentro, liberándolo. A Emelie le habría gustado que Dagmar le hubiera revelado algo más sobre Karl y su padre, pero ya era tarde. No tenía remedio y, simplemente, se alegraba de que su marido los dejase tranquilos a ella y a Gustav.

Asimismo, y a medida que pasaban los años, iba viendo cada vez con más claridad la presencia de Dios en toda Gråskär. La inundaba una gratitud inmensa al pensar que Gustav y ella podían vivir allí y sentir el espíritu de Dios en el movimiento de las aguas, y oír su voz en el rumor del viento. Cada día vivido en la isla era un regalo, y Gustav era un niño adorable. Sabía que pensar así de su hijo, que había nacido a su imagen, era soberbia. Pero según la Biblia, también había nacido a imagen y semejanza de Dios, y Emelie esperaba que le perdonase aquel pecado. Porque era un niño precioso, con aquellos rizos rubios, los ojos azules y largas pestañas espesas que se distinguían sobre el fondo de sus mejillas cuando lo veía dormir a su lado por las noches. El pequeño hablaba con ella sin parar, con ella y con los muertos. A veces, ella lo escuchaba a hurtadillas, sonriendo. Era tan listo, y ellos tenían tanta paciencia con el pequeño…

–¿Puedo salir, madre?

Le preguntó tirándole de la falda.

–Claro que sí. –Emelie se agachó y le dio un beso en la mejilla–. Pero ten cuidado, no vayas a caerte en el agua.

Emelie lo vio cruzar el umbral. En realidad, no estaba preocupada. Sabía que no estaba solo. Los muertos y Dios cuidaban de él.

Llegó el sábado y con el mejor tiempo imaginable. Un sol resplandeciente, un cielo azul clarísimo y una leve brisa. Toda Fjällbacka bullía de expectación. Los agraciados con una invitación a la inauguración de aquella noche se habían pasado casi toda la semana angustiados preguntándose qué vestimenta y qué peinado debían llevar. Irían todas las personas importantes de la comarca, y corría el rumor de que acudiría incluso algún famoso de Gotemburgo.

Pero Erica tenía otras cosas en las que pensar. Aquella misma mañana tuvo una idea. Era mejor que Annie se enterase de lo de Gunnar directamente, y no por teléfono. Y, de todos modos, había pensado ir a verla para contarle lo que había averiguado sobre la historia de Gråskär, sería una sorpresa para ella. De modo que aprovecharía la oportunidad, ahora que tenía canguro.

–¿Seguro que te arreglarás con ellos tantas horas? –preguntó.

Kristina respondió ofendida:

–¿Con estos angelitos? Sin problemas. –Tenía a Maja en brazos y a los gemelos en las hamaquitas.

–Estaré fuera bastante tiempo. Primero voy a ver a Anna y luego pensaba ir a Gråskär.

–Bueno, ten cuidado si vas a salir en el bote tú sola. –Kristina dejó en el suelo a Maja, que se retorcía para soltarse. La pequeña plantó sendos besos en las mejillas de sus hermanitos y se fue corriendo a jugar.

–Claro, soy una experta con el bote –rio Erica–. A diferencia de tu hijo…

–Sí, bueno, en eso tienes razón –dijo Kristina, aunque parecía preocupada–. Por cierto, ¿estás segura de que Anna lo aguantará?

La misma pregunta se había hecho Erica cuando Anna la llamó y le pidió que la acompañara a la tumba, pero comprendió que esa decisión debía tomarla su hermana.

–Sí, creo que sí –dijo, con un tono de voz que revelaba más seguridad de la que en el fondo sentía.

–Pues a mí me parece un poco pronto –dijo Kristina, y cogió a Noel, que había empezado a protestar–. Pero espero que estés en lo cierto.

Sí, yo también lo espero, pensó Erica mientras se dirigía al coche para ir al cementerio. En cualquier caso, se lo había prometido a Anna, y ahora no podía echarse atrás.

Su hermana la esperaba junto a la gran verja del parque de bomberos. Se la veía tan diminuta… El pelo corto le daba un aspecto de fragilidad, y Erica tuvo que contenerse para no cogerla y mecerla como a un bebé.

–¿Te encuentras con fuerzas? –preguntó dulcemente–. Si quieres, podemos dejarlo para otro día.

Anna negó vehemente.

–No, puedo hacerlo. Y quiero hacerlo. Estaba tan ida que apenas recuerdo el entierro. Tengo que ver dónde está enterrado.

–De acuerdo. –Erica se llevó a Anna del brazo y las dos echaron a andar por el sendero de grava.

No podían haber elegido un día más esplendoroso. Se oía el rumor del tráfico que pasaba cerca pero, por lo demás, todo estaba en calma. El sol se reflejaba en las lápidas y muchas de las tumbas estaban muy cuidadas, con flores frescas de algún familiar. Anna dudó de pronto y Erica le señaló con un gesto dónde estaba la tumba.

–Está al lado de Jens. –Erica le señaló una hermosa piedra de granito redondeada donde se leía grabado el nombre de Jens Läckberg. Jens fue un buen amigo de su padre, y las dos lo recordaban bien de cuando eran niñas: un encanto de hombre, siempre alegre, bromista y dicharachero, amigo de celebraciones.

–Qué bonita es –dijo Anna con voz apagada, pero con el dolor plasmado en el rostro. Habían elegido una piedra similar a la vecina, una natural, también redondeada y de granito. Y la habían grabado de forma similar. Decía «Chiquitín», y la fecha. Solo una fecha.

Erica sintió un nudo en la garganta, pero se obligó a contener el llanto. Tenía que ser fuerte, por su hermana menor. Anna se tambaleó un poco mientras contemplaba la piedra, lo único que le quedaba del niño que tanto había añorado. Le dio la mano a Erica y se la apretó con fuerza. Y lloró calladamente. Luego, se volvió hacia Erica.

–¿Cómo va a salir todo? ¿Cómo?

Erica la abrazó fuerte.

–Rita y yo tenemos una propuesta. –Mellberg rodeó a Rita con el brazo y la atrajo hacia sí.

Paula y Johanna los miraron extrañados.

–Sí, bueno, ya sabemos lo que opináis –dijo Rita, menos segura que Mellberg–. Decíais que necesitabais una vivienda propia… Y, bueno, depende de lo propia que queráis que sea.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó Paula.

–Queríamos saber si os bastaría con mudaros al piso de abajo –preguntó Mellberg esperanzado.

–Pero, aquí no hay apartamentos libres, ¿no? –dijo Paula.

–Pues claro. Dentro de un mes habrá uno. El de tres habitaciones del piso de abajo será vuestro en cuanto la tinta de la firma se haya secado en el papel.

Rita examinó la reacción de las chicas para tratar de ver qué opinaban. Se puso contentísima cuando Bertil le habló del apartamento, pero no estaba segura de cuánta distancia querrían poner ellas de por medio.

–Y, naturalmente, no nos pasaríamos el día llamando a vuestra puerta –les aseguró.

Mellberg la miró sorprendido. Naturalmente que bajarían cuando quisieran, ¿no? Pero no dijo nada. Lo más importante era que aceptaran la oferta.

Paula y Johanna se miraron. Luego sonrieron y empezaron a hablar al mismo tiempo.

–Ese piso es precioso. Luminoso, con ventanas a dos calles. Y la cocina es nueva. El cuarto que Bente usa de vestidor podría ser la habitación de Leo y… –Las dos callaron de pronto.

–¿Y adónde se va Bente? –preguntó Paula–. No ha comentado nada de que vaya a mudarse.

Mellberg se encogió de hombros.

–Ni idea. Supongo que habrá encontrado otra cosa. Alvar no me comentó nada cuando le pregunté. Pero me dijo que tendremos que pintar nosotros.

–No pasa nada –dijo Johanna–. Mejor así. Nosotras nos encargamos, ¿verdad, cariño? –Le brillaban los ojos y Paula se inclinó y la besó en los labios.

–Y así podremos seguir ayudándoos con Leo –intervino Rita–. Bueno, todo lo que queráis, claro, no tenemos intención de ser entrometidos.

–Vamos a necesitar muchísima ayuda –la tranquilizó Paula. Y las dos pensamos que es maravilloso que Leo tenga tan cerca al abuelo Bertil. Con tal de que vivamos en nuestra propia casa, todo irá bien.

Paula miró a Bertil, que tenía a Leo en las rodillas.

–Gracias, Bertil –dijo.

Y Mellberg se sintió un tanto avergonzado, para sorpresa suya.

–Bah, no ha sido nada. –Y le hizo cosquillas a Leo en la cara con la nariz, de modo que el niño se echó a reír encantado. Luego levantó la vista y miró a las mujeres que tenía alrededor. Una vez más, Bertil Mellberg sintió una gratitud enorme por tener aquella familia.

Iba sin rumbo por el edificio. Por todas partes correteaba gente de un lado a otro para ultimar detalles. Anders sabía que debería ir a echar una mano, pero estaba a punto de dar un paso que lo tenía paralizado. Quería y no quería al mismo tiempo. La cuestión era si

tendría el valor suficiente para afrontar las consecuencias de sus actos. No estaba seguro, pero pronto tendría que dejar de pensarlo. Debía adoptar una decisión.

–¿Has visto a Vivianne? –Una mujer del servicio le preguntó al pasar a toda prisa, y Anders señaló hacia el interior del establecimiento–. Gracias, y qué bien lo vamos a pasar esta noche.

Todos corrían, todos se afanaban. Él, en cambio, se sentía como si estuviera moviéndose en el mar.

–Hombre, aquí estás, mi querido futuro cuñado. –Erling le pasó el brazo por los hombros y Anders tuvo que hacer un esfuerzo para no retirarse–. Esto va a salir de miedo. Las celebridades llegarán sobre las cuatro, así tendrán tiempo de instalarse en las habitaciones. Y el resto de la gente podrá empezar a entrar a las seis.

–Sí, todo el pueblo habla de lo mismo.

–Pues solo faltaba. Es lo más grande que ha ocurrido aquí desde… –No continuó, pero Anders adivinó lo que iba a decir. Había oído hablar del programa *Fucking Tanum,* y del fiasco que fue para Erling.

–Bueno, ¿y dónde está mi tortolita? –Erling estiró el cuello y miró a su alrededor.

Anders volvió a señalar hacia el interior, y Erling se alejó a toda prisa en esa dirección. Había que ver lo solicitada que estaba hoy su hermana. Entró en la cocina, se sentó en una silla en un rincón y se frotó las sienes. Notó que estaba a punto de darle un dolor de cabeza fenomenal. Buscó en la caja de los medicamentos y se tomó un analgésico. Pronto, pensó. Pronto habría tomado la decisión.

Erica aún llevaba un nudo de llanto en el pecho cuando salió del puerto con el barco. El motor arrancó a la primera, le encantaba aquel sonido tan familiar. La pequeña embarcación había merecido todos los cuidados de Tore, su padre, y también Patrik y ella habían tratado de mantenerla en buen estado. Este año deberían lijar y barnizar la cubierta de madera. Ya había empezado a descascarillarse aquí y allá. Si Patrik se quedaba con los niños, lo haría ella misma. Tenía un trabajo tan sedentario que le encantaban los trabajos manuales de vez en cuando. Y era más mañosa que Patrik, lo cual, en honor a la verdad, no era decir mucho.

Dirigió la vista a la derecha; allí estaba Badis. Esperaba poder ir un rato a la inauguración, pero aún no lo habían hablado. Patrik parecía cansado por la mañana, y no era seguro que Kristina aguantara con los niños hasta la noche.

De todos modos, le apetecía muchísimo ir a Gråskär. La cautivó el ambiente de la isla cuando estuvieron Patrik y ella la vez anterior, pero después de haberse informado sobre su historia, estaba fascinada. Había visto montones de fotos del archipiélago y el faro era, sin duda, uno de los más hermosos. No le extrañaba lo más mínimo que Annie se encontrara divinamente allí, aunque ella se volvería loca después de unos días sin hablar con nadie. Pensó en el hijo de Annie, esperaba que se encontrara mejor. Seguramente, así sería, dado que no los había llamado ni les había pedido ayuda.

Al cabo de unos minutos, avistó Gråskär en el horizonte. A Annie no pareció entusiasmarle la idea cuando Erica la llamó, pero tras un poco de insistencia por su parte, terminó accediendo a que la

visitara. Erica estaba convencida de que le encantaría saber más sobre la historia de la isla.

–¿Te las arreglas para atracar tú sola? –le gritó Annie desde el muelle.

–Sin problemas. Si no tienes en mucha estima el embarcadero –respondió con una sonrisa, para que comprendiera que estaba bromeando, antes de atracar tranquilamente. Apagó el motor y le arrojó el cabo a Annie, que lo amarró a conciencia.

–Hola –dijo cuando salió del barco.

–Hola. –Annie le sonrió tímidamente, pero sin mirarla a los ojos.

–¿Cómo está Sam? –preguntó Erica mirando hacia la casa.

–Mejor –respondió Annie. La vio más delgada aún que la última vez, los huesos de los hombros se le perfilaban bajo la camiseta.

–Bollos caseros –dijo Erica sacando una bolsa–. Por cierto, ¿te hacía falta algo de compra? –Se irritó al caer en la cuenta de que no se había acordado de preguntarle cuando la llamó. Seguramente, a Annie le habría dado un poco de reparo pedírselo otra vez, dado que no se conocían mucho.

–No, qué va, no me hacía falta. La vez anterior trajisteis comida de sobra, y siempre puedo preguntarles a Signe y a Gunnar si me la traen ellos. Aunque no sé cómo estarán…

Erica tragó saliva. No era capaz de contárselo todavía. Luego, cuando se hubieran sentado a charlar.

–He preparado la mesa en la cabaña. Hace un día espléndido.

–Desde luego, no hace tiempo de estar encerrado en casa. –Erica siguió a Annie hasta la cabaña abierta, donde vio puesta la vieja mesa de madera con bancos a ambos lados. Decoraban las paredes

artes de pesca, y aquellas hermosas bolas de corcho azules y verdes que se utilizaban antes como boyas.

–¿Cómo te las apañas para sobrevivir a tanto aislamiento? –preguntó Erica.

–Terminas acostumbrándote –dijo Annie contemplando el mar–. Y tampoco estoy totalmente sola.

Erica se sorprendió y la miró extrañada.

–Bueno, tengo a Sam –añadió Annie.

Se rio para sus adentros. Se había imbuido tanto de las historias que había leído sobre la isla, que había empezado a creérselas.

–O sea que no hay nada que justifique el nombre de Isla de los Espíritus.

–Bah, nadie cree en viejas historias de fantasmas –dijo Annie, volviendo de nuevo la vista hacia el mar.

–Ya, pero le imprime cierto carácter a la isla.

Erica había guardado toda la información en una carpeta. La sacó del bolso y se la entregó a Annie.

–Puede que esta isla sea pequeña, pero tiene una historia densa e intrincada, con algún episodio bastante dramático, por cierto.

–Sí, algo he oído de todo eso. Mis padres sabían bastante, pero por desgracia yo no prestaba mucha atención a lo que contaban. –Annie abrió la carpeta. Una brisa suave agitó las hojas.

–Lo he ordenado cronológicamente –dijo Erica. Y dejó que Annie hojeara las fotocopias.

–Vaya, aquí hay muchísima información –dijo Annie, con las mejillas sonrosadas.

–Sí, me lo he pasado muy bien recabándola. Necesitaba hacer algo distinto de cambiar pañales y dar de comer a bebés que lloran hambrientos –aseguró señalando la fotocopia de un artículo en el que Annie se había detenido–. Ese es el episodio más misterioso de la historia de Gråskär. Una familia entera desapareció de la isla sin dejar rastro. Nadie sabe qué les ocurrió ni adónde fueron a parar. Encontraron la casa tal cual, como si la hubieran dejado de pronto.

Erica hablaba con un eco de entusiasmo excesivo, pero ese tipo de historias le parecían de lo más emocionante. Los misterios siempre supieron activarle la imaginación, y aquel era uno sacado directamente de la realidad.

–Mira lo que dice aquí –continuó, algo más calmada–. El farero Karl Jacobsson, su mujer Emelie, el hijo de ambos, Gustav, y el ayudante del faro, Julian Sontag, vivieron aquí varios años. Luego desaparecieron sin más, como si se hubieran esfumado. Nunca encontraron sus cadáveres ni rastro alguno. No había razón para creer que se hubiesen marchado voluntariamente. No se encontró nada. ¿No es extraño?

Annie miraba el artículo con una expresión extraña.

–Pues sí –dijo–. Muy extraño.

–Tú no los habrás visto por aquí, ¿verdad? –dijo Erica en broma, pero Annie no reaccionó, sino que siguió mirando el artículo–. Me pregunto qué fue lo que ocurrió. ¿Llegaría en barco un desconocido que mató a toda la familia antes de deshacerse de los cadáveres? Ellos tenían un barco, pero ahí dice que seguía en el embarcadero.

Annie murmuró algo como para sí misma mientras pasaba el dedo por el papel. Algo sobre un niño rubio, pero Erica no lo entendió.

Miró hacia la casa.

–¿No se despertará Sam y se preguntará dónde te has metido?

–No, se durmió justo antes de que llegaras. Y duerme mucho –dijo Annie con expresión ausente.

Se hizo el silencio un instante y Erica recordó su otro recado. Respiró hondo y dijo:

–Annie, tengo que contarte una cosa.

Annie levantó la vista.

–¿Sobre Matte? ¿Saben ya quién…?

–No, todavía no, aunque ya tienen sus sospechas. Pero, en cierto modo, tiene que ver con Matte.

–¿Qué es? Dímelo –la apremió Annie, con la mano extendida sobre el artículo.

Erica hizo acopio de fuerzas y le contó lo de Gunnar. Annie hizo una mueca de horror.

–No, no puede ser. Pero ¿cómo? –dijo, como si le faltara el aire.

Y con el corazón encogido, Erica le refirió el asunto de la cocaína que encontraron los niños, la huella de Matte en la bolsa y lo que ocurrió después de la rueda de prensa.

Annie negó con un gesto vehemente.

–No, no, no. Eso no puede ser, no puede ser. –Apartó la vista.

–Todo el mundo dice lo mismo, y sé que Patrik se ha mostrado escéptico en todo momento. Pero eso indican las pruebas, y además, podría ser una explicación de que lo mataran.

–No –dijo Annie–. Matte odiaba las drogas, odiaba todo lo que guardaba relación con ellas. –Apretó los dientes–. Pobre, pobre Signe.

–Desde luego, es muy duro perder a tu hijo y a tu marido en el transcurso de dos semanas –dijo Erica en voz baja.

–¿Cómo se encuentra? –Los ojos de Annie reflejaban el dolor que sentía.

–No lo sé, lo único que puedo decirte es que está en el hospital, no parece que esté muy bien.

–Pobre Signe –repitió Annie–. Son tantas desgracias… Tantas tragedias… –dijo mirando de nuevo el artículo.

–Sí. –Erica no sabía qué decir–. ¿Te importaría que subiera al faro? –preguntó al fin.

Annie dio un respingo, Erica acababa de sacarla de su ensimismamiento.

–Sí… claro. Voy por la llave. –Se levantó y se dirigió a la casa.

Erica se levantó y se encaminó al faro. Cuando llegó al pie de la torre, miró hacia arriba. El color blanco resplandecía al sol y unas gaviotas chillaban revoloteando en círculos.

–Aquí la tienes. –Annie jadeaba ligeramente cuando se le acercó con una llave grande y oxidada.

Le costó un poco, pero consiguió abrir la cerradura y empujó la pesada puerta, cuyas bisagras chirriaron protestando. Erica entró y empezó a subir la estrecha escalera mientras Annie la seguía. Ya a mitad de camino iba sin resuello, pero cuando llegó arriba, vio que había valido la pena. La vista era espectacular.

–¡Madre mía!

Annie asintió llena de orgullo.

–Sí, ¿no es increíble?

–Figúrate, aquí pasaban horas y horas, en un espacio tan reducido. –Erica miró a su alrededor.

Annie se colocó a su lado, tan cerca que casi se rozaban.

–Un trabajo solitario. Como estar en los confines del mundo. –Annie parecía encontrarse muy lejos.

Erica notó un olor extraño y familiar a un tiempo. Sabía que lo había olido antes, pero no era capaz de recordar dónde. Annie se había adelantado para mirar por la ventana, al mar abierto, y se había puesto justo detrás de Erica.

–Desde luego que puede uno volverse loco por menos.

El cerebro trabajaba febrilmente por identificar el olor, por recordar dónde lo había olido antes. Seguía dándole vueltas, y poco a poco, empezaron a encajar las piezas.

–¿Puedes esperar un momento mientras bajo a por la cámara? Me encantaría hacer unas fotos.

–Claro –dijo Annie, aunque a disgusto, y se sentó en la cama.

–Perfecto. –Erica se apresuró escaleras abajo y enfiló la pendiente en la que se encontraba el faro. Pero en lugar de dirigirse al embarcadero, corrió hacia la casa. Trataba de convencerse de que no era más que otra de sus ideas descabelladas. Pero tenía que cerciorarse.

Tras una ojeada al faro, bajó el picaporte y entró en la casa.

Madeleine los había oído desde el piso de arriba. No supo que eran policías hasta que Stefan subió y se lo contó. Entre golpes.

Arrastró el cuerpo amoratado hasta la ventana. Se levantó como pudo y miró hacia fuera. Era una habitación pequeña con el techo abuhardillado, y los dos ventanucos eran la única fuente de luz. Fuera solo había campos y bosque.

No se habían molestado en vendarle los ojos, así que sabía que se encontraba en la granja. Cuando ella vivía allí, esa era la habitación de los niños. Ahora, el único testimonio de que allí jugaran sus hijos era un coche de juguete olvidado en un rincón.

Apoyó la mano en el papel de la pared y palpó el relieve. Allí estaba antes la cuna de Vilda. Y la cama de Kevin, en la pared de enfrente. Tenía la sensación de que hubieran pasado siglos. Apenas recordaba que hubiese vivido allí. Una vida de horror, pero una vida con los niños.

Se preguntaba dónde los habría llevado Stefan. Seguramente, con alguna de las familias que no vivían en la granja. Alguna de las otras mujeres estaría cuidando ahora de sus hijos. No tenerlos consigo era casi más insoportable que el dolor físico. Era como si los estuviera viendo. Vilda, que se tiraba por el tobogán en el jardín de Copenhague. Y Kevin, que miraba orgulloso lo valiente que era su hermana pequeña, con el flequillo siempre en los ojos. Se preguntaba si volvería a verlos algún día.

Se desplomó en el suelo llorando. Y allí se quedó, encogida. Sentía todo el cuerpo como un puro moretón. Stefan no se había contenido un ápice. Y ella se había equivocado, se había equivocado por completo al pensar que sería más seguro volver, que podría pedirle perdón. Lo comprendió en el preciso momento en que lo vio

en la cocina de sus padres. No había perdón alguno para ella, y fue una estúpida al creerlo.

Y sus padres, pobrecillos. Sabía lo preocupados que estarían, lo mucho que discutirían si debían o no llamar a la Policía. Su padre sí querría. Diría que era la única salida. Pero su madre protestaría, aterrada ante la idea de que eso fuera el fin, de perder toda la esperanza. Su padre tenía razón pero, como siempre, le haría caso a su madre. De modo que nadie iría a salvarla.

Se encogió más aún, tratando de formar una bola diminuta con el cuerpo. Pero todo le dolía al menor movimiento, así que relajó los músculos otra vez. Se oyó una llave en la cerradura. Ella se quedó inmóvil, como si él no existiera. Una mano de hierro le agarró el brazo y la puso de pie.

–Arriba, hija de puta.

Tenía la sensación de que fuera a arrancarle el brazo, como si se le hubiera soltado algo en el hombro.

–¿Dónde están los niños? –preguntó suplicante–. ¿No podría verlos?

Stefan la miró con desprecio.

–Claro, eso es lo que tú quisieras, ¿no? Así puedes llevártelos y huir con ellos otra vez. Nadie, ¿comprendes?, nadie me quita a mis hijos. –Y la arrastró fuera de la habitación, escaleras abajo.

–Perdón, perdóname –sollozó Madeleine. Tenía la cara llena de sangre, lágrimas y suciedad.

En la planta baja estaban reunidos los hombres de Stefan. El núcleo duro. Los conocía a todos: Roger, Paul, Lillen, Steven y Joar. La miraban en silencio mientras Stefan la arrastraba por la

habitación. Le costaba centrar la vista. Tenía un ojo tan inflamado que casi no podía abrirlo, y por el otro le corría sangre de una herida en la frente. Pero ahora lo veía claro. Lo vio en la cara de aquellos hombres, en el frío que emanaba de algunos, y en la compasión de otros. Joar, que siempre había sido el más amable con ella, bajó la vista de pronto. Y entonces lo supo. Sopesó la posibilidad de pelear, de luchar y echar a correr. Pero ¿adónde? No tenía la menor oportunidad, y solo conseguiría prolongar el sufrimiento.

De modo que siguió trastabillando a Stefan, que continuaba agarrándola con toda su fuerza. Cruzaron deprisa el huerto que había detrás de la casa, en dirección al lindero del bosque. Recreó mentalmente las imágenes de Kevin y Vilda. Recién nacidos y húmedos contra su pecho. Mayores y llenos de risas otra vez en el parque. El tiempo transcurrido entre lo uno y lo otro, cuando se les vació la mirada, cada vez más rendida; decidió no recordar. Y allí era donde volverían sus hijos, pero prefirió no pensar en ello. Había fracasado. Debería haberlos protegido y en cambio, les había fallado, había sido débil. Ahora recibiría el castigo, y lo aceptaba gustosa con tal de que ellos se libraran.

Ya se habían adentrado unos metros en el bosque. Los pájaros cantaban y la luz se filtraba por entre las copas de los árboles. Tropezó con la raíz de un árbol y estuvo a punto de caerse, pero Stefan le dio un tirón y ella continuó andando a trompicones. Algo más allá se veía un claro en el bosque y, por un instante, vio la cara de Mats. Tan guapo, con esa expresión amable. Él la quiso tanto… Y también recibió su castigo.

Cuando llegaron al claro del bosque, vio el hoyo. Un rectángulo en la tierra, de un metro y medio de profundidad, más o menos. La pala seguía allí, clavada en el suelo.

–Acércate al borde –dijo Stefan soltándole el brazo.

Madeleine obedeció. Ya no le quedaba ningún resto de voluntad. Se detuvo al borde del hoyo, temblando de pies a cabeza. Miró hacia abajo y vio varios gusanos gordos arrastrándose y tratando de penetrar la tierra húmeda y oscura. Haciendo un último esfuerzo, se volvió despacio y se quedó con la cara muy cerca de la de Stefan. Al menos, lo obligaría a mirarla a los ojos.

–Pienso pegarte el tiro exactamente entre las cejas. –Stefan le apuntaba con el brazo extendido, y Madeleine sabía que lo haría. Era un tirador excelente.

Unos pajarillos salieron volando asustados al oír el disparo. Pero enseguida volvieron a posarse en las ramas y a mezclar sus trinos con el rumor de la brisa.

Era aburridísimo repasar todos aquellos papeles: informes de autopsias, interrogatorios con los vecinos, las notas que habían tomado a lo largo de la investigación… En total, un buen mazo de papeles, y Patrik se desmoralizó al comprobar que, después de tres horas, solo llevaba la mitad. Cuando Annika asomó la cabeza por la puerta, le agradeció que lo interrumpiera.

–Ya están aquí los de Estocolmo. ¿Te los mando o mejor vais a la cocina?

–A la cocina –dijo Patrik, y le crujió la espalda al levantarse. Se dijo que debería estirarse de vez en cuando. Un lumbago era lo último que necesitaba, después de haber estado de baja.

Se encontró con ellos en el pasillo y los saludó. La mujer, que era rubia y altísima, le dio tal apretón que creyó que le rompería los huesos de la mano. El hombre de las gafas, que era bajito, fue mucho más suave.

–Petra y Konrad, ¿no es eso? Había pensado que nos sentáramos en la cocina. ¿Ha ido bien el viaje?

Fueron charlando mientras se instalaban, y Patrik se fijó en la pareja tan desigual que formaban. Aun así, era obvio que se llevaban muy bien, y supuso que llevaban muchos años trabajando juntos.

–Pues como te decía, querríamos hablar con Annie Wester –dijo Petra por fin, ya harta, al parecer, de tanta conversación banal.

–Pues sí, está aquí, ya digo. En su isla. La vi hace una semana.

–¿Y no dijo nada de su marido? –Petra lo perforaba con la mirada y Patrik se sintió como si estuviera en un interrogatorio.

–No, nada. Fuimos a preguntarle por un viejo novio suyo al que encontramos muerto aquí, en Fjällbacka.

–Sí, hemos leído las noticias sobre ese caso –dijo Konrad, y llamó a *Ernst,* que acababa de entrar en la cocina–. ¿Es la mascota de la comisaría?

–Sí, algo así.

–Pues es una coincidencia un tanto llamativa –interrumpió Petra–. Nosotros tenemos a un marido muerto a tiros, y vosotros a un antiguo novio.

–Sí, yo también lo había pensado. Pero nosotros tenemos un posible sospechoso.

Les refirió brevemente lo que habían averiguado sobre Stefan Ljungberg y los Illegal Eagles, y tanto Petra como Konrad se sorprendieron cuando mencionó la cocaína que los niños habían encontrado en la papelera.

–Otra conexión –observó Petra.

–Pero lo único que sabemos es que tuvo la bolsa en las manos.

Petra desechó con un gesto las protestas de Patrik.

–En cualquier caso, tenemos que echarle un vistazo. Fredrik Wester traficaba principalmente con cocaína, y sus negocios no se limitaban al área de Estocolmo. Con Annie como eslabón común, puede que entraran en contacto y empezaran a hacer negocios juntos.

Patrik frunció el ceño.

–Bueno, no sé, Mats Sverin no era exactamente el tipo que…

–Por desgracia, no hay un tipo –dijo Konrad con tono amable–. Nosotros lo hemos visto casi todo: golfos de clase alta, madres de familia, incluso un pastor.

–Sí, por Dios, qué tío –rio Petra. Ya no parecía tan aterradora.

–Claro, comprendo –dijo Patrik, que se sentía como un policía de pueblo. Sabía que allí era el novato y que podía estar equivocado. Probablemente fuera así. En aquel caso, tendría que fiarse más de la experiencia de los colegas de Estocolmo que de su intuición.

–¿Podrías mostrarnos lo que tienes? Nosotros haremos lo mismo, claro –preguntó Petra.

Patrik asintió.

–Por supuesto, ¿quién empieza?

–Empieza tú –respondió Konrad, papel y lápiz en mano, y *Ernst* se tumbó decepcionado.

Patrik reflexionó unos segundos y trató de sintetizar de memoria lo que habían averiguado durante la investigación. Konrad anotaba mientras que Petra escuchaba atentamente con los brazos cruzados.

–Bueno, y eso es todo, más o menos –concluyó–. Vuestro turno.

Konrad dejó el bolígrafo y le expuso el caso. No habían tenido tanto tiempo como ellos, pero hacía mucho que conocían a Fredrik Wester y su liga de tráfico de drogas. Y añadió que ya le había contado lo mismo por teléfono a un tal Martin Molin el día anterior. Patrik lo sabía, pero prefería oírlo de primera mano.

–Como comprenderás, llevamos este caso en estrecha colaboración con los colegas de estupefacientes. –Konrad se encajó las gafas en la nariz.

–Claro, muy bien –murmuró Patrik, que había empezado a concebir una idea–. ¿Habéis cotejado ya las balas con las de los archivos?

Konrad y Petra negaron con un gesto.

–Estuve hablando con el laboratorio ayer –dijo Konrad–, y acababan de empezar.

–Nosotros tampoco tenemos ningún informe todavía pero…

Petra y Konrad lo miraron expectantes. De repente, Patrik vio un destello en los ojos de Petra.

–Pero si les pedimos que comparen las balas de los dos casos…

–Tendríamos los resultados mucho antes, con un poco de suerte y haciendo algo de trampa –dijo Patrik.

–Vaya, me gusta cómo piensas. –Petra le lanzó a Konrad una mirada exigente–. ¿Llamas tú? Sigues teniendo allí ese contacto, ¿no? De mí están un poco hartos, desde que…

Konrad parecía saber perfectamente a qué se refería, porque la interrumpió y sacó el móvil.

–Llamo ahora mismo.

–Yo iré mientras a buscar los datos que necesitas. –Patrik se levantó y salió corriendo camino de su despacho. Volvió casi al minuto con un papel, que puso delante de Konrad.

El colega de Estocolmo conversó un rato, pero enseguida fue al grano. Luego escuchó y asintió, hasta que se le dibujó en la cara una amplia sonrisa.

–Eres una joya. Te debo un gran favor. Un favor de los grandes. Gracias, gracias. –Konrad terminó la conversación con la satisfacción en el semblante–. Bueno, he hablado con uno de los chicos a los que conozco. Dice que se va ahora mismo al laboratorio para compararlas. Me llamará lo antes posible.

–Increíble –dijo Patrik impresionado.

Petra se quedó impertérrita. Ya estaba acostumbrada a los milagros de Konrad.

Anna volvió caminando despacio del cementerio. Erica se había ofrecido a llevarla a casa, pero ella no quiso. Falkeliden estaba a un tiro de piedra y tenía que serenarse. Dan la esperaba en casa. Lo había herido al querer ir al cementerio con Erica y no con él. Pero

ahora no tenía fuerzas para tener en cuenta los sentimientos de Dan, solo los suyos.

La inscripción de la piedra quedaría grabada por siempre en su corazón. Chiquitín. Quizá debería haber pensado un nombre de verdad. Después. Pero tampoco le parecía bien. Fue chiquitín en la barriga todo el tiempo, mientras lo quisieron tanto. Y así seguiría siendo siempre. Nunca crecería ni se haría grande, nunca sería más que el cuerpecillo diminuto que ni siquiera pudo tener en el regazo.

Estuvo inconsciente demasiado tiempo y, cuando despertó, ya era tarde. Fue Dan el que lo vio, el que lo tuvo en brazos, envuelto en una sabanita. Él pudo tocarlo y despedirse, y aunque Anna sabía que no era culpa suya, le dolía que él hubiese podido experimentar lo que ella se había perdido. En el fondo, también estaba enfadada porque no los protegió, ni a ella ni a Chiquitín. Sabía que era ridículo e irracional. Fue ella la que decidió meterse en el coche, Dan ni siquiera iba con ella cuando se produjo el accidente. No pudo hacer nada. Aun así, sentía crecer la ira en su interior cuando pensaba que ni siquiera él pudo protegerla.

Tal vez se hubiese dejado engañar por una seguridad falsa. Después de todo lo que había sufrido, después de tantos años con Lucas, se convenció de que ya había pasado todo. De que la vida con Dan sería una larga línea recta, sin baches ni curvas. No tenía planes de altos vuelos, ni grandes sueños. Solo deseaba una vida normal y corriente en la casa adosada de Falkeliden, con cenas de parejas, los pagos de la hipoteca, el fútbol de los niños y pilas y pilas de zapatos en la entrada. ¿Era demasiado pedir?

En cierto modo, había visto a Dan como garante de esa vida. Él era tan seguro y estable, siempre tranquilo y con una capacidad extraordinaria de ver más allá de los problemas. Y se había apoyado en él sin tener estabilidad propia. Pero Dan se había venido abajo, y Anna no sabía cómo podría perdonárselo.

Abrió la puerta y entró en el recibidor. Le dolía todo el cuerpo después del paseo, y notó los brazos pesados cuando los levantó para quitarse el pañuelo. Dan se asomó desde la cocina y se quedó en la puerta. La miraba suplicante, sin decir nada. Pero ella no fue capaz de devolverle la mirada.

–Me voy a la cama –murmuró.

Muy despacio, fue haciendo la maleta. Se había sentido muy a gusto en aquel apartamento pequeño que, de hecho, había llegado a sentir como un verdadero hogar. Vivianne y él no habían experimentado ese sentimiento en muchas ocasiones. Habían vivido en tantos sitios diferentes… Y cada vez que empezaban a echar raíces y a tener amigos, llegaba de nuevo la hora de irse. Cuando la gente empezaba a hacer preguntas, cuando los vecinos y los maestros empezaban a extrañarse y las señoras de Asuntos Sociales al final empezaban a ver a través del encanto de Olof, llegaba la hora de hacer la maleta e irse.

De adultos hicieron lo mismo. Era como si él y Vivianne se hubiesen llevado consigo la inseguridad, como si la tuvieran en el cuerpo. Siempre andaban huyendo, de sitio en sitio, igual que Olof.

Pese a que ya llevaba muerto mucho tiempo, seguía vivo en su sombra. Y ellos continuaban escondiéndose, tratando de que no los vieran ni los oyeran. El modelo se repetía. Era diferente y, aun así, igual.

Anders cerró la maleta. Había decidido afrontar las consecuencias. En su fuero interno ya sentía la añoranza, pero era imposible hacer una tortilla sin romper unos huevos, como decía Vivianne. Aunque ella tenía razón, para esta tortilla harían falta muchos huevos, y no estaba seguro de haber considerado todas las consecuencias. Pero hablaría. Era imposible empezar de nuevo sin contar lo que uno ha hecho. Le había llevado muchas noches de insomnio llegar a esa conclusión, pero ya se había decidido.

Anders paseó la mirada por el apartamento. Sentía alivio y angustia a partes iguales. Hacía falta valor para quedarse en lugar de huir. Al mismo tiempo, era el camino más fácil. Bajó la maleta de la cama, pero la dejó en el suelo. No había más tiempo para reflexiones. La fiesta tenía que celebrarse. Y le ayudaría a Vivianne a que fuera el éxito del siglo. Era lo menos que podía hacer por ella.

El tiempo no pasó tan lento como Patrik temía. Mientras esperaban, comentaron las dos investigaciones, y Patrik sintió las venas llenas de adrenalina. Aunque Paula y Martin eran dos policías buenísimos, los colegas de Estocolmo tenían un nervio diferente. Ante todo, envidiaba la compenetración de Petra y Konrad. Era obvio que estaban hechos el uno para el otro. Petra era impetuosa, una fuente inagotable de ideas y propuestas. Konrad era más discreto, más

reposado, y completaba las salidas de Petra con comentarios rebosantes de sensatez.

Los tres saltaron de la silla cuando sonó el teléfono. Konrad respondió.

–¿Sí? De acuerdo… Mmm… ¿Ajá?

Petra y Patrik lo miraban fijamente. ¿A qué venía tanto monosílabo? ¿Era para torturarlos? Cuando por fin colgó, se retrepó en la silla. Los otros dos siguieron mirándolo, hasta que abrió la boca.

–Coinciden. Las balas coinciden.

Nadie dijo una palabra.

–¿Están totalmente seguros? –dijo Patrik al cabo de un rato.

–Totalmente seguros. No les cabe la menor duda. Usaron la misma arma en los dos casos.

–Joder –dijo Petra sonriendo.

–Bueno, pues ahora es más urgente todavía que hablemos con la viuda de Wester. Tiene que existir alguna conexión entre las dos víctimas, y yo apuesto por la cocaína. Si yo fuera Annie no estaría muy tranquila, teniendo en cuenta la clase de tipos que pueden estar implicados.

–¿Vamos? –dijo Petra, y se puso de pie.

Patrik le daba vueltas a la cabeza sin parar. Apenas oyó lo que Petra le decía, tan absorto estaba en sus cavilaciones. Las vagas sospechas que había abrigado empezaban a formar un patrón.

–Yo tendría que comprobar unas cuantas cosas antes. ¿Podríais esperar un par de horas? Luego nos iremos enseguida.

–Claro, por qué no –dijo Petra, aunque sin poder ocultar la impaciencia.

–Genial. Podéis quedaros aquí tranquilamente o dar un paseo por el pueblo. Y si queréis comer, puedo recomendaros el restaurante Tanum Gestgifveri.

Los policías de Estocolmo asintieron.

–Vale, pues yo creo que nos vamos a comer. Tú indícanos la dirección –dijo Konrad.

Patrik les explicó el camino y los despidió, respiró hondo y se fue a su despacho enseguida. Se trataba de darse prisa. Tenía que hacer varias llamadas, y empezó por Torbjörn. Por probar, pero con un poco de suerte, Torbjörn le respondería aunque era sábado. Patrik le refirió brevemente lo que habían averiguado sobre las balas utilizadas y le pidió si podía cotejar la huella sin identificar que había encontrado en la bolsa de cocaína con las que hallaron en la puerta de Mats Sverin, tanto en el interior como en el exterior. Además, le avisó de que enviaría otra huella para que la cotejara con esas dos. Torbjörn empezó a hacer preguntas, pero Patrik lo interrumpió. Ya se lo explicaría después.

El siguiente punto de la lista era encontrar el informe adecuado. Sabía que lo tenía en algún sitio, entre los demás, y empezó a revolverlo todo para encontrarlo. Finalmente, dio con el documento que buscaba, y leyó atentamente el texto breve y un tanto extraño. Luego se levantó y fue en busca de Martin.

–Necesito que me ayudes con una cosa. –Dejó el informe en la mesa de Martin–. ¿Recuerdas algún detalle más sobre esto?

Martin lo miró sorprendido, pero luego negó con la cabeza.

–No, lo siento. Aunque no me será fácil olvidar a ese testigo.

–¿Podrías ir a su casa y hacerle algunas preguntas más?

–Claro. –Parecía a punto de explotar de curiosidad.

–Ahora –dijo Patrik al ver que Martin no hacía amago de levantarse.

–Vale, vale. –Martin salió a toda prisa–. Te llamo en cuanto sepa algo más –dijo volviéndose mientras se alejaba. Luego se detuvo–. Pero ¿no podrías decirme algo más de por qué…?

–Vete, anda, luego te lo explico.

Ya tenía resueltas dos cosas. Le faltaba una. Se acercó a una carta marina que había en la pared del pasillo. Tras un intento de retirar el adhesivo, arrancó el mapa de un tirón y dejó allí pegadas un par de esquinas. Entonces fue a buscar a Gösta.

–¿Has hablado con el tipo que conoce las corrientes del archipiélago de Fjällbacka?

Gösta asintió.

–Sí señor, le he facilitado todos los datos y me dijo que lo miraría. No se trata de una ciencia exacta, pero podría dar alguna pista.

–Pues llámalo y dale también esta información. –Patrik dejó la carta marina en la mesa y le señaló a qué se refería.

Gösta enarcó una ceja.

–¿Es urgente?

–Sí, llámalo ahora y pídele que haga una valoración rápida. Lo único que tiene que decir es si es posible. O lógico. Ven enseguida a contarme qué te ha dicho.

–Me pongo ahora mismo. –Gösta descolgó el teléfono.

Patrik volvió a su despacho y se sentó de nuevo ante el escritorio. Jadeaba como si viniera de correr, y notó el corazón como un martillo en el pecho. Seguía dándole vueltas a la cabeza: más detalles, más interrogantes, más dudas. Al mismo tiempo, tenía la sensación de que iba sobre una pista segura. Lo único que podía hacer ahora era esperar. Se quedó mirando por la ventana, tamborileando con los dedos en la mesa. El sonido chillón del teléfono lo sobresaltó de pronto.

Respondió y escuchó atentamente.

–Gracias por llamar, Ulf. Mantenme informado, ¿de acuerdo? –dijo antes de colgar.

El corazón se le desbocaba en el pecho. De ira, esta vez. Aquel cerdo había encontrado a Madeleine y a los niños. El padre de Madeleine se había armado de valor, había llamado a la Policía y había informado de que el exmarido de su hija había entrado en su casa a la fuerza y se la había llevado, a ella y a los niños. Desde entonces no tenían noticias de ellos. Patrik pensó que seguramente ya estaban desaparecidos cuando él y Ulf estuvieron en la granja. ¿Los tendría allí encerrados y necesitados de ayuda? Cerró los puños de impotencia. Ulf le aseguró que harían todo lo posible por encontrar a Madeleine, pero a juzgar por el tono de voz, no parecía abrigar muchas esperanzas.

Una hora después llegaron Konrad y Petra.

–¿Podemos irnos ya? –preguntó Petra nada más entrar.

–Pues…, tendría que comprobar otra cosa antes. –Patrik no estaba seguro de cómo exponer el asunto. Aún había un montón de detalles imprecisos y poco claros.

–¿El qué? –Petra frunció el ceño. Era obvio que no quería perder más tiempo.

–Nos vemos en la cocina. –Patrik se levantó y fue a avisar a los demás. Tras un instante de indecisión, llamó también a la puerta de Mellberg.

Después de presentar a Petra y a Konrad, empezó a exponer su teoría. No evitó los puntos en que aún había grandes lagunas, sino que los expuso con claridad. Cuando terminó, todos se quedaron en silencio.

–¿Cuál habría sido el móvil? –preguntó Konrad al cabo de unos minutos con un tono tan esperanzado como escéptico.

–No lo sé. Eso aún está por ver. Pero la hipótesis se sostiene. Aunque aún haya muchas lagunas que llenar.

–¿Cómo continuamos? –dijo Paula.

–He estado hablando con Torbjörn, ya le he dicho que le vamos a enviar otra huella en breve, para que la compare con las de la bolsa y la puerta de la casa de Mats Sverin. Si coincide, todo será más fácil. Y tendremos el vínculo con el asesinato.

–Los asesinatos –dijo Petra. Parecía dudar, pero también un poco impresionada.

–¿Quiénes vienen con nosotros? –Konrad miró a los demás, ya se había levantado a medias y parecía dispuesto a salir.

–Con que os acompañe yo será suficiente –dijo Patrik–. Los demás seguís trabajando con las nuevas premisas.

En el preciso momento en que salieron a la calle, sonó el teléfono de Patrik. Al ver que era su madre, contempló la posibilidad de no responder, pero al final pulsó el botón verde. Escuchó impaciente la

verborrea nerviosa de la mujer. No localizaba a Erica, había intentado llamarla al móvil varias veces, pero no había obtenido respuesta. Cuando le contó adónde había ido Erica, se quedó helado. Colgó sin decir adiós y se volvió a Petra y a Konrad.

–Tenemos que ir allí. Ahora mismo.

Cuando abrió la puerta, Erica casi se cae de espaldas. Estuvo a punto de vomitar y comprendió que tenía razón. Allí olía a cadáver. Un hedor nauseabundo e increíblemente desagradable que, después de la primera vez, resultaba imposible olvidar. Entró tapándose la nariz y la boca con el brazo para que no le llegara con tanta intensidad. Pero era imposible, el olor lo penetraba todo y parecía que se adhiriese a cada poro, igual que se había adherido a la ropa de Annie.

Miró a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas por la acidez del hedor. Con mucho cuidado, fue adentrándose en la casa. Todo estaba en silencio y en calma. Lo único que se oía era el ruido lejano del mar. Le venían arcadas todo el tiempo, pero combatió el impulso de salir otra vez al aire libre.

Desde donde se encontraba podía ver toda la planta baja, donde no vio más que cosas corrientes. Un jersey colgado del respaldo de una silla, una taza de café junto a un libro abierto en la mesa… Nada que pudiera explicar el olor rancio y repugnante que lo cubría todo como un manto.

Vio una puerta cerrada. Erica sentía horror ante la idea de abrirla, pero ya que había llegado tan lejos, tenía que hacerlo. Le temblaban

las manos y sentía las piernas como de gelatina. Quería darse media vuelta, salir corriendo hacia la calle, hacia el barco, y volver a la seguridad de su hogar, al olor aromático y suave de sus bebés. Aun así, continuó adelante. Alargó la mano derecha hacia el picaporte. Dudó un instante antes de empujarlo, por miedo a ver lo que habría detrás.

Notó en las piernas una corriente de aire y se dio la vuelta. Pero demasiado tarde: de repente, todo se volvió negro.

Los primeros invitados de honor iban bajando animados de los autobuses que acababan de llegar de Gotemburgo. Les habían servido vino espumoso durante el viaje a Fjällbacka, y el resultado no se hizo esperar. Todos venían de un humor excelente.

–Esto va a salir bien. –Anders abrazó a su hermana, que estaba en la entrada dando la bienvenida a los recién llegados.

Vivianne sonrió sin ganas. Aquello era el principio, pero también el final. Y era incapaz de vivir en el presente, cuando lo que contaba era el futuro. Un futuro que ya no se le antojaba tan seguro como antes.

Observó el perfil de su hermano, que se había quedado en el umbral de Badis. Tenía algo diferente. Vivianne siempre había podido leerle el pensamiento como si fuera un libro abierto, pero ahora, él se había retirado a un lugar donde no sabía cómo alcanzarlo.

–Qué día más esplendoroso, cariño. –Erling la besó en la boca. Estaba descansado. El día anterior, Vivianne le había administrado el somnífero a las siete de la tarde, así que se había pasado trece

horas durmiendo sin parar, y ahora iba casi trotando con el traje de chaqueta blanco. Y después de darle otro beso, se fue hacia dentro.

Los huéspedes ya empezaban a recorrer el edificio.

–Bienvenidos. Espero que paséis en Badis unas horas maravillosas. –Vivianne les daba la mano, sonreía y repetía la bienvenida una y otra vez. Allí los aguardaba como una elfa, con un vestido blanco que le llegaba por los tobillos y la frondosa melena recogida en una larga trenza.

Cuando ya habían entrado prácticamente todos y se quedaron solos un momento, la sonrisa dio paso a la seriedad. Se volvió a su hermano.

–Entre nosotros no hay secretos, ¿verdad? –dijo en voz baja. Le dolía de tanto como deseaba que Anders le respondiera como ella quería, de tanto como deseaba poder creerlo. Pero Anders apartó la vista.

Vivianne se estaba preparando para preguntar otra vez, pero uno de los rezagados entró en ese momento, y ella lo recibió con la mejor de sus sonrisas. Por dentro se sentía fría como el hielo.

–¿Y qué ha ido a hacer allí tu mujer? –preguntó Petra.

Patrik pisaba el acelerador tanto como podía mientras se dirigían a Fjällbacka. Les explicó en qué trabajaba Erica y que, por entretenerse, había estado investigando sobre la isla de Gråskär.

–Supongo que iba a enseñarle a Annie lo que había averiguado.

–No hay razón para sospechar que esté en peligro –dijo Konrad para tranquilizarlo, desde el asiento trasero.

–Ya, ya lo sé –dijo Patrik, cuyo instinto le decía que debía llegar a Gråskär cuanto antes. Había llamado a Salvamento Marítimo para avisar a Peter, que estaría esperándolos con el barco cuando llegaran.

–Yo sigo pensando en cuál será el móvil –dijo Konrad.

–Pues con un poco de suerte, no tardaremos en averiguarlo, si es que Patrik está en lo cierto –dijo Petra, que seguía sin estar del todo convencida.

–O sea, según dices, hay un testigo que asegura que Mats Sverin llegó en el coche con una mujer la noche que lo mataron. Pero ¿hasta qué punto es fiable ese testigo? –Konrad asomaba la cabeza todo lo que podía por entre los dos asientos delanteros. Al otro lado de las ventanillas discurría el paisaje rural a una velocidad sobrecogedora, pero ni Petra ni Konrad parecían preocupados por ello.

Patrik meditó un instante sobre cuánto debía contarles. A decir verdad, el bueno de Grip no era el testigo más fiable del mundo. Por ejemplo, aseguraba que era el gato quien había visto a la mujer. Eso fue lo primero que se le vino a la cabeza a Patrik en cuanto supo que las balas coincidían. En el informe de Martin decía que el gato estaba en la ventana y que bufó al ver el coche, y unas líneas más abajo: «A *Marilyn* no le gustan las mujeres. Ruge nada más verlas». Martin no pensó en ello, ni tampoco Patrik, cuando leyó el informe. Pero junto con el resto de la información, fue suficiente para enviar a Martin a que hablara otra vez con Grip. En esta ocasión, logró sonsacarle al hombre que vio a una mujer salir del coche que se detuvo delante del edificio la noche del viernes. Tras cierta

vacilación, confirmó además que se trataba del coche de Sverin. Por desgracia, Grip seguía insistiendo en que había sido el gato quien había presenciado la escena, y Patrik decidió omitir ese detalle por el momento.

–Es un testigo fiable –dijo, con la esperanza de que se contentaran con esa respuesta. Lo más importante en aquellos momentos era llegar adonde estaba Erica y hablar con Annie; lo demás podía esperar. Por otro lado, estaba el bote. Según el tipo al que había consultado Gösta, no solo era posible sino incluso probable que el bote de Sverin hubiese arribado desde Gråskär a la cala donde lo encontraron.

Patrik había empezado a imaginar el posible curso de los acontecimientos. Mats fue a ver a Annie y, por alguna razón, ella lo acompañó en el bote a Fjällbacka. Subieron al apartamento de Mats, donde ella le disparó. Mats se sentía seguro en su compañía y no dudó en darle la espalda. Después, ella volvió al puerto, cogió el bote de la familia Sverin hasta Gråskär y lo dejó allí a la deriva, hasta que encalló donde luego lo encontraron. Claro como el agua. Aparte de que seguía sin tener ni idea de por qué habría matado Annie a Mats y, seguramente, también a su marido. ¿Y por qué se fueron de Gråskär para ir a Fjällbacka en plena noche? ¿Tendría algo que ver con la cocaína? ¿Estaría Mats involucrado en algún negocio con el marido de Annie? Y la huella de la bolsa, aún sin identificar, ¿sería de ella?

Patrik pisó más el acelerador. Ya iban cortando el aire mientras cruzaban Fjällbacka, y aminoró un poco la velocidad cuando estuvo

a punto de atropellar a un anciano que cruzaba la calle junto a la plaza de Ingrid Bergman.

Aparcó en el puerto, junto al barco de Salvamento Marítimo y salió como un rayo del coche. Comprobó con alivio que Peter los aguardaba con el motor en marcha. Konrad y Petra lo siguieron medio corriendo y todos subieron a bordo.

–No te preocupes –repitió Konrad–. Por el momento solo son indicios, y no hay razón para pensar que tu mujer pudiera estar en peligro, aunque tu hipótesis resulte ser cierta.

Patrik iba agarrado a la borda del barco, que salió del puerto a más velocidad de la permitida.

–Tú no conoces a Erica. Tiene la capacidad de meter la nariz en todo, y hasta la gente que no tiene nada que ocultar piensa que hace demasiadas preguntas. Es muy insistente, por así decirlo.

–Vaya, parece que es de las mías –dijo Petra, contemplando fascinada el archipiélago por el que navegaban.

–Además, no contesta al móvil –añadió Patrik.

Recorrieron en silencio el resto del trayecto. Vieron el faro a lo lejos y Patrik sintió que se le retorcía el estómago de preocupación a medida que se aproximaban a la isla. No podía dejar de pensar en el otro nombre de Gråskär, que la gente la llamaba la Isla de los Espíritus. Y en el porqué del nombre.

Peter fue reduciendo la velocidad y atracó en el embarcadero, junto al barco de Erica y Patrik. No veían a nadie moviéndose por la isla. Ni vivos ni muertos.

Todo saldría bien. Ella y Sam estaban juntos. Y los muertos cuidaban de ellos.

Annie canturreaba en el agua con Sam en brazos. Una nana que le cantaba siempre cuando era pequeño, para que se durmiera. Lo tenía tumbado en los brazos, relajado, y era muy ligero, dado que el agua le ayudaba a sujetarlo. Le salpicaron unas gotas en la cara y Annie se las secó enseguida con cuidado. A Sam no le gustaba que le salpicara el agua en los ojos. Pero en cuanto mejorase le enseñaría a nadar. Ya era lo bastante grande como para aprender a nadar y a montar en bicicleta, y pronto empezarían a caérsele los dientes de leche. Y tendría un hueco graciosísimo que indicaría que estaba a punto de dejar atrás la infancia.

Fredrik siempre se mostró impaciente con él y le exigía demasiado. Decía que ella lo mimaba y que quería que siempre fuera pequeño. Estaba equivocado. Lo que más deseaba en el mundo era ver crecer a Sam, pero debía poder desarrollarse a su ritmo.

Luego quiso quitárselo. Con tono de superioridad, le dijo que Sam estaría mejor con otra madre. El recuerdo de aquellas palabras se le imponía, y empezó a tararear más fuerte para ahuyentarlo. Pero aquellas palabras terribles le llegaron al alma y vencieron el canto. La otra sería mejor, eso le dijo. Ella iba a ser la nueva madre de Sam, y los tres se irían a Italia. Annie dejaría de ser mamá. Desaparecería.

Tenía tal cara de satisfacción que Annie no dudó un instante de que estuviera hablando en serio. Cómo lo odiaba. Empezó a crecerle dentro la ira, en lo más hondo y por todo el cuerpo, sin que pudiera

detenerla. Fredrik tuvo su merecido. Ya no podía hacerles más daño. Annie vio sus ojos helados, la sangre.

Ahora, Sam y ella vivirían en paz en la isla. Le miró la cara. Tenía los ojos cerrados. Nadie podría arrebatárselo. Nadie.

Patrik le pidió a Peter que esperase en el barco y bajó a tierra con Konrad y Petra. En la mesa de la cabaña abierta se veían los restos del café, y cuando pasaron cerca, unas gaviotas se asustaron y levantaron el vuelo del plato de bollos.

–Estarán dentro. –Petra estaba alerta.

–Vamos –dijo Patrik impaciente, pero Konrad lo agarró del brazo.

–Con calma.

Patrik comprendió que tenía razón y empezó a caminar despacio hacia la casita, aunque si por él hubiera sido, habría ido corriendo. Llegaron a la puerta y llamaron. Nadie fue a abrirles, de modo que Petra se acercó y llamó más fuerte.

–¿Hola? –gritó.

Seguía sin oírse nada allí dentro. Patrik presionó el picaporte y la puerta se abrió fácilmente. Dio un paso al frente, pero estuvo a punto de pisar a Konrad y a Petra cuando el olor le dio en la cara.

–Jooder –dijo, llevándose la mano a la nariz y la boca. Tragaba saliva una y otra vez para no vomitar.

–Jooder –repitió Konrad a su espalda, con cara de estar combatiendo las arcadas. Tan solo Petra parecía impasible, y Patrik la miró asombrado.

–Un olfato pésimo –dijo.

Patrik no siguió preguntando. Entró en la casa y vio enseguida el cuerpo en el suelo.

–¿Erica? –Llegó corriendo a su lado y se arrodilló. Con el corazón en un puño, empezó a moverla, y ella se retorció y lanzó un gemido.

Patrik repitió el nombre varias veces y Erica se volvió despacio hacia él, mostrando la herida que tenía en la sien. Ella se llevó la mano a la fuente del dolor y abrió los ojos de par en par al verse los dedos llenos de sangre.

–¿Patrik? Annie, ha… –Sollozó y Patrik le acarició la mejilla.

–¿Cómo está? –preguntó Petra.

Patrik la tranquilizó con un gesto y ella y Konrad subieron para ver qué había en el piso de arriba.

–Aquí no parece que haya nadie –dijo Petra cuando volvieron abajo–. ¿Has mirado ahí dentro? –Señaló la puerta junto a la que yacía Erica.

Patrik negó con la cabeza y Petra los rodeó con cuidado y abrió.

–Mierda, mirad. –Los llamó a los dos, pero Patrik no se movió y fue Konrad quien siguió a su colega.

–¿Qué es? –Veía la puerta medio abierta, que le ocultaba parte de la habitación.

–¿Qué es lo que huele? ¿Viene de aquí? –Konrad se tapaba la boca y la nariz.

–¿Un cadáver? –Por un instante, pensó que era Annie, pero luego se le ocurrió una idea que lo hizo palidecer–. ¿El niño? –susurró.

Petra salió de la habitación.

–No lo sé. Ahora mismo no hay nadie en la cama, pero está llena de mierda y apesta que no veas, hasta yo lo huelo.

Konrad asintió.

–Lo más probable es que sea el niño. Vosotros visteis a Annie hace algo más de una semana, y me atrevería a decir que este cadáver tiene más tiempo.

Erica trataba de incorporarse con mucha dificultad y Patrik le ayudaba sujetándola por los hombros.

–Tenemos que encontrarlos. –Miró a su mujer–. ¿Qué ha pasado?

–Estábamos en el faro. Noté el olor en la ropa de Annie y empecé a sospechar. Así que me colé aquí para comprobarlo. Me habrá dado un golpe en la cabeza… –Se le apagó la voz.

Patrik miró a Konrad y a Petra.

–¿Qué os había dicho? Siempre tiene que andar metiendo la nariz… –Lo dijo sonriendo, pero estaba preocupado.

–¿No has visto al niño? –Petra se había agachado a su lado.

Erica negó con una mueca de dolor.

–No, ni siquiera me dio tiempo de abrir la puerta. Pero tenéis que encontrarlos –dijo, repitiendo las palabras de Patrik–. Yo estoy bien, buscad a Annie y a Sam.

–Vamos a llevarla al barco –dijo Patrik.

Hizo caso omiso de las protestas de Erica y entre los tres la llevaron al embarcadero y la metieron en el barco, con Peter.

–¿Seguro que estás bien? –A Patrik le costaba dejarla allí, viendo lo pálida que estaba y la herida ensangrentada en la frente.

Ella lo espantó con un gesto de la mano.

–Vamos, vete, te estoy diciendo que no me pasa nada.

Patrik se fue, aunque en contra de su voluntad.

–¿Adónde habrán ido?

–Estarán en la otra orilla de la isla –dijo Petra.

–Sí, el barco sigue aquí –constató Konrad.

Empezaron a caminar por las rocas. La isla parecía tan desierta como cuando atracaron en ella, y salvo el chapoteo de las olas y los chillidos de las gaviotas, no se oía el menor ruido.

–Puede que estén en el faro. –Patrik levantó la vista con los ojos entornados para distinguir la torre.

–Puede, aunque creo que será mejor que inspeccionemos la isla primero –dijo Petra. Pero se hizo sombra con la mano para mirar también hacia las ventanas más altas del faro. Tampoco ella vio que nada se moviera allí.

–¿Vais a venir? –dijo Konrad.

El punto más elevado de la isla no se hallaba muy lejos, e iban mirando de un lado a otro mientras seguían avanzando. En cuanto llegaran arriba, podrían ver casi toda Gråskär. Pero iban con cautela, ignoraban en qué estado se encontraría Annie que, además, tenía una pistola. La cuestión era si estaba dispuesta a utilizarla. Aún tenían en la nariz el olor pegajoso a cadáver. Todos pensaban lo mismo, pero ninguno lo había pronunciado en voz alta todavía.

Y llegaron a la cima.

Habían llegado en barco, tal y como ella temía. Oyó voces desde el embarcadero, voces junto a la casa. Tenía bloqueada la salida por esa parte de la isla, y no existía la menor posibilidad de que pudiese llegar al barco y huir. Sam y ella estaban atrapados.

Cuando Erica, a la que creía de su parte, se entrometió en sus vidas, Annie hizo lo correcto. Protegió a Sam, tal y como le había prometido en el preciso instante en que se lo pusieron en el regazo cuando dio a luz en el hospital. Le prometió que nunca permitiría que le ocurriera ningún mal. Durante mucho tiempo, se comportó como una cobarde y no cumplió su promesa. Pero a partir de aquella noche, se hizo fuerte. Había salvado a su hijo.

Muy despacio, se adentró más en las aguas. Los vaqueros empapados le pesaban y se le pegaban a las piernas, tiraban de ella hacia dentro y hacia abajo. Sam era tan bueno. Allí estaba, sin moverse, en sus brazos.

Alguien iba a su lado, la seguía adentrándose con ella en las aguas. Annie miró de reojo. La mujer se recogía el vuelo de la falda, pero al cabo de un rato la dejó caer, y se quedó flotando en la superficie a su alrededor. No apartaba la vista de Annie. Movía la boca, pero Annie no quería escuchar. Entonces no podría seguir protegiendo a Sam. Cerraba los ojos para no verla, pero cuando volvía a abrirlos, no podía evitar mirar a la mujer. Era como si algo la obligase a mirarla.

La mujer llevaba ahora a su hijo en brazos. Hacía un instante no lo tenía, Annie estaba segura. Pero ahora el niño la miraba también con los ojos suplicantes, muy abiertos. Estaba hablando con Sam. Annie quería taparse los oídos y gritar para dejar de oír las voces del niño y de la mujer. Pero tenía las manos ocupadas, llevaba en ellas a Sam, y el grito se le quedó atrapado en la garganta. Ya empezaba a mojársele la camisa y contuvo la respiración cuando el frío de las aguas le alcanzó la cintura. La mujer caminaba muy cerca. Ella y el

niño hablaban al mismo tiempo; la mujer, con Annie, y el niño, con Sam. Y muy a su pesar, Annie empezó a prestar atención a lo que decían. Las voces la alcanzaban igual que el agua salada le traspasaba la ropa y le mojaba la piel.

Habían llegado al final del camino, ella y Sam. Los encontrarían en cualquier momento, terminarían lo que habían empezado. El recuerdo de la sangre que salpicó la pared y le tiñó a Fredrik la cara de rojo le cruzó la memoria un segundo. Annie sacudió la cabeza para borrar las imágenes. ¿Eran sueños, imaginaciones suyas o realidad? Ya no estaba segura. Solo recordaba la fría sensación de odio, de pánico y de angustia, tan inmensa que la dominaba y le dejaba solo lo más primitivo de su rabia.

Cuando el agua le llegaba por el pecho notó que Sam se volvía más ligero aún. La mujer y el niño seguían a su lado. Las voces le resonaban en el oído, y ahora oía claramente lo que le decían. Annie cerró los ojos y cedió por fin. Tenían razón. Esa certeza la inundó por completo y disipó toda su inquietud. Se le antojaba tan obvio ahora que oía claramente a la mujer y al niño… Sabía que solo querían el bien de ella y de Sam, y dejó que la serenidad la envolviera.

A lo lejos, detrás de ellos, creyó oír otras voces. Voces que la llamaban, que querían algo de ella y que trataban de llamar su atención. Pero no les hizo caso, eran menos reales que esas otras que tan cerca le resonaban en el oído, y que seguían hablando.

–Suéltalo –decía la mujer dulcemente.

–Yo quiero jugar con él –decía el niño.

Annie asintió. Tenía que soltarlo. Eso era lo que querían todo el tiempo, lo que intentaban explicarle. Sam les pertenecía a ellos

ahora, pertenecía a los otros.

Muy despacio, fue soltando a Sam. Dejó que el mar se lo llevara, que desapareciera bajo la superficie y lo arrastrara la corriente. Luego dio un paso al frente, y otro más. Las voces seguían hablando. Las oía cerca y en la distancia, pero otra vez prefirió no escucharlas. Quería ir con Sam, ser uno de ellos. ¿Qué iba a hacer, si no?

La voz de la mujer seguía suplicándole, pero el agua le llegó a los oídos, ahogó todos los sonidos y los sustituyó por un rumor, como de la sangre que le fluía por todo el cuerpo. Continuó, notó que el agua le envolvía la cabeza y que el aire le comprimía los pulmones.

Pero algo la izó de pronto. La mujer tenía una fuerza sorprendente. La arrastró a la superficie y Annie volvió a sentir la misma rabia. ¿Por qué no le permitían ir con su hijo? Opuso resistencia, pero la mujer se negaba a soltarla y continuó tirando de ella hacia fuera, hacia la vida.

Otro par de manos la agarró y ayudó a tirar. La cabeza atravesó la superficie y los pulmones se le llenaron de aire. Annie elevó al cielo su grito. Quería volver bajo el agua, pero la estaban llevando a tierra.

La mujer y el niño habían desaparecido. Igual que Sam.

Annie notó que la llevaban a algún sitio. Se rindió. Al final, la habían encontrado.

La fiesta continuó toda la tarde y hasta bien entrada la noche. Habían comido bien, corrió el vino, los lugareños se codearon con los

invitados de honor y en la pista de baile se fraguaron nuevas amistades. En otras palabras, todo un éxito.

Vivianne se acercó a Anders, que estaba apoyado en la barandilla, contemplando a las parejas que bailaban.

–Pronto tendremos que irnos.

Él asintió, pero había algo en la expresión de su cara que le reavivó la inquietud de antes.

–Vamos. –Lo rodeó con el brazo, y él la siguió sin mirarla a los ojos.

Vivianne había escondido la maleta en una de las habitaciones libres, y lo condujo hasta allí.

–¿Dónde está tu maleta? Tenemos que irnos dentro de diez minutos, si no, perderemos el avión.

Anders no dijo nada, se sentó desplomándose en la cama y clavó la vista en el suelo.

–¿Anders? –Vivianne agarraba convulsamente el asa de la maleta.

–Te quiero –susurró Anders. Esas palabras sonaron de pronto aterradoras.

–Tenemos que irnos –dijo, pero en el fondo sabía que él no la acompañaría. La música seguía sonando al fondo.

–No puedo. –Anders levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué has hecho? –No quería oír la respuesta, no quería ver cumplidas sus peores sospechas, pero se le había escapado la pregunta sin poder evitarlo.

–¿Que qué he hecho? Por Dios bendito, ¿creías que yo…?

–¿Y no es verdad? –Vivianne se sentó a su lado en la cama.

Anders negó con un gesto vehemente y se echó a reír al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

–Por Dios bendito, Vivianne, ¡no!

Sintió un alivio inmenso, pero entonces comprendía menos aún a qué venía su comportamiento.

–¿Por qué? –Le rodeó los hombros con el brazo y él apoyó la cabeza en la de ella. Aquella postura le traía tantos recuerdos, de tantas veces como habían estado así.

–Yo te quiero y lo sabes.

–Sí, lo sé. –Y entonces lo comprendió todo. Se irguió para poder mirarlo bien, con la cara entre sus manos–. Querido hermano, no me digas que te has enamorado…

–No puedo irme contigo –dijo, y se echó a llorar otra vez. Ya sé que nos prometimos estar siempre juntos, pero este viaje tendrás que hacerlo sin mí.

–Si tú eres feliz, yo también lo soy. Así de sencillo. Te echaré muchísimo de menos, pero no hay nada que más desee para ti que una vida propia. –Sonrió–. Eso sí, tienes que contarme quién es, o no podré irme.

Le dijo el nombre y ella recordó a una mujer con la que habían estado en contacto con motivo del Proyecto Badis. Vivianne volvió a sonreír.

–Tienes buen gusto. –Guardó silencio un instante–. Tendrás que explicar un montón de cosas, y hacerte responsable de otras. ¿De verdad voy a dejarte solo ahora? Si quieres me quedo.

Anders negó con un gesto.

–No, quiero que te vayas. Que tomes el sol y disfrutes por mí también. Yo no veré la luz del sol en bastante tiempo, pero ella lo sabe todo y ha prometido esperarme.

–¿Y el dinero?

–Es tuyo –dijo sin dudar–. No lo necesito.

–¿Estás seguro? –Con la cara entre sus manos otra vez, como si quisiera recordar su rostro con el tacto.

Anders asintió y le retiró las manos.

–Estoy seguro, y tienes que irte ahora. El avión no va a esperarte.

Se levantó maleta en mano y, sin decir una palabra, la llevó al coche y la metió en el maletero. Nadie los vio. El murmullo de los invitados se mezclaba con la música, y todos estaban en otras cosas.

Vivianne entró en el coche y se sentó al volante.

–Lo hemos hecho bien, ¿verdad? –preguntó mirando a Badis, que resplandecía en la semipenumbra.

–Lo hemos hecho de narices.

Se quedaron callados. Después de un instante de vacilación, Vivianne se quitó el anillo que llevaba en el dedo y se lo dio a Anders.

–Toma, dáselo a Erling. No es mala persona. Espero que encuentre a otra mujer a quien pueda dárselo.

Anders se lo guardó en el bolsillo.

–Me encargaré de devolvérselo.

Se miraron en silencio. Luego, Vivianne cerró la puerta del coche. Salió derrapando y Anders se quedó un buen rato viendo cómo se alejaba. Luego subió despacio la escalinata del Badis. Pensaba quedarse hasta que acabara la fiesta.

Erling estaba presa del pánico. Vivianne había desaparecido. Nadie la había visto desde la fiesta del sábado, y el coche tampoco estaba. Tenía que haberle ocurrido algo.

Descolgó el auricular y llamó una vez más a la comisaría.

–¿Alguna novedad? –dijo en cuanto oyó la voz de Mellberg, que volvió a responder con una negativa. Erling no pudo contenerse más–. ¿Pero estáis haciendo algo para encontrar a mi prometida? Ha tenido que pasarle algo, estoy seguro. ¿Habéis dragado en el muelle? Sí, ya sé que el coche también ha desaparecido, pero ¿tenemos pruebas de que no lo hayan arrojado al agua, con Vivianne dentro, tal vez? –preguntó con voz chillona, y recreó mentalmente la imagen de Vivianne hundiéndose poco a poco–. Exijo que utilicéis todos vuestros recursos para encontrarla.

Colgó bruscamente el auricular. Unos golpecitos discretos en la puerta lo hicieron saltar de la silla. Gunilla asomó la cabeza y lo miró horrorizada.

–¿Sí? –Él solo quería que lo dejaran en paz. Se había pasado el domingo buscando a Vivianne, y aquella mañana llegó a la oficina solo porque tenía la esperanza de que tratara de localizarlo allí.

–Han llamado del banco. –Gunilla parecía más angustiada que de costumbre.

–Ahora no tengo tiempo para esas cosas –dijo con la vista clavada en el teléfono. Vivianne podía llamar en cualquier momento.

–Parece ser que hay algo raro en la cuenta de Badis. Quieren que los llames.

–Te digo que no tengo tiempo –le soltó Erling. Pero, para su sorpresa, Gunilla insistió.

–Quieren que los llames de inmediato –repitió Gunilla, y se escabulló hacia su despacho.

Erling lanzó un suspiro, descolgó el auricular y llamó a su contacto en el banco.

–Soy Erling, al parecer hay algún problema.

Trató de parecer eficaz. Quería concluir la conversación cuanto antes para que la línea no estuviera ocupada si ella llamaba. Escuchaba al empleado del banco un tanto distraído, pero al cabo de unos instantes, se irguió en la silla.

–¿Cómo que no hay dinero en la cuenta? Ya podéis mirarlo otra vez. Hemos ingresado varios millones, y más que van a llegar esta misma semana de Vivianne y Anders Berkelin. Sé que hay muchos proveedores esperando cobrar, pero dinero hay, desde luego. –Entonces guardó silencio y prestó atención un momento–. ¿Estáis totalmente seguros de que no es un error?

Erling se aflojó el cuello de la camisa. De repente, le costaba respirar. Cuando concluyó la conversación, empezó a pensar febrilmente. El dinero había desaparecido. Vivianne había desaparecido. Y no era tan tonto como para no saber sumar dos y dos. Aun así, no quería creerlo.

Erling había marcado los tres primeros números de la Policía cuando apareció Anders en la puerta. Se lo quedó mirando. El hermano de Vivianne parecía agotado y estragado. Primero se quedó un rato en silencio, luego se acercó a la mesa de Erling y abrió la mano. La luz que entraba por la ventana se reflejó en el objeto que

le mostraba en la palma y lanzó destellos sobre la pared que Erling tenía detrás. Era el anillo de prometida de Vivianne.

En ese instante se despejaron todas sus dudas. Como si estuviera anestesiado, marcó el número de la Policía de Tanumshede. Anders se sentó a esperar. El anillo brillaba en la mesa.

A Erica le dieron el alta del hospital el miércoles por la mañana. El golpe que recibió en la cabeza resultó no ser tan grave, pero teniendo en cuenta las lesiones sufridas en el accidente, la tuvieron en observación unos días más de lo necesario.

–Déjalo, puedo sola. –Le dirigió una mirada asesina a Patrik, que la sujetaba del brazo mientras subían la escalinata de la casa–. Ya has oído lo que han dicho. Todo está en orden. Ni rastro de conmoción cerebral, solo unos puntos de sutura.

Patrik abrió la puerta.

–Sí, ya lo sé, pero… –Calló al ver la mirada de Erica.

–¿Cuándo llegan a casa los niños? –Se quitó los zapatos.

–Mi madre vendrá con los gemelos sobre las dos. Luego podríamos ir todos a recoger a Maja. Se muere de ganas de verte.

–Pobrecita mía –dijo Erica dirigiéndose a la cocina. Le resultaba extraño estar en casa sin los niños. Apenas podía recordar que hubo un tiempo en que Patrik y ella vivían así.

–Siéntate, voy a preparar café. –Patrik se le adelantó.

Erica estaba a punto de protestar cuando comprendió que quizá debería aprovechar la situación. Se sentó en una de las sillas y subió las piernas a la de al lado con un suspiro de satisfacción.

–¿Sabes lo que pasará con Badis? –En el hospital se sentía como en una burbuja, y ahora quería saber todo lo que había ocurrido. Seguía sin poder creer los rumores que corrían sobre Vivianne.

–Vivianne ha desaparecido, y el dinero también. –Patrik estaba de espaldas mientras contaba las medidas de café–. Hemos encontrado

el coche en el aeropuerto de Arlanda, y revisado las salidas del fin de semana pasado. Probablemente, embarcó con nombre falso, así que no será lo más fácil del mundo.

–¿Y el dinero? ¿No podéis seguirle la pista?

Patrik se dio la vuelta y negó con un gesto.

–Lo veo muy negro. Hemos pedido ayuda a la unidad de delitos económicos de Gotemburgo, pero al parecer existen formas de sacar dinero del país sin que la Policía pueda rastrearlo. Y me figuro que Vivianne lo planeó con todo detalle.

–¿Qué dice Anders? –Erica se levantó y se dirigió al frigorífico.

–Siéntate, yo saco los bollos. –Patrik sacó una bolsa de bollos de canela y la puso en el microondas–. Anders ha confesado su complicidad en la estafa, pero se niega a revelar dónde se encuentran su hermana o el dinero.

–¿Por qué no se ha ido con ella? –Erica volvió a sentarse.

Patrik se encogió de hombros, sacó un cartón de leche del frigorífico y lo puso en la mesa.

–¿Quién sabe? Puede que se echara atrás en el último momento y no quería pasarse el resto de su vida huyendo fuera de Suecia.

–Sí, puede ser. –Erica se quedó pensativa–. Pero ¿cómo se lo ha tomado Erling? ¿Y qué pasará con Badis?

–Erling parece sobre todo… resignado. –Patrik sirvió el café en dos tazas, sacó del micro los bollos calientes y se sentó enfrente de Erica–. En cuanto a Badis, tiene un futuro incierto. Casi ningún proveedor ha cobrado, y tampoco la empresa de reformas. La cuestión es si pierden más cerrando o tratando de explotar el negocio. Después de la fiesta del sábado pasado parece que no han

parado de recibir reservas, así que puede que el municipio intente llevar el negocio a buen puerto. Quieren recuperar al menos parte de su dinero, por lo que no es imposible que resuelvan seguir adelante.

–Si no, sería una lástima. Ha quedado precioso.

–Mmm… –convino Patrik, y dio un mordisco al bollo.

–¿Cómo pudo ver Matte que algo no encajaba? ¿No dijiste que Lennart, el marido de Annika, no había detectado nada? Es un tanto extraño que no sospechara nadie del ayuntamiento.

–Según Anders, tampoco Mats estaba seguro, pero había empezado a sospechar que algo fallaba. El viernes, antes de ir a ver a Annie, se pasó por Badis para hablar con Anders. Le hizo un montón de preguntas. Por qué tenían tantas facturas sin pagar a los proveedores, y cuándo recibirían el dinero que ellos habían prometido invertir. Y de dónde vendría. Además, le pidió los datos de contacto para poder comprobarlo. Así que Anders se quedó muy preocupado. Si no lo hubieran matado, Mats habría llegado al fondo del asunto de la economía de Badis y habría descubierto la estafa mucho antes.

Erica asintió con una mirada triste.

–¿Y cómo está Annie?

–La someterán a un examen psiquiátrico, y no creo que haya riesgo de que vaya a parar a la cárcel. La condenarán a internamiento psiquiátrico. O al menos, eso es lo que deberían hacer.

–¿Tú crees que fuimos unos ingenuos al no darnos cuenta? –Erica dejó el bollo. De repente, había perdido el apetito.

–¿Y cómo íbamos a darnos cuenta? Nadie sabía que Sam había muerto.

–Pero ¿cómo…? –Tragó saliva. La sola idea de que Annie hubiese vivido durante dos semanas en aquella casa diminuta, mientras el cadáver de su hijo se descomponía lentamente le revolvía el estómago. De asco y de compasión.

–No lo sabemos. Y seguramente, nunca llegaremos a saberlo. Pero ayer por la tarde estuve hablando con Konrad y, al parecer había otra mujer implicada en el viaje a Italia, una mujer que se iría con el marido de Annie y con Sam. Han hablado con ella y el plan era que ella lo acompañaba y a Annie la borraban del mapa.

–¿Y cómo pensaba conseguirlo Fredrik Wester?

–Había pensado presionarla recurriendo a su abuso de la cocaína. Amenazarla con retirarle completamente la custodia si no desaparecía por voluntad propia.

–Menudo cerdo.

–Por lo menos. Seguramente, se lo diría a Annie la noche antes de salir de viaje. Al analizar la sangre que había en la cama, hallaron dos muestras distintas de ADN. Lo más probable es que Sam se hubiera metido en la cama con su padre. Y cuando Annie frio a balazos al marido…, bueno, ella no sabía que su hijo también estaba allí.

–Pues no puedo imaginarme nada más horrible. Annie sufriría tal trauma que perdió la conciencia de la realidad y se negó a aceptar que Sam estaba muerto.

Se quedaron un rato en silencio.

Erica parecía desconcertada.

–Pero, cuando la amante de Wester vio que este no se presentaba, ¿por qué no avisó a la Policía?

–Fredrik Wester no era famoso por ser de fiar, precisamente. Así que al ver que no aparecía, supuso que la había dejado tirada. Según Konrad, había dejado varios mensajes airados en el contestador.

El pensamiento de Erica ya iba por otros derroteros.

–Matte debió de encontrar a Sam.

–Sí, y la cocaína. Las huellas de Annie estaban en la bolsa, y además, en la puerta de Mats. Dado que no hemos podido interrogar a Annie, no podemos saberlo con certeza, pero lo más probable es que Mats descubriera la noche del viernes que Sam estaba muerto, y que viera la bolsa de cocaína. Luego obligaría a Annie a acompañarlo a Fjällbacka para avisar a la Policía.

–Y ella tuvo que salvaguardar la ilusión de que Sam estaba vivo.

–Pues sí. Incluso aunque Mats tuviera que perder la vida por ello. –Patrik miró por la ventana. También a él le inspiraba Annie una compasión tremenda, a pesar de que había matado a tres personas, una de ellas su propio hijo.

–¿Y ahora lo ha asumido?

–Les ha dicho a los médicos que Sam está con los muertos de Gråskär. Que debería haberles hecho caso y haber dejado que Sam fuera con ellos. Así que yo creo que ya sí lo ha asumido.

–¿Lo han encontrado? –preguntó Erica. No quería ni imaginar el aspecto de cuerpecillo del niño. Bastante tenía con haber descubierto el hedor que impregnaba la casa.

–No. El cadáver se ha perdido en el mar.

–Me pregunto cómo aguantaba Annie aquel olor. –Erica casi podía sentirlo en la nariz, y solo estuvo allí un rato. Annie se había pasado con él dos semanas.

–La psique humana es extraña. No es la primera vez que una persona convive con un cadáver durante semanas, meses e incluso años. La negación es una fuerza poderosa. –Tomó un trago de café.

–Pobre niño –dijo lanzando un suspiro, y calló unos instantes–. ¿Crees que habrá algo de verdad en lo que dicen?

–¿Sobre qué?

–Sobre Gråskär, o la Isla de los Espíritus. Eso de que los muertos nunca la abandonan.

Patrik sonrió.

–Bueno, me parece que te has llevado un buen golpe en la cabeza o algo así. No son más que viejas leyendas e historias de fantasmas. Nada más.

–Sí, supongo que tienes razón –dijo Erica, aunque no parecía del todo convencida. Estaba pensando en el artículo que le había enseñado a Annie, sobre la familia del farero que desapareció de la isla sin haber dejado el menor rastro. Quizá aún estuviesen allí.

Extraño vacío el que la colmaba por dentro. Sabía lo que había hecho, pero no sentía nada. Ninguna pena, ningún dolor. Solo vacío.

Sam estaba muerto. Los médicos habían tratado de decírselo con delicadeza, pero ella ya lo sabía. Lo supo en el preciso instante en que el agua le cubrió la cabeza. Las voces lograron por fin llegar a su conciencia y persuadirla de que lo dejara ir, la convencieron de

que lo mejor era que Sam fuera con ellos, de que lo cuidarían bien. Se alegraba de haberlas escuchado.

Cuando el barco se la llevaba de Gråskär, se volvió y contempló la isla y el faro por última vez. Los muertos la observaban desde las rocas. Sam estaba con ellos, a un lado de la mujer, y al otro estaba su hijo. Dos niños pequeños, uno moreno y otro rubio. Sam parecía feliz y, con la mirada, le aseguró a Annie que se encontraba bien. Ella alzó la mano para despedirse, pero la bajó enseguida. No era capaz de despedirse de él. Le dolía tanto que no tuviera ya un sitio con ella, sino junto a ellos. En Gråskär.

La habitación era pequeña, pero luminosa. Una cama, una mesa. Pasaba casi todo el tiempo sentada en la cama. A veces tenía que hablar con alguien, un hombre o una mujer que, con tono amable, le hacía preguntas que ella no siempre sabía responder. Sin embargo, cada día lo veía todo más claro. Era como si hubiera estado dormida y se despertara y tuviera que ir dilucidando qué había sido un sueño y qué era realidad.

La voz burlona de Fredrik era real. Disfrutó dejándola hacer la maleta antes de decirle que se irían sin ella. Que la que viajaría con él era la otra. Si protestaba, Fredrik hablaría a las autoridades de su consumo de cocaína, y Annie perdería la custodia de Sam. Para él Annie era débil. Superflua.

Pero la había subestimado. Bajó a la cocina y se sentó a oscuras mientras él se iba a la cama, satisfecho, una vez más, de haberla destrozado, de haber conseguido lo que quería, pero se equivocó. Tal vez fuera débil antes de que naciera Sam, y en cierta medida, todavía lo era. Sin embargo, su amor por Sam también le había dado

más fuerza de la que Fredrik podía imaginar. Se quedó allí, en uno de los taburetes, con la mano sobre la fría encimera de mármol, aguardando hasta que Fredrik se durmiera. Luego fue a por la pistola y, sin que le temblara el pulso, disparó tantas veces como pudo contra el edredón y la cama. Le pareció bien. Lo correcto.

Pero cuando fue a la habitación de Sam y vio la cama vacía la atenazó el pánico y una densa niebla empezó a envolverla. Ya entonces supo dónde se encontraba. Aun así, el espectáculo de aquel cuerpecillo ensangrentado le produjo tal conmoción que se vino abajo y se derrumbó en la gruesa moqueta. La niebla se espesó a su alrededor, y pese a que ahora sabía que había vivido un sueño, aún sentía vivo a su hijo.

Y Matte. Ahora lo recordaba todo. La noche que compartieron en Gråskär, y su cuerpo tan cerca, tan familiar y tan querido. Recordaba lo segura que se sintió con él, cómo un futuro posible se añadía al pasado borrando todo lo que los separaba.

Luego, el ruido en la planta baja. Se despertó al notar su ausencia. La cama aún guardaba algo del calor de su cuerpo y Annie comprendió que acababa de levantarse. Se envolvió en el edredón, bajó y se encontró con la decepción en su mirada y la bolsa de cocaína en la mano. La tenía en un cajón, seguramente no lo habría cerrado bien. Quiso explicárselo, pero las palabras se le morían en los labios. En realidad, no tenía excusa, y Matte no lo comprendería jamás.

Mientras ella se quedaba allí plantada, envuelta en el edredón y sintiendo en los pies descalzos el frío que emanaba del suelo de madera, vio cómo Matte abría la puerta del dormitorio de Sam.

Luego se volvió y la miró consternado y atónito. La obligó a vestirse y le dijo que tenían que ir a tierra firme a buscar ayuda. Todo ocurrió tan deprisa que ella obedeció abúlica sus deseos. En el sueño, en lo que no era realidad, todo su ser protestaba al ver que dejaban a Sam solo en la isla. Pero hicieron la travesía en silencio en el bote de Matte.

Una vez en Fjällbacka, subieron a su coche. Tenía la mente en blanco. Todos sus pensamientos se concentraban en Sam. De alguna manera, estaba a punto de ocurrir otra vez algo que se lo arrebataría. Sin pensarlo siquiera y sin saber cómo, se había llevado una bolsa de viaje y, en el coche, notó dentro el peso de la pistola.

A medida que se acercaban al bloque de Matte, el zumbido empezó a resonarle pertinaz en los oídos. Como en sueños, vio que Mats arrojaba la bolsita a una papelera. Y ya en el recibidor, buscó la pistola en la bolsa y sintió en la mano el frío del acero. Mats no se volvió. Si lo hubiera hecho, si hubiera podido mirarlo a los ojos, quizá no habría disparado. Pero andaba por el recibidor dándole la espalda, y ella alzó la mano y sus dedos apretaron el gatillo. Un estallido, un golpe sordo. Luego, el silencio.

Volver con Sam. Solo pensaba en eso. Fue al puerto, llegó a la isla en el bote de Mats y lo dejó luego a la deriva. Ya nada le impediría estar con él. La bruma se había adueñado de su conciencia. El entorno había desaparecido y solo quedaba Sam, Gråskär y la idea de que tenían que sobrevivir. Sin esa protección, únicamente quedaría el vacío.

Annie estaba sentada en la cama, con la mirada perdida. Tenía en la retina la imagen de Sam, de la mano de la mujer. Ellos lo

cuidarían ahora. Se lo habían prometido.

Fjällbacka, 1875

–¡Mamá!

Emelie dejó lo que estaba haciendo. Luego soltó el cazo en el suelo de la cocina y salió corriendo con el miedo aleteándole en el pecho como un pajarillo.

–Gustav, ¿dónde estás? –preguntó mirando en todas direcciones.

–¡Mamá, ven!

Oyó que los gritos venían de la playa. Se recogió las faldas y echó a correr por las rocas, que formaban una corona en el centro de la isla. Desde allá arriba pudo verlo. Estaba sentado en la orilla, se agarraba el pie con las dos manos y estaba llorando. Ella bajó a toda prisa y se arrodilló a su lado.

–Me duele mucho –sollozó Gustav desesperado señalándose el pie. Tenía clavado en la planta un vidrio grande y afilado.

–Tranquilo… –Emelie trató de calmarlo mientras pensaba qué hacer. Se lo había clavado hasta el fondo, ¿debía sacarlo enseguida, o sería mejor esperar a tener algo con lo que vendarle la herida?

Se decidió rápidamente.

–Vamos a buscar a papá. –Miró hacia el faro. Hacía un par de horas que Karl había subido para ayudar a Julian. No solía pedirle consejo, pero no sabía qué hacer.

Levantó al niño, que seguía llorando desconsolado. Lo llevaba en brazos como a un recién nacido, cuidando de no rozarle el pie. Ya no resultaba nada fácil llevarlo así, había crecido mucho.

Una vez cerca del faro, empezó a llamar a Karl, pero nadie respondió. La puerta estaba abierta, seguramente, para que entrara el aire, porque allí dentro podía hacer un calor insoportable cuando daba el sol.

–Karl –gritó desde abajo–. ¿Puedes venir?

Lo normal era que Karl no le hiciese ningún caso, y Emelie comprendió que tendría que tomarse la molestia de subir a hablar con él. Pero no podría subir aquella escalera tan empinada con Gustav en brazos, de modo que lo dejó en el suelo con cuidado y le acarició la mejilla con dulzura.

–No tardaré nada, voy a buscar a papá.

El pequeño la miró lleno de confianza y se llevó el pulgar a la boca.

Emelie ya iba sin resuello después de haber recorrido con Gustav la pendiente desde la playa y trató de respirar despacio mientras subía la escalera. Se detuvo para recobrar el aliento en el último peldaño, y luego levantó la vista. Primero no comprendió lo que veía. ¿Por qué estaban en la cama? ¿Y por qué estaban desnudos? Se quedó petrificada. Ninguno de los dos hombres la había oído llegar, estaban concentrados en otra cosa, en acariciarse los lugares prohibidos del cuerpo, según Emelie advirtió con horror.

Contuvo la respiración, y los hombres advirtieron su presencia. Karl levantó la vista y sus miradas se cruzaron.

–¡Estáis pecando! –Las palabras de la Biblia le ardían dentro. Las Sagradas Escrituras hablaban de aquello, y decían que estaba prohibido. Karl y Julian acarrearían la desgracia y la maldición sobre

sí mismos y sobre ella y Gustav también. Dios maldeciría a todos los habitantes de Gråskär, a menos que pusieran remedio.

Karl seguía sin decir nada, pero era como si la viera por dentro y supiera lo que estaba pensando. La miró con frialdad, y Emelie oyó susurrar a los muertos. Le decían que huyera, pero las piernas no le obedecían. Era incapaz de moverse y de apartar la vista de los cuerpos desnudos y sudorosos de su marido y de Julian.

Las voces resonaban cada vez más y notó como si alguien la zarandease para que volviera a moverse. Se precipitó escaleras abajo y levantó a Gustav llorando. Con una fuerza inesperada, echó a correr con él en brazos, sin saber adónde ir. A su espalda se oían los pasos rápidos de Karl y Julian, y supo que no conseguiría escapar de ellos. Miró desesperada a su alrededor. La casa no sería un buen refugio. Aunque llegara a tiempo de entrar y cerrar con llave, ellos echarían abajo la puerta o entrarían por una de las ventanas.

–¡Emelie! ¡Detente! –le gritó Karl.

En parte, eso era lo que quería hacer. Detenerse y rendirse. Y si se hubiera tratado solo de ella, lo habría hecho, pero Gustav, que lloraba asustado en sus brazos, la animaba a seguir corriendo. No se hacía ilusiones de que lo dejaran vivir. Gustav nunca significó nada para Karl, solo había servido para apaciguar las iras del padre, para convencerlo de que todo era normal.

Hacía mucho que no pensaba en Edith, su buena amiga de los años en la granja. Debería haber hecho caso de sus advertencias, pero Emelie era joven e ingenua y no quiso comprender lo que ahora veía con toda claridad. Julian era la razón de que Karl hubiese vuelto tan de repente del buque faro, y de que hubiera tenido que

casarse con la primera que pasaba. Incluso la criada de la granja servía para salvar el nombre de la familia. Y todo fue como ellos quisieron. El escándalo del menor de los hijos nunca salió a la luz.

Pero Karl engañó a su padre. Sin que él lo supiera, se llevó a Julian a la isla. Por un instante, Emelie sintió pena de él, pero enseguida oyó los pasos que se acercaban, recordó los insultos y los golpes de la noche en que concibió a Gustav. No habría tenido que maltratarla de aquel modo. Julian no la movía a compasión. Tenía el corazón negro y la convirtió en el blanco de su odio desde el primer día.

Nadie podía salvarla, pero Emelie siguió avanzando. Si solo la persiguiera Karl, quizá habría habido una posibilidad de inspirarle compasión. Él era diferente antes de verse obligado a vivir en la mentira. Pero Julian no permitiría jamás que se librara. De repente comprendió a la perfección que iba a morir en la isla. Ella y Gustav. Jamás saldrían de allí.

Una mano cruzó el aire a su espalda y estuvo a punto de agarrarle el hombro, pero ella se agachó justo a tiempo, como si hubiera tenido ojos en la nuca. Los muertos le ayudaban. La animaban a correr hacia la playa, hacia el agua, que siempre fue su enemigo pero que ahora se convertiría en su salvación.

Emelie se adentró corriendo en el mar con su hijo en brazos. El agua le corría por las piernas y, después de avanzar varios metros, le fue imposible seguir corriendo, así que empezó a caminar. Gustav se le aferraba al cuello pero en silencio, sin llorar, como si supiera…

Oyó a su espalda que también Karl y Julian se metían en el agua. Les llevaba unos metros de ventaja, y continuó avanzando. El agua

le llegaba ya por el pecho y empezaba a sentirse presa del pánico. No sabía nadar. Pero era como si las aguas la abrazaran, le dieran la bienvenida prometiéndole seguridad.

Algo la hizo volverse. Karl y Julian estaban a unos metros de ella, mirándola fijamente. Cuando vieron que se había detenido, echaron a andar de nuevo. Emelie retrocedió. El agua le llegaba ya por los hombros y aligeraba el peso de Gustav. Las voces le hablaban, la tranquilizaban y le decían que todo iría bien. Nada podía hacerles daño, los recibirían y tendrían paz.

Una gran serenidad se apoderó de Emelie. Confiaba en ellos y la acogían con amor, a ella y a Gustav. Entonces la animaron a moverse hacia un lado, hacia el horizonte infinito, y Emelie obedeció ciegamente a quienes fueron sus únicos amigos en la isla. Con Gustav en brazos, se dirigió hacia el lugar donde sabía que las corrientes cobraban fuerza y el fondo desaparecía cayendo en picado. Karl y Julian la seguían, caminaban también hacia el horizonte, entornando los ojos al sol sin quitarles la vista de encima.

Lo último que vio antes de que las aguas los engulleran a ella y a su hijo fue cómo las corrientes arrastraban al fondo a Karl y a Julian. Las corrientes, y quizá algo más. Pero ella tenía la certeza de que no volvería a verlos nunca. Ellos no se quedarían en Gråskär, como Gustav y ella. Para Karl y Julian solo habría un lugar en los infiernos.

Agradecimientos

Como siempre, mi editora en lengua original, en Suecia, Karin Linge Nordh, ha hecho un trabajo monumental, al igual que Matilda Lund, la redactora. No tengo palabras para agradeceros el esfuerzo que habéis realizado también en esta ocasión. Todos los demás implicados de la editorial me han apoyado de mil maneras y han demostrado un entusiasmo inagotable.

La agencia Nordin me respalda con firmeza en Suecia y en todo el mundo, y Joakim Hansson le ha tomado el relevo a Bengt Nordin, y ha continuado la carrera de una forma admirable. También me siento muy feliz al saber que Bengt sigue en mi vida como amigo, en lugar de como agente.

No podría haber escrito ninguno de los libros sin la ayuda de mis canguros, y como siempre quiero darle las gracias a mi madre, Gunnel Läckberg y a mi entonces marido y hoy amigo Micke Eriksson, que nunca duda en echar una mano. La que fue mi suegra, la abuela de mis hijos, Mona Eriksson, también colabora en el proceso creativo con sus entregas de albóndigas que, gracias a Dios, nunca faltan.

También quiero dar las gracias a Emma y a Sunit Mehrotra por habernos prestado esa casa maravillosa una semana del invierno pasado. Muchas páginas de *Los vigilantes del faro* las escribí allí, mientras el sol le arrancaba destellos a la nieve y al ritmo del crepitar del fuego en la chimenea. Y gracias a mis suegros, Agneta

von Bahr y Jan Melin. Vuestra atención y vuestro apoyo han significado mucho durante la creación de este libro.

Los policías de Tanumshede han sido, como siempre, una fuente de inspiración y de entusiasmo. Y otro tanto puedo decir de los habitantes de Fjällbacka, que siguen encantados con la idea de que yo salpique su pueblo de cadáveres.

Christina Saliba y Hanna Jonasson Drotz, de Weber Shandwick, me ofrecieron nuevas ideas y planteamientos que han desembocado en una estimulante colaboración. Además, me ayudaron a centrarme en lo más importante para mí: escribir.

La investigación y el cotejo de datos son una parte esencial del proceso de creación de un libro, y a ello me han ayudado muchas personas. Por esa razón quiero expresar aquí mi agradecimiento sincero a todos, y en particular a Anders Torevi, Karl-Allan Nordblom, Christine Fredriksen, Anna Jeffords y Maria Farm. La aportación de Niklas Bernstone ha sido crucial: recorrió todas las islas del archipiélago.

Y mis lectores del blog. ¡Sois una fuente inagotable de energía positiva!

Gracias a mis amigos, no menciono a ninguno y a ninguno olvido, por aguantar que prácticamente desaparezca de la faz de la tierra en los períodos de intenso trabajo. Por increíble que parezca, ahí seguís, algo que sin duda no merezco después de pasar meses sin llamaros. Y a Denise Rudberg, que siempre está dispuesta a escucharme y a animarme, tanto en lo que se refiere a las tribulaciones a la hora de escribir como a todos los demás temas que abordamos en nuestras conversaciones telefónicas casi diarias.

Las novelas y todo lo que suponen no significarían nada sin mis hijos: Wille, Meja y Charlie. Y sin mi querido y maravilloso Martin. No solo eres mi amor, sino también mi mejor amigo. Gracias por estar siempre ahí.

Título original: *FYRVAKTAREN*
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Camilla Läckberg, 2009
© de la traducción, Carmen Montes Cano, 2013
© Maeva Ediciones, 2013
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788415532934
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.